



alyson Noël

destino

La fascinante conclusión
de la serie de *Los inmortales*

una novela

Irresistible
Adictivo
Arrollador

Así es el amor.

Así es el fenómeno literario que ya ha cautivado a más de cinco millones de lectores en todo el mundo...

Cuando todo parece perdido, a veces, el azar nos concede segundas oportunidades. Pero Ever y Damen saben que su condena no tiene remedio: pasarán la eternidad juntos y sin poder tocarse. Sin embargo, un giro del destino les ofrece una salida... a cambio de un gran sacrificio: Ever debe

escoger entre liberar Damen o buscar el Árbol de la Vida, cuyo fruto podría salvar al resto de inmortales.

¿Será capaz Ever de sacrificar el destino de cientos de almas por egoísmo? ¿Se arriesgará a perder su amor por un fin superior?

Alyson Noël

Destino

Saga inmortales 6

Título original: *Everlasting*
Alyson Noël, 2011.

Traducción: Nieves Bueno

Para mis lectores:

Gracias por compartir conmigo el viaje de Ever y Damen. Mi gratitud por vuestro entusiasmo, generosidad, amabilidad y apoyo no conoce límites. Sois geniales y alucinantes. ¡No podría haberlo hecho sin vosotros

Sabed, por tanto, que del silencio más inmenso regresaré... No olvidéis que volveré junto a vosotros... Apenas un instante, un momento de reposo en el viento, y otra mujer me concebirá.

KHALIL GIBRAN

Capítulo uno

—¡E^{ver}, espera!

Damen alarga el brazo hacia mí y me agarra del hombro con la esperanza de frenarme, de que vuelva con él, pero sigo avanzando. No puedo permitirme perder tiempo cuando estamos tan cerca, cuando ya casi hemos llegado.

Chorrea inquietud como un parabrisas chorrea lluvia, y esa inquietud no disminuye en absoluto cuando se pone a mi altura, alcanza mi ritmo y enlaza sus dedos con los míos.

—Deberíamos regresar. Este no puede ser el sitio. No se parece ni de lejos.

Su mirada recorre la distancia que hay desde el perturbador paisaje hasta mi rostro.

—Tienes razón —reconozco—. No es igual, ni de lejos.

Titubeo en el perímetro, respirando deprisa y con el corazón acelerado. Me tomo un instante para mirar a mi alrededor antes de aventurarme a dar otro paso. Un pequeño avance seguido de otro, hasta que mis pies se hunden tanto en la tierra enfangada que desaparecen por completo.

—Lo sabía —susurro de forma apenas audible, aunque no necesito hablar para que Damen me oiga; nos resulta muy fácil comunicarnos mediante telepatía—. Es igual que el sueño. Es...

Me mira sin decir nada.

—Bueno, es lo que me esperaba. —
Echo un vistazo hacia un lado. Mis ojos azules se encuentran con sus ojos oscuros y le sostienen la mirada. Quiero que vea lo que veo yo—. Todo esto, todo lo que ves aquí, es como... es como si todo hubiese cambiado por mí.

Damen se arrodilla a mi lado, extiende los dedos sobre mi espalda y sube y baja la palma de su mano por mi columna vertebral dibujando círculos lentos. Aunque le gustaría tranquilizarme y refutar todo lo que acabo de decir, opta por tragarse sus palabras. Diga lo que diga, por muy convincentes y sólidos que puedan ser sus argumentos, sabe que no

servirán de nada. Sabe de sobra que no voy a cambiar de opinión.

Oí a la anciana. Damen la oyó. Vimos cómo señalaba, y también su mirada acusadora; escuchamos la hechizante cadencia de su canción espeluznante, con su letra críptica y su persistente melodía.

La advertencia que me hizo solo a mí.

Y ahora esto.

Suspiro y miro fijamente la tumba de Haven, por llamarla de algún modo. El punto en el que hace solo unas semanas cavé hondo para enterrar sus pertenencias, todo lo que quedaba de ella; la ropa que llevaba cuando envié su alma a Shadowland. Un punto que juzgué elegido y sagrado, y que ahora encuentro

transmutado, transformado. La tierra que fue fértil se ha convertido en una masa húmeda, empapada, sin señal alguna de las flores que manifesté, sin vida de ninguna clase. El aire ya no brilla, no reluce; es imposible distinguir esta zona del lado oscuro de Summerland con el que me topé. Resulta tan desolada, tan ominosa, tanto en su aspecto como en la sensación que produce, que Damen y yo somos las únicas criaturas dispuestas a aventurarnos en sus proximidades.

Las aves permanecen en el perímetro, esa alfombra de hierba que se encoge sobre sí misma y que así me demuestra con más claridad que nunca que ha cambiado por mí.

Como si fuese fertilizante arrojado sobre una zona de malas hierbas, cada una de las almas inmortales que he enviado a Shadowland ha contaminado e infectado Summerland, creando su opuesto, su sombra, un yin indeseado para su yang. Un lugar tan oscuro, tan sombrío y tan hostil que ni la magia ni la manifestación pueden existir en él.

—Esto no me gusta —dice Damen con voz tensa y mirada inquieta, ansioso por marcharse.

Y aunque a mí tampoco me gusta, aunque tengo las mismas ganas que él de dar media vuelta y no mirar atrás, no es tan sencillo.

Han transcurrido pocos días desde mi

última visita y, a pesar de saber que hice lo que debía, a pesar de saber que no tuve más remedio que matar a Haven, mi antigua mejor amiga, me veo forzada a regresar, a pedir perdón por mis acciones y también por las de ella. Y ese breve período de tiempo ha bastado para que este lugar pase de la luz a la oscuridad, para que se cubra de tinieblas y barro, para que desaparezca la vegetación. Y es a mí a quien corresponde impedir que el mal siga extendiéndose.

Impedir que empeore.

—¿Qué es lo que viste exactamente en ese sueño? —me pregunta Damen con voz más suave, mientras sus ojos me observan con detenimiento.

Inspiro con fuerza y hundo los talones en el suelo. Los bolsillos de mis viejos vaqueros desgastados se manchan de barro, pero en realidad no me importa. Puedo manifestar otro par nuevo y limpio tan pronto como salgamos de aquí. Dada la situación, mi ropa es la menor de mis preocupaciones.

—No es un sueño nuevo. —Me vuelvo y, al mirarle a los ojos, veo el destello de sorpresa que le cruza el rostro —. Lo tuve otra vez, hace mucho tiempo. Justo antes de que decidieses dejarme sola para que pudiese elegir entre Jude y tú. —Traga saliva y da un leve respingo ante el desagradable recuerdo. Eso hace que me sienta mal; no era lo que yo

intentaba decir—. Entonces creí que Riley me lo había enviado. Al fin y al cabo, ella salía en el sueño, y parecía muy vibrante y... viva. —Sacudo la cabeza—. Bueno, tal vez fuese ella o tal vez fuesen solo imaginaciones mías, de tanto como la echaba de menos. Sin embargo, cuando ella llamó mi atención, comprendí que quería que te viese a ti. Lo importante del sueño eras tú.

—Y... —apunta con los ojos muy abiertos y la mandíbula rígida, preparado para lo peor.

—Y... era como si estuvieras atrapado en una prisión de cristal alta y rectangular, y luchases con todas tus fuerzas por escapar. Pero por más que te

esforzabas no podías liberarte. Aunque yo intentaba ayudarte y de llamar tu atención para que pudiésemos colaborar, era como... como si no me vieses. Yo estaba ahí, al otro lado del cristal, pero daba la impresión de que te era invisible. No percibías mi presencia. No veías lo que estaba justo ahí, delante de ti...

Su gesto de asentimiento me dice que su lado lógico, ese que aprecia las explicaciones metódicas y las soluciones sencillas, está deseando tomar el relevo.

—Una situación clásica en los sueños —dice, relajando la frente en un gesto de alivio—. En serio. Me da la impresión de que crees que no te presto suficiente atención, o que no te escucho de verdad, o

quizá incluso...

Pero antes de que pueda seguir le corto en seco:

—Créeme, no era la clase de sueño que sale en cualquier libro sobre interpretación de los sueños. En el sueño de esta noche, y también en el que tuve hace tiempo, cuando te dabas cuenta de que no podías resistirte, cuando te dabas cuenta de que estabas atrapado para siempre... bueno, te rendías. Dejabas caer los puños, cerrabas los ojos y te desvanecías. Te adentrabas en Shadowland.

Traga saliva con fuerza e intenta tomárselo bien, pero no lo consigue. Está claro que se siente tan afectado como yo

me sentí al soñarlo.

—Y luego, justo después de eso, todo desapareció. Y al decir «todo» me refiero a ti, a la prisión de cristal, al estrado... a todo. Lo único que quedaba era un terreno oscuro y empapado, muy parecido a este en el que nos hallamos. —Aprieto los labios y veo la escena en mi mente con tanta claridad que es como si me encontrase sumergida en ella—. Pero esa última parte era nueva. Me refiero a que no aparecía en el sueño original. Aun así, en cuanto me desperté supe que los dos sueños no solo estaban relacionados entre sí, sino que además se relacionaban con este sitio. Supe que tenía que venir aquí, que debía verlo por mí misma y

comprobar si estaba en lo cierto. Siento haberte arrastrado a ti.

Contemplo su pelo despeinado, la camiseta suave y arrugada y los vaqueros desgastados, prendas reunidas a toda prisa, segundos antes de que yo manifestase el velo de luz dorada que nos ha traído hasta aquí. Noto que me rodean sus brazos fuertes y capaces. Su calor me recuerda el momento, hace solo unas horas, en que nos deslizamos entre las sábanas, encajamos nuestros cuerpos y nos dispusimos a pasar la noche.

Entonces, nuestra única preocupación inmediata era cómo llevaría Sabine la segunda semana consecutiva sin verme aparecer por su casa.

Cómo llevaría que me hubiese tomado sus palabras al pie de la letra cuando me advirtió que no volviese hasta que fuera capaz de aceptar la clase de ayuda que según ella necesito.

Y aunque sé sin ninguna duda que necesito ayuda, sobre todo en vista de la situación a la que me enfrento, no es la ayuda de la que hablaba Sabine. Por desgracia, no es la ayuda que puede encontrarse en una receta, en el diván de un psiquiatra o en el último libro de autoayuda.

Necesito algo mucho mayor.

Ambos nos entretenemos mirando la tumba de Haven. Los pensamientos de Damen se mezclan con los míos,

recordándome que, sean cuales sean las consecuencias, sea cual sea nuestro futuro, él va a apoyarme. No tuve más remedio que hacer lo que hice.

Al matar a Haven, salvé a Miles. Me salvé a mí misma. Ella era incapaz de manejar sus poderes y actuaba sin ninguna prudencia. Al convertirla en inmortal saqué a la luz todo un nuevo aspecto de ella, uno que no me esperaba.

Pero es ahí donde Damen y yo discrepamos. Yo tiendo más a creer lo que dijo Miles poco después de que le librase de Haven. Que no había nada nuevo o sorprendente en el lado oscuro de ella, que siempre había estado ahí, que mi antigua amiga dio muestras de poseerlo

desde el principio. Sin embargo, como amigos suyos, nos esforzamos por ignorarlo y optamos por pasarlo por alto, por ver solo la luz. Cuando la miré a los ojos aquella noche y vi cómo brillaban de triunfo mientras arrojaba a las llamas la camisa de Roman —la última esperanza que me quedaba de conseguir el antídoto que nos habría permitido a Damen y a mí estar juntos—, en fin, no me cupo ninguna duda de que su lado oscuro había destruido la mejor parte de ella.

En cuanto a la muerte de Drina, bueno, se trataba de matar o morir. Así de sencillo. Quien tuvo mala suerte fue Roman, porque lo que le ocurrió no deja de ser un desafortunado accidente. Un

trágico malentendido, ahora estoy segura. En el fondo, sé que Jude llevó a cabo su desastrosa intromisión creyendo que me beneficiaba. Sus intenciones fueron buenas.

Lo vi desarrollado en su mente.

Nos ponemos en pie despacio, con gestos solemnes, conscientes de que no encontraremos aquí las respuestas que buscamos, de que lo mejor que podemos hacer es empezar por los Grandes Templos del Conocimiento y seguir desde allí. Y nos disponemos a partir cuando oímos la melodía que nos deja paralizados:

Se alzará desde el barro,

*y se elevará hacia los vastos
cielos de ensueño.*

*Y tú-tú-tú te alzarás
también...*

Damen agarra mi mano con más fuerza, me atrae hacia sí y nos volvemos juntos hacia ella. Contemplamos los largos mechones de cabello que se han escapado de la trenza que baja por su espalda y flotan sueltos en torno a su cara arrugada y vetusta, creando un sobrecogedor efecto de halo plateado. Los ojos de la anciana, legañosos y turbios, se clavan en los míos.

*Desde el abismo y las oscuras
profundidades,*

*lucha por avanzar hacia la
luz.*

Solo desea una cosa.

¡La verdad!

La verdad de su ser.

Pero ¿se lo permitirás?

*¿Permitirás que se alce,
florezca y crezca?*

*¿O lo condenarás a las
profundidades?*

*¿Desterrarás su alma
agusanada y exhausta?*

Repite la melodía, destacando el final
de cada verso. Su voz se eleva al cantar:

«Barro — ensueño — también — profundidades — luz — cosa — verdad — ser — permitirás — crezca — profundidades — exhausta — exhausta — exhausta», repitiendo la última parte una y otra vez. Sus ojos me recorren, observando y analizando aunque parezcan ciegos. Alza ante sí sus viejas manos nudosas, sarmentosas; los dedos se abren despacio y las palmas arrojan ceniza.

Damen me aprieta la mano y le dirige una mirada furiosa, dura y cargada de significado, al tiempo que le advierte:

—No te acerques. —Se pone delante de mí y añade—: Quédate ahí.

Su voz es serena y segura, y contiene una amenaza apenas velada, imposible de

ignorar.

Pero si la anciana le ha oído, no le presta atención. Sus pies siguen moviéndose, avanzando a rastras; sus ojos siguen mirándome y sus labios continúan pronunciando la letra de la canción. Se detiene a escasa distancia de nosotros, en el borde mismo del perímetro, el punto en el que termina la hierba y empieza el barro. Baja el tono de voz cuando dice:

—Te estábamos esperando.

Se inclina ante mí, doblando la espalda con una agilidad y una gracia sorprendentes para alguien tan anciano, tan... decrepito.

—Ya me lo has dicho —respondo, para consternación de Damen.

«¡No le contestes! —me advierte él mentalmente—. Limítate a seguirme. Saldremos de aquí.»

Unas palabras que la anciana oye sin duda, pues su mirada se clava en Damen. El azul desteñido de sus viejos iris casi desaparece cuando pone los ojos en blanco y dice:

—Damen.

Al oír pronunciar su propio nombre, Damen se pone rígido y se prepara mental y físicamente para cualquier cosa menos lo que viene a continuación.

—Damen. Augustus. Noche. Esposito. Tú eres la razón. —Los mechones de su cabello se alzan y giran en una brisa manifestada que sopla por todas partes—.

Y Adelina, la cura. —Une las palmas de las manos y me suplica con la mirada.

Les miro sin saber qué me resulta más perturbador: el hecho de que la vieja sepa su nombre completo, incluyendo un término que nunca había oído y otro pronunciado de una manera nueva para mí, o ver que Damen palidece y se queda paralizado tan pronto como ella le acusa.

Por no hablar de quién demonios es «Adelina».

Sin embargo, las respuestas que se arremolinan en la mente de Damen mueren mucho antes de poder alcanzar sus labios, detenidas por el tono de la voz de ella, que dice:

—Ocho. Ocho. Uno. Tres. Cero.

Ocho. Es la clave. La clave que necesitas.

Los miro a los dos y observo que Damen entorna los ojos y aprieta los dientes. Murmura una serie de palabras en voz tan baja que no logro entender lo que dice. Agarra mi mano con más fuerza para ayudarme a salir del barro y alejarnos de ella.

Damen me ha advertido que no mire atrás, pero no le hago caso. Echo un vistazo por encima del hombro y clavo la mirada en esos viejos ojos legñosos, esa piel tan frágil, tan translúcida que parece iluminada desde el interior, esos labios que ceden suavemente mientras canta: «Ocho – ocho – uno – tres – cero – ocho».

—Ese es el principio —dice—. El

principio del final. Solo tú puedes desvelarlo. Solo tú, tú, tú, Adelina...

Las palabras flotan en el aire y nos acompañan burlonas, persiguiéndonos hasta que salimos de Summerland.

Hasta que volvemos al plano terrestre.

Capítulo dos

—No podemos pasarlo por alto.
Me vuelvo y lo miro, y sé con certeza que él no opinará lo mismo.

—Claro que podemos. De hecho, yo ya lo hago.

Sus palabras suenan mucho más ásperas de lo que pretendía y no tarda en pedirme disculpas con un tulipán rojo, de tallo verde y curvado, que florece en su mano. Me lo ofrece y lo cojo enseguida. Me lo acerco a la nariz y dejo que sus suaves pétalos me rocen los labios mientras inhalo el aroma casi imperceptible que él ha puesto ahí para

mí. Le observo caminar por el amplio espacio que hay entre la cama y la ventana. Sus pies descalzos atraviesan el pavimento de piedra, llegan hasta la mullida alfombra y vuelta a empezar. Soy consciente del conflicto que se desarrolla en su mente y sé que tengo que exponer mis argumentos deprisa, antes de que él tenga oportunidad de construir los suyos.

—No puedes darle la espalda a algo solo porque sea raro, extraño o, como en este caso, sumamente desagradable. Créeme, Damen, esa vieja me pone los pelos de punta tanto como a ti. Sin embargo, me niego a pensar que nos ha encontrado una y otra vez por casualidad. No existen las coincidencias, y tú lo

sabes. Hace semanas que intenta decirme algo. Entre la canción, esa manía de señalarme y lo demás... —Mi cuerpo se estremece de forma involuntaria, por lo que me hundo en la cama y me froto los brazos para disimular—. En todo caso, está claro que intenta decirnos algo, darnos alguna pista. Y, bueno, creo que al menos deberíamos intentar averiguar lo que puede ser. ¿Tú no? —Hago una pausa, dándole la oportunidad de responder. Pero se limita a mirar por la ventana dándome la espalda. Sus hombros rígidos, la firme inclinación de su cabeza y el silencio largo y persistente me obligan a añadir—: ¿Qué mal podría hacernos tratar de averiguarlo? Si resulta que es una vieja

loca y senil como tú crees, pues vale. Da igual. No ha pasado nada. En serio, ¿qué tendría de malo perder unos días si tenemos toda la eternidad por delante? Pero por otra parte, si resulta que la vieja no está loca, bueno...

Damen se vuelve a mirarme antes de que termine de hablar. Tiene una expresión tan tensa y malhumorada en el rostro que doy un respingo.

—¿Qué daño podría hacernos? —
Frunce los labios y clava sus ojos en los míos—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿cómo se te ocurre hacerme esa pregunta?

Le doy una patada a la alfombra. Hablo mucho más en serio de lo que él

cree, mucho más de lo que estoy dispuesta a reconocer. En mi fuero interno, sé de forma instintiva que la escena que acabamos de presenciar tenía mucho más sentido de lo que él quiere admitir. El universo no es tan azaroso como parece. Hay una razón para cada cosa, y sé en lo más profundo de mi corazón y de mi alma que esa anciana ciega y aparentemente loca me ofrece una pista acerca de algo que necesito saber.

Aunque no tengo ni idea de cómo convencer a Damen.

—¿De verdad quieres que nos pasemos las vacaciones de invierno intentando descifrar el acertijo de una vieja chalada, tratando de encontrarle un

sentido más profundo que, en mi humilde opinión, no existe?

«Es mejor que la alternativa», pienso, aunque no digo nada. Recuerdo la cara que puso Sabine la noche en que regresé a casa de madrugada, justo después de enviar a mi antigua mejor amiga a Shadowland y del funeral improvisado que siguió en Summerland. Su mirada, la bata ceñida a la cintura, los labios pálidos y fruncidos. Pero los ojos eran lo peor: su habitual brillo azul quedaba eclipsado por las ojeras. Me observaba con una horrible combinación de rabia y miedo. Su voz sonaba áspera, y sus palabras resultaron comedidas y bien ensayadas cuando me dio a elegir entre aceptar la ayuda que

según ella necesito y buscarme otro lugar para vivir. Se quedó convencida de que simplemente me estaba mostrando obstinada cuando asentí con la cabeza, di media vuelta y salí por la puerta.

Cuando me fui a casa de Damen, donde he vivido desde entonces.

Procuro pensar en otra cosa, dejando ese pensamiento para más adelante. Sé que tendré que afrontar nuestros problemas en algún momento, aunque por ahora está claro que el lado oscuro de Summerland tiene prioridad.

No puedo permitirme distracciones cuando aún me queda un buen argumento que exponer.

—Ella sabía tu nombre —digo.

Comprendo que Damen confiaba en que no lo mencionase en cuanto veo la expresión incómoda de su rostro, y me siento desanimada cuando se encoge de hombros con la esperanza de poder dejarlo así.

—Se mueve por Summerland, un lugar en el que resulta fácil conseguir información. —Damen arquea una ceja y esboza una sonrisa—. Seguro que todas las respuestas están allí, en los Grandes Templos del Conocimiento, para que cualquiera pueda encontrarlas.

—Cualquiera no —declaro—. Solo quienes lo merezcan.

Tuve ocasión de comprobarlo personalmente: recuerdo la época, no

demasiado lejana, en la que formé parte de quienes no merecían ese honor. Los Grandes Templos del Conocimiento me impidieron la entrada hasta que me serené y volví a canalizar mi «buen rollo», como lo llama Jude. Una época terrible a la que espero no volver jamás.

Damen me mira. Está claro que no piensa rendirse con facilidad, aunque se nota que desea alcanzar una solución intermedia. Las técnicas evasivas no nos llevan a ninguna parte. Necesitamos acción. Necesitamos establecer un plan.

—Ella sabía que te llamaban Esposito. —Le recorro de arriba abajo con la mirada, preguntándome cómo tratará de escurrir el bulto—. Tu nombre

de huérfano —añado, refiriéndome al nombre que le impusieron cuando era mortal, justo después de que sus padres fuesen asesinados y él se quedara solo en el mundo, sin nadie que le cuidase, y se convirtiera en pupilo de la iglesia.

Contesta deprisa:

—Esa información también está a disposición de todo aquel que la busque, y solo corresponde a un triste recuerdo de un pasado muy lejano en el que prefiero no pensar demasiado.

A pesar de la rápida respuesta, acaba con un suspiro, una señal clara de que las ganas de discutir se filtran en su respiración.

—También te ha llamado por otro

nombre. ¿Noche?

Le miro, y mi mirada deja claro que, aunque él tal vez prefiera no hacer caso y cambiar de tema, yo aún no he terminado con este. Necesito respuestas. Respuestas reales y sólidas. No me sirve que se encoja de hombros y enarque una ceja.

Me vuelve la espalda solo por un momento, antes de mirarme de nuevo. Y al ver que deja caer los hombros, hunde las manos en los bolsillos y relaja la mandíbula en un gesto de silenciosa resignación, lo cierto es que me siento mal por presionarle de este modo. Aunque ese sentimiento no dura mucho. Pronto queda dominado por la curiosidad. Cruzo los brazos y las piernas y aguardo su

respuesta.

—Noche. —Asiente con la cabeza, dándole al nombre un bonito acento italiano que yo no podría conseguir aunque lo intentase—. Uno de mis nombres. Uno de los muchísimos nombres con los que fui conocido.

Le miro sin permitirme parpadear, sin querer perderme nada.

Observo los movimientos de su esbelto y delgado cuerpo mientras traga saliva, se frota la barbilla, cruza los tobillos y se apoya en el alféizar de la ventana. Se toma unos momentos para jugar con las contraventanas. Contempla la piscina y, a lo lejos, el océano iluminado por la luna. Cierra de golpe y

se vuelve hacia mí.

—También me ha llamado Augustus, que era mi segundo nombre. Mi madre insistió en ponérmelo, aunque no resultaba demasiado habitual en aquella época. Y como tú y yo nos conocimos en agosto, el ocho de agosto para ser exactos, bueno, más tarde lo adopté como apellido, cambiándolo un poco para que coincidiese con el mes, pensando que debía haber algún sentido más profundo detrás, que de alguna manera ese nombre me conectaba contigo.

Trago saliva y toqueteo la pulsera de cristal con forma de herradura que me regaló aquel día en el sendero. Me sentí un poco abrumada por un sentimiento que

no esperaba.

—Pero tienes que entender, Ever, que llevo muchísimo tiempo aquí. No he tenido más remedio que ir cambiando de identidad cada cierto tiempo. No podía arriesgarme a que alguien se diese cuenta de la duración anormal de mi vida, ni tampoco de la verdad de... de lo que soy.

Asiento con la cabeza. Todo lo que ha dicho hasta ahora tiene sentido, pero hay más, mucho más, y él lo sabe.

—Bueno, ¿y a cuándo se remonta el nombre Notte? —pregunto.

Cierra los ojos, se frota los párpados. Sin abrirlos, dice:

—Al origen. Al principio de todo. Es mi auténtico apellido.

Calmo mi respiración, decidida a no reaccionar de manera exagerada. Mi mente está inundada de preguntas, la principal de las cuales es: «¿Cómo diablos lo supo la anciana?». Seguida de: «¿Cómo diablos lo supo la anciana cuando yo ni siquiera lo sabía?».

—No había motivo alguno para mencionarlo —dice, refiriéndose al pensamiento que ocupa mi mente—. El pasado es solo eso, pasado. Se acabó. No hay ningún motivo para volver a él. Prefiero concentrarme en el presente, en el ahora, en este momento.

Su rostro se levanta un poco mientras sus ojos oscuros se iluminan sobre los míos y me lanzan destellos con la promesa

de una idea nueva. Hace un movimiento hacia mí, confiando en que acepte la distracción.

Su avance se detiene pronto, cuando digo:

—No parece que te importe volver al pasado cuando vamos al cenador.

Y cuando veo que da un respingo, me reprocho mis injustas palabras.

El cenador, el bonito regalo que él manifestó cuando cumplí diecisiete años, es el único lugar en el que podemos estar juntos de verdad... Bueno, dentro de los límites de la época. Pero, aun así, es el único sitio en el que podemos disfrutar de verdad del contacto piel con piel, libres del miedo a que él muera, del temor a

invocar la maldición del ADN que nos mantiene separados aquí, en el plano terrestre. Elegimos una escena de una de nuestras vidas pasadas, nos introducimos en ella y disfrutamos del romántico momento. Y reconozco que me gusta tanto como a él.

—Lo siento —empiezo a decir—. No pretendía...

Pero él se limita a descartar el comentario con un gesto de la mano. Recupera su posición en el alféizar de la ventana y dice:

—¿Y qué querías que hiciera, Ever? —Su mirada compensa con amabilidad lo que parece faltar en las palabras—. ¿Adónde te gustaría que fuese a partir de

aquí? Estoy dispuesto a contarte todo lo que quieras saber sobre mi pasado. Estaré encantado de elaborar una lista de todos los nombres con los que he sido conocido, incluyendo el motivo por el que los escogí. Para eso no necesitamos a una anciana loca. No tengo intención de esconderte nada, ni de engañarte. La única razón por la que no lo hemos hablado hasta ahora es porque me ha parecido innecesario. Prefiero mirar adelante y no atrás.

En el silencio que sigue se frota los ojos y reprime un bostezo, y un breve vistazo al reloj de su mesilla me indica la causa: aún estamos en plena noche. No le he dejado dormir.

Extiendo los brazos y lo atraigo hacia mí, hacia la cama. Sonrío al ver cómo se iluminan sus ojos por primera vez desde que le he despertado agitando con violencia brazos y piernas, presa de una horrible pesadilla a la que él ha puesto fin con su cariño y ese hormigueo cálido que solo él sabe producirme. Desliza los brazos en torno a mi cuerpo y me empuja hacia atrás, sobre las mantas, las almohadas y las sábanas arrugadas. Sus labios recorren la cresta de mi clavícula y me rozan el cuello.

Los míos le mordisquean el lóbulo de la oreja. Mi voz es casi un susurro cuando le digo al oído:

—Tienes razón. Esto puede esperar

hasta mañana. Por ahora, solo quiero estar aquí.

Capítulo tres

Después de despertar durante dos semanas seguidas en la cama y en los brazos de Damen, podría creerse que a estas alturas ya debo haberme acostumbrado.

Pero no.

Ni mucho menos.

Aunque podría acostumbrarme.

Ya me gustaría.

Acostumbrarme a la firme seguridad de su cuerpo acurrucado contra el mío, a la calidez de su aliento en mi oreja...

Pero para eso falta mucho.

Al principio siempre me siento un

poco desorientada. Necesito unos instantes para reconstruir los hechos, para asimilar las nuevas circunstancias. Para determinar mi ubicación, mi situación y cómo he llegado hasta aquí.

Y esa última parte, la que trata de cómo he llegado hasta aquí, nunca deja de desanimarme.

Lo cual no es una buena forma de recibir un nuevo día.

—*Buon giorno* —murmura Damen, con la voz un poco áspera tras las horas de sueño.

Empieza cada mañana con uno de los muchos idiomas que habla. Hoy se ha decidido por el italiano, su lengua materna. Hunde el rostro en la cortina de

largos cabellos rubios que se derrama a lo largo de mi cuello e inhala profundamente.

—*Buon giorno* a ti —le respondo, y mis palabras quedan ahogadas, pues las he pronunciado contra la mullida almohada de plumas en la que tengo apoyada la cara.

—¿Cómo has dormido?

Me tiendo de espaldas, me aparto el pelo de los ojos y, durante unos agradables instantes, disfruto admirándole. Comprendo que su aspecto es otra de esas cosas a las que todavía no me he acostumbrado del todo. Su belleza pura y asombrosa es una visión impresionante.

—Bien —respondo, encogiéndome de hombros. Dedico un momento a cerrar los ojos para manifestar un aliento fresco y mentolado antes de continuar—: En realidad no lo recuerdo, y supongo que eso debe de ser buena señal, ¿no crees?

Se incorpora apoyándose en el codo y descansa la cabeza contra la palma de la mano para verme mejor.

—¿No lo recuerdas? ¿No recuerdas nada? —pregunta con un tono ridículamente esperanzado.

—Bueno, veamos... —respondo como si reflexionase, dándome golpecitos en la barbilla con el índice—. Recuerdo que apagaste las luces y te metiste en la cama, a mi lado... —Lo miro de soslayo—. Me

acuerdo de tus manos... o al menos de la «casi» sensación de tus manos... —Su mirada se empaña un poco, una señal de que él también lo recuerda—. Y me parece que recuerdo vagamente la «casi» sensación de tus labios... pero, como te he dicho, el recuerdo es muy vago, así que no estoy muy segura...

—¿Vago?

Sonríe, y el destello de sus ojos deja muy claro que está dispuesto a refrescarme la memoria.

Correspondo a su sonrisa, aunque no tarda en desaparecer cuando digo:

—Ah, sí, y me parece recordar una visita improvisada a Summerland, de madrugada, y a aquella anciana loca que

estaba en el lugar donde enterramos las pertenencias de Haven. También recuerdo que tú, de mala gana, accediste a ayudarme a desvelar el sentido de su mensaje, grotesco y críptico...

Vuelvo a mirarle a los ojos y veo lo que esperaba ver. Parece que mis palabras hayan abierto un grifo y le hayan dejado caer un chorro de agua fría sobre la cabeza.

Se tumba de espaldas y se queda mirando el techo. Durante unos momentos guarda un silencio profundo y reflexivo. Luego se incorpora, apoya los pies en el suelo y lucha por sacar la rodilla de entre las sábanas.

—Damen... —Y dejó la frase sin

terminar, porque no tengo ni la menor idea de cómo seguir.

—Esperaba que dedicásemos las vacaciones de invierno a hacer otras cosas.

Se dirige hacia la ventana, y al llegar se detiene y me mira.

—¿Qué clase de cosas? —le pregunto con los ojos entornados, sin saber a qué se refiere.

—Bueno, para empezar, ¿no crees que ya es hora de que arreglase la situación con Sabine?

Agarro su almohada y me la pongo directamente sobre la cara. Reconozco la increíble eficacia e inmadurez de mi gesto, aunque ahora mismo no me importa.

En el fondo, ni siquiera quiero pensar en Sabine, y creo que puedo decir sin temor a equivocarme que tampoco quiero hablar de Sabine. Pero ahí está él, intentando que hablemos acerca de mi tema prohibido, del tabú número uno en este momento.

—Ever... —empieza él. Aunque tira de la almohada, yo la sujeto más fuerte—. No puedes dejar las cosas así. No está bien. Al final tendrás que volver.

Da un último tirón, suspira y se retira al lugar que ocupaba junto a la ventana.

—¿Me echas? —pregunto. Me coloco la almohada sobre el vientre, me pongo de lado y me abrazo a ella, como para protegerme de lo que pueda venir a continuación.

—¡No! —Damen se apresura a negar con la cabeza. Se pasa los dedos por la mata de pelo tratando de imprimirle cierto orden, y me dedica una mirada llena de asombro cuando añade—: ¿Por qué iba a echarte? —La mano abandona la cabeza y regresa a su costado, junto a la pierna—. Acostarme y despertarme a tu lado es algo que me encanta. Pensé que lo sabías.

—¿Estás seguro? —me atrevo a preguntar, pero, al ver que empieza a aparecer cierto matiz de desánimo en su mirada, añado—: ¿No es demasiado frustrante? Me refiero a que nos acostamos juntos sin poder acostarnos juntos de verdad. Aprieto los labios al notar el rubor que invade mis mejillas.

—Lo único que me resulta frustrante es que intentes esconderte debajo de una almohada para no hablar de Sabine.

Cierro los ojos y jugueteo con la costura deshilachada de la funda de la almohada. Soy consciente de que mi humor está cambiando, que se está deslizando hacia el extremo opuesto al que ocupa el de Damen, pero confío en poder detener ese cambio antes de que nos acabe separando demasiado.

—No hay nada que decir. Ella cree que estoy loca, y yo creo que no. Al menos, no de la forma en que ella piensa. —Le observo después de pronunciar esta última frase con un tono frívolo, pero le resbala. Se está tomando demasiado en

serio esta conversación—. En cualquier caso, tiene una opinión tan firme que no me deja otra opción que estar de acuerdo o marcharme. Esas fueron las dos posibilidades que me ofreció. Y aunque no tengo inconveniente en admitir que me duele muchísimo, hay una parte de mí que piensa que tal vez sea mejor así, ¿sabes?

Entorna los ojos y cruza los brazos mientras sopesa las opciones y considera las posibilidades. Al final sus músculos se relajan.

—No, no lo sé. ¿Por qué no me lo explicas?

—Bueno, es lo que has dicho muchas veces: algún día tendré que despedirme, pues cuanto antes mejor. Al fin y al cabo,

es una realidad, ¿no es así? Entonces, ¿qué sentido tiene hacer las paces y pasar unos meses más en su casa, cuando de todas formas tendré que pirarme pronto? Tú mismo lo dijiste: ni ella ni los demás tardarán en darse cuenta. Sabine verá que ni tú ni yo hemos envejecido un solo día. No existe una explicación lógica, y ella es una de esas personas que solo creen en la lógica, así que en realidad es preferible dejar el tema a un lado, ¿vale?

Intercambiamos una mirada. Aunque he utilizado todos los argumentos, incluso algunos que en su origen procedían de él mismo, está claro que necesita más. Sigue convencido de que debo levantarme de la cama, ir a casa de Sabine y tratar de hacer

las paces con ella, lo que significa que se está mostrando increíblemente obstinado o que no he sabido exponer mi punto de vista, o ambas cosas.

—En fin, ¿por qué retrasar lo inevitable? —Trago saliva con fuerza y vuelvo a abrazar la almohada—. En el fondo, puede que todo esto haya ocurrido por algún motivo. Sabes cuánto temía yo la despedida, y ahora que ha sucedido puede que resulte más fácil, puede que sea justo la solución que he estado buscando todo este tiempo, puede que sea un regalo del universo. —Las palabras han salido tan deprisa de mis labios que hago una pausa para recuperar el aliento, aunque al mirarle a los ojos veo con claridad que

sigue sin estar de acuerdo conmigo. Así que cambio de táctica y adopto otro enfoque, esperando que funcione mejor—: Sé sincero, Damen; en todos tus años de existencia, con tantas idas y venidas, ¿no has buscado pelea ni una sola vez? ¿No has utilizado una pelea como excusa para marcharte?

—Por supuesto que sí —responde. Desvía la mirada y juguetea con la cinturilla de los calzoncillos negros—. En más de una ocasión, te lo aseguro. Pero eso no significa que fuese lo correcto.

Me quedo en silencio, sin saber qué añadir. Entorno los ojos cuando Damen se vuelve para ajustar las contraventanas. Entra en la estancia un tenue rayo de luz

de lo que parece ser un día gris y nublado de mediados de diciembre.

—Puede que tengas razón —dice, contemplando el paisaje—. Puede que sea la forma más limpia de cortar la relación. Contarle la verdad sería como echar leña al fuego. Jamás sería capaz de aceptarla. Y si la aceptase milagrosamente, bueno, seguro que se apresuraría a condenarla. Y lo peor es que tendría toda la razón. Lo que he hecho contigo es antinatural. Va en contra de todas y cada una de las leyes de la naturaleza. —Damen hace una pausa para observarme con expresión apesadumbrada—. Créeme, estoy seguro de que no estamos viviendo la vida que estábamos destinados a vivir. Nuestros

cuerpos son inmortales, cierto, pero está claro que nuestras almas no. Nuestras vidas contravienen las leyes más fundamentales de la naturaleza. Somos lo contrario de lo que estábamos destinados a ser.

Estoy a punto de hablar, de decir cualquier cosa, aunque solo sea porque no me gusta nada verle así. Pero él no me lo permite. Aún no ha terminado su discurso. Todavía piensa exponer unos cuantos argumentos más.

—Mi estancia en Shadowland sirvió al menos para enseñármelo. Ever, tú estuviste allí, dos veces si mal no recuerdo: la primera a través de mí, y hace poco por culpa de Haven. Así que,

dime, ¿puedes negar lo que acabo de decirte? ¿Puedes negar que es cierto?

Inspiro hondo y me acuerdo del día terrible en el que Haven me estampó el puño en la garganta. Justo en mi punto débil, el quinto chakra, en mi caso el centro de la falta de discernimiento, el mal uso de la información y la confianza en la gente equivocada. Solo hizo falta un fuerte puñetazo para matarme, para acabar conmigo, para mandarme dando vueltas sobre mí misma hasta aquel horrible y oscuro agujero infinito. El abismo. El descanso final para las almas inmortales. Recuerdo que crucé la oscuridad como una exhalación, perdida en el vacío, burlada por una serie interminable de

imágenes de todas mis vidas pasadas, obligada a revivir los errores que cometí, todos mis desaciertos, el mal que hice, sintiendo el dolor de otros con la misma intensidad que el mío propio. No encontré mi salida hasta que la verdad me fue por fin revelada. Me salvé de una eternidad de profundo aislamiento cuando supe con absoluta certeza que Damen era el amor de todas mis vidas.

Mi alma gemela.

Mi compañero para toda la eternidad.

Lo que me sanó, lo que me absolvió, fue esa revelación repentina y aquella declaración mía en la que reconocía la verdad sobre Damen y yo, sobre nuestro amor.

Eso me liberó de la carga que suponía mi chakra débil.

Solo por eso estoy aquí sentada en este momento.

Asiento con la cabeza, sin tener nada que añadir. Damen sabe lo que vi y lo que experimenté. Lo sabe tan bien como si hubiese estado allí.

—Tú y yo estamos solos, Ever. Únicamente nos tenemos el uno al otro. Una perspectiva que puede ser más atractiva para mí que para ti, pero solo porque yo me he acostumbrado a una existencia solitaria.

—Tenemos a Miles —digo, apresurándome a recordarle a Damen que Miles ya conoce el secreto de nuestra

inmortalidad—. Y a Jude. —Me quedo sin aliento; aún me siento un poco rara al mencionarlo en presencia de Damen, a pesar de que hace poco han decidido hacer borrón y cuenta nueva, comenzar de nuevo—. Así que no puede decirse que no tengamos ningún amigo, ¿verdad?

Pero él se limita a encogerse de hombros y piensa en la parte que no he mencionado, esa que resulta demasiado dolorosa: que algún día Miles y Jude serán viejos y canosos, cenarán temprano y tendrán como máxima ilusión jugar una estimulante partidita de tejo, mientras que Damen y yo seremos exactamente los mismos, sin haber cambiado en absoluto.

—Supongo que no me gusta nada que

Sabine y tú acabéis así —dice por fin, con una mirada que parece un suspiro—. Aunque tal vez tengas razón, tal vez sea una manera tan buena como otra, teniendo en cuenta que es inevitable.

Arrojo la almohada a un lado y extendiendo la mano hacia él. Cuando se pone de un humor tan sombrío, cuando se encierra en sí mismo y empieza a sentirse culpable, no puedo soportarlo. Estoy ansiosa por cambiar de tema, por dejar esto atrás. Pero Damen ya se ha girado sin ver mi gesto, así que dejo caer el brazo y jugueteo con el edredón.

—Vale, dime entonces, aparte de la conversación con Sabine, ¿qué más tienes pensado para las vacaciones de invierno?

—pregunto, confiando en ahuyentar esa oscura nube.

Tarda un momento en responder, en superar la desesperación. Pero cuando lo hace, vale la pena. La sonrisa que ilumina su cara alegra al instante lo que parecía que iba a ser un día triste y deprimente.

—Bueno, estaba pensando que podríamos hacer algo espontáneo, tal vez incluso un poco alocado. Estaba pensando que podríamos intentar divertirnos un poco para variar. Recuerdas lo que es divertirse, ¿no es así?

—Vagamente —contesto, participando de buena gana en este juego en particular.

—Pensaba que podríamos viajar a algún sitio...

Me dedica una mirada maliciosa y misteriosa, y echa a andar hacia el diván de cuero de color crema situado al otro lado de la habitación. Coge el batín de seda oscura que abandonó anoche sobre el brazo del sofá y se lo pone rápidamente. Su cuerpo se mueve con gestos tan fluidos que parece fundirse con la prenda.

Le observo con atención. Me pregunto si será cierto que ha estado planeando algo así o si solo trata de tentarme con un plan que se le acaba de ocurrir.

—Pero... —Hace una pausa y se ata el cinturón a la altura de las caderas. El batín cuelga abierto y suelto, y deja al descubierto su pecho desnudo y unos abdominales bien definidos.

Apoyo la espalda contra el cabecero al tiempo que me levanto la sábana hasta la barbilla. Al verlo semidesnudo, soy consciente de lo poco vestida que voy yo también. Aún no me he acostumbrado a la intimidad que conlleva la vida en pareja, y todas las mañanas me siento bastante tímida y cohibida.

—Ever, sé cuánto deseas llegar al fondo de todas tus preocupaciones y, como te dije anoche, estoy dispuesto a ayudarte...

Lo miro y me preparo para afrontar sus mejores capacidades de negociación, afinadas y pulidas. Casi puedo ver en sus ojos los argumentos que construye.

—Así que estoy dispuesto a dedicarle

una semana a este asunto. Durante una semana ininterrumpida centraré toda mi atención en tratar de descifrar el código de esa anciana loca, y luego, cuando esa semana termine, si no hemos llegado a ninguna conclusión, bueno, lo único que te pido es que aceptes la derrota con elegancia para que podamos pasar a un plan mucho mejor, mucho más alegre y mucho más divertido. ¿Qué me dices?

Me mordisqueo la cara interna de la mejilla, tomándome unos segundos para meditar mi respuesta:

—Pues te digo que depende.

Me mira y, al cambiar de posición, se le afloja ligeramente el batín. Amplía la visión. No juega limpio.

—Depende de ese plan tuyo. —Mis ojos se clavan en los suyos—. Tengo que saber en qué me estoy metiendo, adónde tienes previsto llevarme. No puedo acceder a ciegas, sin más, a cualquier cosa que se te ocurra. Tengo mis normas, ¿sabes?

Aparto la mirada y me miro las manos, negándome a mirarle a él, a contemplar la maravilla que él representa, y opto por concentrarme en mis cutículas.

Damen se echa a reír. Su carcajada profunda y gozosa llena la habitación, llena mi corazón. Me alegra saber que el humor melancólico de hace unos instantes ha quedado olvidado por el momento.

Se vuelve y se dirige al cuarto de

baño. Las palabras flotan por encima de su hombro cuando dice:

—Un viaje. Tú y yo solos en algún lugar magnífico y exótico. Un viaje como es debido, Ever. Lejos de todos y de todo. Unas vacaciones en el sitio que yo elija. Solo tienes que acceder a eso. Déjame los detalles a mí.

Sonríó para mis adentros. Me encanta cómo suenan sus palabras y las imágenes que suscitan en mi mente, pero no pienso reconocerlo, así que me limito a decirle:

—Ya veremos. —El sonido del agua llega desde su espaciosa ducha y sofoca mi voz—. Ya lo veremos —murmuro, tentada de reunirme con él. Sé que es justo eso lo que quiere, pero, como solo

dispongo de una semana para descifrar el código, opto por dirigirme hacia su ordenador portátil.

Capítulo cuatro

—¿Has encontrado algo?
Damen se frota el pelo mojado con una toalla para quitarle el exceso de humedad. A continuación, la arroja a un lado y la sustituye por un rápido movimiento de los dedos.

Me aparto del escritorio y ruedo con la silla unos centímetros hacia él. Me pongo a mover la silla hacia delante y hacia atrás y de lado a lado mientras contesto:

—He hecho varias búsquedas. He buscado esos números que mencionó, pensando que podía tratarse de una fecha,

o de un código, o de un vínculo a un pasaje importante, un himno, un salmo, un poema, o... algo. —Me encojo de hombros—. Incluso he buscado ese nombre que pronunció, «Adelina», pero no me ha salido nada. Así que luego he hecho una búsqueda de los números y el nombre juntos, pero tampoco he encontrado nada. O al menos nada que parezca relacionado con nosotros.

Asiente con la cabeza y desaparece un momento en el vestidor. Al poco rato reaparece vestido con un par de vaqueros limpios y un jersey negro. Yo opto por la táctica mucho más fácil y un tanto perezosa de manifestar mi propia ropa, que resulta ser muy similar.

Aunque mi jersey es azul. A él le gusta vestida de azul. Dice que resalta el azul de mis ojos.

—Bueno, ¿por dónde empezamos?

Se sienta en la butaca y se pone unos zapatos negros sin cordones TOMS, una de las pocas cosas que aún compra, pero solo porque parte de los beneficios se destinan a proyectos solidarios.

Han quedado atrás las botas de cuero italianas hechas a mano que llevaba cuando nos conocimos. Ahora usa chancas baratas de goma en verano y TOMS en invierno. Aparte de su opulenta y enorme mansión de multimillonario y del reluciente BMW M6 Coupé negro totalmente equipado que aguarda en el

garaje (un coche que le obligué a manifestar de nuevo y conservar), parece tener previsto mantener su reciente promesa de vivir de forma más sencilla y consciente, menos vistosa y materialista.

—Durante la próxima semana, soy todo tuyo —declara, poniéndose en pie y tomándose un momento para sacudir cada pierna y colocarse bien el dobladillo de los vaqueros.

—¿Solo durante la próxima semana?

Me sitúo ante el espejo enmarcado de cuerpo entero apoyado contra la pared, tratando de convencer a mi pelo para que haga algo distinto y no se limite a permanecer liso contra mi cabeza. Sin embargo, tras manifestar unos rizos y

ondas que no me quedan bien, desisto y lo dejo tal como estaba; solo me lo recojo en una cola baja y floja.

—Aunque tú y yo no tenemos fecha de caducidad, este pequeño proyecto tuyo sí la tiene, y estuviste claramente de acuerdo. Así que, dime, ¿por dónde empezamos? —pregunta, mirándome y aguardando instrucciones.

Compruebo mi perfil y me paso las manos por los mechones sueltos que insisten en sobresalir por los lados. Creo que debería intentar otra cosa, pues no acabo de estar satisfecha con el reflejo que me devuelve el espejo. Inspiro hondo y me fuerzo a aceptarlo.

Cada vez que me miro, lo único que

veo son aspectos que me gustaría cambiar.

Cada vez que Damen me mira, lo único que ve es un espléndido regalo del universo.

Entre una y otra perspectiva se halla la verdad.

—Vamos —le digo, girándome para poder mirarlo a la cara. Sé que no hay tiempo que perder, que una semana llena de ocupaciones, una semana como la que he planeado, puede parecer un par de minutos.

Le aprieto la mano, nos situamos uno junto al otro y visualizamos el suave velo dorado resplandeciente que nos lleva a Summerland.

Nos saltamos el enorme y fragante

prado salpicado de árboles y flores palpitantes, y optamos por aterrizar al pie del amplio tramo de escalones que lleva a los Grandes Templos del Conocimiento. Nos detenemos un instante con los pensamientos acallados y los ojos muy abiertos. La visión es tan imponente que nos deja a ambos sin aliento.

Nos fijamos en los intrincados grabados, en el enorme tejado inclinado, en las imponentes columnas y en las alucinantes puertas. Todas sus vastas y variadas partes cambian a toda velocidad: las pirámides de Giza se convierten en el templo del Loto, que a su vez se transforma en el Taj Mahal, y así sucesivamente. El edificio se rehace y se

reforma, hasta que las mayores maravillas del mundo aparecen representadas en su fachada cambiante. El templo solo acoge a quienes son capaces de verlo como es: un lugar impresionante creado a base de amor, de conocimiento y de cosas buenas.

Las puertas se abren ante nosotros. Subimos las escaleras y nos adentramos en el amplio y espacioso vestíbulo lleno de una luz brillante y cálida, un resplandor luminoso que, al igual que en el resto de Summerland, inunda hasta el último recoveco, el último rincón y el último espacio, sin dejar sombras o zonas oscuras (salvo las que creo yo) y sin parecer emanar de ningún sitio.

Luego avanzamos entre columnas de

mármol blanco esculpidas al estilo de la antigua Grecia; pasamos junto a las múltiples filas de largas mesas y bancos de madera tallada, en los que se sientan sacerdotes, rabinos, chamanes y todo tipo de buscadores espirituales, entre los cuales «¿podría estar Jude?».

En cuanto su nombre aparece en mi mente, Jude levanta la cabeza y me mira. Los pensamientos son cosas y están compuestos por una energía muy pura. Aquí en Summerland todo el mundo puede oírlos.

—Ever... —me saluda; se pasa la mano por la frente y a continuación se aparta de la cara la maraña de largas rastas de color bronce—. Y Damen... —

Su expresión se mantiene inescrutable, ilegible, aunque está claro que hace un gran esfuerzo por ocultar sus emociones.

Se levanta de su asiento muy despacio, a regañadientes. Pero, cuando Damen avanza hacia él sonriente, Jude hace lo que puede para corresponderle, y su propia sonrisa hace aparecer sus hoyuelos.

Sin moverme, me quedo de pie contemplando el habitual ritual de saludo masculino, con sus palmaditas en el aire y en la espalda. Mientras tanto, intento interpretar el significado de las mejillas enrojecidas de Jude, por no mencionar la sombra de pesar que aparece en sus ojos de color aguamarina.

Aunque Damen y él han llegado a una tregua, aunque Jude conoce ahora nuestros principales secretos y no piensa divulgarlos, aunque tengo la absoluta certeza de que su asombrosa capacidad de frustrar mis mejores planes no resulta nada calculada por su parte, aunque sé con certeza que una fuerza superior le obliga a hacerlo, a entrometerse siempre en el peor momento posible, no puedo evitar vacilar, no puedo superar mi reticencia a saludarle.

Pero solo tardo un instante en reconocer esa vacilación como lo que realmente es.

Me siento culpable.

Con esa culpabilidad de toda la vida.

Ni más ni menos.

La clase de culpabilidad causada por haber compartido con alguien un largo pasado, un tanto enrevesado y en ocasiones bastante romántico, y sin embargo, al final, escoger siempre a otra persona.

Pese a que Jude intentó evitarlo, siempre escogí a Damen. Y hace muy poco he vuelto a hacerlo.

Aunque sé que he tomado la mejor decisión, la más correcta, la única posible; aunque sé de forma instintiva que hay otra persona ahí fuera, otra persona mucho más adecuada para él que yo, Jude no opina lo mismo.

Nos mira, primero a Damen y luego a

mí. Su mirada acaba asentándose en la mía y desata una inconfundible oleada de calma serena y lánguida que atraviesa mi cuerpo, un fenómeno que solo he experimentado con él, en esta vida y en las que la han precedido. Y por más que intento mantenerme distante y neutral, es imposible ignorar el anhelo que muestra su mirada, la pequeña esperanza que aún conserva. Aunque desaparece en un instante, aunque Jude se apresura a sustituir ese anhelo por otra cosa, por algo que contiene mucho menos dolor, algo mucho más benigno, me tomo un momento para manifestar una brillante estrella sobre su cabeza, deseando una vez más que encuentre pronto a la única persona en

el universo que le está destinada solo a él, que es mucho más adecuada para él de lo que yo podría ser jamás.

Luego la hago desaparecer antes de que ellos la vean.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunto, forzando una sonrisa y manteniéndola hasta que empiece a parecerme real.

Mueve los pies de un lado al otro, oscila hacia delante y hacia atrás sobre los talones mientras sus dedos tratan torpemente de meterse en las trabillas de los vaqueros. Revisa sus pensamientos, sopesa sus opciones, duda entre una sinceridad total o parcial, y opta por la total cuando dice:

—Es que me gusta esto. No puedo evitarlo. Ava siempre me advierte de que no me pase, pero no puedo mantenerme lejos de aquí.

—Summerland es así. —Damen asiente con la cabeza como si lo entendiese muy bien, como si él mismo se hubiese enfrentado a la misma tentación. Y quién sabe, quizá sea cierto y no haya tenido tiempo de contármelo—. La atracción es enorme —añade—. Cuesta ignorarla.

—¿Estás investigando algo en particular?

Me esfuerzo por hablar con un tono de voz normal, aunque me pongo de puntillas para tratar de ver la tablilla que él estaba

estudiando cuando hemos llegado. Pero es demasiado listo y se apresura a borrarla en cuanto ve lo que intento.

Por eso me quedo tan sorprendida cuando dice:

—La verdad es que estaba investigando un poco sobre ti. —Clava en mí sus ojos ardientes, y Damen entorna los suyos, tratando de determinar a qué se refiere. Los miro, primero al uno y luego al otro, e intento buscar algo que decir, pero Jude se me adelanta—: Estaba tratando de averiguar por qué me entrometo siempre en tus planes.

Hago una pausa. Se me seca la garganta y carraspeo un poco antes de poder hablar.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?
—pregunto, demostrando alto y claro con mi voz, mi postura, mi expresión y mi comportamiento que mi interés por este tema prácticamente no conoce límites.

Niega con la cabeza. Su expresión me pide disculpas de un modo que las palabras no pueden expresar.

—No, o al menos nada concreto —dice.

Dejo caer los hombros y un suspiro escapa de mis labios. No puedo dejar de pensar lo agradable que habría sido que Jude hubiese podido hacer todo el trabajo por mí, pero las cosas nunca son tan fáciles.

—Aunque había algo...

Jude vuelve a contar con toda mi atención, y creo que también con la de Damen.

—No es algo que haya visto —añade—. Es más bien un pensamiento que no deja de asaltarme y que no he podido ahuyentar.

—Así es como funciona Summerland —comento, asintiendo con demasiada energía—, o al menos los Grandes Templos. No siempre es concreto, ¿sabes? No siempre es algo que puedas leer o experimentar. A veces es solo un pensamiento persistente que se niega a marcharse hasta que le prestas atención.

Jude asiente con la cabeza, se mete los pulgares en las trabillas y nos echa un

vistazo a Damen y a mí.

—En cualquier caso, aunque sé que seguramente las palabras que voy a decir sonarán sentenciosas, creo que a estas alturas ya sabéis que no lo pretendo. En fin, no puedo dejar de pensar que todos vuestros problemas, vuestros... obstáculos... en fin... que se deben a vuestra inmortalidad.

Los dos lanzamos a Damen una mirada furtiva. Ambos sabemos que él es el responsable de nuestra situación y que es plenamente consciente de ello.

—Todo eso del elixir y... bueno, lo que sea. No conozco los detalles, pero aun así no es natural, ¿me seguís? Se supone que no debemos alcanzar la

inmortalidad física; para eso está el alma. El alma es nuestra parte inmortal. Se recicla una y otra vez según tengo entendido, pero jamás muere. Nuestro destino es esforzarnos por superar el mundo físico, no... no conformarnos con él y únicamente con él... —Pone cara de vergüenza, pero ahora que ha empezado sabe que no tiene más remedio que acabar. Además, podemos oír en su cabeza las palabras que se dispone a pronunciar cuando dice—: Se supone que no se debe abrazar el mundo físico como si fuese la última parada, como si fuese todo lo que hay.

Guardo silencio, y Damen también lo hace. A ambos nos asombra que las

palabras de Jude constituyan un eco familiar y un tanto sobrecogedor de las que Damen ha pronunciado hace un rato en su habitación.

Y no puedo evitar preguntarme si hay una razón para eso, si mi destino es oír esas palabras. Me refiero a oírlas de verdad, y tal vez incluso a hacer algo al respecto.

Tal vez mi destino sea prestarles toda mi atención en lugar de descartarlas con un gesto, que es lo que más me apetece.

Jude entorna los ojos, reduciéndolos a dos estrechas rendijas de un brillante color aguamarina, una porción de un tentador mar tropical en el que sería muy fácil sumergirse.

—Y creo que... tal vez... bueno, creo que el karma que acumulasteis al tomar esa decisión os está impidiendo experimentar... —Mueve los pies de un lado al otro, agita las manos y por fin reúne el valor suficiente para continuar—: Bueno, creo que os está impidiendo experimentar la auténtica felicidad. La verdadera dicha. No sé si sabéis a qué me refiero.

«Sí, creo que sé a qué te refieres.»

Suspiro, y Damen también suspira. Parecemos un coro descontento y frustrado.

—Bueno, ¿algo más? —Arqueo una ceja; me doy cuenta de que mis palabras han sonado mucho más bruscas de lo que

pretendía y trato de suavizar el tono cuando añadió—: Me refiero a si tienes alguna idea de cómo evitar todo eso.

Jude aprieta los labios. Su piel morena se vuelve blanca en torno a la boca, una boca que he besado una o dos veces. No estoy muy segura de cuántas han sido, pues los tres hemos compartido muchas vidas. Nos mira con expresión sincera cuando dice:

—Lo siento, eso es todo. Así que... bueno, chicos, os dejo y...

Empieza a apartarse, y está claro que desea dar por terminada la conversación y proseguir con sus asuntos. Pero mientras Damen continúa absorto, perdido en una oscura nube de culpa, alargo el brazo para

agarrar a Jude de uno de sus bíceps y atraerle hacia mí en una muestra de fuerza bruta, con una mirada suplicante y un pensamiento apresurado que no he tenido tiempo de considerar, no he tenido tiempo de corregir.

Damen me mira; se ha visto arrancado de sus pensamientos para concentrarse en los míos. La frase clara, un tanto alarmante y bastante embarazosa que decía «¡No, no te vayas!» ha resonado en mi cabeza, ha resonado en la habitación, antes de que haya podido detenerla.

—Hummm... Lo que quiero decir es que no tienes que marcharte por nosotros.

Damen entorna los ojos y me observa con gran interés. Lo mismo hace Jude. El

resultado son dos pares de cejas enarcadas, mientras los ojos que se encuentran debajo centran su mirada en mí.

Sé que tengo que acabar de expresar mi pensamiento antes de que ambos lleguen a alguna conclusión horrible que nos devuelva una vez más al punto de partida, por lo que digo:

—Lo que quiero decir es que... ¿de verdad tienes que marcharte ahora mismo?

¡Puaj! Pongo los ojos en blanco para mis adentros ante semejante frasecita. ¿Qué demonios me ocurre? Por decirlo de forma suave, voy de mal en peor. Por desgracia, parece que Jude está de

acuerdo.

—Bueno, creo que será mejor que os deje solos y que me dedique a explorar un poco antes de reunirme con Romy, Rayne y Ava.

Se encoge de hombros, y ese gesto muestra lo incómodo que se siente por culpa de mis palabras.

—¿Están aquí? —pregunto mirando a mi alrededor, aunque no espero encontrarlas. Es más un intento de recuperar la compostura que otra cosa.

Jude me lanza una mirada extraña, aunque se apresura a disimularla diciendo:

—No, han vuelto al plano terrestre. ¿Por qué lo preguntas? —Su frente se

arruga, sus labios componen una mueca seria—. ¿Qué pasa, Ever?

La energía que emana de Damen me dice que está pensando lo mismo. Por eso, respiro hondo y me tomo un momento para mirarles a ambos a los ojos mientras me obligo a pronunciar las palabras:

—Escucha, estoy trabajando en un pequeño... proyecto de investigación —digo—. Y, como solo tengo una semana para llegar al fondo de la cuestión —añado, lanzándole a Damen una mirada significativa—, he pensado... es decir, si a ti no te importa, yo, o sea, nosotros... —Mi mirada se clava en la de Damen, rogándole que confíe en mí—. Bueno, en vista de las limitaciones de tiempo y las

ideas que has compartido con nosotros, he pensado que tu ayuda nos vendría muy bien. Creo que tu perspectiva podría resultarnos muy, muy útil. Pero, por supuesto, depende de ti...

Jude nos mira. Sopesa sus opciones y decide dirigirme a mí sus palabras:

—De acuerdo, te ayudaré. Es lo mínimo que puedo hacer por haberlo echado todo a perder con Haven y por los demás problemas que te he causado. Así que, dime, ¿por dónde empezamos?

Capítulo cinco

Me instalo en el asiento junto a Damen y aprieto su rodilla con la mía. La mesa de madera impide que Jude lo vea. No es necesario restregárselo por la cara; se sentiría peor de lo que ya se siente.

Aun así, no tarda en levantarse. Murmura que quiere probar algo nuevo, algo que se le acaba de ocurrir. Una excusa para escapar, para marcharse de aquí, para irse a algún sitio que esté más alejado de Damen y de mí.

Estudio la gran esfera de cristal que flota ante Damen, tratando de distinguir las imágenes que revela. Pero desde mi

posición solo percibo una visión borrosa de vivos colores. Para verla bien debería sentarme frente a ella, aunque de la forma en que Damen la observa, con los hombros caídos, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y una respiración constante y lenta, deduzco que no ve nada de interés, nada que pueda proporcionarnos esa información que necesitamos. Si acaso, parece que le produce sueño.

Tras mirar con el ceño fruncido la tablilla que tengo delante, tan prometedora como la esfera de Damen, la aparto asqueada y echo un vistazo a mi alrededor. Necesito con urgencia un poco de ayuda. No soy nada exigente, a estas

alturas aceptaré lo que surja. Sin embargo, no aparece ayuda alguna. Todo el mundo permanece inmerso en sus asuntos, en sus investigaciones personales, y nadie me presta atención. Pese a que cierro los ojos, pese al torrente de preguntas que surge de mi mente, pese a mi súplica de asistencia que suena fuerte y clara, los Grandes Templos no hacen ningún intento de abordarla, ningún intento de trasladarme rápidamente a la sala adecuada, tal como han hecho tantas otras veces.

Hoy, aparte de permitirme la entrada, los Grandes Templos del Conocimiento parecen ignorar mi presencia.

Trato de calmarme, trato de

concentrarme, de meditar, de acudir a ese espacio agradable y tranquilo, pero estoy demasiado inquieta, demasiado agitada, y no puedo centrarme. Mi mente se ve asaltada por la clase de pensamientos que impiden encontrar la paz. ¿Cómo voy a relajarme y concentrarme en el fluir de cada respiración cuando estoy oyendo el tictac del reloj de la pared, que me recuerda sin cesar la rapidez con la cual mi plazo de una semana se reduce y se acerca al final?

Echo otra ojeada a la esfera que gira ante Damen. No puedo evitar sentirme abatida y derrotada, y dejo que mi mente viaje por su cuenta a un lugar que no me gusta.

Un lugar de duda.

Crítica.

Reserva extrema.

La parte de mí que quiere creer queda rápidamente en un segundo plano cuando me pregunto qué es lo peor que puede ocurrir: ¿que mi presentimiento sea acertado o que me haya equivocado por completo?

¿Sería mejor ser la única responsable de la aparición del lado oscuro de Summerland, que esa anciana loca hubiese depositado en mí tanto sus esperanzas como su desprecio?

¿O es mejor equivocarse de medio a medio, fallar del todo? Al fin y al cabo, eso aligeraría mi carga y me liberaría de

la enorme responsabilidad que conlleva esta situación.

¿Y si esa anciana es solo una loca que se ha colado en Summerland, tal como afirma Damen?

¿Y si el sueño que yo creía enviado por Riley no tiene otro sentido que el que le encuentra Damen, es decir, un patético grito de mi subconsciente que reclama más atención por su parte?

¿Y si solo estoy perdiendo el tiempo, desperdiciando una semana que podríamos aprovechar mucho mejor?

Lo que es peor, ¿y si estoy siendo egoísta al arrastrar a Jude, cuando es evidente que le resulta muy incómodo estar cerca de Damen y de mí?

Trago saliva con fuerza y observo a Damen. Comprendo que ha llegado el momento de tirar la toalla, el momento de manifestar una bolsa de viaje con los habituales artículos básicos para salir de vacaciones a fin de largarnos a cualquier destino que él elija. Que tengamos una eternidad para estar juntos no significa que deba estar dispuesta a desperdiciar siquiera unos pocos días. Pero antes quiero hacer un último intento, y para ello tengo que ir al cenador.

Nuestras miradas se encuentran; esos ojos oscuros y rasgados de pestañas gruesas y abundantes se clavan en los míos. Sus labios están separados, lo que me impulsa a inclinarme hacia él,

apoyarle la mano en el brazo y decirle:

—Damen, tengo una idea.

Su esfera se detiene y desaparece. La mirada de Damen expresa el alivio que siente al librarse de ella.

—¿Por qué no vas a buscar a Jude y le dices que deje de investigar, que he cambiado de opinión y no quiero que pierda más el tiempo? Mientras tanto, yo iré al cenador y te esperaré allí.

—¿El cenador? —repite, sonriendo con los ojos brillantes.

Asiento con la cabeza y le beso en la frente, la nariz y los labios. Luego me aparto y digo:

—¡Y date prisa!

Capítulo seis

Desde luego, se ha dado prisa.

Me doy cuenta cuando lo miro.

Acostumbra estar perfecto, impecable.

Es el chico que encarna la máxima serenidad, la calma y la entereza total y absoluta en todas las situaciones. Sin embargo, ahora que le veo de pie ante mí, su cara aparece algo enrojecida, el pelo le cae sobre los ojos y su ropa se ve un tanto desastrada. En cualquier otro, esos detalles apenas tendrían importancia, pero en Damen representan una señal clara de ilusión y expectación.

—Esto sí que no me lo esperaba, pero

me alegre. No me malinterpretes; al decir que me alegre me quedo corto, aunque de verdad que no me lo esperaba.

Estoy repantigada en el gran sofá blanco, tan mullido, tan suave y acolchado que parece un malvavisco gigante. Me incorporo, borro el gesto de decepción de mi cara y me esfuerzo por sustituirlo por una expresión de ilusión que responda a la de Damen, lo cual no resulta nada fácil ahora que ha fracasado mi última y desesperada idea.

Aun así, sé con toda certeza que ha llegado el momento de seguir adelante, por lo que fuerzo una sonrisa que empieza a parecerme real en cuanto veo el tulipán recién cogido que Damen sostiene en la

mano. Su rostro se ilumina con una sonrisa que crece en intensidad antes de cubrir en menos de un segundo la distancia que hay entre ambos. Para mí, es como una sombra borrosa que se mueve a toda velocidad. De pronto está colocando el tulipán en mi regazo, instalándose a mi lado y echando un vistazo fugaz al mando a distancia que aún conservo en la mano.

—¿Has encontrado a Jude? — pregunto, queriendo cubrir todos los aspectos serios antes de que nos distraigamos demasiado con nuestro pasado.

Damen asiente con la cabeza, se me acerca un poco más y me rodea con el brazo.

—¿Y qué? ¿Ha descubierto algo?

Damen me mira. La leve sacudida de su cabeza es la única respuesta que necesito.

Pero, aunque me deja algo desanimada (vale, tal vez bastante), no suspiro, gimoteo ni nada por el estilo. De hecho, no hago nada que revele hasta qué punto me afecta la noticia.

Una parte de mí sabe que es mejor así, ahora que Damen y yo estamos tan bien juntos, más unidos que nunca, ahora que está dispuesto a llevarme de viaje a un lugar maravilloso, exótico y romántico (todavía por determinar). Bueno, lo que menos necesito es echar a perder la felicidad de la que estamos disfrutando en

este momento, en particular después de todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí.

Lo que menos necesitamos es iniciar una búsqueda absurda y alocada, ignorando por completo el hecho obvio, flagrante e imposible de ignorar de que todas las señales indican claramente que no tengo razón. Soy muy consciente de que esta es una de esas ocasiones en las que es preferible no tener razón, pues lo contrario solo daría lugar a una avalancha de circunstancias desagradables.

Sí, una parte de mí lo sabe muy bien.

En cuanto a la otra parte, no le va a quedar más remedio que aprender a tirar la toalla.

—Bueno, ¿cuál será esta vez? — pregunta Damen, arrebatándome el mando a distancia sin perder un instante.

Lo miro con los ojos entornados y el ceño fruncido, fingiendo estar enfadada. La última vez que no me birló a tiempo el mando a distancia, tuve ocasión de pulsar una serie de botones que me revelaron una vida de esclavitud trágica, aunque llena de esperanza, que él confiaba en mantener oculta.

—No es por eso —dice, malinterpretando mi expresión y tratando de devolverme el mando. Quiere que sepa con toda certeza que he presenciado todas mis vidas, por malas que fuesen.

Pero me apresuro a apartarlo con un

gesto. Todos mis intentos han fracasado, así que prefiero dejar que a partir de ahora sea él quien tome la iniciativa.

Lo miro a los ojos y soy incapaz de impedir que el rubor invada mis mejillas cuando digo:

—¿Qué te parece Londres?

Me pongo colorada sin poder evitarlo. Por muy frívola y superficial que pudiera ser, me encanta la vida que viví como la hermosa, morena y consentida hija de un terrateniente inglés. Supongo que se debe a que disfrutaba de una vida despreocupada y tranquila. Mi muerte prematura a manos de Drina fue la única nube negra en todo ese horizonte.

Damen entorna los ojos con los dedos

preparados sobre los botones del mando a distancia.

—¿Estás segura? ¿Londres? ¿No quieres ir a Amsterdam? —pregunta, mirándome con una irresistible expresión de cachorro.

Mis labios sonríen en respuesta. Sé muy bien por qué Damen quiere siempre regresar a Amsterdam. Pese a que afirma que es porque puede pintar (el arte es su segundo amor, después de mí), yo conozco la verdad. Sé que es porque puede pintarme como una musa pelirroja, ligera de ropa, muy coqueta y completamente impúdica.

Le doy mi consentimiento; es lo mínimo que puedo hacer después de todo

el tiempo que se ha pasado muerto de aburrimiento por mi culpa en los Grandes Templos del Conocimiento. En cuestión de segundos la pantalla destella ante nosotros. Él me coge de la mano, se levanta del sofá y me conduce deprisa hasta ella.

Sin embargo, tal como suelo hacer, me detengo justo delante. Desde donde yo estoy parece una losa dura, pesada y ominosa, de esas que estarían encantadas de recompensarte con una buena conmoción cerebral por haber tenido la insensatez de tratar de fundirte con ellas. No ofrece ningún signo visible de ir a ceder lo suficiente para que puedas deslizarte en su interior.

Y, tal como él suele hacer, Damen me mira y dice:

—Cree.

Eso hago. Inspiro hondo y cierro los ojos como si me dispusiera a sumergirme en una piscina muy profunda. Aprieto el cuerpo contra la pantalla y continúo empujando hasta que estamos en el otro lado, hasta que nos fusionamos con la escena.

Lo primero que hago es introducir las manos en mi cabello. Paso los dedos entre los mechones y sonrío al notar su tacto sedoso. Me encanta este cabello. Sé que es una muestra de vanidad, pero no puedo evitarlo. Es una melena de un precioso rojo fuego, como una puesta de sol

desmedida con una pizca de oro. Y cuando miro mi vestido o, para ser más exactos, la escueta tela de seda de color carne que me envuelve y me rodea, sujeta precariamente mediante un nudo flojo atado en la nuca, bueno, siempre me quedo asombrada al pensar en la cantidad de seguridad en una misma que hace falta para llevar algo así. Cuando estoy aquí, vestida como ella, no me siento nada tímida.

Pero entonces ya no soy la Ever de diecisiete años; esta ha sido sustituida por Fleur, una hermosa muchacha holandesa de diecinueve que no duda de su belleza, que no duda de sí misma.

No duda del amor inagotable que

brilla en los ojos del artista moreno y guapo que está de pie ante su caballete y la pinta.

Me muevo con gracia y soltura por el campo de tulipanes, disfrutando del contacto de los suaves y sedosos pétalos y de los tallos que me rozan. Me detengo en el punto adecuado y me vuelvo hacia él, adoptando la pose que me ha pedido.

Mi mirada se mueve entre las flores y se eleva hacia el cielo surcado de nubes. Finjo estar absorta, cautivada por la exuberante naturaleza que me rodea, cuando en realidad solo estoy esperando el momento inevitable en que él abandonará la pintura para estar conmigo.

Clavo mis ojos en los suyos y solo me

permiso la sombra de una sonrisa al ver cómo le tiembla el pincel, una señal clara de que en cuestión de segundos renunciará al placer de reflejarme en la tela a cambio del placer de apresarme entre sus brazos. Veo las ansias, la llama encendida de deseo que estalla en su mirada.

Y no tarda en dejar el pincel a un lado y avanzar hacia mí. Su paso es lento y controlado, pero cargado de intención. El fuego de sus ojos genera tanto calor que puedo percibirlo desde donde estoy. Finjo estar tan absorta en la pose que aún no he notado su proximidad, el hormigueo cálido que recorre todo mi cuerpo. Un juego de coquetería que a ambos nos encanta.

Sin embargo, en lugar de tomarme entre sus brazos, el pintor se detiene delante de mí con una expresión incierta en el rostro. Sus dedos se estremecen al buscar en el bolsillo el frasquito de plata, el que contiene el extraño líquido opalescente que bebe a menudo. Sus ojos continúan ardiendo contra los míos, aunque tras la necesidad habitual acecha algo nuevo, tan imposible de interpretar como de negar.

Sus dedos tiemblan al agarrar el frasco y ofrecérmelo. Su cuerpo me insta a cogerlo, a probarlo, mientras su mirada atormentada me cuenta otra historia, revelando una batalla secreta que se libra en su interior. Por fin, dominada por un

temor mudo, su expresión se transforma y muestra una brutal y amarga resolución. Devuelve el frasco a su lugar y alarga las manos hacia mí.

Sus brazos me rodean, me estrechan contra su pecho. Su cuerpo desprende tanto amor, tanta adoración, que cierro los ojos y me sumerjo en él. Me sumerjo en la sensación de su contacto, de sus labios que se aprietan contra los míos, perdida en la maravillosa, etérea e ingrátida emoción de estar con él. Como navegando entre nubes, flotando sobre el arcoíris, desafiamos a la gravedad y a todos los límites. Damen y yo nos fundimos en un beso largo, tentador y emotivo que ya no podemos experimentar en nuestro hogar,

en el plano terrestre.

Y aunque nuestro beso resulta mucho mejor que los besos que podemos compartir en nuestro hogar, también acusa las restricciones de los acontecimientos anteriores.

Sus dedos se deslizan hacia arriba hasta introducirse en el frágil nudo de seda de mi cuello. Está a punto de deshacerlo y liberarme, cuando yo (¡ella!) emito un ruidito de protesta y lo aparto de mí. Y, bueno, en ese momento, no puedo evitar maldecirla.

Estúpida Fleur.

Qué muchacha tan estúpida fui.

En fin, si ella estaba tan segura de sí misma, si era tan despreocupada, ¿por qué

lo detuvo justo al llegar a lo mejor, justo cuando se disponían a...?

Mi enfado se transforma en indignación cuando comprendo que las decisiones que tomé entonces me persiguen a todas partes, determinando lo que se nos permite hacer y hasta dónde podemos llegar. Mi frustración crece de tal manera que de repente me veo arrojada fuera de la escena.

Fuera del personaje.

Fuera de Fleur. Vuelvo a ser yo, Ever.

Me quedo allí, jadeando con los ojos abiertos de par en par. Me asombra ver que continúo formando parte de la escena, que soy capaz de observar todo lo que sucede ante mí, aunque he dejado de

interpretar uno de los papeles protagonistas.

No tenía ni la menor idea de que pudiese hacer esto, de que pudiese convertirme deliberadamente en espectadora. Ni siquiera tenía ni la menor idea de que fuese posible algo semejante.

Pero mientras me quedo aquí, admirando boquiabierta este prodigio, Damen permanece del todo ajeno a lo que está pasando. Demasiado ensimismado para darse cuenta. Demasiado inmerso en el momento para apercibirse de que la muchacha a la que se esfuerza por despojar de su ropa está ahora, bueno, «desocupada», a falta de una palabra mejor.

—Damen —susurro, aunque él no se vuelve, no se da cuenta de que ella es solo una cáscara vacía y sin alma—. Damen —repito, esta vez con un tono un poco más áspero. Basta, ya es suficiente. Es como ver a tu novio enrollarse con otra, aunque esa otra fueses tú en otro tiempo. Pero, aun así, es demasiado raro. Me está entrando la neura.

Él se aparta de mala gana, a regañadientes, y se vuelve hacia mí con una expresión de total y absoluta confusión. Un intenso color carmesí le asciende del cuello a las mejillas cuando se da cuenta de que acaba de pasar los últimos segundos dedicado al equivalente en Summerland de una chica

preadolescente que aprende a besar con una almohada.

La mirada de Damen salta de una a otra, de mi versión real, que se mueve, vive y respira delante de él, a la versión desocupada y un tanto translúcida de Fleur, a su lado. Y aunque ella sigue siendo igual de atractiva, al ver su actual estado de animación suspendida, sus ojos entornados, sus labios fruncidos y su cabello alborotado, bueno, no puedo evitar reírme. Cuando Damen no se ríe, me doy cuenta de que él no lo ve igual que yo.

—¿Qué pasa? —pregunta con el ceño fruncido, arreglándose la camisa holgada de algodón que llevaba en esa época.

—Lo siento. Es que... —Miro a mi alrededor y me esfuerzo por sofocar la risa, a sabiendas de que él ya se siente bastante avergonzado—. Supongo que... —Me encojo de hombros y vuelvo a empezar—: En fin, no estoy muy segura de lo que ha ocurrido. Estaba haciendo todos los movimientos y de pronto me he sentido tan frustrada al ver que Fleur te apartaba que mi frustración me ha propulsado fuera de la escena, fuera de ella.

—¿Y cuánto hace de eso? ¿Cuánto rato llevas ahí mirando? —me pregunta, cuando lo que en realidad quisiera saber es hasta qué punto debería sentirse avergonzado.

—No mucho, de verdad —contesto asintiendo vigorosamente, con la esperanza de que me crea.

Él también asiente aliviado. Recupera el color y alarga los brazos hacia mí.

—Lo siento, Ever. De verdad que lo siento. Todo lo que he intentado hasta ahora ha fallado. No puedo descubrir el antídoto de Roman por más que lo intente. —Me mira con expresión de derrota—. Y hasta que se me ocurra otra opción, algo que aún no haya intentado, me temo que esto es lo mejor que podremos conseguir. Pero si se está convirtiendo en una fuente de frustración, tal vez deberíamos dejar de venir aquí, al menos durante un tiempo.

—¡No! —Lo miro negando con la

cabeza. Eso no es en absoluto lo que yo pretendía, ni mucho menos—. No, no, es que... —Me apresuro a descartar la sugerencia con un gesto—. Yo también estaba absorta en el momento. Disfrutaba de su juego de coquetería tanto como tú. Y, créeme, estoy tan sorprendida como tú de que haya sucedido esto. Me refiero a que, si bien he tenido algún pensamiento que parecía poco propio de ella, esta es la primera vez que uno de esos pensamientos me expulsa del personaje. Ni siquiera sabía que eso fuese posible, ¿y tú?

Se encoge de hombros, siempre demasiado absorto en el momento como para molestarse siquiera en pensar en ello.

—Pero, aun así, ahora que estamos aquí... —Me pregunto si realmente debería seguir, y decido que no tengo nada que perder—. Bueno, quiero hacer una puntualización que se me ha ocurrido hace poco.

Él espera, espera a que deje los preámbulos y vaya al grano.

Aprieto los labios y miro a mi alrededor tratando de organizar mis pensamientos, de encontrar las palabras adecuadas. En realidad no tenía previsto sacar el tema, no tenía intención de hablar de ello, y sin embargo eso no basta para impedir que me vuelva hacia él y que las palabras salgan a toda prisa de mi boca:

—He estado pensando. No sé cómo

decirlo, pero, bueno, ya sabes que cada vez que venimos aquí escogemos entre mis vidas, ¿verdad?

Damen asiente con paciencia, aunque su expresión indica que en realidad se está impacientando.

—Pues hay una parte de mí que no puede evitar pensar en lo extraño que resulta que tengamos que escoger siempre entre mis vidas. ¿Y si Damen Augustus Notte Esposito no fue tu primera vida?

No se asombra, no se queda boquiabierto, no da un respingo, no mueve los pies ni las manos, no habla entre dientes ni hace ninguna de las pequeñas maniobras nerviosas destinadas a ganar tiempo que yo esperaba que hiciera.

No, continúa quieto. Su rostro se muestra inexpresivo, vacío, como si no opinase nada de la idea que acabo de plantear. Como si yo acabase de hablar en uno de los pocos idiomas que no domina.

—Justo antes de que llegases aquí, he utilizado el mando a distancia para pulsar los números, ya sabes, ocho, ocho, uno, tres, cero, ocho. Pensaba que podía ser una fecha importante o algo así, una época en la que ambos vivimos. Y aunque no ha ocurrido nada, no puedo dejar de pensar que es una posibilidad muy real. En el fondo, ambos sabemos que viví como una criada parisina llamada Evaline, ¿verdad? Y como la hija de un puritano llamada Abigail; también como una chica

consentida de la alta sociedad londinense, Chloe; y como la musa del artista, Fleur. —La señalo a ella—. Y la joven esclava, Emala. Pero ¿y si tú no has sido siempre Damen? ¿Y si fuiste una vez, hace tiempo, hace mucho tiempo, otra persona muy distinta?

«¿Y si también te reencarnaste?»

Dejo la última frase sin pronunciar, pero sabiendo que la ha oído de todos modos. No podemos ignorar las palabras que acabo de decir, si bien queda claro enseguida que Damen sí tiene intención de hacerlo.

Sus hombros rígidos y su mirada oscura contrastan con mi rostro encendido y mi cuerpo vibrante. Y por más que

intento atemperar mi entusiasmo, es inútil. La ilusión de esta nueva idea, de esta posibilidad tal vez sin descubrir, me domina de tal manera que prácticamente siento la energía brillando a mi alrededor. Y si yo tuviese aura, pese a que ningún inmortal la tiene, estoy segura de que resplandecería y sería del más hermoso púrpura, con montones de centelleantes motas doradas, porque es así como me siento.

Es así como sé que estoy en lo cierto.

Pero al parecer soy la única que lo siente, porque contemplo atónita y desanimada cómo Damen se da la vuelta y me deja sola en un campo de tulipanes rojos sin una palabra de despedida.

Salgo de Summerland y reaparezco en la casa, donde encuentro a Damen desplomándose en el sofá, visiblemente desalentado.

Veo que mi ligerísima ropa de seda es sustituida al instante por el jersey azul y los vaqueros, al tiempo que la ropa que Damen ha elegido esta mañana reemplaza la camisa blanca y los pantalones negros.

Pero, aunque su ropa se transforma, su humor, por desgracia, no lo hace. Y cuando busco en su rostro un atisbo de amabilidad, de alguna oportunidad, solo obtengo una mirada glacial. Así que me dirijo a una pared cercana y me instalo allí, jurando permanecer apoyada contra ella hasta que él haga el siguiente

movimiento. No sé qué le molesta más, si mi huida de la escena o la idea de que él pueda haber vivido antes. Sea lo que sea, está claro que una de las dos cosas ha desatado alguna clase de demonio en su interior.

—Creía que habíamos dejado eso atrás —dice por fin; su mirada se posa durante unos instantes en la mía y vuelve a caminar de un lado al otro—. Creía que estabas dispuesta a olvidarlo y pasarlo bien. Creía que te habías dado cuenta de que no estabas llegando a ninguna parte, de que te equivocabas acerca de Summerland, de su lado oscuro y sombrío, de la anciana y todo lo demás. Creía que solo querías hacer una parada en el

cenador para que pudiésemos divertirnos un poco en una de nuestras vidas anteriores antes de marcharnos de vacaciones. Sin embargo, cuando por fin empezamos a pasarlo bien, vas y cambias de opinión. ¿Qué puedo decir? La verdad, Ever, me siento un poco decepcionado.

Me rodeo el cuerpo con los brazos como si así pudiese ahuyentar sus palabras. No trataba de decepcionarle; eso no era en absoluto lo que pretendía. Aun así, no puedo desechar la idea de que resolver el enigma de la anciana pueda conducirnos a un futuro más feliz y brillante. Eso es lo único que quiero en realidad, y sé que también es lo único que quiere él en realidad, a pesar del humor

depresivo del momento.

Pero no digo nada de eso. Yo no lo hago sobre todo porque Damen, mi alma gemela, el amor de todas mis vidas, es la persona con la que siempre puedo contar para que desactive mis minas emocionales mucho antes de que tengan la oportunidad de explotarnos en la cara. Así que lo mínimo que puedo hacer es devolverle el favor.

Damen me mira, todavía irritado. Por eso, mantengo una voz suave y dulce, relajo el cuerpo y extendo las manos hacia delante con los dedos separados y las palmas abiertas en un gesto de paz cuando digo:

—¿Estás disgustado porque he

detenido la escena y me he salido del personaje o estás disgustado porque he insinuado que tal vez hayas vivido antes como otra persona, o ambas cosas? Y si son ambas cosas, ¿cuál te disgusta más?

Aguardo su respuesta. Me preparo para lo peor, me preparo para oír cualquier cosa a estas alturas, y no obstante me coge por sorpresa cuando dice:

—Todo esto es ridículo. ¿Una vida anterior? Ever, por favor te lo pido. Ya llevo aquí más de seiscientos años. ¿No te parece tiempo suficiente?

—Va... le... —Alargo innecesariamente la palabra, concentrada en mi intención de puntualizar. Sé que

tengo que ir con pies de plomo, pues está claro que se trata de un tema delicado—. Y yo he entrado y salido de la existencia durante cuatrocientos años... que nosotros sepamos —añado, a sabiendas de que mis palabras van a irritarle, aunque tengo que decirlas de todos modos.

—¿Que tú sepas? —Me mira, optando por tomárselo de forma personal—. ¿Crees que te estoy ocultando alguna otra cosa? ¿Tal vez otra vida como esclava?

—No. —Niego con la cabeza, apresurándome a desmentirlo, ansiosa por borrar esa impresión—. No, en absoluto. En realidad estaba pensando más bien en que pudiese haber otras vidas de las que... de las que no tengamos noticia. Al

menos tienes que reconocer esa posibilidad, Damen. Al fin y al cabo, ¿es que crees que el mundo apareció a tu alrededor el día que naciste como Damen Augustus Notte? ¿Crees que eras un alma recién salida del cascarón, sin pasado ni karma?

Sus cejas se unen y sus ojos se ensombrecen, pero su voz se mantiene serena y tranquila cuando dice:

—Lo siento, Ever. Siento echar por tierra tu idea con la verdad. Pero la cuestión es que toda alma tiene que tener un comienzo, «salir del cascarón», como tú lo llamas. Así que ¿por qué no entonces y allí? Además, si hubiese habido otra vida, una vida anterior, a estas alturas yo

lo sabría. La habría visto en Shadowland.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no la has visto? —pregunto, sin querer dejar el tema a pesar de la observación irrefutable que acaba de hacer y a pesar de mi desánimo.

—No la he visto —responde con expresión solemne y resuelta, decidido a no aprovechar en exceso su victoria.

Suspiro, cierro los ojos y me meto las manos en los bolsillos. Recuerdo mi propio viaje a Shadowland, las imágenes borrosas que se desarrollaron ante mis ojos, a mi alrededor, sin que viese ni una sola vez nada que no esperase, ninguna vida anterior de la que no tuviese ya conocimiento.

Ninguna otra versión de mí que fuese conocida con el nombre de Adelina.

Nada que tuviese lugar en el año 1308.

Al separar los párpados me encuentro con Damen de pie ante mí. Su mirada es suave y tierna cuando me pone en la mano un ramo de tulipanes. Las palabras «Lo siento» aparecen escritas en una sofisticada y audaz caligrafía de color púrpura que flota en el aire, entre nosotros.

«Yo también —escribo debajo de su frase—. No pretendía decepcionarte.»

—Lo sé —susurra, rodeándome con los brazos. Cierro los ojos y me apoyo en el abrazo de Damen, saboreando la

sensación de su cuerpo contra el mío—. Y sé que voy a arrepentirme de esto, pero puedes recuperar tu semana. De verdad. Investiga tanto como quieras y yo haré cuanto esté en mi mano para ayudarte. Pero cuando acabe la semana, Ever, eres toda mía. Estoy haciendo unos planes de viaje muy serios.

Capítulo siete

—Cuando accedí a ayudarte creí que acudiríamos a los Grandes Templos del Conocimiento. ¿Qué vamos a hacer aquí? ¿Pasarnos seis días acampados? —Me pregunta horrorizado. Tras dar por hecho que había dejado atrás los días de apañárselas de cualquier manera, de prescindir de cosas a las que ahora está habituado, como la magia y la manifestación, por no mencionar las instalaciones de fontanería, se siente consternado al encontrarse aquí—. ¿Y si ella no vuelve? ¿Qué hacemos entonces?

Se sienta a mi lado. Me da la

impresión de que su cuerpo se mueve con más energía de la necesaria. Sus gestos hacen que la lona de plástico se hunda y tiemble. El suelo eructa y se asienta debajo de nosotros con un desagradable sonido que recuerda a un sorbetón.

El sonido me provoca un ataque de risa. Sin embargo, Damen se limita a sacudir la cabeza y a poner los ojos en blanco, absolutamente agobiado.

Antes de llegar aquí, a la parte de Summerland en la que la magia no es reconocida y la manifestación no existe, he tenido la previsión de manifestar un par de grandes lonas de plástico —una para sentarnos y otra para protegernos de la constante lluvia—, así como unos

cuantos artículos básicos. No puedo dejar de pensar que deberíamos haber manifestado algo más, tal vez una autocaravana totalmente cargada que habríamos podido aparcar a un lado. Aun así, estoy decidida a arreglármelas mientras espero que la anciana vuelva a presentarse.

Y más vale que se presente, o nunca lograré que Damen olvide esto.

El suelo continúa hundiéndose y haciendo ruidos cada vez que uno de nosotros efectúa el más leve gesto, por lo que reprimo un nuevo ataque de risa y vuelvo a centrarme en Damen.

—En lugar de preocuparte por lo que harás si ella no viene, quizá deberías

plantearle lo que harás cuando venga. Al fin y al cabo, ¿no estamos aquí por eso?

Me mira y se pasa una mano por el pelo para apartárselo de la frente cuando dice:

—¿De verdad quieres saberlo, Ever? La única razón por la que estoy aquí es porque te juré lealtad eterna. ¿Sabes esa parte que dice «en lo bueno y en lo malo»? Pues supongo que esto debe de ser «lo malo», así que a partir de ahora solo podemos mejorar.

Lo miro, tentada de recordarle en broma que no estamos casados, pero decido que es mejor no forzar la suerte y lo dejo correr.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? Si es que

viene, claro. —Damen se inclina hacia atrás y levanta los ojos hasta la lona que cuelga encima de nosotros; no hay magia, no hay manifestación, nada mejor que hacer.

—Voy a enfrentarme a ella directamente. Le pediré que se deje de acertijos y vaya al grano. Voy a...

Me mira, esperando oír más. Pero no hay más. Mi plan llega hasta ahí. Así que apoyo las manos en mi regazo sin añadir nada.

—Vale, ¿y qué hacemos hasta que llegue ese momento? —pregunta con una ceja enarcada.

Lo miro con cara inexpresiva hasta que recuerdo la bolsa de viaje que he

manifestado. Voy corriendo a buscarla, la deajo caer ante él y le observo mientras se incorpora y atisba el interior. Repasa deprisa el contenido: unas cuantas revistas, un par de libros, una baraja de naipes, unos juegos de mesa y varias botellas frías de elixir.

—No lo entiendo —dice, un poco confundido—. ¿Qué es todo esto?

—Son unas reservas que me gusta llamar «apañárselas en una situación penosa».

Le hago un gesto con la cabeza y contengo el aliento al ver que vacila. Luego decide seguirme la corriente. Quita la tapa de un juego de mesa y se pone a prepararlo. Yo me sitúo a su lado.

Estiro las piernas hacia delante hasta que mis pies casi llegan a la altura de los suyos. Miro a mi alrededor buscándola a ella, y al ver solo el habitual paisaje de cielo gris, tierra empapada y una lluvia que se niega a menguar deseo en silencio que se presente cuanto antes. A continuación, vuelvo a centrarme en Damen y le indico con un gesto que tire los dados.

Capítulo ocho

Tres partidas, una siesta (por parte de Damen, no por la mía) y dos botellas y media de elixir después, aparece.

Quiero decir que aparece sin más. Estamos absolutamente solos, y de pronto ella está ante nosotros. Esos ojos decrepitos me observan como si nunca se hubiesen marchado.

—¡Damen! —Al mirarle, veo que se mueve dormido y empieza a darse la vuelta. Le agarro de la pierna y le imprimo un par de buenas sacudidas mientras repito—: ¡Damen, despierta! ¡Está aquí!

Lo digo como si la mera visión de ella prometiese algo fantástico, como si acabase de divisar a Papá Noel con un trineo lleno hasta los topes de regalos y una flota de renos voladores.

Damen se incorpora y se pasa la mano por los ojos para despejarse antes de alargarla hacia mí. Pero va con retraso, yerra el contacto y pierde la oportunidad de atraerme hacia sí mientras me pongo en pie y avanzo hacia ella. No tengo ni idea de lo que voy a decirle, pero he esperado demasiado rato bajo la lluvia para desperdiciar la ocasión.

—Tú... —comienza ella, levantando el brazo. Me apresuro a frenarla. No necesito que empiece a salmodiar cuando

resulta que ya lo hemos oído todo y no nos hace falta oírlo de nuevo.

—En cuanto a eso... —Me sitúo ante ella procurando mantener una distancia de seguridad entre nosotras, aunque dada su edad avanzada estoy segura de que no puede perjudicarme demasiado—. He oído la canción, he memorizado la letra y, créeme, no pretendo faltarte el respeto, pero ¿crees que podríamos comunicarnos en un idioma que yo entienda o al menos en la clase de idioma a la que estoy acostumbrada, esa clase que realmente tiene sentido?

Recorro su cuerpo con los ojos, abarcando los mechones de cabello plateado, los ojos singulares y la piel, tan

frágil y fina que parece que vaya a desgarrarse. Busco una reacción, algún indicio de que mis palabras la han ofendido. Sin embargo, no puedo encontrar otra respuesta que no sea la mirada vieja y legañosa que se clava en Damen cuando este se sitúa junto a mí con los hombros cuadrados, las piernas firmes y los pies en una posición que le permita entrar de inmediato en acción, hacer lo que haga falta para, si llegara el caso, defenderme de esta extraña centenaria.

La idea parece tan tonta a primera vista que, si la situación no fuese tan seria, podría darme otro ataque de risa.

Al recordar que una de las últimas veces que vi a la anciana Misa y Marco

me sorprendieron al salir de detrás de ella, me pongo de puntillas tanto como es posible cuando estás hundido hasta las rodillas en el fango. Sin embargo, por lo que veo, hoy no están aquí.

De momento solo estamos Damen, la anciana loca y yo. Y me da la impresión de que no parece nada sorprendida de encontrarnos a ambos esperándola.

Estoy a punto de hablar de nuevo, decidida a aclarar este asunto de una vez por todas y conseguir aquello que he venido a buscar. Pretendo liberar mi conciencia de las persistentes dudas que me agobian: ¿podría Damen tener razón después de todo? ¿No será esto una especie de cruel broma cósmica? ¿Me

están tomando el pelo de la peor manera posible? ¿Y si ni Damen ni yo vivimos antes? Pero entonces ella me mira y dice:

—Adelina.

Ya está. Solo dice «Adelina». Luego baja los párpados y se inclina levemente. Se aprieta las palmas de las manos contra el centro del pecho, en un movimiento que se dirige hacia mí como si ella fuese la devota y yo una especie de deidad sagrada.

—Hummm... verás, la cosa es que... —empiezo. No sé cómo responder a semejante gesto y deseo pasarlo por alto, fingir que no se ha producido—. No sé de qué me hablas. Me llamo Ever, y este es Damen. —Damen me lanza una mirada de

horror absoluto; le preocupa verse metido en esto, así que frunzo el entrecejo y pongo los ojos en blanco. Vuelvo a centrarme en ella cuando añado—: Tú ya lo sabes. —Le lanzo a Damen otra ojeada rápida, recordándole que su identidad no es ningún secreto para ella. De hecho, parece saberlo todo acerca de él, o al menos su nombre completo—. Y no tengo la menor idea de quién es esa Adelina o de qué tiene que ver conmigo, así que tal vez puedas ponerme al tanto. ¿Qué te parece?

—Yo soy Loto —dice en un susurro mientras sus ojos se posan en los míos.

Vale, no es exactamente lo que he preguntado, pero sigue siendo un avance.

Supongo.

—Damen es la razón —añade, volviendo la cabeza hacia él—. Vuestro amor es el síntoma —prosigue, dirigiéndose a ambos—. Pero tú, Adelina, eres la cura. La clave —acaba, clavando su mirada en mí.

Vaya.

Que yo reprima un suspiro no significa que no piense: «Ya estamos otra vez, más divagaciones crípticas sin sentido alguno».

—Escucha, la cuestión es esta: tal como acabo de decir, me llamo Ever, no Adelina. De hecho, nunca he sido Adelina. Me he llamado Evaline, Abigail, Fleur, Chloe y Emala, pero nunca

Adelina. Te equivocas de chica.

Suspiro y desvío la mirada. Este juego me fastidia. Vislumbro un atisbo de alivio en los ojos de Damen, pero el alivio no tarda en convertirse en rabia cuando la vieja da un paso adelante y me agarra por la manga.

—¡Eh!

La voz de Damen es seca, pero Loto le ignora. Me sujeta el brazo con más fuerza y me mira concentrada.

—Te lo pido por favor. Hemos esperado tanto... Te hemos esperado, Adelina. Debes regresar. Debes hacer el viaje. Debes encontrar la verdad. Es la única forma de liberarles, de liberarme a mí.

—¿Dónde están Misa y Marco? —pregunto sin saber por qué, tal vez porque son lo único que parece tangible y real en esta escena surrealista.

—Hay muchos que te aguardan. El viaje es tuyo. Tuyo y solo tuyo.

—Pero ¿qué viaje? —pregunto, con una voz temblorosa como un sollozo—. Lo siento, pero nada de esto tiene sentido. Si es tan importante que lo haga, aunque no sea Adelina, tal vez puedas dejarte de acertijos y explicármelo de un modo que tenga significado para mí.

—El viaje de regreso —dice, inclinando la cabeza de nuevo y ofreciéndome una imagen confusa de pelo plateado.

—¿De regreso adónde? —suplico con el rostro encendido por un principio de histeria, consciente de que tengo que controlarme.

—De regreso al principio. A la escena que te falta ver. De regreso a su origen mismo. Debes verlo. Aprenderlo. Saberlo. Todo. Aunque debo advertirte de que solo es el principio. El viaje es largo y arduo, pero la recompensa resulta muy grande. La verdad genera auténtica felicidad, aunque solo los puros de corazón pueden comprenderla. —Su mirada se traslada a Damen cuando añade —: El viaje es tuyo y solo tuyo, Adelina. Damen no es bienvenido allí.

Damen la interrumpe. Ya ha oído más

que suficiente.

—¡Escucha! —dice—. ¡No sé qué intentas hacer, pero...!

Su ira se detiene cuando observa asombrado que ella levanta la palma de la mano y a continuación la nota conmocionado en su propia mejilla. Damen estaba vociferando a más de medio metro de ella, y de pronto la anciana está prácticamente pegada a él. Sus viejos ojos legañosos taladran los de Damen, transmitiéndole algo, alguna clase de mensaje o recuerdo que únicamente le está destinado a él.

Miro fascinada, preguntándome qué es lo que ocurre entre ellos. Solo sé con certeza que, sea lo que sea, hace

resplandecer a la anciana y provoca un torrente de luz a su alrededor. El espectro de color es tan intenso que parece originarse en un lugar muy profundo, y no puede evitar filtrarse hacia fuera hasta que el resplandor la rodea.

Pero mientras ella resplandece, Damen hace lo contrario. Su silueta normalmente alta y esbelta parece ensombrecerse y encogerse hasta que apenas es una cáscara de sí mismo.

—Damen Augustus Notte Esposito —dice la vieja—, ¿por qué me niegas?

Lo miro y me asombro al verle tan nervioso que es incapaz de responder, incapaz de hallar su propia voz, y aún menos de alejarse de lo que ella le está

mostrando, sea lo que sea. Estoy a punto de intervenir cuando él niega con la cabeza, endereza la columna, se deshace de su hechizo y se serena lo suficiente para decir:

—Estás loca. Estás equivocada y además loca. Y aunque no tengo la menor idea de lo que te pasa o lo que intentas hacer, sé que más te vale mantenerte alejada de Ever. Muy, muy alejada, ¿me oyes? De lo contrario, no soy responsable de lo que te suceda, por muy vieja que afirmes ser.

Pero si esperaba que ella retrocediese o huyese asustada, bueno, debe de sentirse tan sorprendido como yo al ver que sonrío. Los dos contemplamos cómo se le

ilumina el rostro, cómo se ensanchan sus mejillas, cómo se extienden y elevan sus labios lo suficiente para exhibir una asombrosa hilera de dientes, asombrosa ya que muchos de ellos son grisáceos, amarillentos o inexistentes.

La anciana centra su atención en mí y se me acerca. Coge mi mano con la suya, seca, suave y apergaminada. Sus palabras están llenas de seguridad cuando dice:

—Su amor es la clave.

La miro y consigo zafarme.

—Pensé que habías dicho que Adelina era la clave.

—Es lo mismo —dice asintiendo, como si sus palabras tuviesen algún sentido—. Por favor, considera la

posibilidad de hacer el viaje. Es el único modo de liberarme y liberarte a ti misma.

—¿El viaje de regreso al principio? —le pregunto con un tono lleno de sarcasmo—. ¿Y dónde comienza ese viaje? ¿Dónde termina?

Observo que aún parece iluminada desde el interior.

—El viaje comienza aquí.

Señala nuestros pies, o tal vez el barro; no estoy muy segura. Me siento más confusa ahora que cuando todo esto empezó. Pero cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse sé que las instrucciones son literales: el viaje comienza en este fango en el que nos hallamos.

—Y termina en la verdad.

Y antes de que yo pueda decir otra palabra, antes de que pueda pedir alguna aclaración, Damen me rodea la cintura con el brazo y me aparta de ella.

Le suelta las palabras por encima del hombro, sin tomarse la molestia de mirar atrás:

—Nadie va a ninguna parte. No vuelvas a molestarnos.

Capítulo nueve

—Bueno, dime, ¿qué te parece? —
Ava se aparta el ondulado
cabello caoba por encima del hombro y
clava en mí sus ojos castaños mientras se
sienta en una de las viejas sillas plegables
de plástico que Jude ha traído a rastras a
su oficina en un intento de acomodarnos a
todos en esta reunión improvisada—.
¿Qué crees que significa todo eso?

Me atrevo a mirar a Damen, que ha
rechazado una silla y opta por apoyarse
contra la pared con los brazos cruzados.
Su expresión dice fuerte y claro: «Creía
que habíamos terminado con esto. Creía

haberte advertido de que te mantuvieses alejada. Creía que habías dicho que solo pensabas pasar por aquí, coger un par de libros y marcharte».

Con una mirada le contesto: «Me prometiste una semana y tienes que cumplir tu promesa, salvo que quieras decirme qué te enseñó la vieja, claro está».

Frunce el entrecejo y aparta la vista, tal como yo esperaba, así que le doy la espalda y me dirijo a Ava.

—No tengo ni idea de lo que significa —reconozco, haciendo lo posible por fingir que no acabo de oír suspirar a Damen, aunque es evidente que su intención era que le oyese.

Jude nos mira con curiosidad. Percibe que hay problemas en el paraíso y desearía mantenerse al margen. Aun así, dado que él también prometió ayudar, ocupa su lugar detrás del escritorio, inclina la silla hacia atrás y finge reflexionar con la mirada perdida, cuando en realidad sueña con estar en otro sitio. Yo apostaría por Summerland.

—Así que cree que eres Adelina, o que fuiste Adelina, o... lo que sea... — dice Miles, frunciendo el ceño y dando golpecitos con el bolígrafo contra las páginas del diario encuadernado en piel que le regalé antes de que se marchase a Florencia. Se dedica a tomar notas con intensidad, tratando de entender algo,

mientras que yo me dedico a mirarle. Observo que con el pelo recién cortado vuelve a parecerse mucho más al viejo Miles, el que trabó amistad conmigo tan gustosamente en mi primer día de instituto, aunque está claro que la grasa infantil que perdió cuando se fue al campamento de actores en Italia ha desaparecido de forma definitiva, con lo que ha pasado de ser bastante guapo a ser, bueno, muy, muy guapo.

—Sí —respondo asintiendo con la cabeza. Aún no estoy acostumbrada a hablar de esto tan abiertamente, al menos con él.

De todos modos está al corriente, informado de los detalles más sórdidos de

nuestras vidas gracias a la intromisión de Roman y también a que estaba presente la noche que maté a Haven: atrapado en su trampa, con los ojos a punto de saltársele de las órbitas mientras ella intentaba estrangularle.

Al matar a Haven, salvé a Miles. Y con ello perdí toda esperanza de conseguir ese antídoto.

Aun así, volvería a hacerlo si fuese necesario. Es uno de mis mejores amigos, y no hizo absolutamente nada para merecer ese trato por parte de ella.

—No tengo ni idea de quién es —añado, frunciendo el ceño—. Lo único que sé es que la vieja dice llamarse Loto y que está convencida de que yo soy

Adelina —acabo pronunciando las palabras entre dientes, como si hablase conmigo misma.

Me veo arrancada del atolladero de confusión en el que estoy atrapada cuando Romy y Rayne saltan:

—Tenemos que empezar por el principio.

Las miro, perpleja, porque ni siquiera sé dónde está ese principio. Pero antes de que pueda responder se levantan de golpe, se marchan por el pasillo a toda velocidad y entran en la tienda. Regresan unos minutos después, retoman sus asientos y observan con detenimiento el libro que han apoyado abierto en el regazo de Romy.

Rayne se inclina hacia su hermana gemela con sus grandes ojos castaños muy abiertos bajo el flequillo oscuro y su voz rompe el silencio:

—Vale, has dicho que se llamaba Loto, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Pues, según esto, la flor de loto nace del barro y se abre paso a través del fango para avanzar hacia la luz. Y, una vez que alcanza esa luz, florece y crece hasta convertirse en algo extraordinario, algo muy, muy hermoso.

Aspiro con fuerza. Me doy cuenta de que puede que por fin estemos adelantando un poco. «Barro, fango, anciana llamada Loto... Todo encaja,

pero ¿qué significa?»

—Es un símbolo del despertar —dice Ava, adelantándose a Rayne, que se disponía a hablar de nuevo—. Del despertar al lado espiritual de la vida.

—Pero también representa la vida en general —interviene Jude, echando su silla hacia delante, apoyando los codos en el escritorio y apartándose las rastas de la cara para mirarnos—. Ya sabéis, superar las adversidades y luchas que conlleva la vida a fin de que florezca tu verdadero yo, el ser hermoso que estabas destinado a ser.

Me mira cuando lo dice, y no puedo evitar ponerme colorada. Conozco muy bien las adversidades y luchas de Jude,

pues las vi yo misma el día que fingí leerle la palma de la mano para poder demostrar mis poderes psíquicos y conseguir un trabajo en su tienda. Las vi desplegadas tan claramente como si hubiese estado allí junto a él. Estaba dotado de unas habilidades psíquicas que sus padres se esforzaron por negar, perdió a su madre siendo pequeño y su desconsolado padre no tardó en seguirla disparándose un tiro en la boca y dejando a Jude en manos de una serie de insoportables familias de acogida hasta que el ciclo de maltrato se volvió tan intolerable que la calle le pareció una opción mucho mejor. Salvó la vida el día que Lina lo encontró, vio la promesa que

había en él y se las arregló para convencerlo de que no era un bicho raro, sino un alma única y dotada. Que la visión limitada de otros debía ser ajena a la persona que él ya era, al hombre en que se convertiría.

Y ahora Lina también se ha marchado.

Lo observo con los labios apretados. Me pregunto cómo lo lleva, si ese es el motivo de que pase tanto tiempo en Summerland o si se debe más bien a mí, a su intento de aceptar la decisión que tomé.

Nuestras miradas se encuentran apenas un instante, pero aun así me da tiempo a desear poder amarlo. Merece ser amado. Sin embargo, mi corazón pertenece a Damen. A pesar de nuestro

actual conflicto, no me cabe duda de que estamos hechos el uno para el otro. El mal momento que estamos pasando es solo un pequeño bache que no tardaremos en superar.

—También son un tatuaje muy popular —continúa Jude—. A la gente que ha superado momentos duros, que se ha abierto paso a través del fango, por decirlo de algún modo, le gusta considerarlos una especie de señal de que han sobrevivido al viaje.

—¿Llevas tatuajes? —pregunta Rayne, abriendo unos ojos como platos. Se inclina hacia él y está a punto de caerse del asiento por la ilusión.

—Un par —responde él, al tiempo

que asiente con la cabeza y esboza una leve sonrisa.

Ella se queda boquiabierta. Casi no puede creer que no vaya a añadir nada más, y pregunta:

—Bueno, ¿y cómo son?

—Uno es un uróboros. Lo tengo en la espalda.

Y aunque noto que su mirada se dirige hacia mí, desvío la mía. He visto el uróboros. Desde luego, no me pasó desapercibido.

—¿Un uróboros? —Rayne entorna los ojos y mira a su hermana, idéntica a ella salvo en la indumentaria. A Romy le gusta el rosa, Rayne prefiere el negro, y a veces, cuando no están presentes, las

llamo Buena y Suficiente, porque eso hace reír a Damen—. Creía que su significado era malo —añade.

—Pues no lo es —dice Damen, decidido a hacer su aportación ya que no tiene más remedio que permanecer aquí hasta el final—. Es un antiguo símbolo alquímico de vida, muerte, renacimiento e inmortalidad. —Alza los hombros y recorre la habitación con los ojos, sin dirigirse a nadie en particular—. Montones de teologías lo han adoptado a lo largo de la historia. Todas ellas le han atribuido su propio sentido, pero no es malo. Aunque Roman y sus seguidores lo adoptasen y le diesen ese significado, no tiene nada de diabólico en sí mismo. —

Asiente con la cabeza y vuelve a apoyarse en la pared sin decir nada más, al menos de momento.

—Vale... —replica Rayne con una sonrisa desdeñosa—. Si alguna vez tengo que hacer un trabajo sobre eso acudiré directamente a ti, pero por ahora volvamos a los tatuajes. —Sacude la cabeza y casi pone los ojos en blanco. Si no lo hace del todo es debido a la adoración absoluta que siente por Damen—. ¿Cómo es el otro? —pregunta, volviéndose de nuevo hacia Jude.

—El otro es el símbolo japonés que representa la flor de loto. Pensé que una flor de verdad parecía... bueno... un poco femenino.

Ella le observa con detenimiento, enarcando las cejas.

—Era más joven, más inmaduro. ¿Qué puedo decir?

Se encoge de hombros y se pasa una mano por el pelo.

—Bueno... ¿y ese dónde lo tienes? — se atreve a preguntar, pero Jude levanta la palma de la mano y niega con la cabeza, dando el tema por zanjado.

Rayne se vuelve hacia Ava y le dedica una mirada sombría y rabiosa. Entorna los ojos aún más cuando Ava se limita a reírse a modo de respuesta. Por lo que oigo de los pensamientos que intercambian las dos, Rayne lleva varias semanas suplicando poder hacerse un

tatuaje y no entiende por qué se ve obligada a esperar otros cinco años, hasta cumplir los dieciocho. Como ya lleva aquí unos tres siglos, gran parte de ellos viviendo en Summerland como refugiada de los juicios de Salem, no ve por qué no puede reconocerse aquí el tiempo que pasó allí.

Sin embargo, como no es asunto mío, desconecto con la misma rapidez con la que he conectado, ansiosa por volver a lo que me preocupa.

—En todo caso, ¿cómo era la canción? —pregunta Miles—. ¿Cómo era la letra? Decía algo sobre levantarse del ceno hacia el cielo, o el cielo de ensueño o... o algo así.

—«Se levantará del cieno, elevándose hacia vastos cielos de ensueño, como tú, tú, también te vas a alzar», canto, y mi voz repite la melodía que entonó Loto.

—Está claro que piensa que eres como la flor de loto —añade Romy.

Mientras tanto, su hermana gemela, que aún está mosqueada por lo del tatuaje y nunca ha sido una fan mía, a pesar del reciente abrazo de oso que me dio en Summerland al ver que había sobrevivido al ataque de Haven, se desploma en su asiento y me clava su mirada glacial. Es evidente que duda de que eso pueda ser verdad y que opta por ponerse de parte de Damen, segura de que la anciana tiene que estar loca para ver en mí esa clase de

promesa.

—¿Y cómo era el resto de la letra? —
me ayuda a seguir Miles.

—«Desde las hondas y oscuras profundidades, avanza a duras penas hacia la luz...»

—Otra vez la flor de loto. —Romy asiente dando golpecitos con su uña pintada de rosa en la página del libro, satisfecha de sí misma.

—«Le sostiene un solo afán: ¡conocer la verdad! La verdad de su ser.»

—Tu destino —interviene Ada, asintiendo. Sin embargo, trunca mis esperanzas de saber cuál es cuando añade —: Sea el que sea.

—Vale, y... —Miles mueve la cabeza

mientras su bolígrafo corre por la hoja de papel, anotándolo todo.

—Hummm... vale... —Me esfuerzo por recordar dónde lo dejé, cómo sigue —. Ah, sí, luego dice: «Pero ¿lo permitirás? ¿Permitirás que se eleve, florezca y crezca? ¿O lo condenarás a la profundidad? ¿Desterrarás su alma cansada y vieja?».

—Así que, en definitiva, tú eres la flor de loto, o al menos la que tiene las flores de loto, y vas a dejar que cumplan su destino y florezcan o, lo que es más probable, vas a fastidiarla y a condenarlas a la profundidad.

—¡Rayne! —la riñe Ava.

Pero la chica se limita a encogerse de

hombros y declarar:

—¿Qué? No he dicho ninguna palabrota. Solo repito lo que dice la canción.

—No me refería a eso, y lo sabes. Tu intención va mucho más allá de tus palabras —le reprocha Ava con expresión sombría.

—Lo siento —responde Rayne entre dientes, y aunque me mira cuando lo dice está claro que su disculpa está destinada a Ava.

—¿Sabéis qué me recuerda esto? —dice Damen. Todos nos volvemos, sorprendidos de oírle de nuevo—. Me recuerda el año 1968, cuando los Beatles publicaron el *White Album* después de su

estancia en la India. Todo el mundo trataba de interpretar la letra, buscándole un significado más profundo, pero resultó que la mayoría de la gente se equivocaba y algunos incluso acabaron de forma trágica.

—Charles Manson. —Jude asiente, arrellanándose otra vez en su asiento y pasando los dedos por el símbolo maya que adorna su camiseta—. Creyó que el álbum contenía un mensaje apocalíptico que llamaba a la guerra racial y lo aprovechó para justificar los asesinatos de gente rica que se dedicó a cometer con su familia de seguidores.

Las palabras de Jude me provocan escalofríos. La idea resulta demasiado

espeluznante. De todos modos, no es eso lo que estamos haciendo, y estoy convencida de que Damen lo sabe.

—Por muy cierto que eso sea —digo, evitando cuidadosamente su mirada—, no cabe duda de que aquí hay un mensaje. Y, por lo que afirma Loto, también hay un viaje que solo yo puedo hacer. —Luego, para sorpresa de todos, incluso de mí misma, miro a Jude a los ojos y añado—: En todo el tiempo que has pasado en Summerland estudiando tus vidas pasadas, nuestras vidas pasadas, ¿has visto alguna de la que yo no esté enterada, alguna que no conocieses, alguna en la que me llamase Adelina?

Contengo el aliento, y solo me permito

exhalar el aire cuando niega con la cabeza y dice:

—Lo siento, pero no.

—De acuerdo, pues. —Damen asiente, separándose de la pared e indicando de ese modo que se levanta oficialmente la sesión—. Creo que ya hemos abordado todos los temas, ¿no es así?

Y aunque quisiera protestar, me limito a asentir con la cabeza en señal de aceptación.

En parte porque sé que solo está haciendo lo que cree correcto. Trata de protegerme de Loto, del lado oscuro de Summerland y, ¡demonios!, quizá hasta de mí misma.

Y en parte porque, bueno, seguramente tiene razón. Seguramente no hay nada más que hacer aquí. Aunque me cuesta reconocerlo, parece que hemos abarcado todo lo posible.

Al menos de momento.

En cuanto al resto, espero que se revele por sí mismo a lo largo del viaje.

Capítulo diez

—¿Vas a entrar?
Damen se sitúa junto a mí, justo a mi lado. Su cuerpo está tan cerca del mío que percibo su hormigueo cálido, el aliento tibio que roza suavemente la curva de mi mejilla.

—No —susurro—. Yo... no puedo hacerlo.

Trago saliva, rodeándome el cuerpo con los brazos mientras continúo atisbando el interior. Me siento como la peor y más repelente especie de obsesa por estar aquí fuera, a oscuras, espiando a Sabine y a Muñoz en lugar de limitarme a

dar la vuelta a la casa, abrir la puerta y entrar para reunirme con ellos como haría una persona normal.

Pero yo no soy normal.

Ni de lejos.

Y eso es lo que me mantiene agazapada aquí a oscuras, en el lado equivocado de la ventana.

«Si no vas a entrar, ¿puedes decirme al menos qué estás haciendo aquí fuera?»
Damen piensa las palabras en lugar de pronunciarlas; no quiere arriesgarse a que le oigan.

«Me estoy despidiendo. —Suspiro—. Me estoy preparando para un futuro sin ella.»

Aunque mi posición me impide ver la

cara que pone, percibo cómo cambia su energía, cómo se ensancha y expande hasta que nos envuelve a ambos en un maravilloso y cálido abrazo que persiste mucho más allá del momento en que sus brazos me alcanzan y hacen lo mismo.

—Ever... —susurra con las manos en mi cintura.

Sus labios se abren paso a través de mi cortina de cabello hasta aterrizar en mi mejilla. Y aunque parecía que iba a decir algo más, opta por dejarlo ahí y permite que el beso haga lo que las palabras no pueden hacer.

Nos quedamos muy juntos, contemplando a la feliz pareja, que picotea con desgana los últimos restos de

la cena. Cada uno de ellos insta al otro a quedarse con el último trozo de pizza, hasta que Sabine agita la mano y coge su copa de vino, y Muñoz se ríe y se pone a comer.

Sin embargo, a pesar de su actitud despreocupada, no es difícil detectar el destello de remordimiento en la mirada de Sabine, el atisbo de derrota por haberse arriesgado a pronunciar un ultimátum y haber fracasado en lo único que de verdad le importaba.

Una mirada que casi es suficiente para que abandone mi posición junto a la ventana y me precipite allí dentro para demostrarle que no pasa nada, que la he perdonado.

Casi, pero no del todo.

En lugar de eso me quedo donde estoy, observándoles juntos. Ella todavía lleva puesto el traje chaqueta, y ese detalle, unido al de la pizza, indica que ha estado trabajando hasta muy tarde; Muñoz, por su parte, va vestido de manera mucho más informal, con un par de vaqueros desgastados y una camisa blanca de manga larga remangada hasta los codos. Debe de estar disfrutando del breve descanso del instituto y aprovechando las vacaciones de invierno para trabajar en su libro.

El que se disponía a abandonar.

El que le dije que sería publicado algún día.

«Bueno, por lo menos mis habilidades han dado algún fruto. Es posible que hayan provocado el distanciamiento de Sabine, pero al menos sirvieron para conseguir convencer a Muñoz de que no renunciase a su sueño.»

Y estoy tan absorta en el pensamiento, y Damen tan absorto en el acto de consolarme, que ninguno de nosotros se espera que Muñoz salga de pronto por la puerta lateral, cargando una bolsa de basura llena hasta los topes.

—¿Ever?

Se sitúa ante nosotros mientras la pesada bolsa cuelga balanceándose de su mano. Entorna los ojos como si hubiese dejado de confiar en ellos tan pronto

como se han posado en mí.

Levanto la palma de la mano y le suplico con la mirada que guarde silencio, que se reserve la noticia para sí, que siga caminando hacia el contenedor de basura como si no nos hubiese visto encorvados debajo del alféizar de la ventana.

Pero eso es pedirle mucho a alguien que te ha estado buscando. Y aunque Muñoz va hasta el contenedor y echa la bolsa dentro, no tarda en dar la vuelta y regresar a donde nos hallamos Damen y yo.

—¿Dónde demonios has estado?

Sus palabras me cogen por sorpresa, sobre todo porque no encierran tanta ira como esperaba. Suenan más bien como un

enorme suspiro de alivio.

—Estoy en casa de Damen —digo, como si eso explicase del todo mi ausencia—. Y Sabine lo sabe perfectamente, Damen la llamó para decírselo.

Miro un momento a Damen y veo la oleada de conmoción que invade su rostro. Ignoraba que yo lo supiese.

—Sabine ha estado muerta de preocupación. Tienes que entrar ahí, tienes que hacerle saber que estás bien.

Nos mira a ambos; su cerebro sigue tratando de asimilar lo que ven sus ojos.

—Sabes que no puedo hacer eso —replico con voz categórica, pragmática—. Y sabes por qué. De hecho, sabes mucho

más de lo que deberías saber, mucho más de lo que yo pretendía.

Suspiro y sacudo la cabeza, recordando que hace solo unas semanas, precipitándome frenética hacia un desastre que no supe prever, me dio por manifestar un ramo de narcisos y un BMW negro delante de sus narices. En definitiva, le mostré que mis rarezas, mis poderes, iban mucho más allá de la telepatía y las habilidades psíquicas que él sabía que tenía. Me vio correr como el viento, hacer que apareciesen cosas allí donde solo había aire, y estoy casi segura de que, tras superar la conmoción, empezó a preguntarse de qué más sería capaz. Al menos, eso es lo que yo habría hecho en

su lugar.

—¿Tú también formas parte de esto?
—pregunta Muñoz, centrando su atención en Damen como si buscase un lugar bonito y bien situado para descargar toda la culpa.

—Yo soy la razón, sí —dice Damen, sin vacilar ni hacer pausa alguna.

No puedo evitar quedarme boquiabierta por el asombro que me causan sus palabras, casi idénticas a las que pronunció Loto. Me pregunto si eso es lo que él pretendía o si solo es una coincidencia que haya utilizado unas palabras calcadas a las de ella.

Muñoz reflexiona, trata de entenderlo. Él avanzaba en una dirección cuando

Damen iba en la otra, y ahora se ve obligado a alcanzarle, o al menos a reunirse con él en un punto medio.

—Siempre he pensado que había algo muy extraño en ti —dice Muñoz por fin en voz baja, casi soñadora.

Damen asiente con la cabeza. No tengo la menor idea de cómo se ha tomado eso. La expresión de su rostro no revela nada.

—Parece que no seas de esta época —añade Muñoz, como si hablase consigo mismo.

—No soy de esta época —replica Damen, mirándole a los ojos. La respuesta es tan sencilla, tan directa e inesperada, que me quedo sin aliento.

Muñoz asiente sin dejar que la respuesta le perturbe. Se comporta como si diese crédito a sus palabras cuando dice:

—Bueno, ¿y de qué época eres, entonces?

—Una de tus favoritas. —Damen esboza una sonrisa—. El Renacimiento italiano.

Muñoz traga saliva, asiente y mira a su alrededor como si esperase encontrar alguna explicación adicional plantada en el jardín, flotando en la piscina o tal vez incluso pegada con cinta adhesiva en la tapa de la barbacoa. Asimila las palabras de Damen con más calma de la que yo habría esperado jamás, como si no le

sorprendiese en absoluto estar manteniendo una conversación tan seria sobre un tema tan peculiar.

—Entonces, ¿la alquimia es real? — se atreve a preguntar, dando en el clavo de un modo que no está al alcance de todo el mundo.

Me refiero a que, cuando era yo quien trataba de identificar la rareza de Damen, pensé directamente que era un vampiro. A Miles le pasó lo mismo. Pero al parecer Muñoz no está ni mucho menos tan influido por el fenómeno actual de la cultura pop, y por eso ha dado enseguida con la verdad.

—La alquimia siempre ha sido real — reconoce Damen con expresión controlada

y voz tranquila, sin dar absolutamente ninguna pista de lo mucho que le está costando esto. Aunque yo me hago una buena idea.

Durante seis siglos ha luchado por mantener en secreto la verdad de su existencia, pero al encontrarse conmigo en esta vida se ha visto forzado a contemplar cómo todo se deshace como un jersey apolillado.

—Real, sí, pero no siempre fructífera.
—Los ojos de Muñoz se posan en Damen, contemplándole de una forma nueva, y Damen asiente en señal de aprobación—. ¿Y tú, Ever? —Muñoz me observa, tratando de verme también de una forma nueva. Sin embargo, a pesar de mi

absoluta rareza, está claro que soy un producto del mundo moderno, eso es innegable.

Niego con la cabeza y levanto los hombros sin decir nada.

—¡Vaya! Tenemos mucho de qué hablar, quiero preguntaros muchas cosas...

Miro con preocupación a Damen, confiando en que Muñoz no se lance a hacer toda una serie de preguntas que Damen, por la razón que sea, se sienta obligado a responder.

Pero, por suerte (últimamente no he tenido demasiada, aunque la aceptaré feliz llegue en la forma que llegue), Sabine me salva llamándole:

—¿Paul? ¿Va todo bien ahí fuera?

Él inspira con fuerza y nos mira a los dos. Y, como no puedo arriesgarme a hablar, no puedo arriesgarme a que ella oiga mi voz procedente del otro lado de su ventana, me conformo con sacudir la cabeza y lanzarle una profunda mirada suplicante y significativa.

Me invade el alivio cuando dice:

—Sí, estoy... bien. Estoy disfrutando de la noche, contemplando un poco las estrellas. Busco Casiopea, ya sabes cómo me gusta todo eso. Ahora entro.

—¿Te apetece que salga yo? — pregunta ella con una voz grave y seductora que apunta directamente a algo que no quiero presenciar en modo alguno.

—No, aquí fuera hace bastante frío. Espérame con ese pensamiento; me reuniré contigo dentro —responde él para alivio mío.

Nos recorre de arriba abajo con la mirada. Sus labios se separan como para decir algo más, pero yo niego con la cabeza, cierro los ojos y manifiesto rápidamente un ramo de narcisos que le insto a darle a ella.

—¿Qué se supone que le voy a contar? ¿Qué le digo? —susurra, echando una ojeada prudente hacia la ventana.

—Preferiría que no dijese nada, que ni siquiera lo mencionases —le contesto—. Sin embargo, si crees que tienes que hacerlo, dile solo que la quiero. Dile que

lamento todas las molestias que le he causado, y que no pase ni un momento más sintiéndose culpable por cualquier cosa que pueda haber dicho llevada por la frustración y el enfado. Sé que suena frío, y seguramente horrible desde tu punto de vista, pero, por favor, trata de creerme cuando te digo que es mejor así. No podemos volver a vernos. Es imposible, ella no lo aceptará, y no hay manera de explicarlo.

Luego, antes de que Muñoz pueda reaccionar, antes de que pueda adoptar una postura, prometer una cosa u otra, Damen me aprieta la mano, tira de mí a lo largo del camino de piedra y me saca de allí por la puerta lateral.

Los dos desaparecemos gradualmente en la noche hasta que Muñoz ya no puede vernos.

Los dos nos negamos a echar la vista atrás, a sabiendas de que es mejor mirar hacia delante, hacia el futuro, que anhelar un pasado que se ha ido para siempre.

Capítulo once

Es nuestra última noche juntos, o al menos nuestra última noche en un período de tiempo indeterminado, y confío en hacer algo especial.

Algo memorable.

Algo que Damen pueda recordar con una sonrisa.

Aunque no debería ser demasiado memorable: no puedo permitirme que sospeche que me reservo algo que de momento no quiero mencionar.

Decidí emprender el viaje al poco de abandonar Summerland, pero Damen no está informado de ello. Y como decírselo

dará lugar, sin duda alguna, a una discusión de enormes proporciones, confío en guardarme la noticia hasta que no tenga más remedio que contárselo.

Por eso, mientras se cepilla los dientes y se prepara para acostarse, me deslizo entre las sábanas y trato de imaginar algo con lo que sorprenderle. Pero al cabo de un momento, cuando se detiene en el umbral como una visión gloriosa envuelta en seda azul, lo único que puedo hacer es tragar saliva, mirarlo fijamente y manifestar un tulipán rojo que flota desde mi mano hasta la suya.

Sonríe, cubre la distancia entre nosotros en un instante y se sitúa junto a mí. Recorre suavemente con los dedos la

línea de mi frente, me aparta el pelo de la cara, me abraza y me aprieta contra sí. Con la mejilla apoyada sobre su pecho, cierro los ojos y me pierdo en el murmullo de su latido, la «casi» sensación de sus labios, el modo en que sus manos juegan sobre mi piel. Echo la pierna sobre la suya y le estrecho contra mí, concentrada en su esencia, su energía, su ser, decidida a grabar en mi cerebro todos y cada uno de los detalles de este momento para que nunca desaparezca.

Y aunque quiero decir algo profundo y significativo, algo que compense todo lo malo que pueda haber pasado entre nosotros, esas manos que me acarician y tranquilizan y esa voz que suena en mi

oído como un débil murmullo me llevan pronto a un sueño profundo.

Espero a media mañana para decírselo.

Espero hasta que nos hemos duchado, nos hemos vestido y nos encontramos abajo, en la cocina, sentados a la mesa del desayuno, disfrutando de unas botellas frías de elixir mientras Damen ojea los diarios de la mañana.

Espero hasta que ya no me quedan excusas para aplazar lo que sé que tengo que decir.

Soy consciente de que es una cobardía, pero lo hago de todos modos.

—Bueno, ¿estamos en el segundo o en el tercer día de tu semana de investigación? —Alza la vista, dobla el periódico por la mitad y me dedica una sonrisa irresistible mientras se lleva la botella a los labios—. Porque creo que me he perdido.

Se limpia la boca con la mano, y luego la mano en la rodilla.

Frunzo el ceño e inclino mi botella de lado a lado, contemplando el elixir, que echa chispas y flamea mientras asciende a toda velocidad hasta el borde y vuelve a bajar. Me muerdo el labio inferior, sin saber por dónde empezar, y luego decido que es mejor que me lance, que no hay motivo alguno para retrasar lo inevitable

cuando todos los caminos acaban conduciendo al mismo lugar de destino. Descarto las habituales súplicas preventivas del tipo: «Por favor, no te enfades», o la también ineficaz: «Por favor, escúchame antes», y opto por la verdad declarada limpiamente, diciendo:

—He decidido hacer ese viaje.

Me mira con el rostro animado y los ojos brillantes. La visión me llena de alivio al instante, un alivio que no dura mucho, que desaparece en cuanto comprendo que ha creído que al decir «viaje» me refería a las vacaciones que está planeando.

—Oh, no, no... eso no —mascullo, sintiéndome muy pequeñita cuando veo

que pone cara larga—. Hablaba del viaje al que se refirió Loto. Aunque, si las cosas van tan bien como espero, también tendremos tiempo de sobra para eso.

Dejo caer las manos en el regazo y trato de forzar una sonrisa, aunque no llega muy lejos. Es un paso en falso por mi parte, y él también lo sabe.

Se vuelve. Al parecer, se ha quedado mudo al oír lo que acabo de decir. Pero por la forma en que sus dedos agarran el elixir, en que aprieta la mandíbula, sé que no le faltan palabras; solo intenta reunirlos y seleccionarlos. No permanecerá mucho tiempo en silencio.

—Hablas en serio —dice, mirándome por fin. Las palabras suenan más como

una afirmación que como la acusación que yo esperaba.

Asiento con la cabeza y me apresuro a disculparme:

—Lo siento. Sé que seguramente no te alegrará mucho oír eso.

Me mira de arriba abajo con una expresión que no puedo interpretar. Sus palabras son cuidadosas y medidas cuando dice:

—No, no puedo decir que me alegre.

El tono exhibe una enorme cantidad de autocontrol que su energía no puede imitar. Aunque no tenga aura visible, puedo sentir su vibración. Puedo sentir cómo se le acelera el pulso.

Se dispone a hablar otra vez, pero

antes de que pueda pronunciar las palabras levanto la palma de la mano y le detengo, diciendo:

—Escucha, sé lo que vas a decir, créeme. Vas a decirme que ella está loca, que es peligroso, que tengo que ignorarla y seguir adelante, que te dé más tiempo para encontrar el modo de que podamos tocarnos otra vez... —Hago una breve pausa, sin darle tiempo suficiente para que responda antes de seguir—: Pero la cuestión es que no se trata solo de que estemos juntos de la forma que queremos. Se trata de mi destino. Mi propósito. Mi razón de ser; la razón por la que vuelvo a nacer una y otra vez. Debo ir, en realidad no tengo elección. Y aunque sé que no te

gusta, y que no te gustará por buenos que sean mis argumentos, estoy dispuesta a conformarme con tu mera aceptación, aunque sea a regañadientes. En definitiva, me conformaré con lo que pueda conseguir. Y es que, Damen, aunque desde luego existen muchas posibilidades de que ella esté completamente loca, también existen las mismas posibilidades de que ande detrás de algo real. Y el corazón me dice que eso es lo que tengo que... No, olvida eso. El alma me dice que estoy destinada a realizar ese viaje. Es como ella dijo, es un destino que solo yo puedo alcanzar. Y aunque me gustaría que pudieses venir conmigo, aunque me gustaría más que nada en el mundo, la

vieja dejó muy claro que no puedes. Y...
—Trago saliva; el nudo en mi garganta es como una bola de fuego caliente y furiosa, pero a pesar de ello sigo adelante y añado —: Y espero que puedas encontrar una forma de aceptar mi decisión, aunque no puedas apoyarla.

Damen asiente con la cabeza y se toma su tiempo para formular una respuesta. Estira las piernas y cruza los tobillos mientras sus dedos recorren el borde de la botella.

—¿Me estás diciendo que nada de lo que yo pueda hacer o decir impedirá que sigas adelante y te marches sola?

Bajo los ojos. Me alegra que esta conversación se haya apartado del

combate a gritos que había imaginado y, sin embargo, en ciertos aspectos me sorprende comprobar que es peor. Las discusiones apasionadas son muy fáciles de olvidar una vez que ha pasado el tiempo suficiente, pero esto, esta especie de aceptación a regañadientes que pensé que me encantaría conseguir, bueno, hace que me sienta triste, sola y deprimida.

—¿Y cuándo tienes previsto emprender ese viaje?

—Pronto —respondo, y me fuerzo a mirarle cuando añado—: Mejor dicho, ahora. No hay motivo para aplazarlo, ¿verdad?

Se cubre el rostro con las manos y se frota los ojos en silencio, haciendo todo

lo posible para evitarme. Y cuando levanta los ojos de nuevo su mirada se pierde a lo lejos, más allá del cuidado jardín, más allá de la piscina, más allá del océano, hasta algún perturbador paisaje mental visible solo para él, ocultando sus pensamientos.

—Ojalá no lo hicieras —dice; sus palabras son simples pero sinceras.

Asiento con la cabeza.

—Pero si insistes, insisto en ir contigo —añade, mirándome—. Es demasiado peligroso, demasiado... —Se interrumpe frunciendo el ceño, se aparta el pelo de la cara—. Demasiado vago, demasiado incierto. No puedo dejar que te hundas en el fango tú sola. Ever, ¿no lo ves? ¡Lo

eres todo para mí! ¡No puedo permitir que emprendas el viaje de una anciana loca!

Sus ojos se clavan en los míos, mostrándome el alcance de su determinación. Pero yo también estoy decidida, y las instrucciones de Loto eran clarísimas: es mi viaje, mi destino; Damen no es bienvenido allí. Y no puedo dejar de pensar que hay un motivo para eso, no puedo dejar de pensar que quizá esta vez me corresponda a mí protegerle insistiendo en ir sola.

Y me dispongo a decirlo cuando él alarga el brazo por encima de la mesa, me coge de la mano y dice:

—Ever... —Su voz se quiebra y se ve obligado a tragar saliva, aclararse la

garganta y volver a empezar—: Ever, ¿y si no regresas jamás?

—¡Claro que regresaré! —exclamo, deslizándome hasta el borde de la silla, casi me caigo al suelo, incapaz de creer que haya pensado siquiera semejante cosa—. Damen, ¡yo nunca te abandonaría! ¿Es eso lo que te tiene tan disgustado?

—No —dice con voz más firme—. Pienso más bien algo así como: «¿Y si no puedes volver? ¿Y si te quedas atrapada, perdida en el fango? ¿Y si no encuentras la salida?».

Sus ojos afligidos se clavan en los míos, y queda claro que ya está experimentando alguna futura pérdida imaginada, a pesar de que aún estoy aquí,

de que sigo sentada ante él.

Pero no es que yo no lo entienda. De hecho, lo comprendo muy bien.

Me ha perdido tantas veces que le aterra la posibilidad de volver a perderme justo cuando estaba seguro de que me tendría durante toda la eternidad. La extrema profundidad de su emoción me roba el aliento y me deja sin habla, intimidada, sin respuesta sencilla, sin forma sencilla de consolarle.

—Eso no pasará —digo por fin, confiando en convencerle—. El nuestro es un amor de destino. Eso es lo único que sé con certeza. Y aunque no tengo ni idea de lo que me espera, prometo que haré lo que haga falta para encontrar el camino de

regreso. En serio, Damen, nada puede mantenernos separados, al menos durante mucho tiempo. Pero ahora tengo que irme. Y tengo que irme sola. Loto se mostró clara al respecto. Así que, por favor, por favor, déjame hacerlo; por favor, déjame ver adónde conduce esto. No podré estar tranquila hasta que lo intente. Aunque sé que es mucho pedir, quisiera que intentases entenderlo. Y si no puedes hacerlo, quisiera que al menos trataras de apoyarme. ¿Puedes hacer eso?

Pero, aunque mi voz prácticamente le suplica que me mire, que responda de alguna forma, continúa sentado en silencio, perdido en su propio panorama mental.

Optando por dar un enorme salto de fe y confiando en que él me acompañe, añadido:

—Damen, sé cómo te sientes, créeme. Pero no puedo dejar de pensar en que hay algo más en nuestra historia. Toda una vida que ambos ignoramos. Creo que es la pista, o tal vez «la clave», como dijo Loto. La clave que nos conducirá hasta el motivo que está detrás de todos esos obstáculos que nos han fastidiado durante todos estos siglos, incluyendo el obstáculo al que nos enfrentamos ahora.

Pero, como he dicho, era un salto.

Un salto que se estrella contra el suelo cuando Damen se levanta de su asiento, se aparta de la mesa y me mira un instante.

Su mirada es desolada; su voz fría y entrecortada me indica que está a millones de kilómetros de distancia cuando dice:

—Entonces, supongo que eso es todo. Estás decidida. En ese caso te deseo lo mejor, y espero que regreses pronto.

Capítulo doce

—¿Seguro que no quieres entrar?
Niego con la cabeza y miro a Jude a los ojos un instante antes de dirigir mi atención a los tallos secos por el invierno que en su día sostenían las bonitas peonías de color rosa y morado que bordeaban el camino desde la calle hasta su puerta.

—Entonces, ¿sigues con esto?

Asiento con la cabeza. Me doy cuenta de que debería tratar de responder al menos una de sus preguntas verbalmente, pero por el momento me siento demasiado conmovida para hablar. Soy incapaz de

impedir que mi mente repita esa última escena con Damen, sus últimas palabras, lo que ha dicho acerca de la posibilidad de que no regrese, de que me pierda en el fango sin poder encontrar el camino de vuelta. El modo en que me ha estrechado entre sus brazos a continuación. Estaba a punto de salir de la habitación hecho una furia cuando ha vuelto conmigo; su cuerpo se movía hacia el mío casi contra su voluntad. Su abrazo ha sido tan cálido, tan estrecho, tan... breve, que ha actuado como contraste para sus palabras frías y superficiales.

Y aunque podía percibir su lucha interna, aunque he reconocido las señales de alguien que se esfuerza por retirarse de

un resultado que en su opinión solo puede acabar en sufrimiento, no podía evitar esperar algo más.

Aunque sabía que tenía que ir sola, aunque he insistido en que el viaje era mío y solo mío, seguía estando segura de que al menos me acompañaría a Summerland.

Aparto el pensamiento de mi mente y decido centrarme en el presente, en este lugar en el que Jude se sitúa justo delante de mí, al otro lado de la entrada.

—Bueno, ¿y dónde está Damen? —
Observa con detenimiento el espacio vacío que hay a mi derecha y luego me repasa de arriba abajo—. Va contigo, ¿verdad?

Bajo los ojos, consciente del horrible nudo que se me forma en la garganta y de que los ojos empiezan a escocerme. Son las advertencias habituales: se prepara un mar de lágrimas, pero lo detengo donde está. No pienso echarme a llorar.

No aquí.

No delante de Jude.

No por algo que he elegido hacer.

Recupero la compostura por fin y digo:

—Solo voy yo. Esto es algo que tengo que hacer yo sola. Loto lo dejó muy claro.

Me encojo de hombros como si no pasara nada y confío en que él se lo trague.

Se apoya contra la puerta con las

manos en los bolsillos. Y el gesto de su boca y de su frente deja claro que está haciendo lo contrario, intentando determinar qué puede estar pasando entre Damen y yo.

Pero no estoy aquí por eso, así que me apresuro a descartar la idea con un gesto. Le miro a los ojos al decir:

—Escucha, solo quería pasar a darte las gracias. Gracias por ser tan buen amigo mío a lo largo de todas estas... vidas.

Frunce el entrecejo y centra la vista en la calle, a mis espaldas. Emite una especie de sonido sarcástico, a medio camino entre un gruñido y un gemido, antes de decir:

—Ever, es mejor que reserves tu gratitud para alguien que la merezca de verdad. Ninguna de mis acciones ha resultado ser nada útil. De hecho, se trata más bien de lo contrario: lo he empeorado todo. Parece ser que tengo la mala costumbre de estropear tremendamente las cosas.

Como no tiene sentido negarlo, me apresuro a mostrarme de acuerdo, aunque también añadido:

—Aun así, no estoy convencida de que sea culpa tuya. Si acaso, estoy bastante segura de que es tu destino.

Jude inclina la cabeza y se rasca la barbilla, en la que apunta un atisbo de barba.

—¿Mi destino es fastidiarte la vida?
—me pregunta con una expresión escéptica—. No sé muy bien cómo tomármelo.

—Bueno, no, no solo eso. Estoy segura de que te esperan cosas mucho mejores, cosas que no tienen nada que ver conmigo. Lo que quiero decir es que tal vez sea nuestro destino combinado, ¿me entiendes? Tal vez tú y yo nos encontremos a lo largo de todos estos siglos por una razón que a ninguno de los dos se nos ha ocurrido antes... —Lo miro con detenimiento, tratando de interpretar cómo le ha sentado eso, pero tiene la cabeza ladeada y una maraña de rastas cae de lado, tapándole la cara—. Bueno,

en fin... —Empiezo a sentirme como una idiota por haber venido—. Espero que el viaje revele eso y más.

—Entonces, ¿ha llegado el momento de la verdad? —pregunta, al tiempo que se aparta el pelo y permite que su mirada tropical se pose en la mía.

—Eso parece —respondo, tratando de sonreír sin mucho éxito.

Asiente con la cabeza. Su cuerpo sufre una leve sacudida como si se guardase algo, atrapado en una lucha entre decir lo que quiere decir y lo que le permite su sentido común. Al final se decide por la segunda opción y dice:

—Entonces te deseo buen viaje.

Se aparta de la puerta y se mueve

como si fuese a abrazarme, pero en el último instante cambia de idea y deja caer las manos a los costados.

Y antes de que el momento pueda hacerse aún más incómodo de lo que ya es, salvo el espacio existente entre nosotros y lo abrazo con fuerza. Mantengo el abrazo por un momento que parece suspendido en el tiempo. Luego me aparto y le pongo fin, consciente de la oleada de energía de Jude, su habitual tarjeta de visita, hecha de una serenidad plácida y tranquila que sigue fluyendo a través de mí.

Esa energía se mantiene, persiste, aguanta extrañamente mientras me dirijo a mi coche y salgo en dirección a mi

siguiente serie de despedidas.

Después de pasar por casa de Miles y descubrir que no está, voy a casa de Ava y las gemelas solo para encontrarme con que también se han ido. Entonces paso por la antigua casa de Haven, la que compartía con su hermano Austin y sus padres. Aparco en la calle y veo un cartel de SE VENDE clavado en el césped. Parece que se está desarrollando una jornada de puertas abiertas, y una larga fila de curiosos entra y sale de la casa.

Me pregunto si sus padres se dan cuenta siquiera de que se ha marchado, de que nunca regresará, o si siguen mirando

más allá de ella, a su alrededor, a todas partes salvo a ella, tal como hacían cuando todavía estaba aquí. Y ya que estoy atrapada en un atolladero de profunda tristeza, decido pasar por delante de la casa de Sabine, pero eso es todo lo que hago. No me paro. No entro. Ya me despedí en silencio anoche.

Y sin más motivos para retrasar mi viaje, bajo por la calle siguiente, abandono mi coche junto al bordillo, cierro los ojos y manifiesto el portal que me conduce a Summerland. Aterrizo en los vastos y fragantes campos con sus flores palpitantes y árboles trémulos, y me paro un momento a disfrutar del esplendor puro y absoluto —esa masa hecha de

belleza, amor y todas las cosas buenas— antes de salir y aventurarme hacia su lado opuesto. El lugar en el que todos los árboles están desnudos, las flores no crecen y la magia y la manifestación no existen.

Mis sospechas se ven confirmadas en cuanto veo el estrecho sendero de barro que lleva desde el monumento conmemorativo de Haven hasta el lado oscuro con el que me topé primero.

Está creciendo.

Invadiendo.

Aunque no me sorprende en absoluto verlo así, no tengo ni idea de cómo detenerlo. Ni idea de qué haré cuando llegue a mi destino. Y aunque he tratado

de prepararme mentalmente para cualquier cosa que pueda encontrarme, no me he preparado para lo que me está esperando en este momento.

Me detengo y abro los ojos como platos. La mandíbula prácticamente se me cae hasta las rodillas cuando veo que Jude, Ava, Romy, Rayne y... ¿Miles? me esperan allí.

La única persona que podría completar esta reunión es Damen, pero por desgracia se encuentra ausente.

—¿Cómo habéis...?

Miro boquiabierta a Miles, la mayor sorpresa de todas.

—Bueno, nos ha costado lo nuestro. Desde luego, ha habido que hacer unos

cuantos intentos, pero aunando las energías de nosotros cuatro y el deseo ferviente de Miles de despedirse de ti, al final hemos conseguido salir adelante.

—Confío en que al menos le hayáis enseñado las partes más agradables —comento abochornada, pensando en la decepción que debe de haber sentido tras atravesar el velo dorado resplandeciente y entrar en un lugar tan oscuro, deprimente y desolador después de hacer tantos esfuerzos.

—Más tarde —dice Ava—. Teníamos demasiada prisa por alcanzarte antes de que te marchases.

—Pero... ¿por qué? —le pregunto a Jude, al comprender que ha sido él quien

les ha llamado y les ha convencido de que se reuniesen aquí conmigo, justo después de que nos separásemos.

—Porque te mereces una despedida en toda regla —dice Romy, dándole un buen codazo a su hermana, que asiente a regañadientes.

—Yo... no sé qué decir.

Trago saliva y me digo que no puedo llorar delante de ellos.

—No tienes que decir nada —replica Miles, con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabes de sobra que soy capaz de hablar por todos nosotros.

—Cierto.

Me echo a reír; todavía me estoy acostumbrando a su presencia aquí.

—¡Ah, y te hemos traído regalos! — exclama Ava, ilusionada.

Intento parecer complacida, aunque la verdad es que ignoro por completo lo que haré con ellos, o si podré siquiera llevármelos allá donde voy, sea donde sea. El pensamiento se desvanece en cuanto Rayne da un paso adelante, me indica con un gesto que baje la cabeza y me coloca en torno al cuello un pequeño talismán de plata que cuelga de un cordón de cuero.

Agarro el colgante entre el índice y el pulgar, y lo levanto para verlo mejor. No sé cómo se supone que debo interpretar el mensaje que hay detrás, teniendo en cuenta sobre todo que proviene

directamente de ella.

—¿Un uróboros? —pregunto asombrada, enarcando las cejas.

—Es de parte de Romy y mía —dice muy seria y con los ojos muy abiertos—. Es para la protección. Damen tenía razón: no es malo, en absoluto, y solo queremos que te recuerde dónde comenzaste, dónde acabarás y también dónde esperamos que vuelvas a estar.

—¿Y dónde es eso? —pregunto sin apartar los ojos de los suyos.

—Otra vez aquí. Con todos nosotros —dice con tono sincero.

Me confunde su naturaleza dual, su capacidad de pasar de un extremo al otro, sobre todo en lo que a mí respecta. Eso

me recuerda al anciano con el que me encontré en Summerland, el que insistía en que las gemelas tenían personalidades opuestas a aquellas a las que yo me había acostumbrado. Afirmaba que Rayne era la amable y Romy la cabezota, y no puedo evitar preguntarme con cuánta frecuencia juegan a este juego.

Antes de que pueda formular alguna respuesta, Ava se adelanta y me entrega una piedrecita cristalina y brillante, de un azul verdoso tan intenso que me recuerda los ojos de Jude.

—Es cavansita —dice, observándome con atención—. Es un mineral que aumenta la intuición y la sanación psíquica. También provoca una profunda

reflexión, inspira nuevas ideas, ayuda a liberarse de creencias incorrectas y sirve para inducir los recuerdos de vidas pasadas.

Me mira a los ojos con una expresión cargada de intención. Me gustaría que Damen estuviese aquí para oír esto.

Asiento con la cabeza, deslizo la piedra en mi bolsillo y me vuelvo hacia Jude. No porque espere algo de él, sino porque comprendo por la forma en que flamea su aura, por la energía que emana, que tiene algo que decirme.

—Voy contigo —dice.

Entorno los ojos, sin saber si lo he oído bien.

—En serio. Ese es mi regalo. Hago el

viaje contigo. No tienes que ir sola. No quiero que vayas sola.

—Pero... no puedes —digo. Las palabras salen antes de que tenga siquiera la posibilidad de pararme a considerarlas. Sin embargo, por alguna razón parece lo correcto. Si Damen no puede ir, Jude tampoco. Además, no hay necesidad de implicarle en esto más de lo que ya lo he hecho—. Créeme, aprecio la intención, de verdad. Pero las instrucciones de Loto fueron claras: tengo que hacer esto sola. Sin ti, sin Damen, sin contar con nadie que no sea yo misma. Es mi destino, solo yo puedo hacer el viaje.

—Pero tú misma dijiste que nuestros destinos estaban entrelazados.

Guardo silencio sin saber cómo responder. Miro a las gemelas, a Miles, luego a Ava y de nuevo a Jude, a punto de reiterar lo que acabo de decir. Y entonces percibo su presencia.

Loto.

Está allí.

Me vuelvo y mi mirada encuentra la suya de forma instintiva. Observo que parece aún más vieja que la última vez que la vi, más delicada, frágil, incluso un tanto débil. Sus movimientos son lentos pero decididos; su cuerpo delgado aparece ligeramente encorvado. Lleva el pelo libre de la trenza habitual, suelto en largos mechones plateados en torno a los hombros. Las ondas flotan ligeras,

creando el habitual efecto de halo. Tiene la piel tan pálida que sus ojos azules destacan como dos asombrosos trozos de aguamarina sobre un paisaje blanquísimo. Y a diferencia de las otras veces que la he visto, esta vez se apoya pesadamente en un viejo bastón de madera tallada. Sus dedos envuelven el mango curvo; los nudillos artríticos se ven pálidos y abultados. No obstante, su rostro sigue animándose mientras se aproxima. Sus viejos ojos legañosos me contemplan, y en sus labios se dibuja una sonrisa de placer.

—Adelina. —Se inclina y se detiene a pocos pasos de mí. Me mira a los ojos como si aún no se hubiese dado cuenta de

que tengo compañía—. ¿Estás lista? ¿Lista para hacer el viaje? ¿Lista para liberarme?

—¿Es eso lo que voy a hacer?

La miro con atención. Sus palabras plantan en mi mente una semilla de duda que me lleva a replantearme mi propósito.

—Ya hace mucho que te esperamos. Solo tú puedes hacer el viaje, solo tú puedes revelar la verdad.

—Pero ¿por qué solo yo? ¿Por qué no puede venir Damen... o Jude?

—Por favor —susurra con voz ronca. Se lleva la palma de la mano izquierda al corazón mientras se inclina hacia mí. Me fijo en el destello de una delgada banda de oro que lleva en el dedo anular. Me

pregunto si siempre la ha llevado y, si es así, por qué no me he fijado hasta ahora —. Tienes que decidir creer.

Por primera vez desde su llegada, echo un vistazo a mis amigos. La contemplan con tanto sobrecogimiento y veneración que no puedo evitar preguntarme si ven algo que a mí se me escapa.

Pero al volverme de nuevo hacia Loto lo veo tan claramente como ellos: el bonito resplandor dorado que emana de lo más hondo de su interior, creciendo y expandiéndose hasta que reluce a su alrededor.

—Así pues, ¿estás lista? —me pregunta. Su rostro resulta tan luminoso

que me limito a asentir, incapaz de resistirme.

Levantando un dedo viejo y nudoso, me indica que la siga, que dé el primer paso en dirección a un destino que todavía no puedo imaginar.

Me vuelvo hacia mis amigos, me vuelvo para despedirme de ellos con la mano, pero solo corresponden a mi saludo Miles, Ava y las gemelas, mientras que Jude se sitúa justo detrás de mí.

Y cuando me dispongo a explicarle una vez más por qué tengo que ir sola, Loto se detiene, echa un vistazo por encima del hombro y se fija en él; parece que lo ve por primera vez. Lo mira de arriba abajo como si lo reconociese y,

para mi sorpresa, con un gesto le indica que se adelante y le invita a venir con nosotras.

—Este también es tu destino. Las respuestas que buscas están a tu alcance —dice con voz sabia y sincera.

Miro a Jude y después a ella, preguntándome a qué se refiere, pero ella ya se ha girado, y por la expresión de Jude parece que está tan confundido como yo.

Ella nos conduce a través del fango, a través de un bosque de árboles consumidos cuyas ramas desnudas no tienen ni rastro de follaje a pesar de la lluvia constante. Sus pies se mueven con sorprendente seguridad, mientras que yo

me esfuerzo por no quedarme atrás. Mantengo los ojos pegados a su nuca sin querer perderla de vista, oyendo las pisadas de Jude, que me sigue.

Y aunque agradezco la compañía, no puedo dejar de pensar que debería ser Damen quien me acompañase en lugar de él.

Damen debería hacer el viaje junto a mí. Damen, que quería venir, quería protegerme, a pesar de que no estaba de acuerdo con que viniese aquí.

Tengo la impresión de que no está bien que vaya con Jude.

Continuamos siguiendo a Loto durante largo rato, y estoy a punto de preguntar cuánto falta, cuando llegamos.

Lo sé tan pronto como lo veo.

En el fondo, el paisaje no ha cambiado; el suelo sigue siendo fangoso, la lluvia sigue cayendo y el entorno aparece tan desolado y yermo como siempre, pero aun así resulta innegable. El aire es diferente. Más fresco. La temperatura ha bajado tanto que me gustaría haberme abrigado un poco más en lugar de llevar un viejo par de vaqueros y una camiseta de manga larga. Pero aún me llama más la atención que la zona situada ante nosotros parezca brillar y centellear; de hecho, reluce y destella. No parece el velo resplandeciente que marca el portal hacia Summerland, sino un cambio en el ambiente. De pronto, el espacio se ha

vuelto calinoso y confuso, mostrando solo unas formas borrosas, un mero atisbo de lo que puede encontrarse más allá.

Loto se detiene, se lleva la mano a la frente y contempla la escena. Me sitúo a su lado, y Jude, al mío. Me pregunto si insistirá en continuar ahora que estamos aquí.

Me vuelvo hacia Loto esperando instrucciones, consejos, información, palabras de sabiduría. Estoy dispuesta a conformarme con cualquier cosa que ella decida darme, pero señala hacia delante y me indica con un gesto que siga avanzando y dé ese gran salto entre el espacio en el que me encuentro y lo desconocido que me aguarda más allá de

la luz.

—Pero ¿qué hago cuando llegue allí?
—le pregunto, prácticamente suplicando.

Sin embargo, en lugar de dirigirse a mí la anciana se vuelve hacia Jude y dice:

—Avanza. Aprende. Sabrás cuándo es el momento de regresar.

—Pero... voy con Ever... ¿verdad?
—pregunta, mirándonos. Su cara es una máscara de confusión que hace juego con la mía.

Loto hace un gesto impaciente, un movimiento hacia delante, y cuando sigo la dirección de sus viejos dedos torcidos me siento forzada a parpadear unas cuantas veces para asimilarlo todo, para ver lo que ve ella.

A pesar de mis esfuerzos, lo único que percibo es un holograma borroso, una especie de vago espejismo que podría representar un pueblo y a sus habitantes, aunque podría también ser cualquier otra cosa.

—Tu viaje empieza aquí. A ti te corresponde descubrir dónde acaba.

Jude me coge de la mano. Está decidido a apoyarme, a venir conmigo, pero yo aún no estoy preparada.

Por más que aprecie a Jude, Damen reina en mi corazón. Es a él a quien quiero junto a mí en este viaje, en cualquier viaje.

Loto me toca el brazo y me pone un saquito de seda en la palma de la mano.

Cierra mis dedos en torno a él y dice:

—Todo lo que crees necesitar está aquí. Decide tú qué significa eso.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo lo sabré? ¿Cómo...? —empiezo, mientras un millón de preguntas sin respuesta invade mi cerebro.

No llego muy lejos, pues Loto no tarda en mirarme y decir:

—Confía. Cree. Es la única forma de avanzar.

Me empuja hacia delante, me empuja con una fuerza sorprendente. Y no puedo evitarlo: vuelvo a mirar hacia atrás. Mis ojos escudriñan la zona buscando a Damen desesperadamente, como si la mera fuerza de mi anhelo fuese a

transportarle hasta aquí por arte de magia.

Sin embargo, al no encontrarle por ninguna parte, cuadro los hombros, bajo la barbilla y doy ese primer paso con Jude junto a mí, cogida de su mano.

Los dos avanzamos con paso vacilante hacia algo que no acabamos de distinguir, aunque no tardamos en vernos atraídos por su irresistible fuerza, como una masa de energía que gira vertiginosamente, un vórtice que nos absorbe. Y estoy a punto de fundirme con él cuando lo noto.

Noto ese hormigueo cálido y familiar.

Seguido de cerca por el grito quejumbroso de mi nombre en sus labios.

Me vuelvo y alcanzo a ver el destello de dolor en sus ojos cuando me ve con

Jude, cuando cree que le he sustituido.

Dejo caer la mano de Jude y contemplo impotente cómo se ve tragado por el torbellino, mientras me esfuerzo por aguantar, por permanecer a caballo entre dos mundos.

Mis dedos anhelantes intentan agarrar, tratan de alcanzar a Damen, y aunque se mueve deprisa su rapidez no es suficiente para evitar que nuestros dedos solo se rocen. Las puntas se acarician levemente y los ojos de ambos se encuentran un instante. Y luego no puedo impedirlo.

Me veo arrancada de su lado.

Perdida en el remolino.

Precipitada hacia un lugar desconocido, hacia un tiempo

desconocido.

Consciente de que Damen está aquí,
en alguna parte, pero incapaz de
encontrarle.

Emprendiendo ya el viaje de regreso.

El largo viaje de regreso.

De regreso al principio de todo.

Capítulo trece

—¡A^{delina!} La voz que me llama es susurrada, murmurada, y procura ser oída solo por mí.

—¡Adelina, dulce amor mío, decidme por favor que habéis venido por mí!

Me aparto del rincón, salgo de la oscuridad y entro en la mortecina luz que está más allá. Esforzándome por mantener un tono tranquilo y estoico, digo:

—He venido por vos, Alrik.

Le hago una profunda reverencia con las manos enterradas en los pliegues de mi falda para que no pueda verlas

temblar, desesperada por disimular mi excitación, por mostrarme respetable, femenina, sosegada.

Pero en cuanto levanto la cabeza, en cuanto veo la forma en que sus ojos de color castaño intenso se posan en los míos, con la mirada parcialmente oculta por la caída de oscuras sombras que pasan más allá de sus abundantes pestañas, más allá de su nariz recta, a lo largo del ángulo curvado de su pómulos bien esculpido, cuando veo la forma en que su silueta alta y esbelta llena la entrada, mi rostro me traiciona.

Mi mirada lanza destellos, mis mejillas se encienden y mis labios empiezan a curvarse, incapaces de

contener la oleada de extremo placer y alegría que me provoca su mera visión.

Y a juzgar por su expresión, es evidente que él siente lo mismo. Lo sé por su manera de detenerse en el umbral y su manera de levantar la antorcha, permitiendo que la luz se derrame sobre mí.

Permitiendo que sus ojos me devoren.

Lo sé por su manera de jadear, su manera de apretar la mandíbula, su manera de mirarme, nublada de deseo. Nos producimos el mismo efecto el uno al otro.

Y cuando salva la distancia entre nosotros en pocos pasos y me estrecha contra sí, cuando cubre mi rostro con sus

besos, cuando sus labios apresan los míos, fundiéndose, uniéndose y explorando, todas mis dudas se desvanecen. Me centro solo en esto.

Aquí.

Ahora.

Mi mundo entero se encoge hasta que no existe nada más.

Nada que no sea la presión de sus labios, el calor de su piel y el hormigueo cálido que siempre consigue apoderarse de mí cada vez que él está cerca.

Me niego a pensar en un futuro que jamás podrá ser nuestro.

Me niego a pensar en cosas tan crueles como la clase y la posición social, las obligaciones y el extraño juego de

posibilidades que conllevan el orden de nacimiento.

Me niego a pensar en que, a pesar de nuestro amor profundo, jamás podremos ser uno del otro como queremos. Una verdad que fue decidida mucho antes de que tuviésemos la posibilidad de conocernos. Nuestros futuros fueron determinados por otros, no por nosotros.

A pesar de que él me ama y yo le amo a él, jamás nos casaremos.

No podremos casarnos.

Él está prometido con otra desde que era niño.

Una joven cuya familia posee mucha más riqueza que la mía.

Una joven que resulta ser mi prima,

Esme.

—Adelina —murmura, y mi nombre es como una plegaria en sus labios—. ¡Oh, Adelina, decidme que me habéis echado de menos tanto como yo a vos!

—Sí, mi señor.

Me aparto enseguida. La dicha de hace unos momentos se ve apagada bruscamente por la realidad en la que nos encontramos, que me recuerda quién soy: una pariente pobre de la prima lejana con quien él se casará; quién es él: el futuro rey de nuestra diminuta ciudad estado; y dónde nos hallamos ambos: en una cuadra vacía y oscura de sus caballerizas. El aire huele a caballos y heno, y a nuestros pies se extiende una pila de paja recién

extendida.

—¿Mi señor? —Enarca las cejas y recorre mi cuerpo con sus ojos oscuros hasta encontrarse con mis ojos azules. Me pregunto si ve en ellos lo mismo que yo veo en los suyos: decepción, duda y un deseo ferviente aunque inútil de cambiar las cosas—. ¿Qué es esto? ¿Es así como me veis ahora, como «señor»?

—¿Acaso no lo sois, al menos en principio?

Es descarado, lo sé, pero también es la verdad. Eso es algo que le gusta de mí, que no juegue a los juegos habituales, sobre todo en lo que respecta al cortejo. No soy tonta ni coqueta, y en ocasiones tiendo a mostrarme más como un

marimacho que como una chica. Pero soy franca y directa, y hago cuanto puedo para decir las cosas como son.

Hago cuanto puedo para vivir sin arrepentirme de nada.

Me cubre la cara con las manos, recorre con el dedo el camino que va de mi sien a mi barbilla y me la levanta, forzándome a mirarle a los ojos.

—¿Cuál es el motivo de tanta formalidad? Os comportáis como si acabásemos de conocernos. Y, aunque así fuese, si no recuerdo mal, el día que nos conocimos no os mostrasteis nada formal; me empujasteis de cabeza al barro. Desde luego, vuestros modales dejaron mucho que desear, aunque os las arreglasteis

para causarme una impresión imborrable. Estoy seguro de que os amé desde ese momento. Cubierto de fango de pies a cabeza, supe que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Una sonrisa se cuela en mi cara; recuerdo el momento con tanta claridad como él. Yo tenía diez años; él, trece. Estaba alojada en casa de unos parientes mucho más acomodados y le hice una visita acompañando a mi consentida prima Esme, que tanto disfrutaba presumiendo ante mí de su riqueza, comparando siempre sus vestidos elegantes con mis insulsos trajes; aguantarla era una verdadera lata. Y así, molesta por su constante e inacabable

satisfacción, presunción y pavoneo sobre lo guapo y acaudalado que era su futuro marido, y lo maravilloso que sería cuando ella fuese reina y yo me viese obligada a hacerle reverencias y a besarle los pies, bueno, no pude aguantar más, así que me fui directamente hasta él, lo cogí desprevenido y lo empujé al estanque. Luego me volví hacia ella y dije:

—¿Sigues creyendo que es guapo?

A continuación, me quedé mirando mientras Esme lloraba, chillaba y corría a chivarse.

—Era un estanque —digo, mirándole a los ojos.

—Un estanque muy turbio. —Asiente con la cabeza—. El barro nunca se fue del

todo de mis ropas. Aún conservo la camisa que lleva la mancha.

—Y, si mal no recuerdo, pagué un alto precio por aquello. Me enviaron a casa de inmediato, y Esme nunca volvió a invitarme a visitarla. Lo cual, ahora que lo pienso, no fue en realidad ningún castigo, ¿verdad?

—Y, sin embargo, encontrasteis el camino de vuelta. O al menos de vuelta a mí.

Sus brazos rodean mi cintura, y sus dedos se deslizan por mi columna vertebral. La sensación es tan relajante y tranquilizadora que me cuesta mantener la concentración, no sucumbir a su poderoso hechizo.

—Sí —digo con una voz que es apenas un murmullo—. ¿Os alegráis de eso?

Sé que se alegra, pero siempre resulta agradable oír las palabras pronunciadas en voz alta.

—¿Que si me alegro? —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe, dejando a la vista la espléndida columna de su cuello; necesito toda mi fuerza de voluntad para no besarla—. ¿Os muestro la magnitud de mi agradecimiento?

Vuelve a besarme, al principio juguetón, con una serie de leves besos y mordisqueos, pero luego el beso se hace más profundo, mucho más profundo. Sin embargo, aunque trato de responder con el

fervor habitual, falta algo. Y él también lo percibe.

—¿Qué ha sucedido desde la última vez que nos vimos? Os encuentro distinta. ¿Ha ocurrido algo que haya cambiado vuestros sentimientos hacia mí?

Me obligo a desviar la mirada. Me obligo a respirar, a hablar. Pero el discurso que he ensayado mientras venía hacia aquí se me escapa de pronto.

—Adelina, os ruego que me respondáis: ¿ya no me amáis?

—¡No! ¡Claro que no! ¡No es nada de eso! ¿Cómo podéis decir siquiera semejante cosa?

—Entonces, ¿qué? ¿Qué terrible acontecimiento os lleva a rechazarme?

Reúno las palabras, me esfuerzo por trasladarlas de mi mente a mis labios, pero no puedo hacerlo. No puedo decir lo que tengo que decir. Así que, como una cobarde, una palabra que nunca se ha utilizado para describirme, miro hacia el suelo.

—¿Es Rhys? ¿Mi hermano vuelve a molestaros?

Su mandíbula se aprieta y sus ojos empiezan a brillar.

Pero, antes de que la cosa pueda ir a más, me apresuro a negar con la cabeza.

Su hermano Rhys es rubio y de tez clara. Sus evidentes encantos externos enmascaran un interior mucho más oscuro: está dominado por una larga serie de

envidias que es incapaz de superar.

Es el segundo en la línea de sucesión al trono, o sea, el segundo en la posibilidad de reinar en el pequeño reino ibérico de su padre, y también en las atenciones de este, y sabe que la muchacha a la que ama, mi consentida prima Esme, está destinada a su hermano, el cual, en opinión de Rhys, nació con todo y no merece nada.

Y si bien he tratado de mirar a Rhys con compasión, aunque solo sea porque tenemos algo en común —a ambos nos niegan la posibilidad de alcanzar la auténtica felicidad, nos alejan del ser amado debido a la política, a las finanzas y a unas tradiciones que apenas

entendemos—, mis simpatías no han tardado en verse frustradas por su innegable mezquindad y su abyecta crueldad hacia mí.

Como si fuese obra mía. Como si fuese culpa mía que Alrik esté prometido con la mujer a la que Rhys ama.

Como si yo no quisiera cambiar eso si pudiera.

Como si yo no quisiera invertir, alterar el orden de nacimiento, para que yo pudiese vivir feliz con Alrik y él pudiese vivir feliz con Esme, y todos pudiésemos vivir felices y comer perdices, a ser posible muy lejos los unos de los otros.

Pero desgraciadamente eso no va a

pasar.

Para empezar, Esme no siente interés alguno por Rhys. Ama a Alrik. Está deseando casarse.

Además, a veces, cuando me esfuerzo por mostrarme lógica y razonable, me recuerdo a mí misma que, si bien estoy segura de que Alrik me ama, me ama tal como yo le amo a él, no acabo de creerle cuando afirma no sentir interés alguno por la corona.

Es su derecho de nacimiento. Como hijo primogénito, como heredero de su padre, ha estado destinado al trono desde que llegó al mundo. Volver la espalda a todo eso... bueno, parece un sacrilegio.

—Adelina, por favor, no pongáis esa

cara tan triste. —Alrik recorre mi rostro con sus labios, desesperado por alegrar mi humor ensombrecido—. Resulta que tengo la más maravillosa sorpresa para vos.

Bajo la mirada, asegurándome a mí misma que puedo hacerlo. Que estoy verdaderamente preparada para seguir con mi idea. Luego lo miro a los ojos y digo:

—Y yo tengo otra para vos.

Inspiro hondo y hago acopio de fuerzas. La virtud no es algo que se regale con facilidad, sin estar casada o contar al menos con la promesa del matrimonio. Y si se supiera, bueno, no tengo duda alguna de que mi reputación quedaría destruida.

Sin embargo, no me importa. No me importan las normas y convencionalismos que tienen que ver con la cabeza e ignoran rotundamente el corazón.

No puedo preocuparme por un futuro que ni siquiera puedo ver, y mucho menos imaginar.

Lo único que sé con certeza es que Alrik se casará con Esme y que, con el tiempo, alguien se casará conmigo. Ha habido ofertas. Ofertas serias. Pero al menos por ahora me niego a considerarlas, por más que mis padres puedan rogar y suplicar. Aunque estoy segura de que algún día yaceré con mi marido en nuestro lecho de matrimonio, aunque estoy segura de que será un

hombre bueno y amable con grandes cualidades, en el fondo sé que nunca le amaré tal como amo a Alrik.

La clase de amor que compartimos solo llega una vez en la vida, y para algunos ni siquiera eso.

Y solo por esta razón estoy dispuesta a arriesgarlo todo.

Aunque no haga nada más con esta vida en la que me encuentro, quiero experimentar el amor en su forma absoluta, más profunda y más auténtica. De lo contrario, no veo qué sentido tiene seguir.

—Vos primero —dice él, cogiéndome de la mano con los ojos brillantes de ilusión.

Levanto la barbilla, levanto los brazos para rodearle. Mis manos le abrazan el cuello, y clavo la mirada en sus ojos oscuros cuando digo:

—He decidido que estoy preparada y dispuesta... a ser vuestra.

Frunce el ceño. Al principio no acaba de entender el significado que hay detrás de mis palabras. Sin embargo, no tarda en caer en la cuenta, y su reacción no es la que yo esperaba. Aunque he ensayado muchas veces esta situación en mi mente, ni una sola vez imaginé que él reaccionaría con una carcajada incontrolada. Una carcajada profunda y jovial. Tan profunda y jovial que temo que alguien la oiga y nos encuentre solos

aquí dentro.

Luego, rápidamente, vuelve a atraerme hacia sí, cubre mi rostro con sus besos una vez más y sus labios ejercen una dulce presión contra mi carne mientras dice:

—Mi querida Adelina, no hay necesidad de que sacrifiquéis vuestra virtud cuando pronto vais a ser mía.

Me aparto y lo miro fijamente a los ojos. Mi mirada es incrédula; la suya, decidida.

—Yo... no lo entiendo —balbuceo.

—Vamos a casarnos —declara sonriente—. Vos y yo. Tal como hemos soñado. Todo está dispuesto. Solos vos y yo, y un miembro del clero. Lamento que no sea una boda grandiosa, la clase de

boda acorde con la dignidad de mi futura reina, y lamento que vuestra familia no pueda estar allí para presenciar nuestra unión, aunque estoy seguro de que entendéis la necesidad de una confidencialidad total. Pero pronto, muy pronto, una vez que se sepa y mi padre no tenga otra opción que aceptar lo que he hecho y permitir que sus dos hijos se forjen un futuro con la mujer amada, celebraremos la fiesta más espléndida que se haya visto jamás, Adelina. Os lo prometo.

Mis ojos estudian su rostro con detenimiento. Me gustaría corresponder a su euforia, pero tengo demasiadas preguntas para intentarlo siquiera.

—Pero ¿cómo lo haremos? ¿Dónde lo haremos? Y, lo que es más importante, Alrik, ¡vuestro padre os matará!

Pero Alrik se limita a reírse, descartando la idea con un gesto impaciente de la mano.

—¿Matar a su primogénito? ¡Jamás! Mi padre se adaptará. Y cuando os conozca, cuando sepa de vos tanto como sé yo, no podrá resistirse a amaros también. ¡Ya lo veréis!

Sin embargo, aunque me encantaría creerlo, no puedo. Soy bastante menos idealista que Alrik. He tenido que arreglármelas con mucha menos fortuna y muchos menos privilegios, por lo que he experimentado en primera persona

algunas de las decepciones más dolorosas que la vida trae consigo.

Pero antes de que podamos seguir discutiendo se oye un ruido de pisadas, el sonido inconfundible de unas botas que avanzan pesadamente por el camino de tierra que discurre entre las cuadras. Los pasos se detienen justo delante de la nuestra, y no tardamos en oír unos golpes rápidos en la puerta. Una voz masculina profunda llama:

—¿Alrik? ¿Estáis ahí dentro?

—Aquí estoy —dice él. Sus labios siguen besándome, cubriendo cada centímetro de mi rostro, antes de explorar el profundo escote de mi vestido—. Y podéis entrar. Aunque os advierto que no

estoy solo. Estoy disfrutando de un rato a solas con mi prometida.

Empiezo a apartarme. Me incomoda esta exhibición pública y anhele volver al rincón en sombras. Pero Alrik no lo consiente y me atrae de nuevo hacia sí. Me pasa el brazo por la cintura mientras Heath entra en la habitación, hace una reverencia y, tomándose apenas un momento para echarnos un vistazo, dice:

—Mi señor y Esme. —Su espalda vuelve a enderezarse para revelar una expresión de puro horror—. ¡Oh, Adelina, perdonadme! Me he equivocado. Suponía...

La temperatura de sus mejillas asciende un millar de grados. Sus

palabras se interrumpen. No sabe cómo seguir; no encuentra una forma elegante de retirar esas palabras.

Lo que empeora aún más la situación es que Heath ha pedido mi mano hace muy poco, un hecho que solo conocemos Heath, mis padres (que me riñeron en grado sumo por rechazarle) y yo. Por fortuna, Alrik no tiene ni idea de ello, porque si la tuviese, no me cabe duda de que no recibiría a su más antiguo y querido amigo de la infancia, el caballero preferido de su padre, de la forma en que lo está haciendo.

Mi mirada se posa sobre Heath, abarcando su pelo basto de color castaño dorado, sus brillantes ojos aguamarina y

su silueta esbelta y musculosa. Me siento terriblemente culpable de que nos haya encontrado así, a sabiendas de que mi vida sería mucho más sencilla si pudiese obligarme a corresponder a su afecto. Pero eso es como decir que si no fuera por la existencia del sol estarías satisfecho con que lloviese cada día.

El corazón nada sabe de lógica, y raramente coincide con el cerebro.

Cuando Alrik está presente, todo el mundo queda eclipsado.

Y, por muy guapo, amable y bienintencionado que sea Heath, se vuelve casi invisible cuando está junto a Alrik. Puede que suene cruel, pero es la verdad pura y dura.

—¡Tonterías, amigo mío! —exclama Alrik, nada molesto ante la flagrante metedura de pata de Heath—. ¡Acercaos a nosotros! Os he llamado por un motivo. Quería que fueseis el primero en oír nuestra feliz noticia: ¡Adelina y yo vamos a casarnos!

—Señor.

Se inclina, sobre todo por respeto, aunque en parte para ocultar una expresión que está claramente en conflicto. Y para cuando vuelve a enderezarse ha recuperado el control, si bien sigue haciendo un esfuerzo para evitar mirarme.

—Confío en que mantendréis nuestros planes en secreto hasta que llegue el

momento de revelarlos.

—¿Y cuándo será eso, señor?

—Mañana nos casaremos, y pasado mañana compartiré mi alegría con el reino. Pero ahora debo irme. Tengo que ocuparme de unos detalles de última hora. Así pues, ¿puedo confiar en que acompañéis sana y salva a su casa a Adelina, mi futura esposa?

—Por supuesto, mi señor.

Se inclina una vez más. Pero esta vez, cuando me aparto de los besos de Alrik, alcanzo a ver a Heath mirándome con detenimiento, de una forma que no logro interpretar.

Su rostro muestra una expresión que continúa haciéndome pensar mucho

después de que la haya sustituido por otra más anodina.

Una expresión acerca de la cual sigo haciendo conjeturas cuando abandonamos las caballerizas y salimos a lo que queda de la luz del día.

Una expresión que soy incapaz de definir, pero que se las arregla para persistir. Su mera insistencia me deja profundamente inquieta.

Capítulo catorce

Cabalgamos en silencio. O, para hablar con propiedad, yo cabalgo, y Heath camina junto a mí con las riendas en la mano, cada uno de nosotros perdido en su propio paisaje mental. Y aunque ha tenido muchas oportunidades para dirigirse a mí, no decide hablar hasta que ya casi hemos llegado.

—¿Le amáis? —pregunta.

Sus palabras son sencillas, directas, como si hubiésemos estado manteniendo la clase de conversación que ha podido traernos de forma natural a este punto. Y aunque se esfuerza por disimular el dolor

que hay tras la pregunta, fracasa de forma estrepitosa. Percibo su desesperación desde aquí arriba.

Aprieto los labios y aparto la mirada. Ojalá pudiera negarme a responderle. Casi todas las mujeres se negarían. Asegurarían sentirse muy ofendidas de que alguien pusiese en duda sus sentimientos, de que alguien invadiese su intimidad, le dirían que no es asunto suyo...

Pero yo no soy como la mayoría de las mujeres. Detesto esa clase de falsedad, esa clase de juego.

Además, Heath es amable y buena persona. Le debo algo mejor, una respuesta sincera como mínimo. Por más

que duela.

Al fin y al cabo, hemos compartido un beso.

O, mejor dicho, unos cuantos besos; una serie de besos, si se prefiere.

Besos que, por lo que veo, llegaron a suponer mucho más para él que para mí.

Yo solo estaba experimentando. Trataba de averiguar si mi cabeza podía influir en mi corazón. Quería comprobar si todos los besos eran como los de Alrik. Los suyos habían sido los primeros, así que no tenía término de comparación. Y aunque era agradable besar a Heath, aunque me producía una sensación de dulzura, tranquilidad y serenidad, como si flotase en una lujosa balsa sobre un

hermoso mar azul en calma, esa sensación no podía competir con la ola de calor que me causaba Alrik, con su hormigueo cálido.

Aunque, por desgracia, no me di cuenta de que las intenciones de Heath eran completamente distintas hasta que fracasó mi experimento. Él no estaba tanteando el terreno. Expresaba su interés por mí.

Y aunque sin duda mi vida sería más fácil si pudiese corresponder a su afecto, no puedo, y sería cruel fingir lo contrario.

Inspiro hondo. Permito que me levante de la silla y me deje en el suelo, donde me coloca suavemente ante sí. Su rostro queda a pocos centímetros del mío, y sus

manos siguen a ambos lados de mi cintura. Su contacto me transmite la habitual corriente de energía tranquila y serena que he llegado a asociar con él.

—Sí —digo, tratando de suavizar la palabra; sin embargo, la pronuncie como la pronuncie, me imagino que él la siente como una daga—. Sí, le amo. —Suspiro y, como siento la necesidad de explicarme, añado—: No puedo evitarlo. Es... inexplicable. Es una de esas cosas...

—No tenéis que decir nada más. De verdad. No me debéis explicación alguna.

Sus ojos se clavan en los míos, y su mirada contradice sus palabras. Se muere de ganas de comprenderlo, se muere de

ganas de saber por qué he escogido a Alrik en lugar de escogerle a él.

Trato de sonreír, pero solo lo consigo a medias. Mi voz suena apagada, inestable, cuando digo:

—Oh, no estoy segura de eso. Me da la impresión de que os debo una explicación o... algo.

Sus manos se vuelven más cálidas, su mirada se hace más profunda, y antes de que la cosa pueda ir a más se aparta. El movimiento es tan brusco que necesito un instante para adaptarme.

—Adelina —dice en voz baja y dulce, llena de adoración—, estáis enterada de mis sentimientos hacia vos, así que no insistiré. Pero, por favor, permitidme

hablaros como un amigo cuando digo que tengo graves motivos para preocuparme acerca de ese plan de Alrik y vuestro.

«No es mi plan, es el plan de Alrik.» En realidad no he participado en él. Aun así, no lo he rechazado. No he dicho «no». Aunque tampoco recuerdo haber dicho «sí». Apenas he tenido la oportunidad de hacerle unas cuantas preguntas antes de que Heath irrumpiese y pusiera fin a nuestra conversación. De todas formas, evito compartir mis pensamientos con él.

—Para empezar, lo más obvio: el rey se pondrá furioso. El matrimonio de Alrik con Esme fue planeado hace tiempo. Nadie ha pretendido nunca que fuese un matrimonio por amor, excepto tal vez

Esme... —Reflexiona, y vuelve a la cuestión cuando añade—: Pero hay mucho que tener en cuenta, mucho dinero en juego. Lo cierto es que la familia de Alrik necesita desesperadamente el dinero de la de Esme si quiere continuar gobernando. Y, por si eso no bastase, bueno, hay que tener en cuenta a Esme y a su familia. Entregarán con mucho gusto una dote muy abundante si eso significa que su hija llevará algún día la corona. Y aunque no pretendo conocer mucho a la propia Esme, pues la he visto pocas veces, creo que podemos suponer sin temor a equivocarnos que se pondrá muy furiosa cuando descubra lo que habéis hecho los dos. Tengo la impresión de que su ira

podría resultar aún más aterradora que la del rey. Hay algo indomable en esa muchacha, algo que no conoce límites ni confines de ninguna clase. —Sacude la cabeza y mueve torpemente las manos a los costados—. Y luego, por supuesto, está Rhys, que sin duda será el único, aparte de Alrik y vos, en alegrarse de la noticia, un pensamiento que en cierto modo resulta aterrador, ¿no? —Su voz se alza con tono de pregunta, aunque su rostro continúa igual, firme, fijo, sin ningún atisbo de diversión—. Aunque puede quedar libre para cortejar a Esme, ello solo enfurecerá a la hermana de esta. Como seguramente sabéis, Fiona lleva ya algún tiempo interesada en Rhys.

Miro a Heath parpadeando, esforzándome por asimilarlo todo. Aunque estaba enterada del triángulo de celos y atracciones en el que estoy inmersa, oírlo todo expuesto de forma tan clara sigue resultando sorprendente.

—Menudo lío es el amor —murmuro, casi como si hablase conmigo misma. Luego, mirando a Heath a los ojos, pregunto—: ¿Y qué proponéis que haga entonces? ¿Qué elección me sugerirís?

—Os sugeriría que me eligieseis a mí. —Suspira, y el sonido es tan desolado como su mirada—. Sabré que nunca me amaréis como amáis a Alrik, y lo aceptaré. También haré todo lo que pueda para haceros feliz. Os prometo, Adelina,

que dedicaré toda mi vida a ocuparme de que estéis bien cuidada, satisfecha.

—Heath... —Sacudo la cabeza; ojalá no hubiese dicho eso.

—Si os he incomodado lo lamento, pero nunca me lo perdonaría si al menos no expresase mis preocupaciones ni tratase de ofreceros una salida a algo que me temo que solo causará problemas, si no dolor, para casi todos los implicados.

Asiento con la cabeza. Sus palabras persisten y se añaden a las que ya giran vertiginosamente en mi mente, y lo peor es que no hay ni una sola cosa de las que ha dicho que pueda negarse. Sus inquietudes coinciden con las mías.

Aun así, lo miro y digo:

—Y ahora que habéis expresado vuestras preocupaciones... ¿Ahora qué?

—Ahora, me despido de vos y os deseo mucha felicidad. —Me hace una reverencia.

Y antes de que pueda incorporarse le dejo. Estampo un breve beso en su coronilla, sobre los bastos mechones de color castaño dorado, y me dirijo hacia mi puerta, pensando que, suceda lo que suceda mañana, nunca volveré a mirar mi casa, mi vida o a Heath de la misma forma. Me veré cambiada de manera sumamente profunda.

Soy consciente del peso de la perseverante mirada de Heath, de su persistente energía serena y tranquila,

mientras cruzo el pórtico y entro en la casa.

Capítulo quince

Me despierta el golpe de un guijarro contra mi ventana. Un golpecito seco, seguido de otro, y otro más, hasta que me despabilo del todo.

Cojo mi bata y me la ciño al cuerpo. Dedico un instante a pasarme una mano por el cabello y avanzo, deseosa de ver quién está ahí.

Espero a cualquiera, salvo al que encuentro.

—¿Rhys? —Al forzar la vista, distingo sus ojos de un azul intenso y su pelo dorado—. ¿Qué pasa? —Mi corazón late tres veces más deprisa mientras me

asalta una multitud de posibilidades, cada una peor que la anterior. «Alrik ha sufrido un accidente. Alrik está enfermo. Alrik ha cambiado de opinión acerca de mí...», hasta que por fin me armo de valor y pregunto—: ¿Es Alrik? ¿Está bien?

Rhys se ríe, se ríe de una forma que le ilumina el rostro, se ríe de una forma que le hace irresistible para las mujeres de todas las edades, de todas las posiciones sociales. Todas, desde las matronas hasta las princesas, pasando por las sirvientas de menor categoría. Es decir, todas menos yo.

—Creedme, vuestro querido Alrik está bien. Muy bien. Como si fuese una perra en celo, y por eso me ha enviado a

buscaros.

—No os creo —digo, y las palabras llegan antes de que haya tenido la posibilidad de reflexionar, pero una vez pronunciadas comprendo que no las lamento—. Alrik nunca os habría enviado a buscarme. Conoce bien vuestra crueldad, Rhys. El trato degradante que os gusta dispensarme.

Rhys sonríe y se pasa una mano por las ondas doradas de su pelo. Sus ojos azules lanzan destellos en la oscuridad cuando dice:

—Ni lo negaré ni me disculparé por ello. De hecho, reconozco que creo que mi hermano es un idiota al elegiros a vos cuando podría tener a la encantadora y

cautivadora Esme. Pero resulta que la idiotez de mi hermano actúa ahora a mi favor. Gracias a su extravagante atracción hacia vos, soy libre de cortejar a Esme, mi hermosa diosa de cabellos rojo fuego, así que, dadas las circunstancias, mi hermano y yo hemos llegado a una tregua. Y mientras se ocupa de sus obligaciones, me ha enviado a por vos. Así que venid ya; vuestra boda os aguarda. No me obliguéis a despertar a toda la casa.

—¿Ahora?

Parpadeo en la oscuridad, convencida de que se equivoca.

—Sí, ahora. Es un asunto lleno de intrigas, un asunto muy secreto. Así que rápido, coged lo que necesitéis, vestíos y

venid a la parte trasera, donde nos aguarda mi caballo.

Sin embargo, a pesar de sus instrucciones, me quedo donde estoy, negándome a moverme de la ventana. Como es lógico, no se me ocurre fiarme de la poco fiable palabra de Rhys. Estoy segura de que, si Alrik tuviese que enviar a alguien a por mí, enviaría a Heath y no a Rhys, el hermano en el que no confía, el hermano al que detesta.

Rhys suspira. Suspira y sacude la cabeza. Se mete la mano en el bolsillo de su capa y dice:

—Muy bien. Tened. Leedlo y llorad. Pero, hagáis lo que hagáis, hacedlo deprisa. Me gustaría volver a mi propia

cama en algún momento. Tengo a una lechera bajita y rechoncha calentándose las sábanas en este preciso momento.

Controlo el impulso irresistible de poner los ojos en blanco, finjo ignorar esa última parte y observo cómo trepa hábilmente por el enrejado que hay junto a mi ventana. Su cuerpo se mueve con gestos ágiles y felinos. Me pone el papel doblado en la mano mientras se sienta en el alféizar de la ventana.

Doy un paso atrás, me ciño más la bata y luego me paso los largos cabellos dorados por encima del hombro para que cuelguen delante de mi cuerpo. Trato de desviar la hambrienta mirada de sus ojos, que se detienen en todos los lugares en

que no deberían detenerse. Rhys no es ningún caballero y no hace intento alguno por disimularlo.

Reconozco el sello de cera roja que Alrik utiliza siempre para marcar su correspondencia en las numerosas cartas que me escribe. Lo despliego rápidamente, aliso las arrugas y leo:

Mi querida Adelina:

Si estáis leyendo esto ahora es porque os habéis negado a creer en la palabra de Rhys.

¡Bien hecho!

Una vez más, hacéis que me sienta orgulloso de vos. Sin embargo, solo por esta vez, os pido que confiéis en él. Al

parecer, mi hermano y yo hemos descubierto por fin que tenemos intereses comunes, y ahora nos encontramos colaborando, trabajando por nuestro propio bien, por decirlo de algún modo. Así que, con el corazón ligero y la conciencia limpia, os ruego que le acompañéis.

No he podido localizar a Heath, me he visto en la necesidad de buscar un aliado y he acudido a Rhys, suponiendo de forma acertada que se sentiría encantado ante la noticia de nuestra boda secreta, o, tal como a él le gusta decirlo, «la metedura de pata temeraria y ridículamente romántica de Alrik». Pero, por más que se ría, me temo que le

ha salido el tiro por la culata, pues nunca experimentará la clase de amor que vos y yo hemos encontrado el uno en el otro.

Aun así, a pesar de sus burlas, es lo bastante listo para entender que mi boda con vos le deja libre de cortejar a Esme y de perseguir la corona, así como la posición de «hijo y heredero favorito» que yo ocupé. Pero nada de eso importa en vista de lo que ahora puedo ganar, la posibilidad de hacer realidad mi viejo sueño de vivir mi vida con vos.

Así que os espero, cariño mío, novia mía, ¡esposa mía!

¡Por favor, apresuraos!

Vuestro para siempre,

—Bueno, ¿qué os parece? ¿Supera la prueba?

Rhys se repantiga en el alféizar de la ventana con una pierna colgando dentro de mi habitación y la otra doblada, apoyada en la plataforma saliente, que le sirve de apoyo para las manos.

Miro la nota y lo miro a él. Tengo que reconocer que sin duda ha sido escrita por Alrik de forma voluntaria, así que inspiro hondo y asiento en señal de consentimiento.

—¡Bien! —exclama Rhys con tono cortante, alargando el brazo hacia mí y arrebatándomela. Se la mete en el bolsillo

sin molestarse en doblarla bien, me mira, me dice que me apresure y luego baja a toda velocidad desde mi ventana y desaparece de mi vista.

Capítulo dieciséis

—**M**^{ontad.} Lo miro, y frunzo el entrecejo al decir:

—¿Ahí arriba? ¿Con vos?

—A no ser que prefiráis caminar.

Sus hombros suben y bajan como si estuviese dispuesto a dejarme hacer eso mismo.

—¿Por qué no camináis vos y monto yo?

Me apoyo las manos en las caderas y me juro hablarle a Alrik de esto más tarde.

—No, ni hablar. —Sacude la cabeza

—. Para empezar, está oscuro. Para seguir, hace frío. Y además... —Prolonga la pausa haciéndome esperar, como si en realidad me importase—. No se me da muy bien actuar generosamente ni portarme como un caballero, sobre todo cuando no espero sacar nada. Aunque, si fuese a sacar algo, podría reconsiderarlo...

Alzo la vista hasta esos brillantes ojos azules, el arco altanero de su frente dorada, el destello de sus dientes blancos contra el negro cielo nocturno. Una visión que deja a la mayoría de las muchachas mareadas y con las rodillas temblorosas, listas para sucumbir a todos sus caprichos y necesidades. Sin embargo, a mí solo me

revuelve el estómago, solo me provoca arcadas.

—¿Es así como coqueteáis con Esme?
—pregunto; sé que no debería provocarle, pero eso no me detiene—. Si es así, no puedo imaginarme por qué iba a rechazaros a favor de vuestro hermano. Decidme, Rhys, ¿ha visto ella este encantador aspecto vuestro?

Espero su respuesta, segura de que se enojará, de que dirá algo cruel acerca de mi aspecto o de la baja posición social y la falta de dinero de mi familia, pero se limita a reírse, y su sonrisa se hace más amplia cuando dice:

—¡Qué va! Con Esme todo es pompa y fachada, y nada más que la cortesía y el

respeto más profundos. A una muchacha como ella hay que saber llevarla. Es codiciosa, superficial y vanidosa. Lo único que ve en mi hermano es lo que pronto será mío: el poder que conlleva su posición y, lo que es más importante, la corona. Esme y yo nos parecemos mucho. Estamos hechos el uno para el otro. Tenemos que estar juntos. Ella y yo somos almas gemelas, y algún día ella también se dará cuenta.

Continúo mirándole, buscando en mi mente alguna respuesta sarcástica, pero las que se me ocurren mueren en mis labios. Lo que ha dicho es extraordinariamente cierto. Son frívolos, vanidosos y muy narcisistas, y la

capacidad de Rhys para comprender esa verdad revela un nivel asombroso de conocimiento de sí mismo y perspicacia que nunca habría esperado de él.

—Bueno, ¿cuánto tiempo pensáis pasaros ahí de pie? —me pregunta con aire aburrido, dando golpecitos con los pulgares contra el arzón de la silla.

—¿Por qué no habéis traído un carruaje? —le pregunto. Continúo sin querer montar con él, aunque está claro que mis opciones son limitadas.

Le observo mientras exhala un profundo suspiro, salta de su montura y se coloca delante de mí. Tan solo nos separan unos pocos centímetros.

—Un carruaje llama demasiado la

atención a estas horas —dice—. Se supone que esto es un secreto, ¿recordáis? Pensaba que no queríais que vuestros padres se enterasen de que os estáis fugando, aunque sea con la realeza local. Pero me temo que, si insistís en continuar haciéndoos la estrecha, bueno, no habrá necesidad alguna de confidencialidad, pues todo el maldito pueblo se presentará en vuestra cita amorosa. Así que, vamos, Adelina, ¿qué me decís? ¿Pensáis seguir llevándome la contraria o estáis dispuesta a dejar de resistiros? Portaos bien y montad. Alrik os está esperando.

Trago saliva con fuerza y asiento en señal de consentimiento. Me preparo para la desagradable sensación de sus manos

en mi cintura. Me levanta, me coloca en la silla y monta a su vez. Me advierte que me agarre bien si no quiero caerme al suelo. Algo que parece gustarle demasiado, algo en lo que intento no pensar.

Cabalgamos largo rato. De hecho, cabalgamos tanto rato que llega un momento en que me vence el sueño. Me despierta el sonido de la voz de Rhys en mi oído, suave y sorprendentemente tierna cuando dice:

—Hola, Adelina. Ya podéis despertar. Hemos llegado.

Me aparto de su hombro, me paso la mano por los ojos y el cabello y miro a mi alrededor. Trato de averiguar en qué lugar estamos, pero no lo reconozco.

—Es un pabellón de caza —dice, haciéndome cosquillas con sus labios en el borde mismo de la oreja—. Es nuestro pabellón de caza, de Alrik y mío. Y aunque no es ni mucho menos tan espléndido como el palacio, hay que decir que tampoco está mal. Creo que lo encontraréis sorprendentemente cómodo. Sé que muchas, muchas, muchas de mis conquistas se lo han pasado en grande aquí.

¡Sí, vuelve a ser Rhys!

—¿Dónde está Alrik? —pregunto, liberándome de él de un tirón.

Pero apenas he pronunciado las palabras cuando una voz dice en un susurro:

—Estoy aquí.

Alarga los brazos hacia mí y me atrapa con cuidado cuando bajo del caballo y me deslizo contra su pecho. Su cuerpo es tan cálido, tan reconfortante, que por un instante estoy a punto de olvidarme de su horrible hermano, hasta que Alrik se separa de mí y dice:

—Te lo agradezco, hermano. Te debo una.

Pero Rhys se limita a reírse, da la vuelta a su caballo y echa un vistazo por encima del hombro.

—No hay de qué. Tu prometida a cambio del reino. —Sacude la cabeza—. Detesto decirlo, hermano, pero me temo que soy yo quien te deberá a ti una cuando

vuestra pequeña luna de miel haya terminado y comprendas la locura que has cometido. Solo espero que no seas lo bastante loco como para tratar de cobrártelo una vez que hayas mancillado tu lecho. Y aunque te deseo mucha felicidad, alegría y todo eso, me temo que debo regresar. Sin duda, mi dulce y pequeña Sophie debe tener ya mi lecho bien calentito.

—¿Sigues acostándote con las camareras? —pregunta Alrik.

Y Rhys responde:

—Lechera, hermano, lechera. ¡Intenta quedar bien!

El caballo parte al galope, llevándose a Rhys consigo. Alrik me conduce hacia el

pabellón y roza mi mejilla con los labios al decir:

—Os pido disculpas por él. Confiaba en que se ahorrara esa grosería tan suya, pero tal vez haya sido una estupidez por mi parte. Aun así, lo único que importa es que os ha traído junto a mí. Ha hecho lo que le he pedido, y habéis llegado sana y salva.

Me mira con una cara tan llena de amor y entrega que me trago todo lo que me disponía a decirle sobre la auténtica magnitud de la grosería de su hermano. No quiero que mis palabras empañen su expresión.

—En realidad, he dormido durante casi todo el viaje, aunque solo fuese para

olvidar que estaba con él —digo, hallando un punto medio que consigue hacerle reír.

—Entonces, ¿no estáis cansada? ¿No estáis deseando acostaros? —Sus ojos brillantes se clavan en los míos.

Aparto la mirada de él. Contemplo el cielo nocturno y luego la puerta que ha dejado abierta y que conduce a una habitación rústica pero suntuosa.

—Oh, me siento muy descansada —respondo con una sonrisa—. Pero no tengo nada en contra de acostarme.

Capítulo diecisiete

Tras un par de horas de risas, abrazos y susurros, haciendo grandes planes para la nueva vida que nos espera, una vida que empieza mañana por la tarde, Alrik y yo nos dormimos. Él sigue completamente vestido (aunque se ha quitado las botas, por supuesto), y yo me he quitado el vestido con el que he llegado y me he puesto la misma bata con la que me ha encontrado su hermano.

El brazo de Alrik rodea mi cintura, estrechándome contra él. Nuestros cuerpos se ajustan, se adaptan tan bien el uno al otro que siento el latido de su

corazón en mi espalda, el roce de su aliento en mi oreja. Y estoy decidida a sumergirme de lleno en esa sensación, a dejar a un lado todas las preocupaciones aisladas, todos los temores persistentes, para disfrutar de este tiempo junto a él. Estoy deseando que llegue mañana, cuando nuestro intercambio de votos nos permitirá amarnos libremente, cuando ya no tendremos que ocultarnos en caballerizas vacías ni en zonas apartadas del bosque que rodea la casa de mis padres. Dejaremos de vernos obligados a echarnos atrás justo cuando el momento se vuelve apasionado de verdad.

Es un cambio que estoy deseando.

Esta es la clase de pensamientos con

los que a mi mente consciente le encanta entretenerse. Sin embargo, en cuanto pierdo la conciencia, bajo la guardia y se filtra en mi cabeza una larga lista de preocupaciones que se manifiestan en ese idioma extraño que solo hablan los sueños, sumergiéndome en un paisaje desolado y ajeno en el que Alrik no está presente y un oscuro ser encapuchado me persigue.

Corro a través de zarzas y de arbustos. Corro para salvar la vida. Mi rostro se contrae de dolor al sentir el pinchazo de las agudas espinas que me atrapan la piel y me desgarran la ropa, dejándome andrajosa, maltrecha y magullada. Sin embargo, sigo corriendo.

Pero, por más que corra, no corro lo suficiente.

Al parecer, no puedo escapar.

No puedo escapar de ese oscuro ser encapuchado que viene a por mí.

Que se abalanza sobre mí.

Me reclama.

Acaba conmigo...

Me incorporo de pronto y un grito aterrador traspasa mi sueño. Cuando Alrik se incorpora rápido junto a mí y me estrecha contra su pecho, caigo en la cuenta de que el sonido procede de mi garganta.

—¡Adelina! Cariño mío, dulce amor mío, ¿estáis bien? ¿Qué ha pasado? ¿Había alguien aquí? ¡Habladme, por

favor!

Sus manos me cubren las mejillas, me obligan a mirarle mientras observa mis ojos espantados y abiertos como platos.

—Yo...

Parpadeo deprisa y me tomo unos momentos para apartarme, para recorrer la habitación con la mirada. Me esfuerzo por orientarme, por acordarme de dónde estoy y quién soy, pero siguen asaltándome las horribles visiones que he tenido, como si el sueño no hubiese terminado.

Alrik se levanta de nuestra cama de un salto, coge la antorcha e ilumina con ella cada rincón de la habitación. Cuando por fin está seguro de que no hay nadie más,

regresa a mi lado y dice:

—Mi dulce Adelina, relajaos. Solo ha sido un sueño.

Murmura a mi oído una retahíla de palabras dulces: promesas, declaraciones de amor... Me asegura que el sueño no significa nada, que estoy a salvo, que no sufriré daño alguno.

Pero yo sé la verdad.

Sé que no existen los sueños inocentes.

Mis sueños no son como los que tienen otras personas.

Mis sueños tienen la mala costumbre de hacerse realidad.

«Proféticos», los llama mi madre. En mi más tierna edad, cuando empecé a

tenerlos, me advirtió de que nunca volviese a hablar de ellos, que hiciese lo posible por no hacerles caso, no fuese a ser que alguien se enterase. «Te arruinarán la vida —dijo—. Esas cosas no están nada bien vistas.»

Sin embargo, esta noche no tengo más remedio que contárselo a Alrik, no tengo más remedio que advertirle del suceso terrible que está por llegar. He tenido este sueño en otras ocasiones, muchas veces desde que era niña. Aunque esta es la primera vez que comprendo lo que significa.

Significa que ha llegado el momento.

Desde el refugio cálido y seguro de sus brazos, dejo que mis ojos vaguen

tristemente por su rostro. Mi voz es baja, casi un susurro, cuando digo:

—Nunca nos casaremos. —Lo miro, asegurándome de que entiende que mi tono atenuado no debería contradecir la intensidad de mis palabras—. No viviré hasta la ceremonia.

Alrik se echa para atrás, sacude la cabeza y busca una forma de consolarme.

—¡Eso es absurdo! —exclama—. Solo ha sido una pesadilla, nada más. No significa nada de nada; es una muestra absolutamente normal del miedo que siempre precede a las bodas. Nuestra existencia está a punto de sufrir un cambio radical; estamos a punto de embarcarnos en la vida que hemos soñado. Y a pesar

de que sé que estáis ilusionada, sospecho que también os sentís un poquito asustada, y es así como esa clase de temores se manifiestan a menudo. Pero mi querida, mi dulce Adelina, sabed que no tenéis nada que temer. No dejaré que os ocurra nada malo. Ni ahora ni nunca. ¿Me oís? Conmigo siempre estaréis a salvo.

Asiento con la cabeza y trago saliva con fuerza. Ansío creerle, ansío que sus palabras sean ciertas.

Pero en mi fuero interno sé que no es así.

Se equivoca.

Se equivoca por completo.

No ha visto lo que yo he visto.

Ignora lo que yo sé.

No ha sentido la fría mano de la muerte que se apoderaba de mi carne y se negaba a soltarla.

—Besadme —digo, y veo que suaviza su expresión, creyendo que el tema ha quedado zanjado—. Besadme y haced que olvide mi pesadilla. Haced que desaparezca —insisto, a sabiendas de que esta es mi única oportunidad de experimentar nuestro amor en su forma más absoluta, auténtica y profunda. Si no puedo convencerle ahora, es una experiencia que nunca conoceré—. Besadme como si ya nos hubiésemos desposado. Besadme como si ya fuese vuestra esposa.

Deshago los lazos de mi bata y dejo

que se desliza por mi cuerpo mientras mis ojos se clavan en los suyos. Observo que toma aire bruscamente, que su mandíbula se aprieta, que sus ojos se abren como platos. Me contempla maravillado. Me contempla como si nunca hubiese visto nada igual.

Pero yo conozco la verdad. He oído casi todas las historias y sé muy bien que no soy la primera. Aunque no es tan crápula como su hermano, es bien sabido que ha tenido a muchas mujeres.

Sin embargo, ese pensamiento no me perturba. Si acaso, me resulta tranquilizador. De todas las muchachas con las que ha estado, de todas las muchachas con las que aún podría estar,

elige estar conmigo, y solo conmigo, mientras nuestros corazones continúen latiendo.

Me ocurra lo que me ocurra, sea cual sea mi futuro, no me cabe duda de que en el corazón de Alrik siempre seguiré siendo su verdadera reina.

—Adelina, ¿estáis segura? —pregunta con la respiración acelerada mientras mis dedos se deslizan hacia su camisa con la única intención de despojarle de ella.

Trata de ofrecerme una salida, de evitarme hacer algo que teme que lamente. Un intento de hacer lo correcto, de mostrarse noble, galante, pero las palabras no tienen significado alguno, está tan deseoso como yo.

Apoyo el dedo en su boca, pero lo retiro al cabo de un instante y lo sustituyo por mis labios.

—Vos os casasteis conmigo el día que os empujé al estanque, y yo me casé con vos el día que me enviasteis flores en respuesta. Tulipanes rojos. ¿Quién lo habría pensado? —Sonrío y me callo para que mis labios puedan explorar los lóbulos de sus orejas y su cuello, mientras mis manos vagan por la espléndida extensión de su pecho, ya desnudo.

Su atractivo rostro se cierne sobre mí cuando me empuja hacia atrás, contra las almohadas, contra nuestra cama. Sus labios se mueven sobre mí, besando cada centímetro de piel desnuda, besándome en

lugares que yo nunca habría imaginado. Sus dedos se mueven rápida y hábilmente, retirando la escasa capa de ropa que hay entre nosotros. Cuando por fin completa la tarea, dice:

—¿Adelina?

Asiento con la cabeza; nunca me he sentido más segura.

Luego un beso.

Un suspiro.

Y ya no hay vuelta atrás.

Lo he hecho.

Lo estamos haciendo.

Nuestros cuerpos se mueven juntos, unidos, fundidos, conectados como si fuesen uno solo.

Y es tan espléndido como soñé que

sería, si no más.

Capítulo dieciocho

—Cariño mío —susurra Alrik, poniéndose de lado y mirándome con detenimiento. Un torrente de luz se cuela por las ventanas y se desliza por debajo de la puerta—, ¿habéis dormido?

Murmuro algo trivial. No quiero que sepa que no he dormido, que no podía arriesgarme a arruinar mi noche perfecta, la noche de amor que hemos vivido, con otra pesadilla que anunciase la sombría realidad que ahora tendré que afrontar.

—¿Cómo os sentís? ¿Os arrepentís? —me pregunta, mirándome con preocupación.

—¿Que si me arrepiento? —Niego con la cabeza y sonrío. Apoyo los labios en su frente, entre sus cejas. Atrapo con los dedos un mechón de pelo suelto y se lo aparto de la cara para verle mejor—. ¿De qué podría arrepentirme? ¿Os referís a la segunda vez, o tal vez a la tercera?

Sonríe y mueve el cuerpo hasta que cubre el mío una vez más.

—Pensaba más bien en la cuarta.

—¿En la cuarta? —Entorno los ojos, como si tratase de recordar—. Me parece que no recuerdo una cuarta. ¿Es posible que estuviese durmiendo? —Pestañeo con un gesto lleno de coquetería, consciente de que sus manos han entrado ya en acción y me incitan, mientras alzo los brazos

hasta su cuello y lo atraigo hacia mí. Mi voz le toma el pelo con dulzura cuando digo—: Tal vez deberíais refrescarme la memoria...

Cuando acabamos, me enseña dónde lavarme y vestirme, me enseña el armario repleto de vestidos nuevos que ha traído para mí. Me dice que elija el que quiera para la ceremonia secreta de hoy, que son todos bonitos, todos elaborados, todos lo bastante apropiados para la mujer que un día será su reina. Luego se marcha, monta en su caballo y se aleja al galope con la promesa de enviarme a una camarera que me ayude a vestirme, algo que no se le

había ocurrido hasta ahora; con la promesa de regresar en cuanto se haya ocupado de los otros detalles de última hora.

Me tomo mi tiempo para lavarme, asombrada de que todo pueda parecer igual desde fuera cuando lo cierto es que por dentro todo ha cambiado de modo irreversible. Pase lo que pase a partir de ahora, al menos ya sé lo que es ser amada de forma plena, profunda, total y completa, como si la fuerza de nuestro amor me hubiese fortalecido a mí. Y eso, junto con la cálida seguridad de un baño recién preparado y un nuevo día luminoso y soleado, hace que me sienta un poco tonta por haberle dado tanto crédito al

sueño de anoche.

Alrik estaba en lo cierto. Le he dado demasiada importancia a lo que solo eran unas preocupaciones profundamente arraigadas que han cobrado vida en mis sueños.

Aun así, no me arrepiento ni por un instante de mi decisión de yacer con Alrik. Si acaso, estoy deseando revivir la experiencia como esposa suya, y me pregunto si será diferente.

Prolongo mi baño y aguardo la llegada de la camarera, pero cuando he limpiado todo lo que se podía limpiar, cuando los dedos de las manos y de los pies se me arrugan como pasas, decido secarme y aplicarme en abundancia las cremas y

polvos que Alrik me ha dejado. A continuación vuelvo a ponerme la bata e intento elegir un vestido que llevar en la ceremonia, confiando en que la camarera aparezca pronto para ayudarme a vestirme. Con todas las capas, lazos y demás accesorios destinados a ajustarme el traje, es imposible que me vista sin ayuda.

Me estoy peinando, liberando mi cabello de enredos y nudos mientras me pregunto cómo debería llevarlo. Sé que a Alrik le gusta verlo largo y suelto, cayendo en suaves ondas doradas en torno a mis hombros y hasta mi cintura, aunque también sé que para la boda resultaría mucho más apropiado llevarlo trenzado o

en un complicado recogido. En ese momento oigo que llaman a la puerta y me apresuro a responder, confiando en que sea la camarera y en que también sepa peinar.

Antes de poder abrir, la persona que ha llamado entra directamente. Y, en vez de la camarera, me encuentro con mi prima Esme.

—Vaya, vaya... —Sus brillantes ojos verdes se clavan en mí. Me abarcan con una mirada tan abrasadora, tan furiosa y llena de odio que necesito un instante para recobrarme, para poner en orden mis ideas—. Parece ser que el rumor es cierto. Solo hace falta verte ahí, apenas vestida. —Chasquea la lengua, disgustada

—. Es verdad que piensas fugarte con él, ¿no?

—¿Quién te lo ha dicho? —exijo saber, sin ver motivo alguno para negarlo. Ella sabe lo que sabe. Ve lo que ve. La situación está clara.

—¿Acaso importa?

Enarca las cejas y recorre la habitación, observando el lugar y todo lo que hay en él como si tuviese alguna especie de derecho. Se toma unos momentos para valorar un cuadro y enderezar su marco antes de instalarse en el borde de la cama, arrugada y deshecha. Sus ojos continúan ardiendo, mientras que su boquita rosada se frunce en un gesto de rabia.

—Sí que importa —digo—. De hecho, creo que a Alrik le importará mucho. Estoy segura de que nada le gustaría más que conocer el nombre de quien le ha traicionado.

Ella continúa mirando la cama con furia antes de mirarme a mí y decir:

—Bien, en tal caso, ha sido Fiona. — Se encoge de hombros, delatando sin problemas a su hermana, mi prima—. Ya sabes que hace algún tiempo que tiene puesta la mirada en el señorito Rhys, así que se aseguró de trabar amistad con su última conquista doméstica, una tonta lechera, según me ha dicho. Debo decir que Fiona se ha mostrado muy hábil y que se las ha arreglado muy bien para

averiguar tanto como ha podido. —Sonríe a medias, como si lo encontrase todo muy divertido, aunque prefiere no darle muchas vueltas—. En cualquier caso, la cuestión es que, según su más reciente compañera de lecho, a nuestro querido Rhys le gusta hablar mientras... duerme... por decirlo de algún modo. Y Fiona, como es tan buena hermana, no ha tardado en informarme acerca de tu feliz noticia. Por supuesto, al principio no la he creído. Tendrás que perdonarme, Adelina, pero la idea de Alrik y tú juntos resulta sencillamente ridícula, ¿no te parece?

Me mira con unos ojos que lanzan destellos. Parece esperar que me muestre de acuerdo y, al ver que no lo hago, que

me limito a continuar ante ella con la boca apretada en un gesto adusto, los ojos entornados y los brazos cruzados, suspira y dice:

—Sin embargo, como ha insistido tanto, bueno, he decidido venir a verlo por mí misma. Pero lo único que veo aquí es un lecho muy revuelto y a una muchacha muy triste, muy patética y muy ingenua que parece haber caído en la trampa más vieja del mundo. —Sacude la cabeza y chasquea la lengua repetidas veces—. En serio, Adelina, ¿sabes lo patética que eres? Has sacrificado tu virtud alegremente a cambio de la falsa promesa de un anillo en el dedo. Un anillo que, sin duda alguna, Alrik jamás

pretendió ponerte. —Entorna los ojos y me mira de arriba abajo—. No ha sido un movimiento muy inteligente, prima. Nada inteligente. ¿Te das cuenta de que has destruido tu vida de forma voluntaria y estúpida? Estás arruinada. Acabada. Nadie querrá desposarte una vez que se sepa. Diablos, tendrás suerte si ese Heath con mal de amores quiere tener algo que ver contigo. A nadie le gusta ser el segundo plato, no sé si me entiendes.

—Tienes que marcharte —digo, enderezando la espalda y cuadrando los hombros. Ya he oído bastantes insultos, y no quiero que Alrik regrese y nos encuentre así. No puedo saber lo que sería capaz de hacer.

Pero Esme no quiere saber nada. No se va a ninguna parte. Permanece donde está, exhibiendo una sonrisa sardónica perfectamente conjuntada con su mirada.

—Tienes que marcharte ahora mismo, antes de que llegue la camarera y regrese Alrik —insisto, confiando en que ese argumento baste para convencerla.

Pero ella se limita a burlarse:

—¡Oh, por eso no te preocupes! —Se mira las uñas y se pasa una mano por el cabello pelirrojo—. La camarera aún tardará, si es que llega. Según me han dicho, al parecer ha dado un pequeño rodeo. Y en cuanto a Alrik...

Trago saliva. Contengo el aliento. Espero. Me invade una horrible

sensación. Antes de que ella pueda decirlo, sé que ha hecho algo malo, que ha encontrado una forma de frustrar todos nuestros planes.

Sus palabras confirman mis peores sospechas cuando dice:

—Creo que el rey le está echando un buen rapapolvo en este momento. Lamento darte la noticia, Adelina, pero parece ser que vuestro secretito ha sido desvelado y, en cuanto a vuestro matrimonio, parece ser que ha terminado antes de que pudiese empezar.

Desvió la mirada. Me esfuerzo por respirar. No tengo ni idea de cómo responder a sus palabras. Tendría que haberlo sabido. Era demasiado

maravilloso para ser verdad. Tendría que haber sabido que Esme hallaría la manera de entrometerse; es lo que mejor se le da.

—La única pregunta que queda ahora es: ¿qué va a ser de ti?

Se mueve hasta encontrar mis ojos; su mirada contradice sus palabras. No hay cálculo, no hay reflexión. Sabe exactamente por qué ha venido, qué es lo que piensa hacer, y no tiene intención de marcharse hasta que lo haga.

Sus ojos se entornan y lanzan destellos cuando levanta los brazos y se coloca la capucha sobre la cabeza.

Su capucha de terciopelo negro es una réplica exacta de la capucha de mis sueños.

La que tomé por un mero símbolo de muerte.

Sin pensar ni una sola vez que debía interpretarla literalmente.

Sin pensar ni una sola vez que sería lo último que viese antes de que todo mi mundo desapareciese bajo mis pies.

Capítulo diecinueve

Tengo frío.
Sufro.

Mi única fuente de calor es la sustancia pegajosa que me resbala por la cara. Los ojos me pican, me escuecen, y un sabor de cobre invade mi lengua.

Sangre.

Mi sangre.

Tiene que serlo. Esme no ha podido derramar la suya.

Se ha mostrado demasiado rápida. Demasiado concentrada. Demasiado segura de su intención. Y mi absoluta falta de preparación para enfrentarme a ella ha

sido deplorable.

A pesar de que el sueño me lo había advertido, no he tenido ninguna oportunidad.

Nunca imaginé que sería ella quien me trajese la muerte.

Y ahora, tras hacer que parezca un accidente, se ha ido.

Mientras, yo me precipito más y más profundamente en un pozo de oscuridad sin fondo.

Oigo su voz desde muy lejos.

El sonido es confuso, distorsionado, como si viajase desde los abismos de un mar profundo, como si luchase por

alcanzar la superficie, por alcanzarme a mí.

Y aunque lo que más deseo es asentir vigorosamente, agitar los brazos, gritar fuerte y claro que le he oído, que he recibido su mensaje, que sé que está cerca, al parecer no lo consigo.

No veo. No puedo moverme. No puedo hablar.

Es como si ya estuviese encerrada en mi ataúd, enterrada viva, consciente de lo que pasa a mi alrededor, pero incapaz de participar.

Batallando con todas mis fuerzas para agarrarme a sus palabras, a su presencia, para encontrar una forma de llegar hasta él antes de irme para siempre.

Está frenético, desconsolado, abatido y afligido cuando grita:

—¿Quién le ha hecho esto? ¡Le mataré!

Una larga retahíla de amenazas brota de sus labios. De vez en cuando hace una pausa, unas veces para suplicar la misericordia de Dios y otras para exigirle a ese mismo Dios que le diga por qué le ha robado su única oportunidad de vivir el amor verdadero.

—Parece un accidente —dice la voz de Rhys. Me invade una sensación de repugnancia, y no puedo evitar esperar contra toda esperanza que no sea su mano la que acabo de notar sobre mi frente.

—¡Apártate de ella! ¡No la toques! —

grita Alrik—. Esto es culpa tuya. ¡Tú y tu boca! ¡Maldito seas, hermano! ¡Mira qué has hecho!

—¿Yo? —Rhys suelta una risa sarcástica—. ¿Cómo iba yo a provocar esto si acabo de llegar?

Aguzo el oído, preguntándome si Alrik sospecha la verdad: que es Esme, su prometida, quien me ha dejado en este estado.

Mis esperanzas se derrumban cuando dice:

—Si no se lo hubieses contado a nuestro padre, yo no habría llegado tarde. Habría estado aquí para salvarla de... de esta... ¡caída! —Se estremece y su mano tiembla. Su aliento parece un sollozo—.

Esto nunca habría pasado de no ser por ti.

—Por favor, hermano, domínate. ¿Por qué iba yo a hacer eso cuando tengo tanto que perder como tú? —pregunta Rhys con una voz serena y firme que contrasta cruelmente con la infinita pena y el profundo dolor de su hermano.

—Tú no has perdido nada —murmura Alrik—. Puedes quedarte con la corona; no la quiero. También eres libre de casarte con Esme; ahora no podría soportar mirarla. Soy yo quien ha perdido. Lo he perdido todo, lo único que ha significado algo para mí... Adelina —susurra. Sus dedos me acarician la frente y la mejilla. Bajan hasta mi cuello y se demoran allí. Su voz es suplicante cuando

añade—: ¿Por qué, Adelina? ¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Por qué me abandonáis?

«Por el sueño —trato de decir, pero no me viene ninguna palabra, así que me concentro en pensarlo—. Intenté avisaros, traté de prepararos, pero vos desechasteis mis palabras...»

—Oh, Adelina, visteis que pasaría esto, ¿verdad? Tratasteis de avisarme anoche, cuando despertasteis de vuestra pesadilla, pero yo solo quería calmaros, me negué a escuchar...

Por un momento siento que floto a la deriva, que me desprendo, pero cuando Alrik ha hablado sus palabras han sido un eco de las mías, y algo en mi interior les presta atención.

«¿Es que...? ¿Es posible que me haya oído, que haya percibido los pensamientos que le enviaba?»

«¡Alrik! Alrik, ¿me oís? Quiero que sepáis que os amo.» Me concentro en las palabras, me concentro con todas mis fuerzas, todas las que me quedan. Me pregunto llena de esperanza si también podrá percibir esas palabras. «Siempre os he amado. Siempre os amaré. Nada puede separarnos, ni siquiera mi muerte.»

—Os amo, Adelina —susurra. Me apoya una mano en la frente y entrelaza la otra mano con la mía, colocándome con movimientos frenéticos en el dedo una pieza de metal fría y redonda que únicamente puede ser mi anillo de boda

— Siempre os he amado. Siempre os amaré. Siempre viviréis en mi corazón... Siempre seréis mi esposa... —Su voz se quiebra, y un mar de lágrimas me cae sobre la cara.

«Vaya, ¿qué te parece eso?», pienso. Quiero sonreír, pero no lo consigo. Estoy inmóvil, encerrada, y sin embargo los pensamientos circulan entre nosotros.

Me dispongo a intentarlo de nuevo, deseosa de hacerle saber que no todo está perdido, que aún no me he ido, que algo de mí sigue existiendo, cuando oigo un ruido de pisadas y luego la voz de Heath, que dice:

—Está aquí el médico.

Durante los momentos siguientes, el

médico toca, palpa y busca un pulso tan débil que está a punto de no encontrarlo. Su voz es grave; su pronóstico, sombrío; su declaración final, lo último que Alrik quiere oír.

No me queda mucho tiempo en este mundo.

Pero Alrik no quiere aceptarlo.

—Hay otros medios —insiste—. Tengo dinero. Montones y montones de dinero. Podéis quedaros mi fortuna entera, todo lo que queráis, pero devolvédmela. He oído algunos rumores. Conozco la existencia de los elixires, de las pociones y tónicos secretos, del brebaje especial que cura todos los males, prolongando la vida por tiempo indefinido...

—No sé nada de eso —insiste el médico con tono seco y decidido—. Y aunque lo supiese, os aseguro que no conviene jugar con ese tipo de cosas. Lamento sinceramente vuestra pérdida, pero es ley de vida y debéis encontrar un modo de aceptarlo.

—¡No lo haré! —grita Alrik. Y si yo pudiese verle, estoy segura de que encontraría su rostro tan glacial y desabrido como la voz que acabo de oír—. ¡Donde hay vida hay esperanza! ¿Qué clase de médico sois, si no creéis que eso sea cierto? Nunca aceptaré la derrota cuando quedan otras opciones por explorar. Tengo dinero, no escatimaré en gastos, ¿me oís? ¡No podéis decirme que

no! ¿Acaso no sabéis quién soy?

Alrik sigue así, pronunciando una larga retahíla de amenazas que estoy segura que no piensa cumplir. Son las divagaciones de un hombre enloquecido de dolor, y por fortuna el médico lo reconoce así.

Sus palabras son compasivas e indulgentes aunque firmes cuando dice:

—Alrik, mi señor, aunque lamento de verdad vuestra pérdida, he hecho todo cuanto estaba en mi mano. Ahora os ruego que la ayudéis a estar cómoda, que os despidáis y que la dejéis fallecer con facilidad, sin dolor, sin más arrebatos por vuestra parte. Por favor, Alrik. Si la amáis tanto como afirmáis amarla, dejadla

ir en paz.

—¡Fuera! ¡FUERA! —es la única respuesta de Alrik. A continuación, llega la presión de sus labios contra mi mejilla, un torrente de palabras susurrado contra mi piel. Las palmas de nuestras manos se unen mientras pronuncia una serie de oraciones, súplicas, preguntas, recriminaciones y amenazas, para regresar a las oraciones y volver a empezar.

La letanía solo es interrumpida por la voz suave de Heath, que dice:

—Señor, mi señor, sé de alguien que podría ofreceros la clase de ayuda que buscáis.

Alrik se detiene, se queda inmóvil, y pregunta:

—¿Quién?

—Una mujer que vive en las afueras del pueblo. He oído rumores. No puedo decir con seguridad que sean ciertos, aunque quizá valdría la pena probar...

—Traédmela —dice Alrik, y entierra el rostro en el hueco de mi hombro—. Id a buscarla y traédmela.

Capítulo veinte

Debo de haber caído en un estado de profunda inconsciencia, porque cuando quiero darme cuenta hay más personas junto a mí. Y por el sonido de sus voces adivino que son Alrik, Heath, una mujer mayor, que debe de ser la que Heath ha ido a buscar, y dos jóvenes voces femeninas que seguramente pertenecen a sus hijas, o aprendizas, o ambas cosas.

—Debéis saber que no hay ninguna garantía. Esto solo debe intentarse como absoluto último recurso —dice la voz femenina de mayor edad.

—¿Os da la impresión de que tengo otras opciones? —grita Alrik, al borde de la histeria.

—Funcionó con un gato. Lo traje de vuelta. Siguió viviendo durante todo un año más —interviene una de las voces femeninas más jóvenes—. Pero con el último ser humano que lo bebió la cosa no salió tan bien.

—¿Qué significa eso? ¿Qué quiere decir? —pregunta Alrik, frenético.

—Significa que murió a pesar de ello —explica la mujer mayor—. No se le pudo salvar. No se puede salvar a todo el mundo.

—Adelina no es todo el mundo. Es joven, hermosa y sana. Funcionará con

ella. ¡Os aseguraréis de que funcione! — exige Alrik.

—Lo intentaré. No puedo prometer más. Hace poco lo utilicé en mí misma: seis meses atrás caí enferma y el brebaje me curó; me trajo tan rápido del borde de la muerte que fue como si nunca hubiese enfermado. Aun así, como os he dicho, no hay garantías.

—¿Y a qué estáis esperando? ¡Dádselo ya! ¡Apresuraos, antes de que sea demasiado tarde!

La mujer avanza hacia mí con timidez. Percibo que se aproxima el calor de su cuerpo. Sus dedos se deslizan bajo mi cuello, me cubren la nuca y me atraen hacia ella, que me pone en la boca algo

duro y frío. Derrama un líquido fresco y amargo más allá de mis labios, sobre mi lengua, hasta que desciende por mi garganta. Hago cuanto puedo por oponerme, pero es inútil. No puedo luchar contra el brebaje. Estoy inmóvil, paralizada. Mis pensamientos están encerrados en mi interior, y no tengo modo alguno de decirles que se detengan, que pierden el tiempo.

Es demasiado tarde.

No funcionará.

Mi energía se concentra, se comprime, se encoge hasta formar una pequeña esfera vibrante de color y luz que se prepara para alzarse, para salir por la parte central de mi cráneo, a la altura de la

coronilla, y fundirse con aquello que se encuentra más allá, sea lo que sea.

Continúan moviéndose a mi alrededor. Las voces claman; las manos palpan. Queda claro que soy la única que sabe que no tardaré en irme.

Esta vida se acaba.

No regresaré, al menos con esta forma.

Mis ojos, antes ciegos, se llenan de pronto con la visión de un hermoso velo dorado con el que estoy deseando fundirme. Aun así, hago un esfuerzo por aguantar unos cuantos segundos más. Necesito llegar hasta Alrik, necesito convencerle de que todo saldrá bien.

Percibo el sabor amargo de la inútil

poción que se empeñan en darme de beber. Están perdiendo un tiempo valioso, optan por centrarse en cosas absurdas cuando hay asuntos mucho más importantes.

«¡Alrik! —Me concentro en su nombre con los últimos restos que quedan de mi ser—. Alrik, por favor, ¿me oyes?»

Pero mi súplica cae en oídos sordos. Se le escapa por completo.

El dolor reclama toda su atención.

Y ahora es demasiado tarde.

No puedo ignorar el tirón. Ya no puedo luchar contra él. No quiero luchar contra él. Así que exhalo mi último aliento y me elevo. Permanezco inmóvil cerca del techo y contemplo la escena.

Veo a Heath ahogándose de dolor con la cabeza gacha, a la mujer mayor, que sigue dándome de beber el elixir, mientras sus dos jóvenes aprendizas, que se parecen tanto que estoy segura de que son sus hijas, se inclinan sobre mí, susurrando una larga retahíla de palabras que no puedo descifrar. Y, para acabar, Alrik, mi amado Alrik, el cual agarra con gestos frenéticos la mano que lleva mi anillo de boda, buscando en vano algún indicio de una vida que ya no existe.

Lanza un alarido aterrador cuando comprende la verdad.

Mi cuerpo ha quedado reducido a una cáscara desocupada.

Mi alma ha quedado libre.

Obliga a todos a salir. Quiere estar a solas con su dolor. A continuación, destrozado, destruido, completamente derrotado, se arroja sobre mí y busca mi boca con sus labios, desesperado por traerme de vuelta, incapaz de aceptar lo que en su fuero interno sabe que es verdad.

Está tan perdido en su pena que no tiene ni idea de que me arrodillo a su lado, anhelando llegar hasta él, desesperada por transmitirle una verdad que él ni siquiera podría concebir: que no me he ido a ninguna parte, que nunca le abandonaré realmente, que el cuerpo puede marchitarse, pero el alma, al igual que el amor que compartimos, nunca

muere.

Sin embargo, es inútil. Está cerrado. Es incapaz de oírme. Incapaz de sentirme.

Está convencido de que en adelante caminará solo por el mundo.

Y no tardo en volver a notar el tirón, esta vez con tanta fuerza que es imposible escapar de él.

Ese tirón me aparta de Alrik, me saca del pabellón de caza y me eleva hasta el cielo. Me hace girar a toda velocidad por los aires, entre las nubes, sobre los picos de las montañas. Contemplo con detenimiento una tierra muy distinta de la que yo veía, un lugar en el que todo desprende un brillo trémulo, en el que todo vibra y resplandece.

La verdad de nuestra existencia se me revela de forma tan clara que no puedo imaginarme por qué no la he visto antes.

Todos los seres vivos, plantas, animales y personas que habitan el planeta están conectados entre sí.

Todos somos uno.

Y aunque podamos entrar y salir de la existencia, nuestras almas, nuestra energía, nuestra esencia, nunca desaparece.

Somos seres infinitos, todos y cada uno de nosotros.

Esa comprensión me invade como un rayo que estalla sobre mi cabeza, y sé instintivamente que es la verdad.

La verdad que debo aprender.

La verdad que nunca debo permitirme olvidar, suceda lo que suceda a partir de este momento.

Y entonces, antes de que el siguiente pensamiento pueda formarse, atravieso el hermoso velo de luz dorada y vuelvo a encontrarme en un lugar que reconozco al instante.

Capítulo veintiuno

Aterrizo en la orilla del río. Aterrizo con un golpe sordo.

Con los dedos de los pies en el agua, de culo sobre la arena. Los acontecimientos de una vida, de mi primera vida, siguen agolpándose en mi mente.

Al oír un suave roce detrás de mí, me vuelvo y veo que Loto se acerca sonriente. Me ofrece una vieja mano nudosa y me ayuda a ponerme en pie.

Mis labios se abren, y montones de preguntas se apresuran a salir a través de ellos. Me detengo cuando Loto sacude la

cabeza, me coloca la mano en el brazo y dice:

—Has descubierto la verdad.

Asiento con la cabeza, aferrándome a lo que ahora sé, lo que siempre debo recordar y nunca he de olvidar, aunque en este preciso momento me agobian preocupaciones más acuciantes.

—¿Y Damen? —pregunto, con una voz que delata mi ansiedad—. ¿Dónde está?

Baja los párpados un momento como si contemplase una escena que se representa en su interior y vuelve a levantarlos cuando dice:

—Aún le queda mucho por ver. Mucho por aprender. Para él no se ha

acabado. Todavía no.

Indica el río con un gesto, y yo sigo la dirección de su dedo. Observo la corriente, que forma remolinos. Luego el agua vuelve a serenarse, y los restos de la escena que acabo de abandonar se reflejan en ella. Esos restos muestran la existencia de Alrik, que sigue viviendo consumido por un dolor infinito.

Está destruido, derrotado, hecho polvo, tan confundido que lo único que se le ocurre es vengar mi muerte. Como no tiene ni idea de que es Esme quien la ha provocado, está ansioso por culpar a cualquiera, a quien sea, y acaba haciendo que la mujer del pueblo y sus dos jóvenes aprendizas sean acusadas de brujería y

ejecutadas. Al comprobar que su acto de venganza no le proporciona ninguna sensación de paz, de redención, que no compensa su pérdida, que no me trae de vuelta, cae en una desesperación aún más profunda.

Vive el resto de su vida entre pasiones perdidas y sueños frustrados. Su fervor y sus ganas de luchar han quedado enterrados junto a mi cuerpo. Hace las cosas por inercia, cumple con lo que se espera de él, se conforma con el camino más fácil, se conforma con la vida que su padre había planeado.

Se casa con Esme.

Reclama la corona.

Con cada día que pasa, su corazón se

endurece más y más, se encoge hasta convertirse en una piedrecita amarga.

No se atreve a creer que volverá a verme.

No se atreve a creer en nada, nunca más.

Y me parte el corazón contemplarlo, ver cómo es derrocado al final en una revuelta organizada en secreto por un hermano que se ha vuelto en su contra. Rhys acaba casándose con Fiona, la hermana de Esme, aunque no puede dejar de desear a Esme, la única mujer que jamás será suya.

Los cuatro están atrapados en su propio infierno, sin poder hallar una salida.

No tienen modo alguno de saber lo que yo he aprendido: cuando perjudicamos a otro, también nos perjudicamos a nosotros mismos.

—Alrik es Damen. —Dejo de mirar el agua y clavo los ojos en Loto. Aunque yo misma me sorprendo de mis palabras, sé que corresponden a la verdad—. Rhys es Roman, Heath es Jude, la mujer del pueblo es Ava, sus aprendizas son las gemelas Romy y Rayne, Fiona es Haven, Esme es Drina... —Está muy claro. Frunzo el ceño y pongo los ojos en blanco—. ¿Y el médico? ¿Le conozco? —Pero antes de acabar la frase lo sé con certeza—. El médico es Miles. —Sacudo la cabeza, suelto una risita y luego añado—:

El único razonable del grupo. El único que no quiso tener nada que ver con curas místicas.

Suspiro al caer en la cuenta de que ya hicimos todo esto siglos atrás, para acabar cayendo ahora en una trampa similar, para repetir una versión moderna de una existencia casi idéntica.

Miro el río claro. Las imágenes desaparecen enseguida cuando digo:

—¿Cómo es que no supimos esto? ¿Por qué seguimos cometiendo los mismos errores estúpidos una y otra vez?

Miro a Loto. Sus ojos se entornan y una explosión de arrugas surge en sus comisuras. Con voz baja y grave, dice:

—Es la penosa situación del ser

humano. Y, aunque la culpa es en parte del río —añade, haciendo un gesto hacia las rápidas aguas oscuras—, la mayor parte de la culpa es de la tendencia del ser humano a sintonizar con el ruido que le rodea, en vez de hacerlo con el hermoso silencio que yace en su interior.

Contemplo el río y medito sus palabras, comprendiendo que reflejan todo lo que acabo de aprender. Nos pasamos la vida atrapados en cosas incorrectas, desorientados por nuestra mente y nuestro ego, viéndonos como seres separados unos de otros, en vez de escuchar la verdad que yace en nuestro propio corazón, la verdad que afirma que todos estamos conectados, que todos

estamos en el mismo barco.

—El universo es paciente —añade—. Nos proporciona múltiples oportunidades de aprender, de hacer bien las cosas, y por eso nos reencarnamos.

—Así que es cierto. Damen y yo vivimos antes como Adelina y Alrik. —La miro y veo que asiente, confirmando mis palabras—. Él murió en esa vida como cualquier mortal, ¿no es así?

Mi mirada se posa en su pelo plateado y baja por la larga túnica blanca espunteada de oro hasta los pies, sorprendentemente descalzos. Tardo un instante en darme cuenta de que el bastón que utilizaba la última vez que la vi ha desaparecido. Puede sostenerse en pie

ella sola.

—Oh, sí —dice—. Ahora está atrapado, reviviendo el momento. Aunque todo debería acabar muy pronto.

Aprieto los labios y jugueteo con el dobladillo de mi camiseta, reflexionando. No tengo motivo alguno para no creerla, pero de todos modos hay algo que no tiene sentido, algo que tiene que explicarme.

—Pero, si todo eso es cierto, ¿por qué ninguno de nosotros vio esa vida cuando morimos y fuimos a Shadowland? ¿Y por qué no la vio Jude en ninguno de sus viajes a los Grandes Templos del Conocimiento? Lo siento, Loto, pero aunque todo parecía muy real no tiene ningún sentido.

Sin embargo, a pesar de que mi voz se eleva al final, a pesar de que me veo muy envuelta en mi propio argumento, Loto se mantiene tranquila, serena y completamente imperturbable cuando dice:

—¿Conoces el dicho «Cuando el discípulo está preparado aparece el maestro»?

Asiento con la cabeza, recordando que Jude me lo dijo una vez.

—Con el conocimiento sucede lo mismo. La verdad es revelada cuando estás preparado para recibirla, cuando la necesitas para seguir adelante, para dar el siguiente paso en tu viaje, para avanzar hacia tu destino. No necesitabas ese

conocimiento antes ni estabas preparada para recibirlo. Y por lo tanto solo viste lo que necesitabas saber y nada más. Pero, ahora que estás preparada, el conocimiento te ha sido revelado. Cada paso conduce al siguiente. Es así de sencillo. Y lo mismo ocurre con Damen y Jude.

—Por cierto, ¿y Jude? ¿También está atrapado en esa vida?

Loto asiente. Su mirada se pierde en la distancia cuando dice:

—Jude tiene su propio viaje. Puede que no le veas durante un tiempo, aunque volverás a verle, no te preocupes.

Mi mirada cae en el río. Observo que se ha vuelto más oscuro, más fangoso, y

me alegre de hallarme a cierta distancia de él, donde no corro peligro.

—Entonces, ¿ya está? —pregunto, volviéndome hacia ella—. ¿Este es el viaje? ¿Ya se ha acabado? ¿He completado lo que me has pedido que hiciese?

Loto niega con la cabeza, y esos viejos ojos legañosos se clavan en los míos.

—Esto solo ha sido el principio, la primera prueba de muchas. Te esperan muchos descubrimientos más.

Y antes de que pueda preguntar a qué se refiere, antes de que pueda pedirle que me lo aclare, el suelo se pone a temblar y el río empieza a crecer y a agitarse

ruidosamente, mientras la tierra bajo mis pies comienza a moverse y a separarse de una forma que me recuerda el primer terremoto que viví en California.

Lucho por localizar mi voz, lucho por liberar el grito que se me pega al fondo de la garganta, cuando Loto desaparece, sencillamente se evapora, y un montón de tulipanes rojos surge a mi alrededor, ocupando su lugar.

Una señal que solo puede significar una cosa: Damen se ha reunido conmigo.

Centenares de tulipanes se agitan; sus suaves pétalos susurran contra su cuerpo mientras pasa a toda velocidad por encima de ellos y se acerca a mí. Me estrecha entre sus brazos, me levanta del

suelo y me hace girar. Aprieta sus labios contra mi rostro, mi cabello, mis labios y mis mejillas, y vuelta a empezar. Desesperado, se asegura de que estoy aquí, de que de verdad soy yo: Adelina, Evaline, Abigail, Chloe, Fleur, Emala, Ever, su amor de tantas vidas, que lleva tantos nombres aunque solo tiene un alma. Por fin es consciente de la verdad: que en realidad nunca lo abandoné, a pesar de lo que pudo creer.

—¡Adelina! —exclama, deteniéndose y apartándome el cabello de la cara. Sus ojos me recorren ávidos de arriba abajo, me admiran embelesados. Se echa a reír, sacude la cabeza, se da cuenta de que sigue atrapado en el pasado y dice—:

¡Ever! —Vuelve a besarme, me estrecha contra su pecho—. Tenías razón. Tenías razón desde el principio. Hubo una vida antes, toda una vida que nunca habría podido imaginar. —Sus ojos me estudian con detenimiento, aún un poco abrumados por lo que acaba de averiguar—. Pero ahora que lo sabemos, ¿qué se supone que significa todo eso? —pregunta con un tono reflexivo.

Le paso los dedos por el pelo. Aunque soy consciente de que su pregunta iba en serio, deseo borrar cualquier rastro de su persistente dolor y sustituirlo por un recuerdo mucho más dulce.

—Para empezar, significa que no siempre fui virgen —contesto sonriente,

recordando la hermosa noche que pasamos juntos como Alrik y Adelina, y la parte maravillosa de la mañana que vino a continuación.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Sus manos me ciñen con más fuerza la cintura mientras dice:

—Ese es un momento que no me importaría nada revivir en el cenador.

Encuentra mis labios de nuevo con un beso cálido y profundo. Luego se aparta y dice:

—¿Y Jude?

—¿Te refieres a Jude o a Heath? — Enarco una ceja—. ¿Sabes que son el mismo?

Asiente con la cabeza; ya se había

dado cuenta.

Y sin saber exactamente qué parte quiere que le explique, digo:

—Insistió en venir conmigo, y por alguna razón Loto lo permitió. Dijo que encontraría allí las respuestas que él buscaba.

—Entonces también te quería, ¿verdad? —pregunta Damen, apretando los labios y mirándome a los ojos.

Asiento con la cabeza.

—Y lo demás... ¿lo viste? ¿Todo?

Inspiro hondo y vuelvo a asentir.

Damen suspira y trata de volverse, de apartarse, pero no pienso permitirlo. Lo mantengo pegado a mí.

Sus ojos se clavan en el suelo cuando

dice:

—No me extraña que Jude reaparezca en mi vida una y otra vez. Intenta mantenernos separados, pero no por el motivo que yo creía. Debe reconocerme, intuir quién soy; sabe de forma innata qué soy y que más tarde alcancé el éxito donde antes había fracasado, consiguiendo mi propia inmortalidad antes de ir tras la tuya. —Niega con la cabeza—. Todo este tiempo, durante todas esas vidas, sin darse cuenta siquiera, él ha tratado de detenerme, ha tratado de salvarte de mí. —Se frota la barbilla y me mira con aire de cansancio—. Pensaba que moriría por el dolor de perderte. Quería morir. Y créeme cuando te digo

que mi muerte no llegó tan pronto como deseaba. Me quedé vacío sin ti, como la cáscara de un hombre. —Traga saliva con fuerza y se pasa una mano por los ojos—. Heath me rogó que no llevara adelante la acusación contra Ava y las gemelas, o mejor dicho contra las personas que eran entonces. Y cuando no pudo hacerme cambiar de opinión me rogó que la tomase con él. Nunca se perdonó habérmelas traído. Nunca superó el sentimiento de culpa, pues las había hecho venir tanto por mí como por él mismo. Heath no podía soportar perderte. Habría hecho cualquier cosa para tenerte cerca, aunque eso significase tener que ver cómo te casabas conmigo. Pero cuando moriste a

pesar de nuestros intentos aceptó rápidamente tu muerte, mientras que yo seguí resistiéndome con obstinación. Lo que hicimos fue incorrecto, antinatural, algo que habría sido mejor no intentar. Él lo entendió, pero yo no. Ni en esa vida ni en la que siguió, en la que al final encontré una forma de terminar lo que había empezado. —Cierra los ojos, pensando en la locura de los últimos siglos—. ¿Has visto el resto de su vida? ¿Has visto qué fue de él?

Niego con la cabeza.

Damen suspira. Sus manos me calientan los brazos. Su mirada es distante cuando dice:

—Se retiró a algún lugar lejano y

murió solo, siendo aún bastante joven. Me temo que mi karma es más desastroso de lo que nunca habría podido adivinar.

Como no sé qué decir no digo nada, pero da igual, porque Damen habla en mi lugar:

—¿Y ahora qué? ¿Esperamos aquí por si reaparecen Jude o Loto? ¿Volvemos y tratamos de enmendar las acciones de unas vidas pasadas que en realidad no podemos cambiar? Tú eliges, Ever. Es tu destino. Tu viaje. No volveré a dudar de ti.

Lo miro, no poco sorprendida por sus palabras. Sé cuánto le gusta tener razón y controlar la situación, como a la mayoría de la gente.

Pero se limita a encogerse de hombros y a decir:

—¿Acaso no se trata de eso? ¿No es esa la razón por la que sigues apareciendo en mis vidas? Lo haces para enseñarme qué es el dolor, para enseñarme a sentirlo y aceptarlo, sin intentar burlarlo. Para sacarme de la oscuridad y llevarme a la luz, para mostrarme la auténtica verdad de nuestra existencia: que estaba muy equivocado, pues el alma es lo único inmortal que tenemos. ¿No es esa la razón por la que ha ocurrido todo esto, por la que tú y yo no podemos encontrar la verdadera felicidad y no dejamos de enfrentarnos a obstáculos que resultan imposibles de superar? ¿No es ese el

motivo por el que nos hallamos aquí ahora, que me he confundido y me las he arreglado para fastidiarla a una escala colosal?

El silencio flota entre nosotros. Damen no deja de pensar en su pasado, y yo me he quedado sin habla al oír sus palabras. Estoy deseosa de dejarlas atrás; no quiero demorarme en ellas. Me dispongo a decirle que no tengo ni idea de lo que va a pasar ahora, que sus suposiciones son tan buenas como las mías, cuando veo una pequeña embarcación anclada junto a la orilla, justo a nuestro lado. Una barca que ha aparecido de la nada, que no estaba ahí hace menos de un segundo.

Y a sabiendas de que aquí no existen accidentes ni coincidencias de ninguna clase, le agarro de la mano y empiezo a conducirle hacia ella, diciendo:

—Creo que nuestro destino es salir a navegar.

Capítulo veintidós

Me instalo en el asiento y me pongo a arreglar los cojines de terciopelo que tenemos a la espalda mientras Damen se desliza a mi lado. La embarcación es larga y está pintada de un rojo intenso y vivo con recargadas volutas doradas que marcan sus costados. Se estrecha en una cresta curvada tanto en la proa como en la popa. Me recuerda la góndola que Jude y yo manifestamos una vez en la versión de Venecia de Summerland. Sin embargo, no hay remos, ni motor, ni forma alguna de gobernar o guiar la embarcación; estamos a merced del río. No nos queda otro

remedio que sentarnos y confiar en que todo salga bien.

Instantes después de que embarquemos, la barca se aparta de la orilla y flota hasta aguas más profundas siguiendo la corriente, sin dar pista alguna acerca de lo que nos tiene reservado. Damen me pasa un brazo en torno a los hombros con un gesto protector mientras observamos con detenimiento la escena que discurre por nuestro lado, la rapidez con la que se ensancha el río. No tardamos mucho en vernos rodeados de aguas oscuras y profundas. Las orillas que antes hemos pisado quedan reducidas a un puntito dorado en un lejano horizonte.

Me apoyo en Damen. Me gustaría

poder hacer algo, decir algo que borrarse el gesto de preocupación de su frente, que aliviase el arrepentimiento que agobia su corazón. Abre unos ojos como platos, se incorpora en el asiento totalmente alerta y mira a su alrededor mientras dice:

—Es el río del Olvido.

Entorno los ojos, recordando vagamente que mencionó ese lugar una vez. Dijo algo de que el alma viaja por el río del Olvido antes de renacer en la siguiente vida. Que el propósito de ese viaje en particular es que no recordemos lo que vino antes, que nuestro destino es no recordar las vidas que acabamos de vivir, que cada encarnación ofrece un nuevo viaje de autodescubrimiento, una

oportunidad de reparar nuestros errores anteriores, de equilibrar nuestro karma acumulado, de encontrar soluciones nuevas para problemas viejos.

Que la vida no pretende ser como un libro abierto.

Recuerdo que Loto ha dicho algo semejante hace poco: que la locura del ser humano y su tendencia a cometer los mismos errores una y otra vez puede atribuirse en buena parte al río, y lo tomo como prueba de que Damen está en lo cierto. Es exactamente lo que él piensa. Aunque nadie sabe con certeza dónde acabará.

—¿Vamos a revivirlo todo? — pregunta Damen. Su voz revela una

profunda reticencia. No tiene deseo alguno de retornar a aquellos dolorosos primeros tiempos que vivió en Florencia, Italia.

Sin embargo, antes de que pueda quedarse demasiado atascado en el pensamiento, lo miro y digo:

—No. Es una prueba. Tenemos que hacer lo posible para no olvidar todo lo que hemos aprendido. Loto vino justo antes de que tú llegases y dijo que el conocimiento se nos revela cuando lo necesitamos, lo cual significa que debemos aferrarnos a todo lo que acabamos de ver. No podemos olvidar ni un solo momento. Estoy segura de que vamos a necesitarlo más tarde.

—Es mucho —replica, frunciendo el ceño—. El río es traicionero. Y aparte de que en los últimos siglos he actuado desastrosamente, de que les debo mucho a Ava y a las gemelas por haberles arrebatado la vida, ¿en qué sugerirías que me concentrase? Hay muchas posibilidades de que, cuando salgamos de esta barca y volvamos a nuestra vida normal, no recordemos ninguna de las experiencias que acabamos de vivir.

Me tomo unos momentos para meditar mi respuesta, en parte porque puede que no le guste lo que yo diga, y en parte porque sigue asombrándome que busque en mí las respuestas. Inspiro hondo, echo un vistazo a mi alrededor, me vuelvo

hacia él y digo:

—Debes recordar que el alma es eterna. Que el amor nunca muere. Y que tu incapacidad para darte cuenta de eso, tu apego al mundo físico, es lo que nos ha traído a ambos aquí, lo que nos ha traído a ambos a este punto.

Ya está, ya lo he dicho. Es culpa suya. Aun así, mi voz no le acusa. No es el primero en cometer ese error. Como ha dicho Loto, es la locura del ser humano. Damen solo es uno de los pocos que han logrado eliminar la muerte física, al menos durante un tiempo.

—Más tarde, cuando dejemos esto atrás y acabemos... bueno, donde acabemos, tendremos que utilizar ese

conocimiento para encontrar una forma de deshacer lo que hemos hecho, los errores que hemos cometido —añado; las palabras salen con tanta rapidez y facilidad como si emanasen de algún otro lugar, aunque sé en lo más hondo de mí que son ciertas—. Ese es mi viaje. —Asiento, y de pronto lo sé con certeza—. Esa es la verdad que debo revelar. ¿Cómo? —Le observo, intentando responder a la pregunta que marca su frente—. No estoy segura, pero no me cabe duda de que ese es mi destino.

Damen me mira con los rasgos endurecidos, en conflicto, aunque es fiel a su promesa de seguir mi ejemplo.

Busco un argumento mejor, una forma

de persuadirle de que borre todas las dudas que aún tiene, pero no hay tiempo para darle vueltas. No hay tiempo para convencerle de lo que sé que es cierto.

La corriente se está haciendo más rápida.

El cielo se está oscureciendo y borra al instante el horizonte.

La línea entre cielo y tierra, agua y aire, arriba y abajo, se hace borrosa de repente. Nos atrapa en un encrespamiento vertiginoso de olas que van a su aire, cada una mayor que la anterior. El río crece y se encrespa, se ondula y ruge, hasta que lo único que podemos hacer es aferrarnos el uno al otro para no precipitarnos por encima de la borda, para no caer al agua.

El cielo se desgarró con un trueno tan fuerte que buscamos refugio en el único lugar que nos queda: el otro. Los dos temblamos bajo un chaparrón de lluvia, un monzón despiadado, mientras grandes rayos se abaten a nuestro alrededor.

—¡Concéntrate! —le grito al oído, cerrando con fuerza los ojos para protegérmelos del aguacero—. ¡Esto forma parte de la prueba! ¡Aférrate al pasado! ¡Niégate a olvidar, por más miedo que dé!

No sé muy bien de dónde han salido mis palabras, pero una vez más siento que son ciertas. Conozco de primera mano el enorme poder que tiene el miedo, puesto que me he dejado llevar por él en otras

ocasiones.

Es lo contrario de la fe.

Lo contrario de confiar en el universo.

Lo contrario de creer en tu ser superior.

El miedo te hace sudar y temblar, te vuelve tan inseguro que pones en duda todo lo que sabes que es cierto.

El miedo te lleva a volverle la espalda a lo que más importa.

Tiene como consecuencia las decisiones precipitadas, los pasos en falso, y más tarde la carga implacable del arrepentimiento. Y si Damen y yo hemos de superar este trance y avanzar en nuestro camino tendremos que derrotar este río y dominar esta tempestad,

haciendo lo que sea necesario para impedirles el paso.

Las aguas continúan agitándose, elevándose y hundiéndose, mientras la barca cruje y se inclina de forma aterradora. Damen y yo nos abrazamos, aferrándonos a nuestros recuerdos, aferrándonos el uno al otro. Un rayo fulmina la proa, la parte por la mitad y deja entrar un torrente de agua. El suelo se desprende por el peso y el río asciende hasta devorarnos enteros.

Los dos extendemos los brazos, tratamos de asirnos, luchamos por salvar la vida, luchamos por aferrarnos el uno al otro, pero es inútil.

Nuestra piel está demasiado húmeda,

demasiado escurridiza, demasiado resbaladiza.

Y aunque intento no perder de vista a Damen, aunque intento determinar desde dónde me llama, está demasiado oscuro, demasiado confuso. No tengo percepción del tiempo ni del lugar, no tengo percepción de si estoy arriba o estoy abajo, y cuando quiero darme cuenta me estoy hundiendo.

Se ha acabado.

Demasiado tarde.

El río me ha reclamado.

Capítulo veintitrés

Me atraganto.

Me atraganto con el fango, los detritos y el asqueroso lodo del fondo del río. Algo duro y metálico choca contra mis muelas superiores y flota sobre mi lengua, algo de lo que estoy decidida a librarme.

Hago fuerza sobre los codos y luego sobre las rodillas. A gatas, escupo en el suelo, me paso un dedo por el interior de la boca y saco piedras, porquería y un extraño medallón que queda colgando ante mí desde el cordón de cuero marrón que llevo al cuello.

Me apoyo en los talones, cojo la pieza entre el índice y el pulgar y miro con detenimiento el pequeño círculo de plata. Representa una serpiente que devora su propia cola. Me parece curioso y no poco interesante, pero ignoro de dónde ha salido.

Ignoro por qué lo llevo.

Ignoro qué podría significar.

Caigo de espaldas agotada y cierro los ojos para protegerlos del sol. Al principio disfruto de la sensación, del modo en que me seca la ropa y me calienta la piel, pero el placer disminuye enseguida. Esa luz tan intensa me deja sudorosa y sin aliento, abrumada de golpe por una sed terrible que me lleva a

retroceder con dificultad hacia el río con la esperanza de beber. Sin embargo, me encuentro con que el río ha desaparecido, sustituido por un paisaje de arena, una multitud de cactus y dos soles abrasadores que emiten sendas series de rayos cegadores, implacables y achicharrantes sobre mi cabeza.

La piel se me quema, se llena de ampollas; los labios se me agrietan y sangran. Sin posibilidad alguna de hallar refugio y demasiado debilitada por la sed para ir a buscarlo, no me queda otro remedio que hacerme un ovillo. Bajo la cabeza hasta apretar la barbilla contra las rodillas. Dejo caer mi cabello delante de mí confiando en protegerme de ese modo

y acabo sacrificando la nuca a fin de resguardarme el rostro.

«Reflexiona.» Cierro los ojos con fuerza y trato de concentrarme y de recapacitar.

«Reflexiona —me exijo—. Recuerda.»

Pero el calor es tan intenso que me es imposible pensar en nada que no sea mi piel ardiente y la sed atroz que no he podido saciar.

Me estiro las mangas más allá de las muñecas, sobre las manos, hasta llegar a las puntas de los dedos. Trato de no gritar cuando el algodón me roza las ampollas, abriéndolas y dejando que el líquido de las heridas se diluya en la carne. Venzo el

dolor y me meto las manos en los bolsillos, intentando hacerme más pequeña, convertirme en un blanco menor, procurando esconderme del calor, pero es inútil. No puedo escapar de la ira de dos soles enzarzados en un duelo, uno delante y otro detrás.

Mis dedos ahondan retorciéndose y siguen ahondando. Al final tropiezan con algo resbaladizo y duro de bordes ásperos, una piedra de alguna clase.

Una piedra que no recuerdo.

Recorro los lados, la superficie fresca y lisa, a sabiendas de que necesito pensar, concentrarme, recordar... algo... pero sin tener ni idea de lo que ese algo puede ser.

Le doy a esa piedra unas cuantas

vueltas. Exploro todos sus lados una y otra vez, hasta que un relampagueo de luz atraviesa mis párpados cerrados y cubiertos de costras. Un destello de color, una miríada de tonalidades diversas se cuela en mi visión, mi visión interior, acompañada de una serie de palabras destinadas a espolearme, a animarme. Esas palabras dan vueltas y más vueltas en mi interior. Exigen mi atención, aunque no tengo la menor idea de lo que pueden significar.

Las palabras continúan serpenteando y repitiéndose, sonando sin cesar. Todas y cada una de las sílabas aparecen acentuadas con la mayor urgencia, hasta que suena algo como:

Oscuro como sus ojos.

Rojo como la sangre que salió
de mí.

Azul como el río, como la
piedra de mi bolsillo.

Una piedra que tengo que ver.

La subo por encima de mi cadera, la
deslizo sobre mi vientre y la llevo hasta
donde pueda verla. Me maravilla que se
las haya arreglado para mantenerse fresca
a pesar del atroz infierno que me rodea.
Me atrevo a entreabrir un ojo a pesar de
que se me chamuscan las pestañas, se me
quema la piel y se me abrasa la retina.
Miro con detenimiento ese brillante
cristal de color aguamarina y le doy

vueltas entre mis dedos, sobrecoyida por su aspecto, hasta que observo algo aún más maravilloso: la energía irradia de mi piel como un halo del púrpura más vivo y radiante, con motas doradas.

El color me recuerda el que ya percibí. El que vibró a través de mi cuerpo cuando estaba en Summerland, justo después de haber cambiado sin darme cuenta la experiencia de Fleur por la mía. Esa sensación llena de color me convence de que hay algo más en la historia de Damen y en la mía, de que ambos habíamos vivido una vida que aún teníamos que reconocer.

Y de pronto sé qué significa, sé qué es.

Esa sombra brillante y trémula que veo es el color de mi alma.

Mi alma inmortal.

Es el aspecto que ofrecería mi aura si la tuviese.

La verdad me asalta con tanta fuerza y rapidez que no deja lugar a dudas en mi mente.

No puedo morir aquí.

No puedo morir en ninguna parte.

Aunque es cierto que mi cuerpo tal vez no soporte este calor, pase lo que pase, mi alma seguirá viviendo.

Como la serpiente que cuelga del cordón que llevo al cuello, cada vida alimenta la siguiente.

Y en cuanto reconozco eso y lo acepto

como un hecho, empieza a caer una suave lluvia primaveral y me pongo en pie de un salto, sonriendo, riendo e inclinando la cabeza hacia atrás. Abro la boca tanto como puedo y dejo que un charquito de agua se forme sobre mi lengua. Noto que la arena desaparece debajo de mí cuando los dedos de mis pies palpan la preciosa extensión de flores y hierba que brota para sustituirla. Noto que mi piel se cura, se regenera, cuando un sol chisporrotea, se oscurece y se consume, mientras el otro se atenúa hasta convertirse en un resplandor cálido e indulgente capaz de sostener la vida.

Abro los brazos y me pongo a dar vueltas en el prado. Salto, brinco y bailo

bajo una lluvia que, después de sanarme, se ha reducido a una ligera y trémula llovizna.

«¡Lo he hecho! —No puedo contener una sonrisa de triunfo—. ¡He ganado! He burlado al río, he recordado lo que más importa, ¡con un poco de ayuda de mis amigos, por supuesto!»

Amigos.

Me detengo y mi respiración se vuelve jadeante y acelerada mientras miro a mi alrededor. Mi alegría se desvanece en cuanto me doy cuenta de dos verdades que he olvidado hasta ahora.

No soy como mis amigos. Mi cuerpo es inmortal y mi alma no.

Damen no está aquí, y eso significa

que lo ha olvidado. No ha podido aferrarse a los recuerdos. Ha dejado que el río se lleve lo mejor de él.

Y, como ha cambiado la inmortalidad del alma por la inmortalidad física, solo queda un lugar en el que pueda encontrarle.

Atrapado dentro de Shadowland.

Capítulo veinticuatro

Aunque he estado allí otras veces, tres si no me fallan los cálculos, no tengo ni idea de cómo encontrarlo. Ignoro por completo dónde está realmente y cómo localizarlo en un mapa.

Hice mi primera visita a través de la mente de Damen. La segunda fue cuando le mostré telepáticamente a Roman el lugar al que viajó el alma de Drina. Y la tercera fue cuando Haven me mató y me envió a ese horrible abismo durante un tiempo que me pareció eterno, aunque debió de ser solo cuestión de minutos.

Así es como funciona Shadowland.

Pero nunca he hecho el viaje a pie. Nunca he salido en busca de su manifestación física.

Así pues, esperando hallar respuestas, recurro a todo lo que he aprendido, a las cosas que Ava me enseñó. Y en lugar de permitir que mi mente se descontrole con preguntas y pensamientos que solo sirven para crear pánico e incertidumbre, y que nunca me proporcionarán ningún resultado útil o bueno, opto por centrarme en el silencio interior. Confío en que me guíe, me conduzca, me haga llegar al lugar en el que debo estar.

Decidida a seguir mi instinto, mi corazón, mi intuición, la verdad oculta que descansa en mi interior, abro mi

propio camino, dirigida exclusivamente por mis propios impulsos, pero cuando parece que la caminata resulta demasiado larga resuelvo acelerarla un poco y manifestar a un compañero.

Cabalgo a lomos de mi montura mientras avanza, pero me bajo tan pronto como se detiene en el borde mismo del perímetro, el lugar en el que la hierba se convierte en fango, en el que todos los árboles están consumidos y desnudos a pesar del constante diluvio que no cesa de caer. Es exactamente lo que pensé la primera vez: este lugar horrible es el yin de Summerland, su aspecto de sombra, su lado opuesto, y proporciona una clara línea de demarcación entre los dos

mundos: uno claro y uno oscuro. No me cabe duda alguna de que señala la entrada de Shadowland.

Le doy a mi yegua una palmadita en la grupa, instándola a dirigirse a mejores pastos. Miro a mi alrededor con la esperanza de encontrar a Loto, o tal vez a alguna otra clase de guía, pero al darme cuenta de que estoy sola me adentro fatigosamente en el barro. Recorro con esfuerzo un interminable y embrutecedor paisaje desolado, deprimente, desierto, empapado e inundado, preguntándome si llegará algún punto en el que se convierta en otra cosa, en el que deje de parecer igual. Ese punto llega mucho antes de lo que imaginaba: de pronto, me topo con

una escena tan distinta que me detengo, me paso una mano por los ojos y parpadeo unas cuantas veces para asegurarme de que no se trata de ninguna alucinación, de que estoy viendo de verdad lo que creo ver. Y aun así, sigo teniendo mis dudas.

Avanzo lentamente. Vuelvo la cabeza a uno y otro lado mientras mis ojos se esfuerzan por asimilarlo todo. Es una imagen surrealista, sin duda un espejismo creado por mi mente. No obstante, por más que parpadee, por más tiempo que pase conteniendo el aliento y mirando, se niega a ceder en modo alguno, hasta que no tengo más remedio que aceptar que la escena que se encuentra ante mí no solo es real, sino también una réplica exacta de la

que aparecía en mi sueño.

El sueño que estaba segura de que Riley me había enviado.

El sueño que tuve de nuevo hace muy poco.

El sueño que estaba segura de que había sido meramente simbólico, algo que yo debía considerar, analizar y diseccionar durante el tiempo necesario hasta poder dividirlo por fin en fragmentos manejables que significasen algo.

No creí ni por un momento que debiese tomármelo en sentido literal.

No creí ni por un momento que pudiese existir realmente todo un paisaje de bloques rectangulares, un laberinto de

prisiones de vidrio.

Inspiro hondo, doy unos cuantos pasos prudentes y levanto la vista. Miro con detenimiento a una multitud de almas atormentadas. Sé exactamente cómo se sienten, pues yo también he estado allí.

Solas.

Aisladas.

Despojadas de toda esperanza.

Las almas están rodeadas de silencio y de una oscuridad infinita, forzadas a revivir sus peores decisiones, sus errores más trágicos y sus acciones equivocadas, las malas decisiones y actos egoístas que causaron dolor a otros; obligadas a revivir una y mil veces su propio infierno personal. Experimentan el dolor que han

causado a otros como si fuese propio, tal como me pasó a mí cuando estaba en su lugar. No tienen modo de saber que hay otras como ellas, que, aunque puedan sentirse solas, lo irónico del caso es que en realidad están atrapadas entre las de su especie. Todas ellas se ven asaltadas por las imágenes, por un arrepentimiento de siglos. No tienen modo de apagar esas figuraciones, no tienen modo de acallar sus mentes.

Y justo cuando me pregunto qué se supone que debo hacer aquí, el recuerdo de la voz de Loto resuena en mi oído.

«Hay muchos que te aguardan. Aguardan que les liberes, que me liberes a mí.»

Y sé que se refería a esto. Tengo que empezar por aquí.

Me aproximo al primer bloque y observo un frenesí de energía que pertenece a un alma atormentada y angustiada que no reconozco. No hay duda de que es una de las de Roman, puesto que, aparte de mí, las únicas personas a las que Damen convirtió fueron los huérfanos. Y no puedo evitar preguntarme cuántos inmortales pudo haber hecho Roman al recordar la respuesta que le dio a Haven cuando ella se lo preguntó en una ocasión: «Eso es algo que solo yo sé y que el resto del mundo tendrá que descubrir». Por no hablar de cuántos podrían haber acabado aquí sin darse

cuenta, sin querer.

Cierro los ojos, aprieto el vidrio con las palmas de las manos y espero alguna clase de señal, más instrucciones, una orden que no tarde en ser revelada, pero me responde una explosión tan oscura de desesperación, un tormento tan desolador, que apenas puedo contenerlo. Pronto le sigue una oleada tan intensa de frío que me obliga a saltar hacia atrás. Miro boquiabierta las palmas de mis manos; están heladas, congeladas, y soy consciente de que mientras esté aquí es imposible que se curen.

Desesperada por acabar, por mí misma y por ellos, le doy una patada al vidrio, le doy una patada con todas mis

fuerzas, y cuando eso no funciona lo golpeo con ambas manos. Y tras lanzar mi cuerpo contra él en vano, rebusco en mi bolsillo, localizo el trozo de cristal que me ha regalado Ava, el fragmento de cavansita que aumenta la intuición y la sanación psíquica, provoca una profunda reflexión, inspira nuevas ideas, ayuda a liberarse de creencias incorrectas y sirve para inducir los recuerdos de vidas pasadas, confiando en que pueda ayudarme también en este caso. Y cuando mi mano se ilumina, cuando mi palma se cura, cuando mi piel emite esa brillante tonalidad púrpura con motas doradas que he entrevisto antes, sé exactamente lo que debo hacer.

Cojo el borde agudo, el extremo irregular que se estrecha hasta convertirse en punta, y lo arrastro en sentido vertical por un lado del vidrio, en sentido horizontal por la parte superior y finalmente en sentido vertical por el otro lado. Me estremezco al oír el sonido que produce, agudo y chirriante como el de unas uñas contra una pizarra, y sé que lo he logrado cuando la prisión se derrumba, se hace añicos, y una fría corriente de aire sale silbando mientras el alma atrapada se apresura a salir.

El corazón me late con fuerza en el pecho cuando la entidad se cierne sobre mí, creciendo y estirándose hasta convertirse en un grupo abigarrado de

personajes, en todo un surtido de apariencias de vidas pasadas, ninguna de las cuales reconozco. Emite un brillante destello de color mientras se encoge de nuevo y alza el vuelo. Remonta hacia el cielo y no tarda en desaparecer de la vista.

Hago una pausa para recobrar el aliento, asombrada por lo que acabo de presenciar, por lo que acabo de conseguir. Me dirijo hacia el siguiente cubo y repito la secuencia otra vez, y una vez más. Libero a un alma atrapada tras otra, sin tener ni idea de adónde van, aunque supongo que cualquier lugar tiene que ser mejor que este.

Y entonces, justo cuando avanzo hacia

el siguiente, lo encuentro.

Damen.

Aunque no es como yo creía, no es como esperaba.

En lugar de estar atrapado como yo me temía, también deambula de bloque en bloque.

Tiene el pelo revuelto, los ojos atormentados y enrojecidos, y su voz arrepentida pide perdón por todo el mal que ha hecho.

Pide perdón por la presencia de todas esas almas aquí.

—Esto no es culpa tuya —digo, aproximándome despacio—. No tuviste nada que ver con esto, fue Roman quien los convirtió. Ya sabes lo orgulloso que

estaba de su elixir, cuánto le gustaba compartirlo libremente con cualquier persona a la que considerase digna, mientras que tú solo nos lo diste a los huérfanos y a mí. A no ser que... —Trago saliva con fuerza y lo miro; se me ocurre una idea nueva, y ruego para que sea una paranoia mía y nada más—. A no ser que hubiese otros de los que no me hayas hablado —acabo, aspirando entre dientes.

Me relajo cuando su mirada desconsolada se clava en la mía y dice:

—Seis huérfanos. Y tú. Esa es la grandiosa suma de mi legado personal. — Se encoge de hombros, respira hondo y mira a su alrededor antes de volverse hacia mí—. Aun así, al final, en realidad

no importa quién les dio el elixir, no importa quién decidió convertirlos, porque todo esto —añade, haciendo un movimiento amplio con el brazo y trazando con la mano un arco ante sí y a su alrededor—, todo lo que ves aquí, todo se deriva de mí. Yo fui el primero. Planté la semilla. Roman nunca habría llegado ahí de no ser por mí. Así que, como puedes ver, Ever, esto es culpa mía. Es como dijo Loto: «Yo soy la razón y nuestro amor es el síntoma». No podía dejarte marchar. No podía soportar el dolor de una vida sin ti. Y aunque tú, mi dulce Ever, mi querida Adelina, puedes muy bien ser la cura, tengo que hacer cuanto pueda para corregir mi karma, para reparar todos mis

errores. ¿Y qué mejor lugar para empezar que aquí mismo?

Dedico unos momentos a sopesar sus palabras mientras pienso cuidadosamente las que voy a pronunciar.

—Bueno —digo en voz baja y serena, sin apartar los ojos ni una sola vez de sus elegantes rasgos—. Por lo que he experimentado hasta ahora, la mejor forma de compensar todo eso es liberarles. Es lo único que podemos hacer en este momento.

Le muestro el cristal, le muestro cómo lo he utilizado para atravesar el vidrio y liberar a las almas. Le invito a acompañarme con un gesto de la mano y le observo cuando apoya las palmas en la

superficie y pide perdón en silencio. Su carne palpita, se cubre de ampollas y se ennegrece antes de adquirir un aspecto casi momificado. Rehúsa el cristal que le ofrezco y que le permitirá curarse; prefiere sufrir, convencido de que se lo merece, mientras me sigue de un bloque a otro. Los dos repetimos la secuencia: Damen expresa su arrepentimiento y yo hago añicos el vidrio para que otra alma pueda apresurarse a salir.

Cuando llegamos al siguiente bloque, percibimos de inmediato algo distinto y nos detenemos. Nos alerta al instante algo inusual que lo distingue de los precedentes. Y aunque la energía que hay en el interior se muestra igual de frenética

que todas las demás, agitándose con violencia, estrellándose contra las paredes, moviéndose tan deprisa que es difícil percibirla y ver algo que no sea una masa borrosa y confusa, aun así, es una energía que ambos reconocemos.

Así que me retiro. Me aparto a un lado.

Esta alma en particular debe ser liberada por Damen, no por mí.

Aunque los tres compartimos un pasado, una historia larga e intrincada de celos que siempre acaba en asesinato, en mi asesinato, los dos tienen recuerdos que no me conciernen, que no tienen nada que ver conmigo, y no todos ellos son malos.

Le entrego el cristal y oigo cómo la

llama en silencio, telepáticamente. Y cuando coloca las manos a ambos lados del cubo, todo se calma.

«¿Damen?», le llama ella, sintiendo su presencia y su energía. Aunque tal vez es solo una ilusión mía. Tal vez le está llamando desde el día en que la maté y envié su alma aquí.

«Estoy aquí. —Él cierra los ojos y apoya la frente en el vidrio, agarrándose a los lados con las manos—. Te he fallado. Te he fallado en muchos sentidos. No supe amarte de la forma que querías, de la forma que necesitabas. Y, aunque puede que te salvase la vida cuando te libré de la peste negra, me temo que al final intervine cuando no debía hacerlo y te

abiqué a esto.»

Su aliento empaña el vidrio, le incita a pasar un dedo por él y luego a limpiarlo con la palma chamuscada de su mano humeante.

«Drina Magdalena, ya no eres Poverina. Así que, por favor, vete. Sé libre. Tienes otros lugares en los que estar. Yo nunca fui tu destino.»

Da un golpecito al vidrio con el cristal, lo arrastra hacia abajo por cada lado y un poco por la parte superior. El vidrio se parte en tiras largas y delgadas que caen al suelo y se rompen en trozos mucho más pequeños que se desmoronan a sus pies.

Me preparo. Me preparo para

cualquier cosa. Espero un torbellino iracundo de energía que, a juzgar por el pasado, probablemente se abalanzará contra mí.

Por eso me sorprendo cuando opta por salir despacio.

Su energía se cierne sobre nosotros, creciendo y estirándose. Al principio forma una breve imagen de sí misma: mi prima Esme. Esa imagen dura solo unos segundos, y luego adopta la apariencia de su última encarnación: la esplendorosa Drina, con su cabellera roja y sus ojos verdes, una belleza tan asombrosa que ni siquiera la muerte puede deslucir.

Flota más cerca de Damen. Su mirada se mueve sobre él, admirándole

embelesada mientras entre ellos se produce una comunicación silenciosa. Y aunque puedo oírla, aunque ninguno de los dos trata de ocultármela, les vuelvo la espalda e intento proporcionarles intimidad. Alcanzo a oír más o menos una de cada tres palabras, y su diálogo suena algo como:

«Lo siento – perdonarte – perdonarme – mal – desperdiciado – equivocación – arrepentimiento – lo siento.»

Ella alarga los brazos hacia Damen y le sujeta el rostro con los dedos. Las comisuras de su boca descienden cuando él da un respingo involuntario al sentir su contacto. Su mirada se entristece ante el pozo sin fondo de arrepentimiento que

encuentra en los ojos de él.

Y cuando se vuelve hacia mí, no veo en absoluto lo que esperaba. El habitual contenido de odio, pullas y amenazas ha sido sustituido por una suave y cadenciosa veneración.

«Debí saberlo la primera vez que te maté —piensa—. Debí darme cuenta entonces de que, incluso sin tu presencia junto a él, vuestro amor nunca moriría. Puede que consiguiese tomar a Damen prestado durante un tiempo, pero nunca fue realmente mío, nunca pasó mucho tiempo antes de que saliese a buscarte otra vez. A lo largo de todos estos años, desde el primer momento en que te conoció como Adelina, su corazón ha sido

siempre tuyo. Solo te pertenece a ti. El vuestro es un amor de destino. Y yo he sido una insensata al entrometerme.» Suspira, sacude la cabeza y alarga el brazo como para tocarme, pero en ese momento, al recordar la reacción de Damen, se lo piensa mejor y baja el brazo.

Y no sé muy bien quién se asombra más, si ella, Damen o yo misma, cuando decido dar un paso adelante, cuando decido coger su mano. De pronto sé por qué Damen ha dado ese respingo; lo que sorprende no es tanto el frío como el zumbido de su energía: es difícil acostumbrarse a esa intensidad extrema y vibrante.

Las palabras entran a raudales en mi mente cuando piensa: «Si puedes perdonarme, no tardaré en marcharme».

Miro a los ojos a la persona que me asesinó una y otra vez. Trató de librarse de mí, de librar al mundo de mi presencia, pero no podía. Por más que lo intentase, yo no dejaba de volver. Y me asombro al comprobar que ya no puedo considerarla una enemiga. Ahora que conozco la verdad, ahora que sé que estamos conectadas, que yo formo parte de ella y ella forma parte de mí, ya no puedo odiarla. Y aunque esto parece el final, seguramente esta despedida es solo temporal. No me cabe duda de que volveremos a encontrarnos algún día.

Solo espero que consiga conservar parte de la sabiduría que ha obtenido.

Sonríe y su rostro se ilumina, dándole un aspecto radiante. Al principio pienso que es una respuesta a lo que acabo de pensar, pero veo que su mirada me recorre de arriba abajo y que le indica a Damen con un gesto que me mire también.

«Mira, ¡estás resplandeciendo! —Su expresión se vuelve confusa cuando añade —: Pero... ¿cómo puede ser? Los inmortales no resplandecen. Tú nunca has resplandecido. Pero ahora lo haces. Es muy raro. ¿Qué se supone que significa?»

Damen entorna los ojos, incapaz de ver lo que veo yo —lo que ve ella—, el leve rastro de púrpura que emana de mí, a

mi alrededor.

Drina guarda silencio, esperando que se lo explique, pero como ni siquiera sé por dónde empezar me limito a encogerme de hombros y esbozar una sonrisa ladeada.

«¿Y Roman? ¿También lo has enviado aquí?»

Hago una pausa. Quiero subrayar que no fui yo quien mató a Roman, que, en contra de la opinión de algunas personas, no soy una loca asesina inmortal. Pero no tardo en comprender que mi historial de asesinatos, dos de tres, no es como para estar orgullosa, no es como para defenderlo. Me trago las palabras e indico con un gesto los dos últimos cubos que

quedan.

Y tal como ha ocurrido cuando Damen se ha acercado al suyo, en el momento en que Drina se aproxima al de Roman se detiene toda actividad. Él percibe su presencia y la llama a gritos. Y en cuanto Damen lo abre, Roman se precipita fuera, en una furiosa tormenta de energía que se expande y toma forma, que pasa unos segundos como el guapo y desenvuelto Rhys antes de adoptar la apariencia que tenía como Roman, aún más guapo y desenvuelto. Con su dorado pelo alborotado, sus penetrantes ojos azules, su piel bronceada, esos vaqueros desgastados que lleva peligrosamente bajos y una camisa blanca de lino que

exhibe sus abdominales bien definidos.

Pero, aunque Damen y yo estamos justo delante de él, preparados para explicárselo, justificar nuestras acciones y hacer cuanto sea necesario para quitarle hierro a lo que muy bien podría convertirse en una situación difícil, toda su atención se centra en Drina, igual que cuando estaba vivo.

Solo la ve a ella.

Sin embargo, a diferencia de lo que ha ocurrido en los últimos seis siglos, Drina por fin lo ve a él.

Los dos se sienten atraídos y se miran durante largo rato. Damen me coge de la mano y empieza a apartarse. Se está acercando al último bloque que queda

cuando Roman le llama: «Hermano».

Pronto seguido de: «Amigo».

Y luego: «Enemigo».

Aunque esa última parte va seguida de una sonrisa deslumbrante que muestra sus dientes blancos.

Miramos a Roman a los ojos. Observamos que la sonrisa ilumina su rostro, ilumina su energía, haciendo que eche chispas y resplandezca mientras cierra los ojos con fuerza y se concentra en una larga serie de palabras que quiere que oigamos.

Una larga serie de palabras que no puedo situar en ninguna clase de contexto, que no puedo entender.

Una lista larga y enrevesada de

hierbas, pociones, cristales y... fases lunares...

Lanzo un grito ahogado con los ojos muy abiertos de incredulidad. Miro boquiabierta a Damen, preguntándome si oye lo que oigo yo, si entiende lo que, para mí, acaba de quedar claro.

¡Es el antídoto!

Roman está cumpliendo su parte del trato de forma voluntaria, sin pedírselo, sin intimidarle, manipularle ni torturarlo.

Del trato que hicimos minutos antes de que fuese asesinado y enviado aquí.

Ese trato en el que yo aceptaba darle lo que él más quería a cambio de que él me diese lo que más quería yo.

Drina a cambio del antídoto que nos

permitirá a Damen y a mí estar juntos de la forma en que lo estuvimos como Alrik y Adelina, sin necesidad de escudos energéticos, sin miedo a que nuestro ADN entre en conflicto, sin la amenaza de que Damen muera.

Roman está cumpliendo su palabra.

Dedica unos momentos a repetirlo una vez más, asegurándose de que lo tenemos, de que hemos tomado nota, de que lo hemos memorizado, porque no tardará en marcharse con Drina y no espera volver a vernos, al menos en mucho tiempo. Esta es nuestra última ocasión. La oportunidad no volverá a presentarse.

Trago saliva y asiento con la cabeza. Me siento tan agradecida, tan embargada

por la emoción, que me escuecen los ojos y se me hincha la garganta. No tengo ni idea de por dónde empezar, de qué decir.

Pero no hace falta que diga nada. Drina y él ya han unido las manos, ya nos han dado la espalda. Ya se dirigen al siguiente cubo, donde, sin necesitarnos, aúnan su energía y lo parten por la mitad, permitiendo que Haven salga de estampida de su propio infierno personal.

Se me acerca como una exhalación. Como una bola irritada de violenta energía roja que, según todas las apariencias, sigue furiosa conmigo.

Sigue acusándome.

Sigue pretendiendo cumplir las últimas palabras que pronunció, su

amenaza de acabar conmigo.

Damen grita, salta entre nosotras con los brazos muy abiertos, haciendo lo posible para cubrirme, para defenderme de lo que ella tenga planeado, sea lo que sea.

Pero justo cuando ella nos alcanza, cuando flota a escasos milímetros de nosotros, se detiene y se calma de golpe. Observo con unos ojos como platos que su furioso resplandor rojo empieza a adquirir un matiz rosado mucho más suave. Este comienza a mostrar todas las apariencias de sus vidas pasadas, empezando por la de mi prima, la hermana de Esme, Fiona, antes de efectuar una transición hacia varias más que reconozco

vagamente de escenas que he visualizado de mis encarnaciones pasadas. Me asombra saber que ha estado conmigo todo este tiempo, por lo general a distancia, nunca como una amiga íntima o una hermana, pero aun así..., vaya, que no tenía ni idea.

Empiezo a disculparme. Quiero que sepa cuánto lo lamento, pero ella se muestra demasiado impaciente y se apresura a descartar mis palabras con un gesto. Aún tiene más cosas que mostrarme, no ha terminado todavía, y observo mientras efectúa transiciones a todos los aspectos que adoptó en su vida más reciente. Todo, desde su fase de primera bailarina, la fase gótica en la que

se hallaba cuando nos conocimos, la breve fase de aspirante a Drina que la siguió, la fase emo que vino poco después, el look de gitana rocanrolera, con su cuero y su encaje negro, que no duró mucho, hasta efectuar una transición a la fase de bruja inmortal superespeluznante, como Miles la llamó un día, la fase con la que acabó su vida, hasta adoptar por fin una versión de sí misma que nunca había visto. Una en la que tiene el pelo largo, reluciente y bien cuidado, los ojos limpios de maquillaje y brillantes, la ropa ligeramente extremada, al estilo propio de Haven, aunque sin pedir atención a gritos ni resultar desafiante. Pero el mayor cambio de todos

es la sonrisa radiante que ilumina su rostro, indicándome que por fin se ha encontrado a sí misma, que por fin está en paz.

Por fin se gusta como es.

Señala con el pulgar a Damen, Roman y Drina, un triángulo amoroso que ha abarcado demasiados siglos. Sacude la cabeza, pone los ojos en blanco y exhala un largo suspiro nostálgico que no tarda en convertirse en una risa contagiosa que no puedo combatir. Las dos nos reímos con ganas, de un modo que me recuerda días mejores, días pasados con Miles ante la mesa del almuerzo, tardes ociosas metidas en su habitación con un montón de revistas apiladas entre nosotras, noches

de viernes en mi jacuzzi después de devorar una pizza entera.

Vuelve a dedicarme toda su atención cuando piensa: «No te odio. Aunque no voy a mentirte: antes te odiaba. Y no solo en esa última vida, sino también en la mayoría de las otras. Pero eso solo se debía a que estaba tan descontenta de mí misma que tenía la absoluta certeza de que todos los demás estaban mejor, de que tenían lo que a mí me hacía falta. Estaba convencida de que, si consiguiese lo que ellos tenían, yo también podría ser feliz». Sacude la cabeza y pone los ojos en blanco ante lo absurdo de esa idea. «De todas formas, te alegrará saber que todo ha terminado. Soy libre en muchos

aspectos. Ahora solo deseo que suceda lo que tenga que suceder, sea lo que sea.»

Trago saliva con fuerza y me obligo a asentir. No son esas las palabras que esperaba, y eso hace que las aprecie aún más. Tardaré en olvidarlas.

Y a continuación, Drina señala, Haven chilla, Roman sonríe, y todos se dan la mano. Los tres se apresuran hacia algo que solo ellos pueden ver y desaparecen en un brillante destello de luz blanca sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo veinticinco

Damen me estrecha entre sus brazos y me aprieta con fuerza contra su pecho. A continuación me levanta del suelo y me hace dar vueltas y más vueltas en el aire. Mis cabellos se levantan detrás de mi cabeza como una brillante capa de oro mientras giramos, bailamos y reímos. Contemplo asombrada este campo antes yermo, que empieza a transformarse.

Las esquirlas irregulares del vidrio que formaba las prisiones se hunden en el suelo. Primero se reciclan en arena y luego en una tierra oscura y rica en nutrientes que proporciona un alimento

instantáneo a los árboles antes consumidos, alimento que permite que se enderecen, que se estiren, que echen un espeso manto de hojas, mientras junto a sus raíces brota una banda de flores silvestres púrpuras y amarillas.

A los dos nos embarga la emoción; nos sentimos rebosantes de entusiasmo por nuestro triunfo. La voz de Damen suena en mi oído como una canción cuando me dice:

—¡Lo conseguimos! Les hemos liberado, les hemos resarcido, hemos obtenido incluso la receta del antídoto, ¡y todo gracias a ti! —Sus labios hallan mi frente, mi mejilla, mi nariz y mi oreja. A continuación se aparta y añade—: Pero,

Ever, ¿te das cuenta de lo que significa todo esto?

Lo miro con una sonrisa de oreja a oreja, tan amplia que mis mejillas no dan más de sí, aunque sigo queriendo oír cómo lo dice, queriendo oír las palabras pronunciadas en voz alta para que ambos las oigamos.

—Significa que por fin podemos estar juntos. —Apoya su frente en la mía con la respiración entrecortada—. Significa que todos nuestros problemas están resueltos. Significa que nunca tendremos que volver a visitar el cenador, ni siquiera como Alrik y Adelina, salvo que queramos hacerlo, claro está. —Mueve las cejas y emite una carcajada grave y profunda—.

Lo único que tenemos que hacer es volver al plano terrestre, ponernos a trabajar en el brebaje y... —Se interrumpe, me pasa el pulgar por la mejilla y se inclina para besarme de nuevo.

Correspondo con una intensidad y un fervor iguales que los suyos. Consciente del finísimo velo de energía que flota entre nosotros y que le mantiene a salvo de lo que gracias a Roman se ha convertido en mi mortífero ADN, el cual, también gracias a él, no será una amenaza durante mucho más tiempo. Apenas puedo creerme que los días de eso que hemos dado en denominar nuestro «casi beso» estén a punto de terminar.

Pronto, muy pronto, podremos vivir

como todo el mundo. Podremos tocarnos abierta y libremente, sin preocupaciones. Como hacemos en el cenador pero mejor, porque será real.

Pronto nos abrazaremos tal como somos en el presente, en lugar de hacerlo en nuestras diversas apariencias de vidas pasadas.

Me aparto ligeramente, cierro los ojos y vuelvo el rostro al cielo, tomándome un instante para enviar un agradecimiento silencioso a Roman, esté donde esté, por hacernos este maravilloso regalo.

Entonces, justo cuando estoy a punto de volver a besar a Damen, se aparta de mí con expresión desanimada y responde a la pregunta que hay en mi mirada con un

breve gesto de la cabeza en dirección a Loto, que se arrodilla a lo lejos.

Se sienta a la orilla de una laguna, a pocos metros. Sus ralos mechones plateados flotan libres a su alrededor mientras murmura en voz baja con las manos unidas sobre el pecho. Contempla una profusión de flores de loto que se elevan a través de las aguas oscuras y cenagosas para aflorar a la superficie. Sus suaves pétalos blancos y rosados se elevan, rodeados de brillantes hojas verdes de borde festoneado. Las flores aparecen una tras otra hasta que apenas se ve el agua.

Permanece así durante un rato. Se complace en meditar sobre la maravillosa

visión que se despliega ante ella, hasta que se vuelve hacia nosotros con una expresión que, si bien no es exactamente lo que yo llamaría «inquieta», no corresponde en absoluto al mar de triunfo en cuyo centro nadamos ahora mismo Damen y yo.

Damen entorna los ojos y aprieta la mandíbula, preparándose para la mala noticia que está seguro de que nos trae, sea cual sea.

Los dos avanzamos con movimientos cautos hacia ella. Ambos nos quedamos igual de sorprendidos cuando se levanta de la orilla fangosa, nos mira y dice:

—Enhorabuena.

Esperamos. Esperamos algo más.

Pero, al menos durante un rato, eso parece ser todo.

—Podéis regresar al plano terrestre si lo deseáis —dice al final, mirándonos.

Damen me aprieta la mano; no necesita más estímulo. Está más que dispuesto a marcharse ahora mismo de allí. No ve qué sentido tiene perder ni un segundo más rondando por Summerland. Pero yo me mantengo firme. De hecho, clavo los talones en el suelo. Intuyo que todavía no ha acabado todo, que hay algo más que Loto piensa compartir con nosotros.

—Lo habéis hecho bien. Todo ha florecido. —Indica con un gesto las flores que nos rodean y el paisaje que hay más

allá—. Incluso habéis liberado a los perdidos. —Une las palmas de sus manos y se las acerca al corazón; su sencilla banda de oro destella—. Así que sois libres de marcharos. Libres de regresar a vuestra vida inmortal. No obstante, me pregunto...

La miramos, yo curiosa, Damen en guardia, con los dedos encogidos a los costados.

—Me pregunto si desearéis volver a vuestra vida después de aprender todo lo que habéis aprendido —continúa—. Me pregunto si elegiréis una vida de inmortalidad física después de conocer la verdad acerca del alma.

Damen pone los ojos en blanco, gruñe

y, una vez más, intenta arrastrarme lejos de allí. Pero me quedo donde estoy, mirando a Loto cuando digo:

—¿Insinúas que tenemos otra opción?

Ella levanta una vieja mano nudosa y se aparta de la cara un mechón de pelo suelto.

—Oh, sí —dice, recorriéndome con la mirada—. Hay otra opción. Una salida.

Frunzo los labios, tratando de determinar qué podría significar eso. Decido que no me gusta la conclusión a la que llego, que no me gusta en absoluto, y digo:

—Si te refieres a la muerte como una salida... —Niego con la cabeza y parpadeo unas cuantas veces; apenas

puedo creer que se haya atrevido siquiera a sacar a colación ese tema—. Bueno, ya puedes olvidarte. De ningún modo va a suceder eso. O sea, por si no te acuerdas, el resultado de eso es un billete de ida a Shadowland para la gente como nosotros. Y como acabamos de lucirnos limpiando Shadowland, no nos gustaría nada ver que vuelve a estar como antes. Por no mencionar que no hay garantía alguna de que nadie vaya a venir a liberarnos tal como acabamos de liberar a Roman, Drina, Haven y todos los demás. —Me interrumpo el tiempo suficiente para resoplar y apartarme así el cabello de los ojos, aunque no el tiempo suficiente para que ella pueda intervenir—. Además,

deberías saber que ya tenemos el antídoto, o por lo menos la receta para prepararlo. Eso significa que nos acaban de dar toda una razón nueva y excelente para vivir. Nos tenemos el uno al otro para siempre. Podemos vivir la vida con la que siempre hemos soñado. Y para acabar, bueno, de todos modos eso de morir es discutible, puesto que en realidad ya no puedo morir. Cuando Haven me mató, me elevé por encima de mi chakra débil. Superé mi debilidad, tomé la decisión correcta y por eso volví para reunirme con los vivos. Ahora es imposible matarme. —Me encojo de hombros, a sabiendas de que puede sonar raro, aunque la palabra «raro» resulta muy relativa en este lugar

—. Soy una auténtica inmortal. Estaré aquí hasta el final. No pienso irme a ninguna parte, y lo cierto es que prefiero que Damen tampoco se marche.

—¿Y tú? —Se vuelve hacia Damen, sin que le haya afectado lo más mínimo todo lo que acabo de decirle—. ¿Estás de acuerdo? ¿Opinas lo mismo que ella?

Damen frunce el ceño, le lanza una mirada de furia, rechina los dientes y le responde con tono quejoso con una frase que no tiene vuelta de hoja:

—¡Por supuesto!

Luego me aprieta la mano, ansioso por marcharse. Sin embargo, aunque yo también estoy ansiosa por marcharme, se despierta mi curiosidad y no puedo evitar

querer ver adónde lleva todo esto. Me pregunto si lo sé ya mientras digo:

—Esa salida a la que te refieres, ¿es para nosotros o para ti?

Entorno los ojos al recordar aquellas palabras tuyas que me rogaban que la liberase, aunque en ningún momento quedó claro de qué debía liberarla.

¿Está atrapada?

¿Es una prisionera de Shadowland sin jaula de vidrio?

Como de costumbre, la respuesta llega en forma de enigma:

—Es para vosotros, para mí, para todos nosotros. Una vez que conocí la verdad, ya era demasiado vieja y débil para hacer el viaje. Pero ahora estás aquí.

Has regresado solo para esto. Lo veo en tus ojos, en la luz que te rodea. Eres la elegida. La única. El destino de muchos está en tus manos.

—Así que... en definitiva, estás diciendo que mi viaje se halla muy lejos de terminar, ¿no? Que aún hay un montón de cosas más que esperas que haga, ¿verdad? —pregunto. Entorno los ojos y trato de determinar qué opinión me merece eso; observo en mí una acusada tendencia a estar en contra.

Ella asiente con la cabeza. Sus viejos ojos legañosos no abandonan los míos ni por un momento.

—Ya estás muy cerca. Es mejor que continúes desde donde te encuentras

ahora. Cuando se trata del destino, cada paso conduce al siguiente.

—¡Oh, por supuesto! —exclama Damen; el sonido de su voz me sobresalta, ya que es aún más áspera de lo que yo esperaba. Sin embargo, Loto no reacciona, no pone cara de vergüenza, no da ningún respingo; se limita a quedarse allí, observándole con su calma habitual—. Por supuesto, ahora mismo nos ponemos manos a la obra. —Sacude la cabeza—. Lo siento, Loto, pero vas a tener que darnos un poco más para seguir. Ever y yo hemos pasado un mal trago y hemos salido vencedores, tenemos lo único que queríamos, lo único que necesitábamos para que nuestra vida

estuviese completa, ¿y ahora crees que puedes presentarte, lanzarnos otro acertijo críptico de los tuyos y sacarnos de la celebración de nuestra merecida victoria para implicarnos en más problemas, unos problemas que tú sola has creado? —Le lanza una mirada de furia—. ¡Vas lista!

—En serio —añado yo, animada por el argumento de Damen—. ¿Por qué voy a considerar siquiera la posibilidad de hacer eso? ¿Por qué no puedes buscar a otra persona, uno de los otros inmortales tal vez? ¿No hemos sufrido ya suficiente?

Sin embargo, en lugar de responder a mi pregunta, inclina la cabeza en dirección a Damen y dice:

—Damen, ¿de verdad fui yo quien

creó el problema o fuiste tú?

Él la mira a los ojos, pero aprieta los labios, negándose a hablar. Cuando me queda claro que no piensa dirigirse a ella, le doy un codazo y digo:

—¿De qué está hablando? ¿Qué es lo que no me has contado?

Traga saliva avergonzado, da una patada contra el suelo y aplaza la respuesta tanto como puede antes de inspirar hondo y decir:

—Dice ser uno de los huérfanos. Dice que la salvé de la peste negra hace más de seiscientos años cuando le di de beber el elixir.

Me echo atrás y los miro con los ojos prácticamente fuera de las órbitas. Al

final encuentro voz suficiente para decir:

—¿Y? ¿Es cierto?

Me pregunto por qué nadie ha considerado adecuado mencionarlo hasta ahora. Me pregunto si es eso lo que ella le mostró aquel día en que los vi compartir una comunicación silenciosa.

Damen se encoge de hombros, se pasa una mano por la frente y mira a su alrededor.

—No. Ni hablar. Es imposible. Se lo está inventando —dice, claramente más nervioso de lo que quiere dar a entender. Se detiene un momento, el tiempo suficiente para poner en orden sus ideas, y suspira con fuerza antes de añadir—: ¿Quieres que te sea sincero? No lo sé. Me

he estado devanando los sesos desde el día que me lo dijo por primera vez, pero no me acuerdo. Es su palabra contra mi memoria, y no hay modo de saberlo con certeza. Suelen ser los ojos los que lo delatan, ya que son el espejo del alma y todo eso, pero los suyos están tan deteriorados que son por completo irreconocibles. No me resulta nada familiar. —Sacude la cabeza y se toma un instante para mirarla con expresión de enfado, una expresión que se dulcifica cuando se vuelve de nuevo hacia mí—. Ever, no debes olvidar que han transcurrido más de seiscientos años desde que vi por última vez a esas personas. Y la única razón por la que no

lo he mencionado antes es que no quería preocuparte de forma innecesaria, sobre todo cuando no hay modo de demostrar si es cierto o falso. Además, mi única preocupación eres tú, nosotros, lo que ocurre aquí mismo, en el presente, y también en el futuro. El pasado ya no me incumbe. Aparte de Drina y Roman, no tengo ni idea de lo que fue de los demás huérfanos. No tengo ni idea de dónde acabaron...

—Pero Roman lo sabía —le interrumpo al recordar lo que Haven me contó sobre lo que Roman le había dicho, las historias que escribió en sus diarios.

Aunque Damen y Drina se marcharon, Roman se quedó y mantuvo el contacto.

Con el tiempo descubrió una forma de volver a elaborar el elixir, y cuando los efectos empezaron a pasar, unos ciento cincuenta años más tarde, cuando los inmortales ya empezaban a mostrar los estragos del envejecimiento, los localizó a todos, les hizo beber de nuevo y ha estado repitiendo la secuencia cada siglo y medio, hasta este momento. Ahora que ha desaparecido, no hay nadie que cuide de ellos. Eso sin mencionar que es imposible saber a cuántos decidió convertir por su cuenta. A juzgar por el número de almas irreconocibles que acabamos de liberar de Shadowland, podemos suponer sin temor a equivocarnos que hay muchísimos más.

Observo a Loto y me pregunto cuánto hace que bebió el elixir por última vez. Nunca he visto a nadie tan viejo como ella, y menos a un inmortal. Todos los inmortales a los que conozco aparecen jóvenes, guapos, rebosantes de salud y vitalidad, físicamente perfectos desde cualquier punto de vista imaginable, mientras que ella es justo lo contrario: vieja, desgastada, con la piel tan fina y el cuerpo tan débil que da la impresión de que el más ligero soplo de brisa pueda derribarla al suelo y romperla en un millón de pedacitos diminutos y afilados.

Damen y yo estamos tan absortos que a ambos nos coge por sorpresa el movimiento de Loto, que se adelanta de

golpe y nos agarra las manos. Sus ojos decrepitos brillan mientras su mente sintoniza con las nuestras, proyectando montones de imágenes que yo nunca habría esperado... imágenes que me llevan a cuestionármelo todo.

Capítulo veintiseis

Loto entrelaza sus dedos secos, fríos y extrañamente fuertes con los nuestros mientras su mente proyecta una serie de retratos en sepia, uno tras otro, que al final se mezclan formando ondas hasta componer una presentación en forma de película que muestra un breve atisbo de los huérfanos, todos alineados en fila, con el aspecto que tenían entonces. Damen y Drina se sitúan en un extremo, Loto y Roman en el otro, y los demás se congregan en el centro.

Mucho antes de convertirse en Loto, ella fue una niña morena de ojos vivos

llamada Pia. Poco después de beber el elixir, huyó del orfanato con todos los demás y fue acogida por una familia de escasos recursos que, habiendo perdido a un hijo debido a la peste, estaba deseosa de sustituirlo.

Al principio llevó una vida normal, ignorando aquello en que se había convertido. Creció y se casó, pero no tardó mucho en darse cuenta de que era diferente. No solo era incapaz de tener hijos, sino que no podía entender por qué envejecían todas las personas de su entorno mientras ella permanecía igual. Al darse cuenta, pronto se vio forzada a hacer lo que todos los inmortales deben hacer con el paso del tiempo, cuando las

preguntas sutiles y las indagaciones curiosas empiezan a volverse sospecha creciente, histeria y pánico irracional: al amparo de la noche, agarró unas cuantas pertenencias y escapó para no regresar en varios siglos.

Vagó por el mundo y volvió a casarse en varias ocasiones. Decidió quedarse todo el tiempo posible en cada lugar, con cada marido, hasta que la constante necesidad de huir se hizo tan insoportable que vivir sola le resultó más llevadero. Con el tiempo llegó a aborrecer su inmortalidad y buscó formas de anularla; solo quería reintegrarse en el orden natural de las cosas, vivir como todos los demás.

Viajó. Primero a la India y luego al Tíbet, donde estudió con místicos, chamanes y gurús, un sinfín de buscadores y guías espirituales que le enseñaron a purificar su cuerpo y limpiar su alma, pero no pudieron ayudarla a deshacer la decisión que tomó todos aquellos años atrás, cuando era demasiado joven para entender las consecuencias. Lo irónico de sus estudios fue que sin saberlo había logrado fortalecer sus chakras hasta el punto de hacerse invulnerable por completo, inmune a lo único que buscaba por encima de todo: la liberación que solo la muerte conlleva.

Con el paso del tiempo, avanzó tanto en sus estudios que se hizo famosa como

obradora de milagros, la sanadora más buscada. El nombre por el que ahora se la conoce, Loto, se deriva de su capacidad para hacer que esa bella flor surja del centro de las palmas de sus manos con solo cerrar los ojos y desear que así sea. Un acto del que era capaz no solamente en Summerland, sino también en el plano terrestre.

Decidió llevar una existencia célibe y solitaria, pero el destino tenía otros planes, y no tardó mucho en conocer a alguien y sentir un amor real, un amor verdadero. La clase de amor que, a pesar de haber tenido varios maridos, jamás había experimentado.

La clase de amor que le permitió

adquirir la confianza suficiente para confesarle a su amado la verdad de su existencia y tratar de convencerle de que acudiese a Roman, bebiese también el elixir y se volviese como ella, para que nunca tuviesen que sufrir la pena de perderse el uno al otro.

Pero él se negó y optó por envejecer. Y cuando al fin llegó el día en que ella hubo de arrodillarse junto al lecho de muerte de su amado toqueteando con gestos nerviosos la sencilla banda de oro que él le había puesto en el dedo, su esposo prometió hacer cuanto estuviese en su mano para no reencarnarse. Para no regresar al plano terrestre. Declaró que prefería esperar a que ella hallase el

modo de anular su inmortalidad para poder reunirse con él algún día en el gran más allá.

La dejó sola, y ella continuó envejeciendo más y más. Con el tiempo, su cuerpo se volvió tan decrepito que rogaba que el extremo agotamiento de seguir adelante acabase poniendo fin a su respiración y a los latidos de su corazón para poder reunirse de nuevo con su amado. Pero, aun así, siguió viviendo.

Prosiguió sus estudios, continuó buscando una salida y acabó descubriendo la solución cuando ya era demasiado vieja para hacer el viaje.

Sin embargo, no quiso rendirse. Al ver que por fin estaba a su alcance el

antiguo deseo de reunirse con su esposo, se pasó el último siglo localizando a todos los huérfanos que quedaban, revelándoles la verdad de lo que había averiguado, esperando convencer a alguno de que hiciese el viaje, de que trajese de vuelta la posibilidad de insuflar nueva vida.

Una vida tal como debía ser.

La posibilidad de proporcionarles a todos una nueva ocasión, una segunda oportunidad para tomar una decisión informada acerca de si querían o no seguir viviendo así, a diferencia de la época en que eran demasiado jóvenes y estaban demasiado asustados para entender las consecuencias, de la época en que todos

se apresuraron a beber sin pensárselo dos veces.

Drina se negó en redondo. Roman se rió en su cara. Los demás se limitaron a negar con la cabeza, mirarla con mucha compasión y pedirle que se marchase.

Damen era el último de su lista, su última esperanza.

Hasta que me vio a mí.

—Creía que era suficiente haber encontrado un modo de liberar a las almas y anular Shadowland, pero aún quieres que haga más —le digo, lanzándole una mirada de furia, sacudiendo la cabeza y soltándome de un tirón. Mis dedos rozan la delgada banda de oro que lleva en la mano izquierda. Siento que haya perdido a

su amado, pero no sé qué se supone que debo hacer—. Me hiciste pasar por ese infierno cuando en ningún momento pensabas siquiera en el viaje. ¡Tenías otra cosa planeada para mí durante todo ese tiempo!

—Cada paso conduce al siguiente — dice con una voz mucho más serena que la mía—. Todo lo que has experimentado en esta vida y en las anteriores te ha preparado para este momento. Todas las decisiones que has tomado te han traído aquí. Y, aunque has conseguido mucho, aún queda mucho por hacer. El viaje es largo y arduo, pero la recompensa es demasiado grande para renunciar a ella. Hay muchos que te aguardan, que

aguardan que les liberes. Eres la única que puede hacerlo. Por eso sigues reencarnándote, Ever. Tienes un destino que cumplir.

Sobresaltada, entorno los ojos al caer en la cuenta de que es la primera vez que me llama por mi verdadero nombre, o por lo menos por mi verdadero nombre actual. Suele llamarme Adelina, o se limita a señalarme mientras canta esa absurda canción suya. Y no puedo evitar preguntarme qué más puede esperar que haga después de todo lo que ya he padecido. He sobrevivido a una vida anterior que ignoraba haber vivido, he estado a un paso de ahogarme en el río del Olvido, he estado a punto de quemarme

viva en aquel desierto con dos soles abrasadores y, para acabar, he liberado a las almas perdidas en Shadowland y he devuelto el esplendor a Summerland.

Después de todo eso, no estoy segura de estar preparada para ningún reto nuevo, y menos ahora que todo aquello por lo que Damen y yo hemos estado luchando durante este tiempo está por fin a nuestro alcance. Lo único que tenemos que hacer es volver al plano terrestre, reunir los ingredientes, preparar el antídoto, agitarlo y echar un trago, y el futuro feliz será nuestro para siempre.

—Solo tú puedes restablecer la verdad. Solo tú puedes hallarla —dice Loto con franqueza y sencillez, sin ruegos

ni súplicas.

—¿Qué tiene que localizar exactamente? —pregunta Damen, sin intentar disimular su exasperación.

Pero Loto es inmune a nuestros arrebatos. Por lo que veo, su estado de ánimo oscila entre la leve desdicha y la calma y serenidad.

—El Árbol de la Vida —dice ella, mirándole—. Solo Ever puede encontrarlo. Solo Ever puede traer su fruto. El árbol fructifica siempre. Su fruto proporciona la iluminación y el conocimiento de la verdadera inmortalidad, la del alma, a quienes lo buscan, además de anular la falsa inmortalidad física de aquellos que han

sido engañados.

—¿Y si no va? ¿Qué pasa si te vuelve la espalda y regresa al plano terrestre? —pregunta Damen, enarcando las cejas en un gesto de desafío.

—En ese caso será una lástima. La habré juzgado mal. La habré sobrevalorado. No cumplirá su destino y muchos sufrirán. No obstante, la decisión es suya. Yo solo puedo pedírselo; ella tiene libre albedrío para decidir por su cuenta. —Loto se sitúa de cara a mí cuando añade—: ¿Aún tienes ese saquito que te he dado?

Entorno los ojos y abro los labios. Me había olvidado de la existencia del saquito de seda que me entregó al

emprender el viaje, y después de pasar por todo lo que he pasado dudo que aún lo conserve.

Meto los dedos en cada uno de mis bolsillos y al final lo encuentro encajado al fondo del bolsillo trasero derecho, el último que compruebo. Está arrugado, totalmente aplastado y chafado, pero aun así lo saco y lo hago oscilar delante de mí.

Su rostro se ilumina con una sonrisa al preguntarme:

—¿Recuerdas las palabras que te dije al dártelo?

La miro con los ojos entrecerrados y rebusco entre el contenido confuso de mi mente.

—Dijiste: «Todo lo que crees necesitar está aquí. Decide tú qué significa eso». O algo así.

Asiente con la cabeza y sonrío de oreja a oreja. Me llaman la atención los grandes huecos que vislumbro entre sus dientes, y en ese momento dice:

—Entonces, teniendo eso en cuenta, ¿qué es lo que más deseas, por encima de todo? Ahora mismo, en este preciso momento, ¿qué es lo que quieres?

Vacilo. Me quedo mirando la pequeña zona de hierba que hay a mis pies. Soy consciente de la mirada de Damen que pesa sobre mí. Se pregunta por qué no lo digo, a qué se debe el retraso.

Yo también me lo pregunto.

Me pregunto por qué no llega la palabra, por qué me cuesta tanto pronunciarla cuando es lo que hemos estado buscando todo este tiempo.

Clavo la mirada en Loto y lucho por pronunciar las palabras. Mi voz suena acartonada, indiferente y vacía de emoción cuando digo:

—El antídoto. Yo... bueno, nosotros tenemos la receta, pero todavía debemos reunir los ingredientes, esperar todas las fases lunares... y cosas así...

El corazón me late con fuerza, se me hace un nudo en el estómago y contraigo los dedos nerviosamente mientras la mirada de Loto oscila entre Damen y yo.

—Y así es —dice, asintiendo como si

estuviera hecho, y al ver que su gesto es acogido por dos miradas escépticas añade —: Por favor. Mira dentro. Comprobarás que contiene todo lo que necesitas para preparar ese antídoto tuyo, incluyendo una hierba muy rara que será difícil de encontrar en el plano terrestre. Y sí, se han tenido en cuenta todas las fases lunares.

Sin añadir nada más, empieza a alejarse arrastrando los pies. Solo se detiene cuando la llamo y digo:

—Estás de broma, ¿verdad?

Hago oscilar el saquito, a sabiendas de que es imposible que pueda contener todos los elementos que Roman ha incluido en su larga lista de la compra. Es

demasiado pequeño. Una lista como esa requeriría una o dos bolsas de viaje llenas hasta los topes.

Loto se detiene, se lleva las manos al pecho y dice:

—¿Por qué no vacías el contenido y lo ves?

Frunzo el ceño, me arrodillo sobre la hierba y tiro de los cordones mientras ladeo el saquito. No puedo evitar lanzar un grito ahogado al ver que cae de su interior un montón de hierbas, cristales y líquidos en frasquitos de vidrio. Ignoro por completo de dónde pueden haber salido; el saquito contiene muchos más elementos de los que por lógica podrían caber en él.

—Todo está ahí. Todas las cosas que necesitáis para poneros manos a la obra. Únicamente tenéis que seguir las instrucciones de Roman, y la vida con la que soñáis será vuestra. —Se detiene y me mira al añadir—: ¿O no?

Trago saliva. Me cuesta respirar. Me quedo mirando el regalo extendido ante mí, una generosa pila de ingredientes complicados y difíciles de encontrar que he estado buscando durante todo este tiempo, la respuesta a todos nuestros problemas aquí mismo... si la queremos.

Sin embargo, aunque sé que debería estar contenta, si no completamente exultante, no logro parar las palabras que se repiten en mi cabeza, no puedo apagar

la duda que ha suscitado cuando ha dicho:
«¿O no?».

—¿Algún problema? —pregunta,
recorriéndome con sus ojos legañosos—.
¿Has cambiado de opinión? ¿Hay otra
cosa que preferirías tener?

—Ever... —empieza a decir Damen,
dejándose caer de rodillas junto a mí.
Desea que lo mire, que diga algo, que le
ofrezca alguna clase de explicación.

Pero no puedo.

¿Cómo podría explicárselo cuando en
realidad apenas lo entiendo yo misma?

Solo se enfadará.

No lo entenderá.

Y, al menos a primera vista, no puedo
reprochárselo.

Pero esto va mucho más allá. Esto se remonta al viaje, a mi destino, a la verdadera razón por la que sigo reencarnándome.

Y de pronto lo sé. De pronto estoy completamente convencida de que beber el antídoto es solo otra distracción, no es la respuesta que en realidad buscábamos.

Al final, no resolverá nada.

No resolverá lo que hace falta resolver más que cualquier otra cosa.

Desde luego, nos permitirá estar juntos de la forma que queremos, pero eso es todo. Será como poner una tirita encima de una gran herida abierta: no servirá para curar los daños que ya se han provocado.

No servirá para cambiar el hecho de que estamos en el camino equivocado.

Cuando nos demos cuenta de que nos hemos privado de la vida que estábamos destinados a vivir al elegir la inmortalidad física y no la del alma, el antídoto ya no será la cuestión.

Si Damen y yo vamos a estar juntos realmente, deberíamos aspirar a mucho más. Deberíamos reconocer que nuestros problemas no empezaron el día en que Roman me engañó; empezaron varios siglos antes, cuando Alrik no soportó perder a Adelina, y culminaron cuando se reencarnó como Damen, perfeccionó el elixir y cambió el rumbo de nuestras almas para siempre.

Si Damen y yo vamos a estar juntos realmente, deberemos liberarnos de ese camino, deberemos deshacer las decisiones que tomamos, deberemos saldar esa enorme deuda kármica haciendo este viaje al Árbol de la Vida, obteniendo su fruto y ofreciéndoles a todos los demás una oportunidad de liberarse también.

Solo entonces seremos libres para seguir adelante.

Solo entonces conseguiremos nuestro futuro feliz.

De lo contrario, no me cabe duda de que algún otro obstáculo hallará una forma de presentarse, y así seguirán las cosas para siempre.

Inspiro hondo, pero observo que en realidad no lo necesito. Es como si pudiera sentir una vez más ese resplandor púrpura que irradia dentro de mí. Nunca me he sentido tan segura de mí misma.

—Hay otra cosa que preferiría tener —digo, mirando a Loto a los ojos durante largo rato—. Quiero cumplir mi destino. Quiero completar mi viaje —añado con voz firme y serena, más segura que nunca—. Quiero completar la tarea para la que nací.

Oigo que Damen toma aire de golpe junto a mí y, sin necesidad de mirar, sé que se debe en parte a mis palabras y en parte a que los ingredientes han desaparecido.

Pero no miro. De momento, mi mirada se centra en Loto. Veo que me concede una breve inclinación de cabeza mientras esboza una sonrisa y dice:

—Como quieras.

Capítulo veintisiete

Mucho después de que Loto se haya ido permanecemos en silencio. Damen está dominado por pensamientos de indignación y reproche, mientras que yo me preparo para dar explicaciones.

El silencio se prolonga hasta que él me mira y dice:

—Ever, ¿cómo has podido?

Esas cuatro palabras me llegan al alma, pero claro, eso era lo que pretendían. Mueve la cabeza y entorna los ojos sin comprender.

—¿Cómo has podido hacer eso? —añade—. ¿Cómo has podido echarlo todo

a perder? En serio. Vas a tener que explicármelo, porque no tiene ningún sentido. Todo este tiempo te has estado culpando porque no podíamos estar juntos. Todo este tiempo te has estado culpando porque Roman te engañó. Incluso después de que te lo explicase, incluso después de que te dijese que, al darme de beber, en realidad acabaste salvándome la vida y evitando que mi alma quedase atrapada en Shadowland, seguías convencida de que tenías la culpa, hasta el punto de que solo pensabas en obtener el antídoto. Tanto deseabas ponerle las manos encima que estabas dispuesta a meterte en cosas que suponían un grave riesgo para ti. Y ahora, ahora

que por fin has conseguido lo que has estado buscando durante todo este tiempo, decides echarlo todo a perder con objeto de embarcarte en el viaje de una anciana loca para buscar algún árbol que, lamento decírtelo, ¡no existe! —Me mira flexionando las manos a los costados, con los ojos llenos de todas las palabras que se ha guardado—. Y por eso, lo que necesito de ti ahora, lo que necesito de ti más que cualquier otra cosa, es que me respondas por qué. ¿Por qué has hecho eso? ¿En qué estabas pensando?

Me miro los pies, dejando que sus palabras fluyan a través de mí, serpenteen por mi cerebro, se repitan una y otra vez, pero aunque he oído la pregunta y sé que

espera una respuesta, sigo atascada en la frase: «algún árbol».

Lo ha llamado «algún árbol».

Ha cuestionado su existencia misma.

Y me asombra que no lo vea. Me asombra que no comprenda que es el árbol y no el antídoto lo que ofrece una salvación real y duradera. Que es la única forma de anular nuestra inmortalidad física.

El árbol es nuestra única oportunidad de cambiarlo todo.

Pero, claro, puede que sí lo comprenda.

Puede que lo comprenda demasiado bien.

Y puede que por eso esté tan en

contra.

—Tienes razón —respondo, mirándole a los ojos—. Todo este tiempo me he sentido responsable. Me ha atormentado el sentimiento de culpa. He estado tan consumida por los remordimientos que he jugado con magia cuando no debería haberlo hecho. He intentado incluso hacer tratos con gente de la que debería haberme alejado. Estaba tan llena de desprecio por mí misma y me sentía tan culpable, deseaba tanto deshacer lo que había provocado, que estaba dispuesta a correr todos los riesgos necesarios a fin de recompensarte, de recompensarnos. Estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta para asegurarme de

que pudiésemos estar juntos de verdad, hasta que todo mi mundo giró alrededor de la obtención del antídoto, a costa de todo lo demás. Pero ahora sé lo equivocada y desacertada que era mi actitud. Ahora sé que, en lugar de centrarme exclusivamente en conseguir el antídoto, debería haberme centrado en salvar nuestras almas.

Incómodo, traga saliva y percibe la verdad que hay en mis palabras; lo veo en el destello de sus ojos, pero ese destello desaparece al instante. Su determinación se endurece hasta que está menos dispuesto que nunca a escuchar mi versión, lo cual no hace más que convencerme de que debo continuar.

—Damen, por favor, escúchame. Sé que, al menos a primera vista, mi decisión debe dar la impresión de ser bastante alocada, pero es mucho más profunda de lo que parece. Es que... por fin lo comprendo. Por fin lo comprendo de verdad. Si no hubiese sido Roman insistiendo en mantenernos separados, habría sido alguna otra cosa. El motivo por el que no podemos estar juntos es que el universo no lo permitirá. Nuestro karma no lo permitirá. Al menos hasta que hagamos lo que haga falta para reparar el enorme y flagrante error que cometiste. Hasta que cambiemos el curso de nuestras vidas, el curso de nuestras almas, volviendo a convertirlas en lo que

siempre estuvieron destinadas a ser. Tú mismo lo dijiste, antes incluso de que emprendiésemos este viaje; reconociste libremente que lo que somos no es natural ni correcto. Que no estamos viviendo las vidas que la naturaleza pretendía que viviésemos, que nos hemos equivocado al escoger la inmortalidad física y no la inmortalidad del alma. Son tus palabras, Damen, no las mías. También reconociste libremente que ambos hemos pagado un precio muy alto, que ese es el motivo por el que no dejamos de enfrentarnos a todos esos obstáculos insuperables, el motivo por el que nuestros intentos de superarlos se ven frustrados siempre de un modo que no logramos vencer. Dijiste que por eso

Jude no deja de aparecer e interponerse en el camino de nuestra felicidad. Que, sin tan siquiera darse cuenta, está cumpliendo su propio destino al tratar de impedir que revivamos los errores de nuestro pasado. —Lo miro, decidida a hacérselo ver, decidida a llegar hasta él. Mi voz sube de tono hasta convertirse casi en un chillido —: ¿No ves que es una oportunidad enorme? Es una ocasión muy real de que estemos juntos de verdad, para siempre, del modo en que deberíamos haber estado. Es mi ocasión de apoderarme por fin del destino para el que nací, el mismo destino que me ha reclamado a lo largo de varias vidas, y que ahora por fin estoy dispuesta a aceptar. Solo espero que

encuentres un modo de aceptarlo junto a mí.

Me muerdo el labio inferior, preparada para las palabras duras que pueda decir, sean cuales sean, pero se limita a sacudir la cabeza y me vuelve la espalda, tan abrumado por la ira que ni siquiera puede mirarme. Las palabras le salen trabajosamente entre los dientes apretados cuando dice:

—El motivo por el que no podemos estar juntos es que tú acabas de tirar el antídoto a la basura. —Traga saliva con fuerza, y sus puños se cierran y se abren a los costados—. Ever, no lo entiendo. ¿No quieres estar conmigo?

Y cuando por fin se vuelve, cuando

sus ojos se clavan por fin en los míos, lo que encuentro en ellos me parte el corazón.

—¿Cómo puedes pensar eso? —pregunto, atónita—. ¡Después de todo lo que he pasado confiando en poder estar contigo! —Cierro los ojos, respiro con calma, me concentro y pongo en orden mis ideas—. ¿No has oído nada de lo que acabo de decir? ¡Por supuesto que quiero estar contigo! ¡Quiero estar contigo más de lo que seguramente comprenderás jamás! Pero así no. Gracias al antídoto no. Hay otra forma. Una forma mejor, ahora estoy segura. Damen, por fin tenemos la oportunidad de deshacer esta enorme y flagrante injusticia. Por fin tenemos la

oportunidad de vivir las vidas que estábamos destinados a vivir y, una vez que lo hagamos, no necesitaremos para nada cosas como elixires y antídotos. ¿No te das cuenta de lo que significa esto? ¿No te das cuenta de lo épico que es?

—¿«Épico»? —Prácticamente escupe la palabra—. En serio, Ever, ¿tú te estás oyendo? ¿Qué podría ser más épico que el amor que compartimos? ¿No es eso lo que nos reúne una y otra vez?

Suspiro agotada por la discusión, agotada por las profundidades insondables de su absoluta y total obstinación. Aun así, estoy decidida a hacérselo entender antes de que sea demasiado tarde, antes de que llegue la

hora de partir y él se niegue a acompañarme.

—Eso solo es una parte del motivo —digo—. La otra parte es que cada vez que vuelvo, cada vez que me reencarno, tengo una oportunidad más de cumplir mi destino. De reparar el error que cometiste inadvertidamente todos esos años atrás. Y reparar ese error es la única forma de que tú y yo seamos de verdad libres de vivir y querernos como deseamos.

Suspira con la mirada perdida a lo lejos. Permanece callado durante tanto rato que estoy a punto de romper el silencio cuando dice:

—Hay otra cosa que tienes que saber. Lo miro.

—El árbol es un mito. Es el tema de muchas leyendas místicas. En realidad no existe. Todas las leyendas afirman que da un fruto cada mil años. Un fruto que ofrece la inmortalidad a aquel que llegue primero —explica con una sonrisa satisfecha—. Dime, Ever, ¿te parece eso remotamente real?

Me niego a reaccionar al leve rastro de burla que hay en su tono cuando contesto:

—Hace un año, un lugar como Summerland no me habría parecido ni remotamente posible. Ni tampoco los videntes, los fantasmas, los chakras, las auras, la magia, los viajes en el tiempo, la reencarnación, las experiencias cercanas

a la muerte, los espiritistas, la manifestación instantánea, el poder de los cristales o los elixires mágicos que proporcionan la inmortalidad. —Alzo los hombros antes de añadir—: Así que ¿quién puede decir que ese árbol no existe también? E imagínate que existe, Damen. ¿Tienes idea de lo que podría significar este viaje? —Mis ojos lo estudian con detenimiento, deseando llegar al menos a una solución de compromiso—. Si tiene éxito, podría saldar tus deudas kármicas. Podría permitirte compensar tu pasado. Empezar de cero. Hacer borrón y cuenta nueva y todo eso. Puede que nunca obligases a nadie a beber, bueno, a nadie más que a mí... —Me interrumpo, aprieto

los labios con gesto sombrío, sacudo la cabeza y añado—: Puede que fueses demasiado joven, ingenuo e inexperto como para entender del todo las graves consecuencias de lo que habías hecho, el peligro en que nos pusiste a todos... mierda, Damen, la existencia de Shadowland, de la que sé que ni siquiera estabas enterado hasta que fuiste enviado allí, pero aun así, en cualquier caso, lo que quiero decir es que, aunque tal vez no pretendieses condenar a un sinnúmero de almas a ese horrible abismo, al final ese es exactamente el resultado. Y esta es tu única oportunidad de arreglarlo. Tu única oportunidad de ofrecer una opción a aquellos a los que cambiaste o que

cambiaron debido al elixir que preparaste. Es una ocasión que tal vez nunca vuelva a presentarse.

—Nunca pretendí hacerte daño —dice, apenas en un susurro—. Nunca pretendí hacerle daño a nadie. —Alcanzo a ver el inconfundible destello de dolor y pesadumbre en sus ojos antes de que mire hacia otro lado—. Nunca imaginé que me echarías la culpa de todo, ni que pasar una eternidad juntos te parecería una maldición. O que te sentirías «condenada a un horrible abismo»... creo que esas han sido tus palabras.

—Estaba hablando de Shadowland, Damen, no de nuestro futuro juntos.

—Sin embargo, no nos hallamos en

Shadowland. Es ahora cuando decidimos nuestro futuro. Ahora mismo. Aún tenemos la receta del antídoto; no es demasiado tarde. Lo único que debemos hacer es marcharnos de aquí, volver al plano terrestre y reunir los ingredientes. Pero tú prefieres salir corriendo en una búsqueda absurda y alocada con la esperanza de anular esa terrible maldición que te he echado.

—Damen... no pretendía...

Levanta una mano y dice con voz quebrada:

—No pasa nada. De verdad. Créeme, Ever, no has dicho nada que no haya pensado un millón de veces yo mismo. Es solo que oírlo de tus labios... En fin, ha

sido más duro de lo que esperaba. Así que, si te parece bien, creo que regresaré al plano terrestre. Necesito tiempo para reflexionar. Y, ya que estoy allí, reuniré esos ingredientes para el antídoto. Al fin y al cabo, si vas a tener que cargar conmigo durante el resto de la eternidad, el antídoto nos concederá por lo menos ciertos... placeres que harán tu vida infinitamente más soportable.

Capítulo veintiocho

Veo cómo se marcha. Mis pensamientos corren a través de un laberinto de sentimientos en conflicto. Una parte de mí quiere atravesar la esquina que se desvanece de ese velo resplandeciente antes de que sea demasiado tarde para poder regresar al plano terrestre junto a él.

Pero la otra parte, la parte más grande, está decidida a seguir con el viaje.

Un viaje que debí haber emprendido hace mucho tiempo.

Me anima el recuerdo de algo que dijo

Riley cuando hice un vano intento de volver atrás en el tiempo y solo conseguí regresar a mi vida cotidiana. Fue justo antes del accidente que se me llevó de nuevo, cuando ella se volvió hacia mí y dijo: «¿Te has parado a pensar que quizá tu destino fuera sobrevivir? ¿Que, tal vez, no fue solo Damen quien te salvó?».

Y aunque entonces no tenía ni idea de lo que significaba, ahora lo sé.

Volví para esto.

Este viaje puede ser mi única oportunidad de apoderarme de mi destino.

Eso significa que no puedo consentir que los miedos de Damen me impidan hacer lo que debo.

Aunque entiendo su decisión de

negarse a buscar el árbol. Se reprocha haberme dado el elixir, haber alterado el curso de mi vida, el viaje de mi alma, y ahora yo insisto en encontrar el árbol para poder anular esos efectos y volver a convertirnos en lo que siempre estuvimos destinados a ser.

El problema es que, si no hay árbol, no hay anulación.

Solo Damen, su más profundo arrepentimiento y yo, durante el resto de la eternidad.

Pero yo sé algo que él no sabe. Existe un árbol. Lo presiento en la parte más profunda de mí.

Y en cuanto lo encuentre, Damen quedará liberado de su pesada culpa y

responsabilidad. Una culpa que ni siquiera está justificada, ya que todo lo que ha hecho, cada decisión que ha tomado, ha sido con la mejor de las intenciones. Puede que actuase llevado por el miedo, pero la motivación que había detrás era el amor.

Sin embargo, como no puedo decirle eso exactamente, tendré que demostrárselo.

Y así, concentrada ya en lo que en el fondo sé que debo hacer, me tomo unos momentos para manifestar unas cuantas cosas que tal vez necesite antes de alejarme demasiado de aquí y acabar quizá en un lugar en el que ya no funcione la magia. Manifiesto cosas como una

linterna, un saco de dormir, agua y comida, una chaqueta ligera, un calzado más resistente y una mochila. A continuación, una vez que tengo eso garantizado, me dedico a hacer una lista de todo lo que he averiguado hasta ahora acerca del árbol. Cosas que he sabido por Damen y Loto, así como lo poco que he aprendido gracias a películas y libros, y trabajando en la tienda de Jude. Me repito esa lista mientras avanzo por el sendero.

Es místico. Cierto.

Hay quienes afirman que solo es un mito. Eso habrá que verlo.

Se dice que solo da un fruto cada mil años más o menos. Si es así, confío fervientemente en que sea este el momento

de la cosecha y en que yo sea la primera en llegar (de lo contrario, me aguarda una espera larguísima).

Me detengo, cierro los ojos y sintonizo con la sabiduría de Summerland. Me abandono para que me guíe en la dirección adecuada mientras mis pies empiezan a moverse de nuevo, al parecer por sí solos, y cuando bajo la mirada al suelo y veo que comienzo a dejar a mi paso abundantes cúmulos de hierba me alegro de haber tenido la previsión de manifestar las botas de senderismo. Esos cúmulos no tardan en convertirse en espesas nubes de polvo cuando la hierba da paso de pronto a una tierra suelta. Agradezco los gruesos dibujos de mis

suelas, que me permiten mantener un paso firme cuando el camino cambia otra vez y se hace más áspero, cubierto de rocas agudas y redondeadas, y tan lleno de curvas cerradas y zigzags que me veo obligada a avanzar más despacio, y a continuación todavía más.

Por muy traicionero que pueda volverse el camino, no me daré por vencida, no me rendiré, ni siquiera pensaré en volverme por donde he venido. Aunque al final se hace tan estrecho y empinado que queda flanqueado por dos simas sin fondo, me he comprometido a hacer este viaje. No habrá vuelta atrás.

Me esfuerzo por mantener mi respiración regular y constante al tiempo

que hago lo posible por no mirar hacia abajo. Que no pueda morir no significa que busque el peligro. Si me dan a elegir, prefiero no arriesgarme mientras pueda.

El sendero se eleva más, y luego más todavía, y cuando empieza a nevar no puedo evitar preguntarme si tendrá algo que ver con la altitud. De todos modos, no es que me importe mucho. No es que conocer el motivo pueda impedir que los pies me resbalen peligrosamente cerca del borde del profundo abismo. No es que eso pueda evitar que la piel se me enfríe y adquiriera un tono azulado.

A sabiendas de que la chaqueta ligera que he metido en mi mochila no está preparada para soportar una disminución

tan extrema de la temperatura, cierro los ojos y visualizo una prenda nueva, algo grande y relleno de plumón, algo que me dé el aspecto de una gran mancha informe, pero que con un poco de suerte cumpla su función. Pero cuando no sucede nada, cuando no aparece ninguna prenda de abrigo, comprendo que he alcanzado la parte del viaje en que la magia y la manifestación ya no funcionan. Tendré que depender de mí misma y de lo poco que he tenido la previsión de manifestar antes de llegar a este punto.

Me pongo la chaqueta y me bajo las mangas más allá de las muñecas hasta que me cubren las puntas de los dedos, entumecidas y heladas. Mantengo los ojos

en el sendero y la mente en mi destino, comprometida a arreglármelas con lo que tengo, al tiempo que me recuerdo a mí misma todos los retos a los que ya he sobrevivido, obstáculos que no habrían parecido posibles hace solo un año.

Pero, a pesar de toda mi concentración, a pesar de las palabras de ánimo y los datos sobre el árbol que no dejo de repetir en mi mente, llega un punto en el que tengo demasiado frío y estoy demasiado agotada para continuar. Así que empiezo a buscar un lugar para acampar, aunque no tardo mucho en averiguar que no hay ninguno. Este paisaje espantosamente frío no ofrece gran cosa en cuanto a posibilidades de descanso.

Arrojo mi mochila sobre el suelo congelado y me coloco justo encima. Aprieto la nariz contra las rodillas y me envuelvo el cuerpo con los brazos en un vano intento de calentarme y reunir fuerzas. Y aunque trato de dormir, no puedo. Aunque trato de meditar, mi mente no se calma. Así que, en lugar de hacer ninguna de esas cosas, paso el tiempo convenciéndome a mí misma de que he tomado la decisión correcta. De que, a pesar de mi pésimo estado, todo es perfecto, tal como debería ser. Aunque eso está muy lejos de tranquilizarme.

Estoy demasiado helada.

Demasiado cansada y fatigada.

Sin embargo, el principal problema es

que estoy demasiado sola. Demasiado ocupada pensando en que echo de menos a Damen y nuestra relación.

Aunque trate de convencerme de otra cosa, ninguna cantidad de pensamiento positivo podría sustituir jamás el consuelo real y maravilloso de tenerle a mi lado.

Y al final, eso es lo que me ayuda a superarlo. Su recuerdo es lo que me permite cerrar los ojos un rato y viajar en sueños a otro lugar, un lugar mejor. Un lugar en el que solo estamos él y yo, y no existe ninguno de nuestros problemas.

No tengo ni idea de cuánto he dormido. Lo único que sé es que, tan pronto como abro los ojos y me paso la mano por el rostro, veo que el paisaje se

ha transformado. El sendero sigue siendo tremendamente estrecho y sigue habiendo una enorme sima a cada lado, pero la estación ha cambiado: ya no es invierno, lo que significa que ya no me veo obligada a acurrucarme para soportar una feroz y fría ventisca.

En lugar de eso, ahora estoy atrapada en un aguacero, una implacable lluvia primaveral que hace de la tierra fango, y no da señales de detenerse.

Me levanto a duras penas, me apresuro a quitarme la chaqueta, me tapo la cabeza con ella y me ato las mangas debajo de la barbilla para no seguir empapándome. Abordo el sendero con mucha prudencia. He renunciado a los

pensamientos estimulantes, a los recuerdos y todo lo demás, y reservo mi concentración para mantenerme en posición vertical a fin de no perder el equilibrio y caerme precipicio abajo. Y cuando la lluvia se convierte en un sol abrasador que deja la tierra seca y agrietada, ni me inmuto; y cuando ese mismo sol es refrescado por una brisa tibia y sofocante, sé que el verano se ha vuelto otoño.

El ciclo de las estaciones va repitiéndose hasta que deja de desconcertarme, hasta que establezco una rutina. Me arropo e hiberno durante el invierno, esquivo el aguacero de primavera, me quito la camiseta de manga

corta y me quedo en camiseta de tirantes cuando llega el verano, y luego vuelvo a enfundármela cuando el verano se hace otoño. Durante todo ese tiempo sigo adelante, haciendo lo posible por racionar mis reservas de comida y agua. Me esfuerzo por no ponerme histérica, y casi lo consigo, hasta que sucede algo que me deja conmocionada.

Algo que nunca he visto por aquí.

Ni siquiera en las mayores profundidades de Shadowland.

Se hace oscuro.

Vale, tal vez no como boca de lobo, pero, aun así, oscuro. O, como mínimo, poco iluminado.

Como el comienzo del anochecer o el

conocido crepúsculo.

Ese momento sobrecogedor y sombrío en el que resulta difícil distinguir los objetos de las sombras que proyectan.

Me detengo y mi pie resbala, arrojando un torbellino de rocas precipicio abajo, y sé que podría haber sido yo. El corazón me late con furia mientras me recobro, recupero el equilibrio, me miro de arriba abajo y me aseguro de que estoy bien.

—Esto no me gusta —digo, y mi voz rompe el silencio. Ahora me he incorporado oficialmente a las filas de todos los demás locos que hablan consigo mismos—. Entre la oscuridad y esa niebla de ahí delante... —Frunzo el ceño al ver

que el sendero acaba de pronto en una espesa nube de bruma blanquecina que se alza al parecer desde la nada, sin dar indicaciones de lo que podría aguardarme más allá, y por supuesto sin ofrecer señal alguna del árbol, indicio alguno de que estoy en el camino correcto—. Esto no tiene buena pinta —añado, y mi voz suena tan siniestra que empeora mi inquietud.

Miro a mi alrededor sin saber qué hacer. Observo que la niebla parece crecer, expandirse y deslizarse directamente hacia mí. Su forma de vibrar le da una apariencia, viva. Su visión me lleva a preguntarme si debería retroceder un poco, buscar un lugar despejado y esperar a que se levante. Pero vacilo tanto

que cuando quiero darme cuenta es demasiado tarde.

La bruma ya está aquí. Ya está sobre mí.

Se ha acercado tan deprisa que me envuelve en un instante. Me pierdo en un remolino de blanca y húmeda neblina mientras mis dedos tratan de alcanzar algo, intentan agarrar y arañan el aire con gestos frenéticos. Me esfuerzo por orientarme, por despejar un poco mi camino.

Pero no sirve de nada. Me ahogo en un mar de vapor blanco que envuelve cuanto me rodea. Sofoco un grito cuando levanto las manos ante mí y me doy cuenta de que ni siquiera veo mis propios dedos.

Ya no sé dónde está el avance y dónde el retroceso. Cojo la linterna y la regulo a baja potencia, pero no ayuda. No sirve en esta niebla. Estoy peligrosamente cerca de sucumbir a un verdadero ataque de pánico atroz cuando le oigo.

Una voz lejana que viene flotando hacia mí, acercándose sigilosamente desde atrás. El sonido me impulsa a gritar, a chillar su nombre tan fuerte como puedo. Mi tono agudo pretende hacerle saber que estoy aquí, que no me moveré, que esperaré hasta que me encuentre.

Sollozo aliviada al notar que sus dedos me aferran, que su mano agarra mi manga con fuerza y me atrae hacia sí.

Me acurruco entre sus brazos, entierro

el rostro en su pecho y aprieto la frente
contra su cuello, para descubrir
demasiado tarde que no es Damen quien
me abraza.

Capítulo veintinueve

—E^{ver.} Su mejilla se apoya en mi cabello y sus labios buscan mi oreja. Aunque sin duda la voz es masculina, no la reconozco.

La bruma continúa acumulándose e impidiéndome determinar a quién pertenece la voz. Su cuerpo me presiona, se ajusta al mío, y yo cierro los ojos y trato de atisbar dentro de su cabeza, pero no llego a ningún sitio. Sea quien sea, ha aprendido a levantar un buen escudo contra este tipo de ataques.

Me aparto y lucho por liberarme, pero

no sirve de nada. Es muy fuerte y continúa aferrándose a mí, como un hombre que se ahogase e intentase arrastrarme consigo.

—Ten cuidado —dice.

Su rostro cambia de posición y deja que una ráfaga de aliento frío me descienda a lo largo del cuello, al tiempo que noto la presión de sus dedos a través de mi ropa.

Aliento frío.

Dedos más fríos todavía.

Fuerza inusual.

Pensamientos que no puedo oír.

Solo puede significar una cosa.

—¿Marco?

—aventuro,

preguntándome si eso significa que Misa también está aquí, dado que casi nunca los

veo separados.

—¡Qué va!

Sus palabras van seguidas de una profunda carcajada cáustica que parece bastante inadecuada teniendo en cuenta las circunstancias en que nos hallamos.

—Entonces, ¿quién...? —empiezo, preguntándome si es uno de los otros inmortales a los que Roman ha convertido, aunque no tardo en conocer la respuesta de sus propios labios:

—Rafe —dice en voz baja y profunda—. Tal vez no me recuerdes, pero nos hemos visto un par de veces. Aunque siempre en ocasiones informales.

Trago saliva con fuerza. No tengo ni idea de si es buena o mala noticia. Rafe

siempre ha sido un tanto enigmático, aunque no me entretengo mucho con ese pensamiento. Mi principal preocupación es escapar de sus manos. Lo demás vendrá después.

—Espero no haberte asustado —añade, aflojando la presión un poco, aunque solo un poco, no lo suficiente para dejarme libre—. He perdido pie. Me he caído en ese cañón de ahí atrás. Por suerte para mí, no he llegado al fondo, suponiendo que lo haya. En cambio, me he quedado colgado de un afloramiento de rocas y luego me he pasado un buen rato subiendo por la ladera. Lo cual, por cierto, es mucho más fácil de decir que de hacer cuando no ves nada de nada. He

pasado por tantas estaciones que he perdido la cuenta. En fin, estaba a punto de rendirme y acampar o, mejor dicho, agarrarme a lo que pudiera hasta que se despejase la niebla, cuando he oído tus pisadas y tu voz, y bueno, eso me ha dado el estímulo que necesitaba para escalar más deprisa y encontrar el camino hasta un lugar seguro. El simple hecho de saber que ya no estaba solo en este sitio dejado de la mano de Dios me lo ha hecho más fácil. Pero he de decirte, Ever, que me sorprende un poco encontrarte aquí sola. Pensaba que estarías con Damen. De todos modos, ¿con quién hablabas? ¿Contigo misma?

Entorno los ojos. Ni se me ocurriría

responder a esa pregunta ni contarle que estoy aquí sola. Se está burlando de mí. No es en absoluto sincero. Y aunque la bruma oculta muy bien su rostro, ofreciéndome solo un atisbo del contorno de su pelo oscuro y ondulado, no necesito llegar a verle para confirmarlo. El desprecio que hay en su voz suena fuerte y claro.

—En mi opinión, tenemos dos opciones —continúa, como si fuésemos dos buenos amigos que aunásemos nuestro ingenio en busca de una solución beneficiosa y agradable para ambos—. Podemos sentarnos a esperar que se despeje la niebla o podemos marcharnos de aquí. Yo voto por marcharnos de aquí.

¿Y tú?

Un millón de réplicas acuden a mi mente, pero aprieto los labios antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme. Aunque su proximidad me da asco, aunque me siento tentada a arrancar sus dedos de mi manga, ya no puedo hacer eso. No después de todo lo que he aprendido. Ahora que sé que todos somos uno, que todos estamos conectados, las viejas reacciones ya no funcionan.

Pero eso no significa que tenga que entablar conversación con él. No me cabe duda de que sus intenciones no son buenas. Me muevo para apartarle de un empujón, deseosa de poner tanta distancia entre nosotros como pueda, procurando

silenciar todos los pensamientos de preocupación, paranoia o miedo que su mera presencia ha generado en mí.

Para empezar, no quiero que oiga mis pensamientos. Además, necesito despejar la mente y así poder reservar mi concentración para averiguar en qué dirección puede hallarse el árbol.

Pero mi mente se queda en blanco.

Summerland ya me ha proporcionado tanto como podía. Lo que suceda de ahora en adelante solo depende de mí.

Rafe camina fatigosamente detrás de mí. La cercanía de sus pasos me incomoda. Pero mi necesidad de precaución me impide avanzar demasiado rápido, así que continúo colocando con

cuidado un pie delante del otro, tanteando el terreno antes de dejar caer todo mi peso. Avanzo a tientas por el camino como un ciego que recorre una habitación desconocida, sabiendo que puedo tardar mucho más de lo necesario, aunque también que es mejor ir despacio, mejor proceder con seguridad que perder pie y lamentarlo toda la eternidad.

Solo espero ir en la dirección correcta.

—Sigo pensando que deberíamos volver —dice Rafe detrás de mí, salvando fácilmente la distancia que hay entre nosotros.

—Pues vuelve —le replico, recorriendo la zona con la mirada, alerta

por si veo señales de... bueno, de lo que sea, de algo—. De verdad. A mí sola ya me iba bien.

—¡Vaya! —Rafe resopla, se esfuerza por hacerme saber lo insultado que se siente, aunque su voz suena mucho más divertida que ofendida—. Sabes hacer que un tío se sienta bienvenido, ¿verdad, Ever? Deberías alegrarte de mi presencia aquí. Aunque lo cierto es que Roman ya me avisó acerca de ti.

—Ya, ¿y qué dijo exactamente Roman? —le pregunto mientras me vuelvo hacia él; me esfuerzo por verle mejor, pero es inútil. La bruma es demasiado espesa para poder distinguir gran cosa.

Vuelvo a centrarme en el sendero y

hago una mueca de dolor al notar que el recio y gélido aliento de Rafe me congela la nuca cuando dice:

—Roman dijo muchas cosas. Al parecer, te conoce muy bien. Pero me temo que no puedo hablar extensamente sobre eso. Ahora no recuerdo los detalles. Debe de ser la altitud. ¿A ti no te pasa?

Pongo los ojos en blanco, consciente de que no va a apreciar el gesto, ya que no puede verlo. Sin embargo, aun así hace que me sienta mejor, y en este momento tengo que aprovechar todas las sensaciones agradables que pueda conseguir.

—Y hablando de Roman... —Rafe hace una pausa teatral, aunque es evidente

lo que viene a continuación—. ¿Qué le pasó? Hace tiempo que no hablamos. Según los rumores, tú le mataste. Aunque yo nunca he sido de los que se conforman con enterarse de las noticias a través de terceros. Siempre que puedo, me gusta acudir directamente a la fuente. Así que, dime, Ever, ¿es verdad? ¿Lo hiciste? Porque, aunque no te conozco demasiado, he de decir que suena a cierto. Se te da bien, eso seguro. Lo supe la primera vez que te vi. Por supuesto, no quisiera ofenderte.

—No me ofendo —respondo con el ceño fruncido. De pronto, su presencia detrás de mí hace que me sienta muy incómoda, pero hago lo posible por evitar

que se note—. Es cierto que Roman ya no está con nosotros —digo, confirmando lo que Rafe ya sabe, aunque procuro no darle ninguna pista acerca de los profundos remordimientos que siento por esa pérdida, ni indicación alguna de quién podría tener la culpa. Mi voz se vuelve más audaz cuando añado—: Resulta que después de todo no era tan inmortal. Aunque en realidad ya lo habías adivinado, ¿no es así?

La brisa se acelera y sopla a nuestro alrededor, enfriando el aire hasta un punto incómodo. Se vuelve tan frío que se me cae el alma a los pies. Sé que no puedo soportar otro invierno más, sobre todo con Rafe aquí.

Como no quiero detenerme el tiempo suficiente para sacar mi chaqueta de la mochila, me froto los brazos intentando entrar en calor. Aguzo el oído con interés cuando una segunda ráfaga pasa susurrando por nuestro lado. Esta vez, además del habitual crujido de hojas y repiqueteo de rocas que caen unas sobre otras, transporta otro sonido muy distinto, animal o humano, no lo sé con certeza. Lo único que sé es que Rafe y yo ya no somos los únicos aquí.

Mi cabello se levanta, se eleva alrededor de mi cabeza mientras me esfuerzo por recogerme los mechones en el puño. Observo que la niebla se ha aclarado lo suficiente para vislumbrar una

lejana montaña cubierta de nieve, junto con las ramas superiores de lo que debe ser un árbol muy alto (¿podría ser el árbol que estoy buscando?), antes de espesarse de nuevo y taparlo todo.

Decidida a mantener la atención de Rafe centrada en mí y con la esperanza de que no haya visto lo que yo, me vuelvo hacia él y digo:

—Por cierto, ¿qué estás haciendo aquí exactamente? No creo que sea casualidad que nos hayamos encontrado. ¿Qué estás tramando? ¿Estás conchabado con Misa y Marco? ¿O quizá con un amigo de Loto? ¿O acaso pretendes hacerme creer que estás de excursión?

Levanto una ceja y observo lo poco

que puedo ver de él, su estatura y su melena oscura y ondulada. Todo lo demás aparece blanco. Sin embargo, cuando no responde, cuando se limita a moverse como si fuese a intentar asaltarme, cojo la linterna y le ilumino la cara. El haz de luz corta la neblina y me muestra todo lo que necesito ver, que no es gran cosa.

Como todos los inmortales renegados que he conocido este año, Rafe se mantiene muy sereno bajo presión. Su rostro no da muestras de sorpresa bajo el intenso haz de luz que le ilumina. Para ser alguien al que acabo de sorprender cuando se situaba para atacarme mejor, no se le ve ni rastro de culpa. Si acaso, solo parece decidido.

Pero hay algo más.

Algo que llama mucho la atención, aunque intento disimularlo.

Parece más viejo.

Mucho más viejo.

La última vez que le vi era otro inmortal perfecto y guapísimo.

Pero ahora, aunque sigue siendo atractivo, muestra signos claros de envejecimiento y desgaste. Los años le alcanzan en forma de canas y patas de gallo. Incluso sus dientes parecen amarillentos en lugar de ser blancos y relucientes como los de los inmortales.

Y de pronto sé exactamente por qué está aquí.

—Dejémonos de gilipolleces, ¿vale?

—dice, salvando en cuestión de segundos la corta distancia que hay entre nosotros—. Ni tú ni yo hemos salido de excursión. Estás haciendo el viaje de Loto al Árbol de la Vida con la esperanza de poner las manos en el único fruto que da cada mil años. —Clava sus ojos en mí, y su voz combina a la perfección con esa mirada furiosa—. Un fruto hermoso y perfecto que parece un cruce entre una granada y un melocotón. Un producto asombroso que ofrece la inmortalidad a quien tenga la fortuna de arrancarlo, apoderarse de él y saborearlo. Y resulta que ya ha transcurrido el milenio. Ha llegado el momento de la cosecha. Y aunque estoy seguro de que te consideras digna de darle

un bocado, lamento tener que decírtelo, Ever, pero las cosas van a ir así: vas a conducirme hasta el árbol y seré yo quien reclame su fruto.

Continúo observándole. Mi linterna recorre su rostro, y me pregunto si debería decirle que el fruto no es del todo tal como afirman los rumores, que nunca se pretendió que nadie se tomase al pie de la letra la historia que hay detrás de sus poderes. El fruto del árbol otorga la sabiduría y la iluminación a quienes las buscan, proporcionando la verdad definitiva, el conocimiento de que somos realmente seres inmortales. Pero para quienes han conseguido la inmortalidad física... bueno, para ellos, tiene el efecto

inverso, devolviendo el cuerpo y el alma al estado en el que siempre debieron hallarse.

Y esa no es la clase de inmortalidad que él busca, aunque desde luego es la que necesita.

Sin embargo, me limito a decir:

—¿Y por qué debería acceder yo?

—Porque ahora que Roman se ha marchado, y añado que gracias a ti... — Hace una pausa para que asimile sus palabras antes de continuar— el árbol es la única esperanza que me queda. Haven se bebió las reservas que quedaban, y como Roman dio por supuesto que viviría siempre, nunca se molestó en compartir la receta con nadie. Además, le gustaba

controlarnos, casi tanto como esa fiesta que montaba cada siglo y medio, siempre en el solsticio de verano, en la que nos reunía allí donde estuviese viviendo en esa época. Intercambiábamos anécdotas, compartíamos un buen rato y bebíamos a nuestra mutua salud antes de despedirnos y seguir con nuestras vidas. Una especie de reunión del instituto, pero mejor. No sé si puedes imaginártelo. Nada de salones de baile en hoteles de segunda fila, ninguna necesidad de impresionarnos unos a otros con los penosos resultados de la cirugía plástica y unos cargos profesionales exagerados que en realidad no significan nada...

No digo ni una palabra. Y, desde

luego, ni siquiera trato de imaginármelo. Me limito a quedarme allí y dejar que continúe.

—Lo más curioso era que, aunque tu novio Damen nunca se presentó, quizá porque nunca le invitaron, siempre era el tema de conversación más popular. — Rafe asiente con la mirada perdida, como si contemplase una escena que se desarrolla en su mente—. Durante años fue como una leyenda para mí. Deberías haber oído las anécdotas que contaban todos los huérfanos. El primero de nuestra especie, el que tras convertir a seis desapareció sin volver a dar señales de vida, por lo menos de forma intencionada. ¿Te das cuenta de que ni una sola vez se

le ocurrió localizarles y darles de beber otra vez? Los abandonó, Ever. ¿Sabías eso? Dejó que todos se arrugasen, que envejeciesen y se marchitasen, mientras él permanecía eternamente joven. —Sacude la cabeza y frunce el ceño, dibujando en su frente toda una nueva serie de líneas de expresión—. Lo siento, pero si da la impresión de que no me cae bien, bueno, es porque es verdad. Aun así, eso no tiene nada que ver con el motivo que me lleva a impedirte alcanzar ese árbol. No es nada personal, y espero que lo entiendas cuando digo que no puedes poner las manos en ese fruto porque me está reservado solo a mí.

Inspiro hondo y atenúo un poco la

potencia de mi linterna al darme cuenta de que, si quiero tener alguna esperanza de recuperar mi ventaja, es mejor intentar tranquilizarle y convencerle de que baje la guardia que ponerle sobre aviso. Sé que lo único que me haría falta para librarme de él sería un buen empujón que le arrojase al vacío. Pero, por muy tentador que pueda resultar eso, no lo haré, y estoy segura de que él no me lo hará a mí.

Me necesita.

Solo yo puedo hacer el viaje.

Solo yo puedo encontrar el árbol.

Eso significa que, si pretende que le muestre el camino, me necesita sana y, sobre todo, de una sola pieza.

Pero ignora que lo hago con gusto, siempre que llegue la primera. Y cuando llegue, cuando trepe a ese árbol y alcance el fruto, tengo toda la intención de compartirlo. Tengo toda la intención de darle, bueno, tal vez no la vida eterna que busca, pero desde luego la que necesita.

Aquella que invertirá los efectos del elixir, le proporcionará verdadera inmortalidad y le salvará del destino de Loto.

Lo miro y alzo los hombros en un gesto despreocupado al decir:

—No pasa nada. —Y al ver su expresión de incredulidad, añado—: En serio. No es para tanto, de veras.

Me mira de arriba abajo con los ojos

entornados, suspicaz, y prácticamente escupe las palabras cuando dice:

—Sí, claro, ¿y se supone que tengo que creerte? —se burla, sacudiendo la cabeza—. Vale, dime pues, Ever, si no tienes interés en el fruto, ¿por qué te molestas en hacer esta maldita y desagradable caminata? ¿Puedes decirme eso? ¿Por qué te sometes a todo esto?

—Siento curiosidad —respondo, encogiéndome de hombros—. Oí hablar del árbol y pensé en ir a verlo yo misma. Ni siquiera me había dado cuenta de que era el momento de recoger el fruto hasta que me lo has dicho tú. —Ladeo la cabeza y trato de parecer sincera—. A pesar de tu mala opinión sobre él, Damen siempre se

ha mostrado sumamente generoso. Habría compartido de buena gana su elixir contigo si no hubieses jurado ya lealtad a Roman. Y, en cualquier caso, ¿por qué iba a molestarme siquiera con el fruto cuando me da todo el elixir que necesito?

—Porque el fruto es para siempre — responde Rafe, cuyos ojos empiezan a brillar hasta que parecen dos oscuros hoyos en llamas rodeados de blanco.

—Damen y yo estamos juntos para siempre —replico con una mirada desafiante, sabiendo en el fondo que es cierto aunque él no esté aquí, a mi lado, para demostrarlo—. Y resulta que me gusta el elixir. Me gusta tanto que lo bebo varias veces al día. Así que, ¿por qué iba

a querer sustituirlo?

Rafe continúa observándome mientras sopesa mis palabras. Luego, sacudiendo la cabeza, abre la boca para hablar. Entonces, otra persona sale subrepticamente de la bruma y decide hablar por él.

Capítulo treinta

—**E**stá mintiendo.

Rafe gira sobre sus talones para poder ver lo que yo ya veo, saber lo que yo ya sé.

Marco está aquí.

Aunque, como siempre, Misa se acerca con sigilo y se sitúa justo a su lado con sus exóticos ojos oscuros, su negro pelo de punta y sus orejas perforadas en distintos puntos.

La luz de mi linterna se extiende sobre ellos mientras les observo con detenimiento, tratando de interpretar la situación y saber si su aparición es mala

para mí, mala para Rafe o simplemente mala en general. Solo sé dos cosas con absoluta seguridad: busquen a quien busquen (aunque lo más seguro es que sea a mí), sus intenciones no son buenas. Y, al igual que Rafe, muestran signos de envejecimiento.

—Ever anda detrás del fruto —dice Misa, mirándonos alternativamente a Rafe y a mí—. La ha enviado Loto. La ha convencido para ir a buscarlo igual que trató de convencernos a nosotros hace muchos años. Pero ahora esa vieja decrepita parece pensar que Ever es la única que puede conseguirlo. Por eso, Marco y yo la hemos estado siguiendo, cosa que supongo que tú también estás

haciendo.

Rafe la mira con los ojos entornados, pero aparte de eso no se mueve, no revela sus intenciones. Está demasiado ocupado valorando la situación, se halla demasiado en guardia para proporcionar una respuesta.

—Loto lleva siglos buscando a alguien que haga este viaje —me dice Misa, mientras Marco se ríe a su lado—. Al principio creímos que estaba loca; bueno, sobre todo porque realmente lo está. Pero ahora que Roman ha muerto y que Haven se bebió hasta la última gota de su reserva, siendo Damen tan... bueno, no hace falta tener pelos en la lengua, ¿verdad? Siendo Damen tan egoísta como

es, no tuvimos más remedio que hacernos amigos de ella para averiguar más sobre ese árbol y enterarnos de cómo encontrarlo. Nos llevó a Summerland, pero eso es todo. Dijo que no sabía cómo encontrar el árbol, dijo que tú eras la única que podía, que era tu destino, como si fueses una especie de elegida o algo así. —Me dedica una larga mirada furiosa y cáustica que acaba cuando pone los ojos en blanco en un gesto exagerado; quiere que sepa lo ridícula que le resulta la idea —. Lo que sea. —Se encoge de hombros —. Solo estamos aquí para que puedas conducirnos hasta él, y luego seguiremos por nuestra cuenta.

—Pero yo llegué primero. —La

amenaza suena fuerte y clara en la voz de Rafe—. Un pequeño detalle que parece pasar por alto.

Observo cómo se ponen tensos, cuadran los hombros y afianzan su postura como si fuesen a pelearse a puñetazos aquí mismo, en este sendero fino como una caña. A defender su derecho a utilizarme para conseguir lo que quieren.

—¿Oís lo que estáis diciendo? —pregunto, mirándoles—. En serio. ¡Sois increíbles! Y llamáis egoísta a Damen.

Sacudo la cabeza, sin intentar siquiera disimular mi indignación. Aunque lo cierto es que, mientras mis labios siguen moviéndose, soltando montones de palabras similares, mientras mi expresión

se adapta a lo que digo en cada momento, mi mente está en un lugar muy distinto. Trabajando a un ritmo frenético para encontrar una salida a este lío, sabiendo que habría podido dominar a Rafe cuando aún estaba solo, mientras que ahora que son tres inmortales contra mí sola ya no estoy segura.

A pesar de que no pueden matarme, siguen pudiendo ocasionarme graves daños o, lo que es aún peor, pueden impedirme llegar allí primero.

—Ni siquiera sabemos con certeza si existe ese fruto —digo, mirándoles—. Pero supongamos que existe, supongamos que lo encontramos allí mismo, en espera de ser arrancado. ¿Por qué no podemos

compartirlo? ¿Por qué no podéis darle un bocado cada uno y luego entregarme lo que quede para llevárselo a Loto? De esa forma todo el mundo gana y nadie sale perjudicado.

En lugar de la negativa que esperaba, mis palabras son acogidas por un silencio absoluto.

Un silencio horrible y persistente que resulta mucho peor que cualquier discusión que puedan iniciar.

Ya no están interesados en mí.

Algo muy distinto atrae su atención.

Y sin necesidad de mirar sé lo que es. Lo noto en el susurro de la brisa contra mi nuca. Lo veo en el resplandor repentino que brilla en sus ojos.

Lo ven.

El árbol.

Lo que significa que ya no me necesitan.

Y aunque trato de moverme y me esfuerzo al máximo por huir, es demasiado tarde.

Son demasiados, y yo estoy sola. Y parece que, al menos en este caso, han decidido trabajar juntos. Han decidido colaborar.

Misa y Marco me agarran de los brazos mientras Rafe se sitúa subrepticamente detrás de mí. Su mejilla se pega a la mía, y sus labios gélidos se clavan en mi piel cuando dice:

—¿Recuerdas que te he dicho que

había perdido pie y me había caído en el cañón?

Trago saliva con fuerza y me armo de valor. Sé muy bien lo que viene a continuación.

—Pues resulta que te he mentado. — Sonríe, noto cómo sus labios hacen ese gesto y se curvan contra mí—. Si hubiese tenido la mala suerte de caerme, nunca habría conseguido subir. ¿Sabes, Ever?, hay una caída profunda. Una caída muy profunda que no ofrece ningún afloramiento de rocas, ningún asidero. Pero, claro, lo mejor será que lo compruebes por ti misma. Me refiero a que no hace falta estropearte la sorpresa dándote un montón de información, ¿no es

así?

Lucho.

Doy patadas.

Araño, muerdo, hiero, grito, golpeo y peleo con todas mis fuerzas de inmortal.

Pero, a pesar de que estoy segura de haberles hecho bastante daño a cada uno de ellos, al final no es suficiente.

No puedo vencerles.

No soy rival para ellos.

Y cuando quiero darme cuenta, Rafe me empuja en el momento exacto en que Misa y Marco me sueltan.

Me lanza por los aires.

Me hace volar.

Me caigo precipicio abajo, dentro de un cañón sin fondo.

Capítulo treinta y uno

Igual que un sueño en el que te encuentras cayendo y no puedes detenerte porque no tienes nada a lo que agarrarte y has perdido todo el control de tu cuerpo; la sensación es exactamente la misma.

Salvo que, por lo general, cuando me encuentro atrapada en uno de esos sueños, mi cuerpo acaba despertándose con una sacudida antes de que pueda tener lugar ningún desastre grave.

Pero esta vez ya estoy despierta. Y, a juzgar por lo que veo, el desastre se está produciendo ahora y está a punto de empeorar.

Mi cabello se eleva y se agita por encima de mi cabeza. Mis piernas dan furiosas patadas intentando moderar el ritmo, detener la caída y reducir la velocidad, pero no sirve de nada. El esfuerzo es tan inútil como mis brazos, que continúan moviéndose de forma descontrolada, buscando algún asidero, aunque solo consiguen demostrar que Rafe estaba en lo cierto.

No hay nada que me salve.

Nada que me detenga.

El acantilado supone una caída muy profunda al vacío.

Cuanto más bajo, más oscurece, hasta que ya no veo lo que tengo delante, ya no veo lo que tengo debajo, ya no veo

adónde voy.

Lo único que sé es que la caída parece acelerarse y ganar velocidad mientras me precipito hacia un final que tal vez no exista. La horrible verdad de mi existencia, su absoluta ironía, es que si no puedo hallar un modo de detener esto es así como pasará mi eternidad.

No puedo morir; mis chakras son tan fuertes que me lo impedirán.

Pero las heridas que sufra no se curarán; esta parte de Summerland no lo permitirá.

Dos pensamientos horrorosos que me resultan demasiado agobiantes para considerarlos.

Así que no lo hago.

Decido centrar mi mente en otra cosa.

Repaso la larga lista de cosas que he aprendido este último año, desde el día en que morí por primera vez en el accidente de tráfico que se llevó a toda mi familia hasta esta grieta interminable en la que me hallo ahora. Recuerdo lo que dijo Loto acerca de que el conocimiento llega cuando más se necesita, y espero que todo el que he acumulado me ayude a encontrar una salida.

«Perdonar es sanar – todo es energía – los pensamientos crean la realidad – todos estamos conectados – lo que resistes persiste – el amor verdadero nunca muere – la inmortalidad del alma es la única inmortalidad auténtica.»

Repito las palabras una y otra vez, hasta que se convierten en una especie de mantra, hasta que las palabras empiezan a tomar forma, empiezan a apoderarse de mí.

Hasta que mi respiración empiece a normalizarse, mi cuerpo empiece a calmarse y mi corazón puede liberarse de esta carga de miedo.

«Perdonar es sanar.» Envío en silencio un pensamiento de perdón a Misa, Marco y Rafe por estar tan confundidos y ser tan desconfiados que ni siquiera quieren intentar actuar de otro modo.

«Lo que resistes persiste.» Dejo de resistirme a mi caída y empiezo a

concentrarme en buscar la solución.

«Los pensamientos crean la realidad.» Aunque la manifestación instantánea no funcione, nuestros pensamientos siguen creando en nuestro nombre.

Me descuelgo la mochila de un hombro, la deslizo hasta situármela delante del cuerpo, bajo la cremallera de un tirón y meto la mano dentro. Me aseguro de tener bien agarrada la chaqueta ligera que he manifestado antes, la que me ha ayudado a superar las diversas estaciones protegiéndome del calor, la lluvia, el viento y la nieve, dejo caer la mochila y escucho cómo baja zumbando. Agarro la chaqueta por las mangas y alzo los brazos por encima de la cabeza,

cortando el viento con mi trayectoria mientras acerco el cuerpo con brusquedad hacia lo que espero que sea la ladera del acantilado. Sé que lo he logrado cuando me quedo momentáneamente aturdida por el impacto repentino de mi cuerpo, el cual choca contra un lecho de rocas puntiagudas que me cortan y arañan la carne; los bordes irregulares desgarran mi ropa y rallan pedacitos de mi piel, mientras mi cuerpo continúa cayendo.

Mis ojos arden de agonía y mis dientes rechinan por el terrible dolor al ser desollada. Me aseguro a mí misma que, si no se cura ahora, lo hará con el tiempo. En cuanto pueda localizar un afloramiento de rocas, algo tangible a lo

que agarrarme, algo que detenga este descenso. En cuanto pueda llegar hasta el fruto y volver a una parte mejor de Summerland.

Mi cuerpo es un tobogán de sangre, carne y hueso que continúa cayendo a toda velocidad por el acantilado. Justo cuando estoy segura de que no puedo soportar ni un segundo más, me quedo enganchada en algo, algo que sobresale y me golpea con fuerza el pie, me apuñala en la rodilla y me aporrea tan fuerte en las tripas que me deja sin aliento antes de pincharme justo en la base del cuello. En el último momento extendiendo los brazos hacia arriba, lo agarro e impido que me arranque la cabeza.

Sé que es mi única oportunidad. Sé que es imposible que sujete a la vez mi paracaídas improvisado y esta extraña especie de afloramiento. Cierro los ojos y suelto.

La corriente de aire se lleva al instante mi chaqueta. Mis manos se agarran en la oscuridad y deposito toda mi confianza en esta protuberancia rara y puntiaguda que ni siquiera veo.

Mis dedos la rodean, se enroscan a su alrededor tan fuerte como pueden. Las palmas de mis manos se arañan y despellejan cuando mi peso me arrastra hacia abajo, a lo largo de ella.

Hacia abajo.

Más todavía.

Tan lejos y tan rápido que solo ruego que acabe pronto. Sé que si me suelto volveré a estar donde empecé: surcando en caída libre el espacio negro y vacío, aunque esta vez sin mi mochila, sin ninguna herramienta que me ayude. Hago todo lo posible por borrar esos pensamientos de mi mente. Mi cuerpo se detiene de golpe y me encuentro oscilando del extremo de esta cosa extraña.

En el aire, con las piernas moviéndose descontroladamente bajo mi cuerpo, me agarro mejor, cambio de posición y utilizo para subir mis rodillas despellejadas junto con esta cosa desconocida.

Al principio voy despacio. Muy, muy despacio. Esto me recuerda la época en

que tenía que trepar por una cuerda en clase de gimnasia. Cuando solo era una mortal más. Cuando, aparte de ser animadora, no tenía ningún nivel atlético digno de mención. Cada centímetro parece una lección: supero un dolor insoportable a fin de depositar mi confianza en algo que ni siquiera veo. Mi avance se mide en centímetros, y al final llego lo bastante cerca de la cima para ser recompensada con un rayo de luz diminuto pero suficiente para revelarme qué es exactamente lo que me ha salvado.

Es una raíz.

La raíz larga y espigada de un árbol.

La raíz larga y espigada que pertenece al árbol que he estado buscando. Lo sé de

forma instintiva.

El Árbol de la Vida me ha salvado.

Capítulo treinta y dos

En cuanto llego a la parte superior, en cuanto me levanto por encima del saliente y me tumbo boca abajo, jadeando entre el polvo, me pongo en pie de un salto y corro como el viento.

Ignorando el dolor punzante que salpica mis piernas y mis pies maltrechos, recurro a todos y cada uno de los poderes de inmortal que tengo para que me ayuden a encontrar con cierta velocidad el camino a lo largo de la raíz. A veces tropiezo, a veces me caigo, pero siempre vuelvo a levantarme y sigo adelante. Sé que debo llegar allí antes de que sea

demasiado tarde; sé que voy tan rezagada que no tengo tiempo que perder.

Me las arreglo sin mi linterna, que debe de seguir bajando por la grieta en caída libre junto con mi mochila, y me abro paso a través de la niebla hasta que el sendero se vuelve menos traicionero, más llevadero, hasta que al final es solo cuestión de sobrevivir a la subida, tirar de mí misma y dejar que mi cuerpo se adapte a la altitud creciente.

Una altitud creciente como jamás he experimentado.

Una altitud creciente que me deja mareada y sin aliento, y que sin duda requeriría un uso ilimitado de una bombona de oxígeno si estuviese en el

plano terrestre.

Y antes de poder llegar a verlo, sé que estoy cerca.

Está en el cielo ensombrecido, que comienza a brillar y a resplandecer.

Está en la bruma, que comienza a vibrar y a palpar.

Bulle de un espectro entero de colores, un arcoíris de azules, rosados, anaranjados e intensos púrpuras chispeantes. Todo posee un brillo trémulo hecho con las más bellas motas de plata y oro.

Avanzo deprisa siguiendo la inmensa raíz, observando cómo sube y crece. Se vuelve más alta y ancha a medida que se mezcla con las demás raíces,

enmarañándose y superponiéndose en un complejo sistema que, a juzgar por lo que veo, parece serpentear a lo largo de una tremenda distancia antes de alcanzar un tronco enorme que justo ahora vislumbro.

Me detengo un momento sin aliento, tanto por el panorama que resplandece ante mí como por la subida. Abarco toda su gloriosa visión, su anchura asombrosa, las ramas que se alzan en el cielo hasta una altura increíble, las hojas relucientes que primero parecen verdes y luego doradas, el aura vibrante que emana a su alrededor. Observo que el aire se ha vuelto más cálido a pesar de la altitud, que debería causar el efecto contrario.

—Así que es esto —susurro para mí.

Mi voz sumida en una especie de trance suena cargada de asombro. La emoción que me embarga ante esos colores ha hecho que momentáneamente olvidase a mis enemigos, olvidase mi dolor.

Al menos por el momento, soy una pionera, una peregrina, una fundadora de esta gloriosa frontera. Estoy tan llena de asombro por lo que ven mis ojos que me quedo total y absolutamente sin habla. Ninguna palabra podría jamás hacerle justicia.

Creía que los Grandes Templos del Conocimiento eran extraordinarios, pero esto... En fin, nunca he visto nada así. Nunca he visto nada tan magnífico.

Pero mi sobrecogimiento no tarda en

dar un giro y vuelvo a estar en guardia. La sospecha se apropia rápidamente de mi mirada inicial de estupefacción mientras recorro la zona con la vista y la observo con detenimiento, buscando indicios de mis compañeros de viaje.

Recuerdo cómo brillaba la amenaza velada en los ojos de Rafe cuando ha reivindicado la posesión del fruto, y sé que la mejor forma de vencerles es sorprenderles, cogerles distraídos. Pillarles totalmente desprevenidos.

Lo mejor es no hacer ruido, moverse sigilosamente para que no haya ni el más leve indicio de que he regresado.

Avanzo por la larga y serpenteante maraña de raíces hasta que por fin he

progresado lo suficiente para tener una visión más clara del enorme tronco. Su anchura tiene el tamaño de un edificio; sus ramas llegan tan alto que parece un rascacielos de la naturaleza. Y acabo de alcanzar su base cuando los veo.

Los veo con un aspecto tan maltrecho y ensangrentado como el que debo de tener yo, y sé que se lo han hecho unos a otros, que han luchado a brazo partido para ser los primeros en llegar. Y a pesar de que Misa y Marco lo superan en número, parece que Rafe ha ganado.

Se aferra a una rama que se alza unos metros más arriba de aquella de la que oscilan Misa y Marco en este momento.

Y por si la visión de eso no fuese lo

bastante mala, por si el hecho de que se las hayan arreglado para ganarme por tanta diferencia no fuese suficiente para hundirme del todo, lo peor es que Rafe no solo nos ha ganado a todos, sino que ahora sostiene el fruto en su mano.

Lo ha logrado.

Ha conseguido lo que nosotros no hemos podido conseguir.

Lo veo en su sonrisa de victoria. Lo oigo en su grito triunfante.

Él ha ganado.

Nosotros hemos perdido.

Yo he perdido.

Y deben pasar mil años para que tengamos otra oportunidad.

Sin embargo, la evidente derrota no

me impide trepar como loca por uno de los lados. Mis dedos se clavan en la corteza mientras mis pies buscan desesperadamente un punto de apoyo. Aunque está claro que la partida ha terminado, aunque está claro que Rafe es el vencedor, me niego a rendirme, me niego a renunciar.

No me robará mi destino.

No me arrebatará mi última oportunidad de arreglar las cosas con el universo.

No esperaré durante mil años más.

Sus ojos se posan en mí. Parece divertido por mi esfuerzo. Levanta el fruto en el aire, lo bastante alto para que todos lo veamos, y hace una pausa, saboreando

el momento de victoria.

Su sonrisa es amplia, y sus ojos no se apartan de los míos ni una sola vez mientras introduce el fruto entre sus dientes y muerde.

Capítulo treinta y tres

Me aferro a mi rama. No quiero mirar, y sin embargo soy incapaz de apartar los ojos. Me siento abrumada por la vergüenza y la humillación de haber sido derrotada, horrorizada al darme cuenta de que he fracasado en la única cosa para la que nací.

Mi cuerpo está reducido a una desastrosa masa palpitante y sangrante, mi alma gemela está convencida de que le he abandonado y Rafe se esfuerza por demostrar que le gusta el fruto.

¿Y para qué?

¿Qué sentido ha tenido todo?

¿Por qué luchar tanto? ¿Por qué tener éxito en todos y cada uno de los pasos para acabar fracasando en lo que cuenta más que todo lo demás?

Este amargo sabor de la derrota me recuerda lo que una vez le dije a Damen después de confesar toda la horrible historia que había detrás de mi frustrado episodio de viaje en el tiempo: «A veces el destino queda fuera de nuestro alcance».

Y me sorprende comprobar que ya no suena cierto.

Mi destino sigue siendo muy factible.
De ningún modo acaba aquí.

Doy un salto.

Ignoro el dolor que grita en mi cuerpo,

ignoro la protesta de mis músculos, de las palmas de mis manos, ensangrentadas y en carne viva. Doy un salto tan alto como puedo, agarro la rama que está justo encima de mí y luego la que se encuentra encima de esa. Me balanceo como un ágil mono, hasta que solo estoy una rama por debajo de Misa y Marco, que ahora están a solo una rama de Rafe.

Y cuando Rafe nos sorprende a todos saltando desde su rama hasta la de ellos veo que su rostro sigue envejecido, sigue marcado por el tiempo, y sin embargo no puede negarse su resplandor. Está verdaderamente radiante; tiene un aura brillante. Es toda la prueba que necesito para saber que ha funcionado: su

inmortalidad ha sido anulada. Deja caer en las palmas extendidas de Misa lo poco que queda del fruto y baja hasta el suelo mientras yo me subo a la rama en la que se hallan ahora.

Me dirijo hacia ellos. Me encojo al oír que la rama cruje amenazadoramente por la tensión de nuestro peso combinado, aunque ellos no parecen darse cuenta, no parecen preocuparse. Están demasiado distraídos por la visión del fruto y la voz distante de un Rafe que chilla y grita de regocijo mientras desciende por las raíces.

—No te acerques más —dice Marco al fijarse en mí.

Me quedo completamente inmóvil. No

porque él me lo haya dicho, sino porque mis ojos acaban de advertir algo inusual, algo que nunca hubiera esperado ver.

—Quédate donde estás —añade.

Le echa un vistazo a Misa y le indica con un gesto que proceda. Contemplo cómo su hermana introduce el fruto entre sus labios. Sus dientes blancos y brillantes desgarran la carne dura y aterciopelada mientras cierra los ojos. Dedicar un momento a saborearlo y se lo pasa a Marco, el cual me mira y dice:

—Si me sintiera generoso, si me preocuparas lo más mínimo, compartiría este último bocado. Después de todo, parece que hay suficiente para ambos, ¿no estás de acuerdo?

Me muerdo el labio inferior, confiando en que esté demasiado enfrascado en sus pullas para prestar atención al milagro que se está produciendo a pocas ramas de distancia.

«¿Es lo que yo creo?»

«¿Podría serlo de verdad?»

«¿Debería confiar en lo que me dice mi intuición?»

«¿Debería confiar en algo que va contra todo mito, contra todo el conocimiento que he adquirido acerca de este árbol?»

«¿O tiro al suelo a Marco aquí mismo, ahora mismo? ¿Consigo ese último trozo de fruto mientras puedo, a sabiendas de que ellos están tan ensangrentados,

destrozados y debilitados como yo?»

Marco lo sostiene ante sí, burlón, sarcástico, separando los labios de forma exagerada. Y sé que ha llegado el momento de elegir, de decidir entre lo que me han contado y lo que veo suceder ante mí, cuando dice:

—Pero resulta que no me siento nada generoso hacia ti, así que creo que aprovecharé la oportunidad de acabarme este último trozo.

Un paso adelante, mientras se mete el fruto en la boca.

Otro paso, salvando la distancia entre nosotros, mientras cierra los ojos y muerde.

La visión se difumina por el sonido de

la voz de Loto en mi cabeza cuando dijo:
«El árbol fructifica siempre».

Me detengo. Pierdo pie. Me encuentro cayendo vertiginosamente hacia el suelo. Mi caída es detenida pocas ramas más abajo por una maraña de hojas. Marco me mira desde lo alto y, con gestos teatrales, se traga el bocado y se limpia con la manga el jugo que le corre por la barbilla.

Les observo y me doy cuenta de que se han transformando del mismo modo que Rafe. Aunque siguen envejecidos, sus auras resplandecen de forma vibrante y vívida, dándoles un aspecto luminoso mientras se toman de las manos y bajan del árbol. No me prestan ninguna atención al pasar por mi lado, pero ya no me

importa. Mi atención se ve atraída por algo que son demasiado cortos de vista para ver, algo que lo cambia todo.

Es el fruto.

La absoluta abundancia de frutos.

Resulta que el Árbol de la Vida no da una sola pieza cada mil años, tal como cuenta la leyenda; por cada pieza arrancada aparece una nueva en su lugar.

Y de pronto entiendo lo que mi instinto me decía; entiendo a qué se refería Loto al decir que el árbol fructificaba siempre.

De pronto comprendo qué significa cuando dicen que vivimos en un universo abundante que nos ofrece todo lo que necesitamos, que la única escasez que

existe es la que creamos en nuestra propia mente.

Voy ascendiendo, orientándome hasta el lugar en el que el nuevo fruto cuelga maduro y bien formado. A continuación me arranco de un tirón la camiseta de manga corta, ensangrentada y andrajosa, dejando a la vista la camiseta de tirantes blanca, igualmente ensangrentada y andrajosa, que llevo debajo. Aliso la tela contra mi regazo, arranco ese fruto solitario, lo coloco en el centro y luego espero. Confío en no equivocarme, confío en que sea tal como yo creo que va a ser, y sonrío como una enajenada cuando unos minutos más tarde aparece otro fruto en su lugar. También lo arranco. Repito la tarea

una y otra vez hasta que mi camiseta está tan llena que ya no cabe más. Doblo las esquinas, las ato y me la cargo al hombro como improvisada mochila.

Estoy a punto de iniciar el descenso cuando miro a lo lejos y presencio un asombroso despliegue de luz cuya causa es imposible de identificar, que atraviesa la niebla de una forma sorprendente, brillante y llena de color.

—¿Qué es eso? —susurro, observando boquiabierta la escena que se desarrolla frente a mí; supongo que me encuentro tan arriba que debo de estar presenciando una especie de espectáculo celestial de luz o algo así.

Pero no tardo en oír un leve rastro de

chillidos y gritos de regocijo arrastrado por el viento, un sonido que me dice que se trata de Misa, Marco o Rafe, o tal vez incluso de los tres a la vez. Y de pronto comprendo por qué los ha enviado Loto detrás de mí.

Ella sabía lo del árbol. Sabía que fructificaba siempre. Sabía que en cualquier caso, por más que se esforzasen por detenerme, al final lo lograría.

Tal vez no se mostrase muy comunicativa respecto a la clase de inmortalidad que ofrece realmente el fruto, pero, claro, ellos solo le dijeron que buscaban el elixir de la vida, así que tenía todo el derecho a enviarlos.

Y aunque tal vez no se diesen cuenta

de lo que estaban haciendo, a juzgar por el sonido de sus gritos y aullidos de entusiasmo, a juzgar por el modo en que su resplandor ilumina el cielo, lo que han encontrado es aún mejor de lo que en principio buscaban.

Han encontrado la iluminación, la auténtica inmortalidad.

La clase de inmortalidad que ahora sostengo en mis manos.

Y, ansiosa de que llegue mi turno, desciendo e inicio mi propio viaje de regreso.

Capítulo treinta y cuatro

Lo primero que observo cuando vuelvo a encontrarme en Laguna Beach es que estoy curada.

Con todo mi entusiasmo, supongo que he bajado por el sendero y he manifestado el velo tan deprisa que ni siquiera me he dado cuenta de que mi cuerpo ya no estaba maltrecho y ensangrentado, ni mi ropa estaba ya hecha jirones (aunque se ve bastante asquerosa).

Lo segundo que observo es el clima.

Hace calor.

Muchísimo calor.

Demasiado para los calcetines

gruesos y las botas de senderismo que aún llevo.

Recorro con la mirada las calles estrechas y abarrotadas del centro. El sol que se refleja en los escaparates me fuerza a protegerme los ojos hasta que puedo manifestar un nuevo par de gafas de sol. Una parte de mí confía en que lo que me despista ahora sea que las temperaturas de Summerland apenas fluctúan y siempre tienden a ser frescas, mientras que la otra parte se teme que lo que estoy experimentando no sea solo un clima anormalmente cálido para la época del año, sino que, de hecho, sea más que normal.

Empiezo a preocuparme. Quizá he

estado fuera mucho, mucho más tiempo del que tenía previsto.

Aunque puede que en Summerland no exista el tiempo, eso no impide que transcurra aquí, y a juzgar por el clima, mis vacaciones de invierno han superado de lejos el descanso de dos semanas que me concedieron en el instituto. De hecho, puede que incluso hayan superado también mi semana de vacaciones de primavera, y ninguna de las dos cosas puede traer nada bueno.

Pero aún más extraño que el clima, bueno, por lo menos casi más extraño, es que puedo sentir la gravedad del plano terrestre. Me siento más pesada, más lenta, y eso es muy raro. En los numerosos

viajes que he hecho entre Summerland y el plano terrestre nunca he notado la diferencia. Al menos no así. No de una forma tan profunda y evidente. Pero, claro, tampoco he pasado nunca tanto tiempo seguido en Summerland, así que debe de tener algo que ver con eso.

Pensando en estancias largas y continuadas, voy a coger mi teléfono móvil para echarle un vistazo a la fecha. Recuerdo demasiado tarde que no lo he traído, cosa lógica dada la imposibilidad de obtener cobertura en una dimensión mística. Entonces echo una ojeada al escaparate más cercano en busca de alguna pista en cuanto al día y la hora; incluso el mes bastará. Pero solo veo un

montón de artículos caros para el hogar que no sugieren ninguna estación del año en particular, entre ellos una cama para gatos en forma de corona hecha de pieles falsas.

Me echo al hombro la mochila que confeccioné con la camiseta. El peso me confirma que los frutos han sobrevivido al viaje de vuelta a casa. Sé que las cosas que se manifiestan en Summerland nunca sobreviven al viaje de regreso al plano terrestre. Pero, claro, yo no he manifestado los frutos. El responsable es el árbol, y tiene que ser ese el único motivo por el que continúan conmigo.

Me dirijo a la tienda de Jude. Supongo que puedo pasarme por allí, asegurarme

de que está bien y buscar una forma sutil de informarme acerca de la fecha. Sin embargo, en lugar de encontrar a Jude, acabo encontrándome a la última persona que me esperaba.

Vale, puede que no sea la última persona, porque en realidad esa sería Sabine. Aun así, no voy a mentir, en cuanto veo a Honor trabajando detrás del mostrador de Mystics & Moonbeams, charlando con una clienta mientras cobra lo que parece ser una venta considerable, bueno, me quedo paralizada, congelada y petrificada.

Esperaba ver a Jude, o tal vez a Ava, o quizá incluso a cualquier otra persona. Pero nunca me hubiera imaginado ver a

Honor. De hecho, ni siquiera estaba incluida en la larga lista de sospechosos.

Levanta la vista desde la caja registradora, me lanza una mirada apresurada y luego vuelve a concentrarse en teclear los números, pasar la tarjeta y envolver. Su rostro no muestra señal alguna de lo que puede sentir al verme ante sí, y he de reconocer que eso es mucho más de lo que puedo decir de mi propia reacción de asombro al verla allí.

Según las últimas noticias de que dispongo, Jude había ido eliminando sus clases de Desarrollo Psíquico de Nivel 1 (en especial el autofortalecimiento y la magia) cuando Honor acabó siendo su única alumna. Y después de unas cuantas

clases individuales y privadas, decidió que lo mejor era ponerles fin por completo. He de admitir que me sentí aliviada al saberlo, ya que Honor no estaba utilizando sus nuevas habilidades precisamente con la mejor de las intenciones, ni por los mejores motivos.

Me refiero a que, por horrible que pueda ser Stacia (y, creedme, es horrible de verdad), yo no podía permitir que Haven y Honor la derrocasen para continuar con lo mismo. No estaba bien; demasiadas personas estaban saliendo perjudicadas por las secuelas. Y no puede decirse que las dos lo estuviesen haciendo mejor después de ocupar el lugar de Stacia. Si acaso, imitaban su peor

comportamiento.

Lo último que supe fue que Honor y Stacia habían hecho las paces, por decirlo de algún modo, pero solo porque yo las había obligado. Y ahora, después de estar de viaje durante vete a saber cuánto tiempo, no tengo ni idea de lo que ha ocurrido desde entonces. Por lo que yo sé, ambas podrían ser de nuevo las horribles personas que eran y volver a tener su horrible forma de ser. Aun así, espero estar equivocada. Espero que al menos hayan intentado empezar a hacer algo un poco más productivo con sus vidas.

La clienta coge su bolso y pasa por mi lado con aire despreocupado de camino hacia la puerta, mientras que Honor se

toma un momento para ocuparse del tíquet. Lo coloca con cuidado dentro de la cajita púrpura en la que Jude guarda los tíquets antes de instalarse en el taburete y dirigirse a mí:

—Vaya, vaya. —Sacude la cabeza mientras su mirada me recorre con mucha atención, disimulando la sensación que pueda causarle mi presencia allí—. Eres la última a la persona que esperaba ver.

—¿Está Jude? —pregunto, reacia a seguirle el juego, si es que se trata de eso. Resulta difícil saber qué pretende, o cuáles podrían ser sus motivaciones—. ¿O Ava? —añado, dejando claro que estoy dispuesta a hablar con cualquiera que no sea ella.

—Ava no tardará en llegar —dice, sin dejar de mirarme—. Y Jude también —acaba, con una sonrisa breve e involuntaria.

Me aproximo al mostrador y la miro a los ojos. Alza los hombros, apoya la espalda contra la pared y continúa estudiándome.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí? —pregunto, en lugar de formular mi verdadera pregunta: «Qué día, hora y/o mes es?».

Sé que la deben de haber contratado para sustituirme, y supongo que su respuesta me dará una indicación del tiempo que me he pasado de viaje.

—Unos seis meses, más o menos.

Se encoge de hombros, se coloca detrás de la oreja un mechón de pelo de tonos cobrizos y luego se centra en el estado de sus cutículas. Me da vueltas la cabeza.

Seis meses.

¿Seis meses?

¡Seis meses!

La habitación da vueltas a mi alrededor, forzándome a agarrarme del mostrador para no caerme al suelo.

Si hace seis meses, estamos en mayo.

Estamos al final del segundo semestre de mi último curso.

¡Corro un grave riesgo de ser expulsada si no recorro al uso de la manifestación en la oficina del

administrador del instituto!

Y no puedo evitar preguntarme si a Damen le pasa lo mismo, si también corre el peligro de ser expulsado, o si se las ha arreglado para volver aquí con tiempo de sobra mientras el viaje al Árbol de la Vida me llevaba al límite debido a toda esa sucesión de estaciones.

Aunque, claro, a Damen nunca le ha importado mucho el instituto. La única razón por la que se matriculó es la misma razón por la que se quedó: por mí. Después de vivir durante seis siglos, no le encuentra sentido. Y aunque recientemente yo he adoptado una postura similar (tal como demuestra mi escasa asistencia antes incluso de emprender mi viaje),

nunca he pretendido que me expulsaran.

Nunca se me ha ocurrido abandonar los estudios.

Aunque llegué a creer que no necesitaba pruebas de acceso a la universidad, notas medias ni solicitudes de plaza, aunque di por supuesto que mi inmortalidad les quitaba el sentido a esas cosas, aun así nunca se me pasó por la cabeza no acabar el instituto.

Tirar el birrete al aire en la graduación es lo normal, y di por sentado que yo también lo haría.

Y ahora, al parecer, he dejado que eso también se vaya a paseo.

Suspiro y sacudo la cabeza. Trato de centrar mi atención de nuevo en el

presente, en el lugar en que me encuentro ahora, y digo:

—Vaya, eso es... eso es bastante...

En realidad no sé qué más decir.

—Has estado fuera mucho tiempo — responde, alzando los hombros y las cejas —. ¿Qué tal te ha ido? ¿Cómo está Summerland? —pregunta, con tanta naturalidad que parece que siempre hayamos hablado de esos temas. Apenas me dedica una ojeada antes de volver a inspeccionarse las cutículas y toquetearse un padrastro que tiene en el borde del pulgar. Mientras tanto busco una forma de responder, pero no se me ocurre nada—. Conozco la existencia de Summerland. — Se lleva el pulgar en la boca y termina la

tarea con los dientes antes de apoyarse las manos en el regazo y posar su mirada en mí—. Nunca he estado allí, por supuesto, aunque no es porque no lo haya intentado. —Pone cara de abatimiento—. Pero es difícil para una principiante como yo. Jude me ha contado que fuiste tú quien le llevó allí por primera vez, y ahora está tratando de hacer lo mismo por mí. Hasta ahora no he tenido mucha suerte, pero no me rindo. He estado estudiando mucho y he leído todo lo que he podido sobre el tema. ¿Es tan mágico como dice Jude? — De repente me mira, y sus ojos recorren mi ropa asquerosa, aunque reconozco sorprendida que no da muestras de juzgarme con malicia tal como

acostumbraba hacer—. No pongas esa cara de susto. Tampoco es que sea un secreto jugoso. —Enarca las cejas y tuerce la boca—. Bueno, supongo que el hecho de que te pases el tiempo yendo allí se parece bastante a un secreto jugoso, pero aun así no es que el lugar sea un secreto. Aunque no le he contado a nadie lo de ese lugar, ni tampoco lo tuyo. Créeme, Jude ya me lo ha advertido. Estuvo a punto de amenazarme si decía una sola palabra acerca de ti o de lo que puedes hacer. Así que no te cortes, respira hondo y relájate, ¿vale?

Pero, aunque me asegura que puedo relajarme, me resulta imposible. Todos los pensamientos relajantes que pudiese

tener han sido absorbidos por su forma de pronunciar «Jude».

«Jude me ha contado que fuiste tú quien le llevó allí por primera vez.»

«Jude dice que es mágico.»

«Jude me advirtió de que no lo contara.»

El nombre parece inofensivo y casual a primera vista, si no has oído cómo ha sido pronunciado: con un tono caluroso, íntimo, con una familiaridad que va mucho más allá de la relación entre alumna y profesor, o entre empleada y jefe.

Por no mencionar la frecuencia con que ha sido pronunciada, como si Honor fuese una chica colada por un tío que busca cualquier excusa para introducir su

nombre en todas las frases.

—Así que Jude y tú, ¿eh?

La miro a los ojos mientras intento determinar lo que siento. Busco indicios de celos y me siento aliviada al darme cuenta de que no es eso lo que me tiene preocupada.

Me siento protectora, no envidiosa. No quiero que le hagan daño. Jude tiene un largo historial de enamorarse de todas las chicas equivocadas, las que acaban haciéndole daño, y yo entre ellas.

Y, o ella está mejorando mucho sus habilidades psíquicas, o bien yo pongo la peor cara de póquer de mi historia, porque me mira y dice:

—Oye, Ever, sé que no te caigo bien,

o que no confías en mí, o las dos cosas, pero en cualquier caso en los últimos seis meses ha habido muchos cambios. Creo que te quedarías pasmada.

—Sí, bueno, la última vez dijiste que resultaba ser uno de esos cambios que no eran para mejor —replico, mirándola a los ojos un instante antes de recorrer el resto de su cuerpo.

Observo que su vestuario, antes a la moda, se ha transformado por completo. Ahora lleva una camiseta de manga corta con el símbolo del yin y el yang que llega más allá de la cintura de sus viejos vaqueros desgastados, un anillo de malaquita o, mejor dicho, el anillo de malaquita de Jude, adaptado con hilo de

seda al dedo corazón, y unas chanclas de goma. Y no puedo evitar preguntarme si además de salir con Jude también estará saqueando su armario.

—Tienes razón —dice, nada desconcertada al reconocerlo, lo cual, por sí solo, es un indicio de progreso—. Pero lo que quería decir es que creo que te sorprenderías en el buen sentido. Ya no actúo en tu contra, Ever. En serio. Sé que no te lo crees, pero he cambiado. Ha cambiado mi forma de ver las cosas. Y para que lo sepas, Jude me importa de verdad. No voy a hacerle daño como tú.

La miro esperando que acabe esa frase, segura de que lo que de verdad pretendía decir era: «No voy a hacerle

daño como tú crees», y que no tardará en rectificar.

Pero no, lo deja así. Al parecer, ha dicho lo que quería, y no puedo negar que es cierto.

—¿Y Stacia? —pregunto, optando por cambiar de tema, un tema igual de malo, si no peor todavía—. ¿También ha hecho ese cambio contigo?

Sé por experiencia propia lo egoísta y negada que es. Recuerdo lo difícil que fue convencerla de que se disculpase por algunas de las cosas más horribles que había hecho. Pero a veces ocurren milagros, ¿no? Y nunca es demasiado tarde para enderezar tu vida y tratar de mejorar, o al menos eso dicen.

Aunque Honor es bastante realista en lo que respecta a su amiga, y por eso se echa a reír cuando dice:

—¿Qué quieres que te diga? Stacia aún está en ello. Pero, créeme, no es ni de lejos tan mala como era, y eso ya es algo, ¿no? En cualquier caso, si a Jude le ha dado por apreciarme y a Ava le ha dado por confiar en mí, bueno, pensaba que quizá tú podrías intentar... al menos tolerarme, y ya veremos adónde conduce eso.

—¿Y qué le ha dado a Ava por confiar en ti? —pregunto—. O sea, aparte de ayudar en la tienda.

Honor se pone en pie. La campana que resuena contra la puerta reclama su

atención por un momento al anunciar la llegada de un nuevo cliente.

—Para empezar —dice—, le ha dado por encargarme que busque unas hierbas raras para Damen, algo que tiene que ver con un antídoto que está preparando. —Enarca las cejas, saluda con la mano al cliente, que se pone a echar una ojeada por el local, y luego vuelve a mirarme—. Y resulta que el pedido ha llegado hace una hora. Lo tengo aquí mismo. —Mete la mano debajo del mostrador, coge un paquetito envuelto con sencillez y lo deja delante de ella dando un golpetazo—. Iba a llamarle para que viniese a recogerlo, pero ahora que estás aquí, bueno, tal vez deberías llevárselo tú, ¿no? Supongo que

hará algún tiempo que no lo ves, ¿verdad?

Me quedo mirando el paquete. Mi corazón martillea con fuerza y tengo un nudo en la garganta. Noto el peso de su mirada.

—¿Qué día es hoy? —pregunto.

Me lanza una mirada de extrañeza.

—Domingo, ¿por qué?

—Domingo...

—Domingo, veinticuatro de mayo.

Rodea subrepticamente el mostrador y se dirige a su cliente. Yo cojo el paquete, me lo meto en el bolsillo delantero y salgo por la puerta.

Capítulo treinta y cinco

N^o voy a casa de Damen.

Pienso hacerlo, tengo toda la intención de hacerlo, pero antes debo hacer otra cosa. Así que, tras manifestar un coche, me dirijo a casa de Jude. Quiero pillarle antes de que salga hacia la tienda, y casi me estrello contra él cuando está sacando su Jeep marcha atrás por el camino de entrada de su casa. Tengo que frenar de golpe y pararme a un lado.

—¿Ever?

Me mira por el espejo retrovisor mientras su coche se detiene con una sacudida y él salta de su asiento.

Lo miro fijamente. No puedo evitarlo. Está muy distinto de la última vez que lo vi.

Lleva la cabeza afeitada.

Y sin su característica maraña de largas rastas de color dorado y bronce resulta casi irreconocible, al menos hasta que sus ojos encuentran los míos. Esa brillante mirada de color verde agua es demasiado familiar, por no mencionar la oleada de energía serena y tranquila que vibra sobre mí, a través de mí, a mi alrededor, del mismo modo que lo ha hecho durante los últimos siglos.

Con gesto cohibido, se pasa una mano por la cabeza recién rapada. Su mirada tropical se clava en la mía cuando dice:

—Se me ocurrió que ya era hora de cambiar, pero por la cara que pones estoy pensando que debería dejarme crecer el pelo otra vez.

Me bajo del coche y hago lo posible por no mirarle demasiado. Aunque está guapo, de hecho más que guapo, sigo teniendo que hacer una gran adaptación visual.

—¡Qué va! —exclamo, sonriendo alegremente y negando con la cabeza—. Déjatelo así. ¿Qué sentido tiene volver atrás, cuando puedes seguir adelante?

Sus ojos me rozan, dejando que las palabras floten entre nosotros hasta que rompe el silencio.

—Me da la impresión de que has

pasado un mal trago. —Indica con un gesto el lamentable estado de mi ropa—. Pero lo has conseguido, y eso es lo que importa. Me alegro de verte, Ever.

Y comprendo por el tono de su voz y el brillo de sus ojos que por primera vez en mucho tiempo lo dice en serio. Mi presencia ya no despierta en él el mismo anhelo.

—Y yo me alegro de verte a ti —replico con una sonrisa; quiero que sepa que yo también lo digo en serio.

Estamos frente a frente, dejando que se prolongue el silencio. Pero no es un silencio incómodo; es el silencio compartido por dos personas que han experimentado algo tan extraordinario que

no existe ningún modo de expresarlo con palabras.

—¿Cuándo volviste? —pregunto, sin saber si también estuvo fuera mucho tiempo.

Me mira con los ojos entornados y dice:

—Hace mucho. Mucho antes que tú. Pensé en seguirte y tratar de encontrarte, pero Loto me advirtió de que no lo hiciera, me advirtió de que no me implicase. —Jude hace tintinear sus llaves e indica con un gesto la puerta de su casa—. ¿Quieres entrar?

Aprieto los labios, pensando en el interior de la casa. La cocina en la que una vez fregué los platos, la vieja silla en

la que solía sentarme, la antigua puerta que utiliza como mesita de café, el sofá marrón de terciopelo donde me confesó sus sentimientos...

—No, yo solo... —Hago una pausa mientras lo miro, trago saliva con fuerza y vuelvo a empezar—: Yo... esto... quería comprobar que habías vuelto de Summerland. Quería comprobar que pudiste regresar y... —Me encojo de hombros, miro a mi alrededor y me fijo en las peonías que vuelven a florecer, flores de color rosa y morado de tonos vivos que brotan de la parte superior de unos tallos verdes y sólidos—. Y ya veo que sí, así que...

Pero no está dispuesto a dejarme

marchar con tanta facilidad. No me permitirá evitar el tema.

—¿Deberíamos hablar de ello? — pregunta, diciéndome con la mirada que está más que dispuesto a hacerlo si quiero.

Y aunque sin duda podríamos, no puedo evitar pensar: «¿Qué sentido tendría?».

¿Qué nos falta por hablar? Ya lo sabemos todo. Nosotros mismos revivimos los acontecimientos reales. Así que ¿qué sentido tiene hacer un refrito con lo que ya sabemos?

Niego con la cabeza y dirijo la mirada hacia nuestros pies. Él lleva sus habituales chanclas marrones, y yo, mis

botas de senderismo, sucias y llenas de barro. Luego alzo la vista y digo:

—Ahora sería superfluo, ¿no crees?

Alza los hombros sin apartar los ojos de mí.

—De todos modos, debe de ser un alivio saber que en realidad no me quisiste y me perdiste a lo largo de todos esos años, ¿no?

Inclina la cabeza, confundido por mis palabras.

—Lo que quiero decir es que... por lo que he deducido después de analizarlo todo, está muy claro que solo intentabas mantenernos separados a Damen y a mí para evitar que él pudiese convertirme en inmortal. Ya sabes, para que no

consiguiese lo que no había logrado en aquella primera vida nuestra en la que tú fuiste Heath, él fue Alrik y yo fui Adelina.

—¿Así es como lo ves? —Se inclina hacia mí; su mirada es tan penetrante que me hace asentir con la cabeza, tragar saliva y rascarme el brazo. Me entrego a todos mis tics nerviosos, uno tras otro, lo que me lleva a preguntarme por qué he insistido en afirmar semejante cosa si únicamente iba a obtener como resultado mi propia incomodidad. Sin embargo, al ver esa incomodidad, él se apresura a cambiar de tema, añadiendo—: Y, dime, ¿lo has hecho? ¿Has llegado hasta el final de tu viaje? ¿Has encontrado el árbol que estabas buscando?

—Sí, lo he encontrado —le digo con voz ronca mientras mi mente se llena con su gloriosa visión. Una visión que quiero que él también vea, y solo hay un modo de conseguirlo—. Cierra los ojos —le indico, y me conmueve la rapidez con la que obedece—. Y ahora abre la mente. —Coloco las manos a ambos lados de su rostro; mis palmas abarcan sus pómulos bien esculpidos, que resultan aún más pronunciados con el pelo recién rapado; las puntas de mis dedos buscan la ligera curva de sus sienes y ejercen una leve presión contra ellas. Proyecto toda la escena maravillosamente radiante de mi mente a la suya, mostrándole el árbol tal como lo recuerdo, en toda su abundancia y

gloria.

—¡Vaya! —dice, y su voz es como un suspiro—. Eso debe de haber sido... algo importante —añade, mirándome a los ojos.

Asiento con la cabeza y me dispongo a retirar las manos de su rostro. Sin embargo, él aprieta sus palmas contra ellas y me impide moverme.

—Debería irme.

Trato de apartarme, pero él me sujeta aún con más fuerza y me mantiene allí mismo, delante de sí.

—Ever... —empieza con la voz quebrada por la emoción, con un tono que conozco bien.

Mis ojos se posan en él, observo su

camiseta y sus vaqueros recién lavados. Percibo el aroma de jabón, de aire fresco y de océano que emana de su piel. Y sé que ha hecho el esfuerzo por Honor, no por mí.

—Jude, ¿eres feliz? —pregunto, esperando fervientemente que lo sea, que la estrella nocturna que creé hiciese realidad mi deseo, o al menos que no tarde en hacerlo.

Me dedica una mirada prolongada, tan persistente que estoy segura de que no responderá cuando por fin deja caer las manos, se las mete en los bolsillos y dice:

—Me estoy esforzando por serlo. — Se encoge de hombros—. Creo que ya me falta poco. ¿Y tú?

Empiezo a soltar alguna respuesta alegre y despreocupada, de esas que sueltas cuando alguien te pregunta cómo estás pero sabes que no se va a quedar esperando la respuesta. Sin embargo, me detengo enseguida. Jude ha respondido con sinceridad, así que lo mínimo que puedo hacer es responder de la misma forma. Aunque tardo unos instantes en determinar cuál podría ser la respuesta. En realidad, no había pensado en mi propio estado de felicidad, al menos desde hace algún tiempo.

Veamos, he superado todas las pruebas de mi viaje y he cumplido mi destino, lo que me ha llevado a desarrollar todo mi potencial, y, sin

embargo, incluso después de todo eso, está claro que todavía me falta una cosa. O más bien dos cosas, una enorme y otra un poco más pequeña. Pero cuando me marche de aquí también las afrontaré.

—Yo igual —digo por fin—. También me estoy esforzando por ser feliz —añado con una sonrisa—. Pero creo que estoy progresando un montón y que ya me falta muy poco.

Empiezo a volverme, empiezo a dirigirme hacia mi coche, cuando me atrae de nuevo hacia sí y dice:

—Oye, Ever...

Lo miro.

—Para que lo sepas, no has entendido nada.

Entorno los ojos; no tengo ni idea de lo que quiere decir.

—Eso no es lo que estuve haciendo todas esas vidas, o al menos es solo una parte. La otra razón por la que intentaba alejarte de Damen es que te quería solo para mí. Todavía te quiero solo para mí. —Se encoge de hombros y trata de reírse, pero la carcajada no suena divertida. Está demasiado resignado para eso—. ¿Recuerdas lo que me dijiste el día en que nos conocimos?

Reflexiono. Entonces dije muchas cosas. De hecho, le leí la palma de la mano de maravilla y se lo dije todo sobre su pasado, al menos el más reciente.

—Me dijiste que siempre me había

enamorado de las chicas equivocadas.

Ah, sí. Eso.

—Pues resulta que tenías razón. —Ahí está esa carcajada de nuevo, aunque esta vez es más ligera y más alegre, como insinuando una promesa de tiempos mejores—. No te imaginabas que había una chica en particular, la misma una y otra vez. No te imaginabas que eras tú.

Trago saliva y se me hace un nudo en el estómago.

—Siempre has sido tú —añade, dedicándome una sonrisa apesadumbrada.

Me acerco un poco más a mi coche. No tengo la menor idea de qué decir o hacer, pero no pasa nada, porque él borra por mí lo embarazoso de la situación.

—Bueno, ¿y qué opinas de Honor? — pregunta.

Nos miramos a los ojos, hasta que consigo farfullar:

—¿De verdad?

Asiente y se pasa una mano por la cabeza tal como solía hacer cuando llevaba el pelo largo y retorcido, aunque ahora no hay gran cosa a la que agarrarse y vuelve a dejar caer el brazo.

—¿Qué me dijiste entonces? ¿Que si yo estaba lo bastante loco para preguntarlo tú estabas lo bastante loca para decírmelo? —Se echa a reír y añade —: Pues sí, ¡qué demonios! Adelante. ¿Qué opinas de Honor? O, mejor todavía, ¿qué ves en nuestro futuro? ¿Tenemos

siquiera un futuro?

Me ofrece la palma de su mano para que la coja y le cuente todo lo que veo en ella. Me quedo de pie delante de él. Lo único que debo hacer es bajar mi escudo psíquico y colocar mi dedo sobre su piel. Y entonces le será revelado todo lo que quiera saber, e incluso algunas cosas que seguramente preferiría ignorar.

Me acerco poco a poco a él, a punto de hacerlo, cuando recuerdo lo que Damen dijo una vez y decido citar sus palabras.

—«La vida no pretende ser como un libro abierto» —digo antes de subir de nuevo al coche y marcharme.

Capítulo treinta y seis

Mi siguiente parada es en casa de Sabine.

Me imagino que, como es domingo por la tarde, tengo muchas posibilidades de encontrarla en casa.

Tal vez incluso con Muñoz.

Cuanto más me acerco a su calle, más confío en que Muñoz esté allí, aunque solo sea porque por lo general parece estar de mi lado. Lo que significa que tal vez me ayude a convencerla de la verdad.

La verdad sorprendente, asombrosa y alucinante que demuestra que todo lo que niega con tanta vehemencia es real.

La verdad que seguramente se esforzará por rechazar por más pruebas que le ponga delante.

Y aunque estoy dispuesta a hacer uso de todos mis recursos, a hacer lo que haga falta para que me crea (consciente de que quizá necesite nada menos que a un juez, un jurado cuidadosamente seleccionado de doce miembros y tal vez hasta un puñado de suplentes por si acaso), estaría bien tener cerca a Muñoz para que me ayude a ganar el caso.

Ya se sabe, dos contra uno.

La unión hace la fuerza.

Esa clase de cosas.

Me presento ante la puerta de la verja, y me siento aún más culpable por mi

larguísima ausencia cuando veo que el guardia de seguridad me mira boquiabierto y tarda una eternidad en hacerme señas para que entre. Cuando llego al camino de entrada y aparco el coche, veo cómo ha cambiado el jardín, que acaba de salir de una estación que me he perdido y entra de cabeza en otra que espero tener tiempo de disfrutar. Para entonces la culpa ya me atenaza.

Aun así, eso no es nada comparado con lo mal que me siento cuando me sitúo ante la puerta y llamo al timbre. Al abrirme la puerta, Sabine adopta una sucesión de expresiones casi cómicas. Empieza con una reacción inicial de reconocimiento sorprendido, antes de

pasar por una profunda conmoción, una total y absoluta incredulidad, un rápido atisbo de esperanza y un completo desafío, para decidirse por la preocupación cuando se fija en el triste y lamentable estado de mis botas de senderismo rozadas, mis vaqueros repugnantes y la guarrísima camiseta de tirantes blanca que he olvidado quitarme.

—¿Dónde has estado? —pregunta con una voz que combina de forma extraña el enfado y la curiosidad mientras sus ojos azules continúan haciendo inventario.

—Si te lo dijese no me creerías —contesto, sabiendo que las palabras son mucho más ciertas de lo que ella podría entender jamás.

Cruza los brazos delante del pecho y aprieta los labios hasta formar una fina línea. Vuelve enseguida a su lado severo, ese que me resulta tan familiar, diciendo:

—Ponme a prueba.

Es la Sabine enfadada.

La Sabine severa.

La Sabine del ultimátum que en última instancia me llevó a marcharme.

Atisbo por encima de su hombro. Sé que Muñoz está aquí, ya que he visto su Prius plateado en el camino de entrada, y suelto un enorme suspiro de alivio cuando le veo aparecer. Su rostro muestra la misma expresión que el de ella, salvo por el desafío y la preocupación, cosa que me tomo como una buena señal.

—Me encantaría explicarme —digo, esforzándome por hablar con voz serena y pacífica, a sabiendas de que la única forma de llegar hasta ella es mantener a raya la emoción—. De hecho, por eso estoy aquí. Tengo previsto contártelo todo. Quiero contártelo todo. Pero es un poco complicado, así que pensaba que tal vez podría entrar, sentarme y seguir a partir de ahí.

Sus mejillas se encienden de indignación. No puede creer lo que está oyendo, mi atrevimiento, que espere que me deje pasar después de aparecer en su puerta sin previo aviso, después de tantos meses sin comunicación alguna. Prácticamente oigo los pensamientos que

se agolpan en su mente, aunque me he prometido no escuchar a hurtadillas. Pero no necesito escuchar a hurtadillas cuando puedo ver la energía que irradia a su alrededor y que lanza destellos y chispas en una marea creciente de furia.

Aun así, abre más la puerta y, con un gesto, me indica que pase. Me sigue hasta la salita, donde ocupo uno de los mullidos sillones y observo cómo Muñoz y ella se colocan uno junto al otro en el sofá que está enfrente.

—¿Te apetece beber algo? —pregunta mi tía con voz tensa mientras vuelve a ponerse en pie de un salto. Incapaz de contener su propia energía nerviosa y sin saber cómo afrontar mi presencia

inesperada, se pone directamente en modalidad de anfitriona, un papel que domina a la perfección.

—Agua —digo, y veo que frunce el entrecejo. No está acostumbrada a verme beber nada que no sea el elixir e ignora que han pasado unos seis meses desde mi último sorbo—. Un poco de agua me vendría muy bien, gracias.

Retrocedo poco a poco en mi sillón y cruzo los tobillos mientras ella se dirige a la cocina y Muñoz se arrellana en el sofá con los brazos extendidos sobre los cojines, en el gesto cómodo y relajado de un hombre que está en su propia casa.

—No te esperábamos —comenta con voz cauta, sin saber qué pensar de mi

presencia y preocupado por el motivo que me trae aquí.

Recorro la salita con la mirada. Me alivia hallarla igual después de que hayan cambiado tantas otras cosas. Luego miro mi ropa asquerosa y enseguida manifiesto en su lugar unas prendas de vestir limpias.

—Ever... —Muñoz continúa hablando en voz baja para que Sabine no pueda oírle—. No creo que sea buena idea...

Miro el vestido azul y las sandalias de cuero beige que acabo de manifestar y me encojo de hombros. Empiezo a tamborilear con los dedos sobre los brazos tapizados de mi sillón cuando digo:

—Escucha, puede que necesite tu

ayuda en esta ocasión, así que, por favor, trata de confiar en mí. No estoy aquí para continuar con la discusión o algo peor. Solo quiero aclarar unas cuantas cosas antes de que sea demasiado tarde y ya no pueda hacerlo.

Me mira con expresión alarmada, a punto de pedirme una explicación, cuando Sabine vuelve a la habitación, me pone en las manos un vaso de agua y ocupa su lugar junto a él.

Cruzo y descruzo las piernas, me paso las manos por la falda del vestido hasta que el dobladillo casi me toca las rodillas. Una serie de gestos carentes de sutileza que prácticamente le suplican que se fije, que pregunte cómo me las he

arreglado para cambiarme de ropa tan deprisa, que diga algo, lo que sea. Pero una negación tan arraigada como la suya es difícil de vencer.

Difícil, pero no imposible.

No puedo permitirme creer que es imposible. De lo contrario, mi presencia aquí no tiene sentido.

A sabiendas de que es mejor tomar la iniciativa, la miro y digo:

—Te he echado de menos.

Incómoda, asiente con la cabeza y se inclina hacia Muñoz, que le pasa el brazo por los hombros y se los aprieta en un gesto tranquilizador. Pero lo único que consigue responder es:

—Bueno, ¿vas a contarme dónde has

estado?

Atónita ante su reacción, aprieto los labios, aunque supongo que se figura que el coste emocional de reconocer que también me ha echado de menos resulta demasiado alto. Pero no pasa nada. Aunque no lo reconozca, sé que me ha echado de menos. Lo veo en los destellos levemente rosados que lanza su aura en medio de todo ese rojo que todavía colea.

Las auras nunca mienten. Solo las personas lo hacen.

—He estado en Summerland —digo, mirándoles a ambos.

—¿En Santa Bárbara? —replica, dedicándome una mirada escéptica que me impulsa a aclarar las cosas.

—No. No me refiero al pueblecito costero que está en Santa Bárbara, sino al verdadero Summerland. El primer Summerland. La dimensión mística que existe entre esta y la que se encuentra más allá.

Muñoz se pone tenso, con el cuerpo alerta, preparado para lo peor. Sabine adopta un gesto sombrío con la boca y entorna los ojos al decir:

—No lo comprendo.

Me inclino hacia delante, deslizándome rápidamente hacia el borde mismo de mi asiento, diciendo:

—Lo sé. Créeme, lo entiendo muy bien. Hay mucho que asimilar, sobre todo la primera vez que lo oyes. A mí me pasó

lo mismo. Opté por negarlo durante mucho tiempo. Hasta que ya no pude. También sé que a ti te resultará aún más difícil debido a tu reticencia a creer en nada que te cree incomodidad, y a que prefieres desechar todo lo que no veas suceder delante de ti. Pero el motivo por el que he decidido confiarme a ti de todos modos, a pesar de la lucha titánica que me espera, es que estoy cansada de mentir y fingir todo el tiempo. Estoy cansada de esconderte cosas. Pero, sobre todo, estoy cansada de tener que esforzarme por ser una versión falsa de mí misma para que puedas continuar creyendo lo que te resulta más cómodo creer. —Hago una breve pausa, para darle la oportunidad de responder,

pero parece tan fría e impasible como siempre, así que me apresuro a continuar —: Desde que me marché, las dos primeras semanas las pasé en casa de Damen. Y sé que lo sabes porque sé que él te lo dijo. Pero lo que seguramente no sabes es que estaba decidida a no volver jamás. Había jurado irme muy lejos después de la graduación y no verte nunca más. Y no es porque quisiera vengarme o tratase de castigarte; a pesar de lo que puedas pensar, no te guardaba rencor. El motivo por el que tenía previsto dejarte para siempre es que creía que la vida de ambas sería más fácil. Pero ahora las cosas han cambiado, o al menos están a punto de cambiar muchísimo... —Trago

saliva con fuerza, le echo un vistazo a Muñoz y veo que asiente con la cabeza, animándome a seguir—. Pero, antes de que ese enorme cambio pueda tener lugar, quería sincerarme contigo. Quería intentar por última vez que lo creyeses.

—¿Y qué se supone que tengo que creer? —pregunta, aunque deduzco del arco desafiante de sus cejas y de su tono retador que ya lo sabe.

—Quiero que creas que no soy simplemente una adolescente chalada, patética y necesitada de atención que ha quedado tan marcada por la pérdida de su familia que finge tener poderes psíquicos. Necesito que creas que no soy una charlatana embaucadora que se gana la

vida timando a la gente. Y el motivo por el que necesito que creas eso es que es la verdad. Tengo poderes paranormales. Puedo leer los pensamientos de otras personas. También puedo ver la vida entera de una persona con un mero contacto, del mismo modo que puedo ver las auras y comunicarme con todos los espíritus fantasmales que deciden quedarse en el plano terrestre más tiempo del que deberían. Y, además de eso, también soy inmortal.

Hago una pausa para que mi tía pueda asimilar mis palabras, para que mi confesión surta todo su efecto. Sé que puedo continuar cuando su aura empieza a llamear con tanta fuerza que me sorprende

que no le salga humo por la nariz y las orejas.

—En cuanto a ese zumo rojo que siempre bebo —continúo, mirándola con la cabeza ladeada—, resulta que es el elixir de la vida eterna. El que el ser humano ha buscado a lo largo del tiempo. Damen es una de las pocas personas que consiguieron descubrir la fórmula secreta hace más de seiscientos años.

—Ever, si crees que estoy... —Niega con la cabeza, demasiado furiosa para completar siquiera su propia frase, aunque consigue pensarla, y esta vez sintonizo su mente, ya que podría contribuir a probar lo que digo.

La miro a los ojos y la observo con

detenimiento mientras repito despacio esas palabras que no ha pronunciado:

—No, la verdad es que no creo que estés «dispuesta a considerar algo tan esperpéntico, tan ridículo, tan inverosímil, tan... triste, ni siquiera por un instante».

Veo que abre los ojos asombrada, pero se apresura a desechar la emoción, asegurándose a sí misma que lo que estaba pensando era evidente. Y aunque lo era, no pienso detenerme ahí.

—Y si eso no te convence, tal vez tenga que advertirte que voy a echar mano de todos mis recursos para demostrarte que no miento. No estoy loca ni soy una farsante necesitada de atención. Voy a mostrarte exactamente de qué soy capaz,

cosa que debería haber hecho hace mucho tiempo. Y si no lo he hecho hasta ahora ha sido porque ninguna de nosotras estaba preparada. Pero ahora lo estamos. O por lo menos yo lo estoy, y creo que tú también. Y en cuanto a Muñoz —digo, dirigiendo mi atención al profesor—, ya lo sabe. De hecho, hace algún tiempo que lo sabe.

Sabine se vuelve hacia Muñoz con mirada implorante. Pero él se limita a inspirar hondo y a asentir, centrando en mí de nuevo la atención de mi tía cuando dice:

—Es verdad. Sabine, cariño, Ever no está mintiendo. Posee unos poderes que resultan más que asombrosos. Lo único

que te pido es que le des una oportunidad. Trata de mirar y escuchar sin formarte ideas preconcebidas, y creo que te sorprenderá lo que veas. Y si no, si sigues decidiendo no creer... —La mira, confiando claramente en que no sea así—. Bueno, en ese caso, la decisión es tuya. Sin embargo, por el momento, ¿por qué no tratas de ampliar tus horizontes con toda una nueva serie de ideas que tal vez nunca hayas considerado?

Mi tía cruza los brazos y las piernas, adoptando una postura que, en términos de lenguaje corporal, revela una actitud bastante desalentadora. A continuación, centra su mirada recelosa en mí cuando digo:

—Para empezar, ¿qué llevaba puesto cuando me has abierto la puerta? — Sabine entorna los ojos y su mirada recorre mi cuerpo en una inspección completa; cuando se niega a responder, cuando se limita a cerrarse aún más, digo —: ¿Es lo mismo que llevo ahora?

Incómoda, cambia de posición en el sofá. Sin embargo, se niega a contestar, cosa que, en lo que a mí respecta, ya es contestación suficiente.

—¿O era esto? —pregunto, manifestando la ropa asquerosa que llevaba puesta cuando he llegado aquí, si bien esa visión no desencadena ninguna reacción por parte de Sabine—. ¿O tal vez era esto otro? —sugiero, al tiempo

que manifiesto un vestido de seda de color verde oscuro que es idéntico al que llevo en el cenador cada vez que Damen y yo regresamos a las escenas de mi vida londinense, a aquella época en que era la acaudalada y consentida muchacha llamada Chloe.

Opto por quedarme así, sentada ante ella, vestida con una muestra brillante y reluciente de las mejores galas que se llevaban hace siglos. Deseo con todas mis fuerzas que diga algo, lo que sea, pero no lo hace. Se muestra completamente reacia a dar su brazo a torcer, ceder un poco y abandonar las ideas a las que se ha aferrado durante tanto tiempo.

—Mis poderes no solo me permiten

cambiar instantáneamente de ropa —digo—. Me resulta igual de fácil manifestar un elefante.

Entonces cierro los ojos y hago eso mismo. Contengo una carcajada cuando veo el esfuerzo que hace para mantener la serenidad. Está tan entregada a sus rígidas opiniones que se niega a reaccionar de ningún modo cuando aparece un elefante a su lado y hace oscilar la trompa ante ella.

—Además, puedo manifestar flores —añado, cubriendo la mesita de café con una enorme pila de narcisos de un amarillo vivo—. También puedo manifestar joyas. —Cierro los ojos, y cuando los abro de nuevo Sabine va cargada de diamantes, rubíes y

esmeraldas, y sin embargo, eso la vuelve aún más impasible—. Hasta puedo manifestar coches, barcos, casas y cualquier cosa que te puedas imaginar. No hay prácticamente nada fuera de mi alcance; bueno, salvo las personas. No se puede manifestar a una persona porque no se puede manifestar un alma, aunque se puede manifestar su imagen, como hice una vez con Orlando Bloom. —Sonríó un instante al recordar ese momento y la reacción que tuvo Damen cuando vio lo que había hecho—. Lo que no puedo manifestar, por más que lo intente, es tu disposición a dejar de negar lo que ves con tus propios ojos. A eso se le llama libre albedrío, y solo te pertenece a ti.

Inclina la barbilla y entorna los ojos. Su mirada es furiosa y desafiante, aunque su tono revela miedo:

—¡No sé qué pretendes, Ever, pero esto tiene que acabarse! Tienen que acabarse los... —Mira a su alrededor y busca la palabra adecuada—. ¡Tienen que acabarse los trucos de magia ahora mismo!

La veo tan agitada, tan afligida, que me apresuro a hacer lo que me pide. Asiento con la cabeza y parpadeo hasta que desaparece el último rastro, hasta que todo regresa de nuevo a la normalidad, incluyendo mi vestimenta, que vuelve a estar formada por el vestido azul y las sandalias de color beige, prendas mucho

más cómodas aunque mucho menos impresionantes.

La miro a los ojos, y no puedo evitar pensar que esto va a ser aún peor de lo que me temía. Aun así, me niego a rendirme. No puedo detenerme ahora, cuando aún me quedan unos cuantos ases en la manga.

—Hay más. —Asiento con la cabeza y manifiesto al instante un cuchillo con el mango lleno de gemas que coloco sobre la palma de mi mano—. Ya sé que eres muy aprensiva, ya sé que no soportas la visión de la sangre, pero te prometo que no durará mucho.

Luego me clavo la punta en el centro de la palma y arrastro la afilada hoja

hasta cruzarla por completo. Oigo el grito que Sabine es incapaz de ahogar y veo su rostro horrorizado mientras contempla la sangre que sale de mi mano, el modo en que salpica mi vestido y forma un charco en la alfombra, hasta que deja de existir.

El cuchillo ha desaparecido.

La palma de mi mano se ha curado.

Y no hay absolutamente ninguna señal de la sangre que acabo de derramar.

Y aunque ha sido una muestra impresionante, he de reconocer que empiezo a sentirme un poco avergonzada, empiezo a sentirme como la artista de circo más repelente del mundo.

—Escuchad —digo, mirándoles a ella y a Muñoz, que ni siquiera trata de

disimular su conmoción por lo que acaba de ver—. Podría seguir durante horas. Podría mostraros todos los trucos de los que soy capaz. Y lo haré, si eso es lo que hace falta. Sin embargo, para ser sincera, os diré que solo necesitáis saber que todo lo que acabáis de ver es real. Y aunque pueda hacer que os sintáis incómodos, aunque pueda hacer que volváis la espalda y finjáis que no lo habéis visto, eso no impedirá que sea real. Lo siento, Sabine. Siento tener que hacerte esto. Y aunque entiendo que la decisión de creer o no es tuya, aunque entiendo que hay muchas posibilidades de que no pueda hacerte cambiar de opinión haga lo que haga, la cuestión es esta: me da igual lo

que decidas, eso es cosa tuya, pero si quieres volver a verme, si quieres tener alguna clase de relación conmigo, vas a tener que dejar atrás esos prejuicios tan arraigados tuyos y aprender a aceptarme. Por completo. Incluso las partes que no te gustan. Incluso las partes que te asustan. Porque eso es exactamente lo que he decidido hacer contigo. Tu tendencia a la severidad y la cabezonería, tu inclinación a rehuirme en lugar de tratar de entenderme, bueno, me asusta tanto como mi muestra de trucos inmortales de salón te acaban de asustar a ti. Y, sin embargo, prefiero aceptarte tal como eres a afrontar un futuro en el que nunca vuelva a verte. Supongo que esperaba que haciendo todo

esto pudiésemos hallar un punto de encuentro. La decisión es tuya, y yo la aceptaré en cualquier caso.

Me apoyo en el respaldo y observo cómo pierde fuelle, observo cómo su aura se desinfla y se asienta como un globo de helio de una semana de antigüedad.

—¿Cuánto hace que eres así? — pregunta por fin.

Y cuando la miro a los ojos me doy cuenta de que cree que siempre he sido así, que nací siendo un bicho raro. Supone que debe ser el motivo por el que sobreviví al accidente cuando el resto de mi familia murió. Pero me apresuro a quitarle esa idea de la cabeza.

—Morí en el accidente —digo—.

Sufrió eso que llaman una «experiencia cercana a la muerte», pero esa frase no es muy correcta, porque lo que experimenté no tenía nada de «cercano». Seguramente Muñoz sabe más de todo eso que yo. Él ha leído mucho sobre el tema. —Los miro y veo que ella le lanza una mirada de interrogación, a la que él responde asintiendo con la cabeza y encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, en lugar de cruzar el puente hacia el otro lado junto con mamá, papá y Buttercup, opté por entretenerme en Summerland, en ese prado precioso. Y eso es lo que estaba haciendo mi alma cuando Damen encontró mi cuerpo junto al coche y me dio a beber el elixir que me devolvió a la vida.

—¿Y Riley? —Sabine se inclina hacia delante con los ojos muy abiertos, esperando lo peor.

—Riley se quedó atrapada algún tiempo —respondo, incómoda.

—¿Atrapada?

Suelto un suspiro.

—Atrapada entre esto y Summerland.

Empezó a visitarme cuando yo estaba en el hospital. Luego, cuando nos trasladamos aquí, solía pasarse por la casa casi cada día hasta que le recomendé cruzar el puente y caminar hacia delante. Y aunque creo que me visita en sueños de vez en cuando, no he podido verla desde entonces. No puedo ver a los que han cruzado. Su energía vibra demasiado

deprisa. Aunque un amigo mío solía verla... —Hago una pausa, recordando que Jude intentó en vano enseñarme a verla también—. Y dice que ella dice que está bien. En realidad, dice que está mejor que bien. Es feliz. Mamá, papá y Buttercup también son felices. Al parecer, se sienten más vivos que nunca. —La miro a los ojos antes de continuar—: ¿Sabes?, que no puedas verles no significa que ya no existan. El alma es eterna. Es la única inmortalidad verdadera que hay.

No sé qué parte de mi discurso la ha conmovido por fin, pero de pronto Sabine está sollozando contra la camisa de Muñoz. Sus hombros se sacuden con

violencia mientras él le pasa la mano por la media melena rubia y por la espalda de la blusa, susurrando en voz baja, proporcionándole consuelo y seguridad, hasta que ella empieza a recuperar la compostura y puede volver a mirarme.

Permanezco en silencio. Sé exactamente cómo se siente. Recuerdo demasiado bien mi primera reacción de negación al ver a mi hermanita fantasmal delante de mí, y cómo traté a Damen el día que me explicó por primera vez la verdad de mi existencia en el aparcamiento del instituto. Opté por apartarle de mi vida, alejarle con palabras crueles inspiradas por el miedo en lugar de afrontar una verdad que era

incapaz de asimilar.

Sabine y yo no somos tan distintas.

Sé lo que es presenciar cómo alguien echa por tierra todas tus creencias.

Por eso, al cabo de unos momentos, digo:

—Siento mucho soltarte todo esto sin más. Sé que cuesta digerirlo, pero quería que lo supieses antes de que...

Sabine levanta la cabeza y clava en mí sus ojos llorosos y enrojecidos.

—... quería que lo supieses antes de que vuelva a ser normal.

Parpadea, sacude la cabeza y dice entre dientes:

—¿Qué? —Se pasa una manga por la cara cuando añade—: No lo entiendo.

Inspiro hondo y me miro los pies. Intento ganar tiempo mientras pongo en orden mis ideas antes de volver a mirarla a los ojos.

—Para ser sincera, tampoco yo estoy segura de entenderlo. Es una historia muy larga, y hay tanto que explicar... pero de todos modos los detalles no tienen demasiada importancia. Solo pensaba, bueno, solo esperaba que si me sinceraba acerca de quién soy ahora, entonces tal vez, cuando ya no sea así, podamos seguir juntas. Ya sabes, sin todos esos gritos, peleas e insultos. En fin, si tú quieres. Depende de ti. Prometo respetar tu decisión, sea cual sea.

Sabine se levanta del sofá y viene

hacia mí con los brazos extendidos, pero yo soy más rápida que ella, tan rápida que me acurruco contra su pecho antes de que ella supere siquiera la esquina de la mesita de café.

Y es tan agradable estar de regreso que no puedo evitar llorar también. Entre lágrimas, las dos nos deshacemos en disculpas hasta que me acuerdo de Muñoz, me recompongo y me paso la mano por los ojos mientras digo:

—Escuchad, ¿hay algo que queráis?
—Los miro y añado—: Ya habéis visto lo que puedo hacer, todo aquello de lo que soy capaz. Así que, teniendo en cuenta eso, ¿qué va a ser? ¿Un coche nuevo? ¿Una casa de vacaciones en algún lugar

exótico? ¿Pases para el camerino de Bruce Springsteen? —Observo a Muñoz con las cejas enarcadas, porque sé que es un gran admirador suyo.

Pero ambos niegan con la cabeza.

—¿Estáis seguros? —pregunto con el entrecejo fruncido, ansiosa por hacerles algún regalo—. La verdad, no estoy segura de si seguiré siendo capaz de todo esto una vez que... después de que vuelva a ser como era antes. Puede que pierda todos mis poderes, o al menos una buena parte. Y eso significa que esta podría ser vuestra última oportunidad.

Sabine se vuelve de nuevo hacia Muñoz. Veo que le coloca la mano en el hombro y dice:

—¿Qué más podría querer cuando tengo todo lo que podría soñar aquí mismo?

Y es entonces cuando lo veo.

Es entonces cuando veo el flamante anillo de compromiso que brilla en su dedo anular.

—La familia es lo único que significa algo para mí —dice mientras me atrae de nuevo hacia ambos—. Y ahora que has regresado, lo tengo todo. Tengo todo lo que necesito.

Capítulo treinta y siete

Mi intención era dirigirme a casa de Damen.

Mi intención era decirles buenas noches a Sabine y a Muñoz y dirigirme directamente allí.

Pero las cosas no salieron como yo tenía previsto.

Sabine y yo nos quedamos levantadas hasta tarde. Hasta muy tarde. Hasta mucho después de que Muñoz se despidiera de nosotras y regresase a su casa.

Las dos aguantamos en el sofá hasta la madrugada, picoteando con desgana de una caja de pizza sobrante (sí, me comí un

par de trozos, ¡no podía creerme lo que me había estado perdiendo durante todo este tiempo!) mientras nos poníamos al día. Cuando quise darme cuenta, solo me faltaban unas horas para tener que ir al instituto.

Según Muñoz, no tenía más remedio que presentarme en la oficina del administrador y utilizar mis poderes de manifestación o hacer un esfuerzo sobrehumano para recuperar todo lo que me había perdido, o ambas cosas, si quería tener alguna esperanza de graduarme con los de mi clase.

Así que, en lugar de ir a casa de Damen, opté por dormir unas pocas horas en mi antigua habitación. Quería estar

descansada y con las pilas cargadas cuando me pasase por su casa, ya que no sabía cómo reaccionaría al verme otra vez y con los frutos a punto. Lo que sí sabía era que tendría que esforzarme al máximo.

En cuanto veo su BMW negro en el aparcamiento del instituto, me doy cuenta de que no tendré que esperar mucho. Al parecer, sigue acudiendo al centro cada día, asistiendo a sus clases, prosiguiendo con los temibles estudios por inercia, aunque, por más que lo intento, no puedo imaginar por qué.

—Porque te hice una promesa —dice, respondiendo a la pregunta de mi mente cuando aparece a mi lado. Aunque aguanta mi puerta abierta y espera a que baje y me

acerque a él, me quedo paralizada donde estoy.

Le recorro con la mirada y saboreo su visión, la sensación de su presencia junto a mí, mientras una profunda punzada de dolor me recuerda cuánto he echado de menos su compañía.

A pesar de la emoción de mis recientes logros, a pesar del triunfo de cumplir mi destino, sin Damen a mi lado todo se apaga, todo parece vacío y deslucido.

—Te busqué. —Sus ojos me estudian con detenimiento, sedientos, admirándome embelesados, diciéndome que me ha echado de menos tanto como yo a él—. Te busqué por todo Summerland. Y aunque

me resultó imposible encontrarte, podía sentirte. Fue así como supe que estabas bien. Lejos, en un lugar que no podía identificar, pero bien. Y fue ese consuelo lo que me ayudó a seguir adelante, esperando el día en que encontrases el camino de regreso hacia mí.

Trago saliva con fuerza para intentar deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Sé que debería decir algo, pero no puedo. Solo soy capaz de mirarlo fijamente.

—Bueno, ¿cuándo has vuelto? —me pregunta con mirada serena y, aunque se esfuerza por mantener el buen rollo, me temo que mi reacción es justo la contraria.

Su pregunta me pone en movimiento,

un movimiento horrible, capaz de poner nervioso a cualquiera. Cojo mi bolso, me toqueto el cabello, me rasco el brazo y me remuevo en mi asiento hasta que por fin salgo del coche sin aceptar la mano que me ofrece. Mis ojos saltan de un punto a otro, buscando un lugar seguro en el que aterrizar, cualquier sitio que no sean sus ojos.

Mi respiración se vuelve rápida y superficial cuando digo:

—Ayer.

Una verdad tan horrible que no puedo evitar sentirme abochornada. Sé exactamente cómo decide interpretarlo: de la única forma en que se puede interpretar. Y, aunque me encantaría

negarlo, no puedo. Hace un día entero que volví de mi viaje y sin embargo no he encontrado el momento para verle hasta ahora, cuando me ha abordado él.

He puesto a otras personas por delante de él.

Y entre ellas se incluye Jude.

Damen permanece junto a mi coche, sopesando cuidadosamente esa única palabra hasta que se vuelve permanente, irreversible, como una huella accidental dejada en un cuadrado de cemento fresco que no intento aplanar, que no intento borrar.

Sé que tengo que decir algo, pero no sé qué podría ser.

Damen me mira, y está claro que no

sabe si sentirse dolido, confuso o algo a medio camino entre ambas cosas.

—Tenía miedo de verte —le digo—, sobre todo porque no quiero que volvamos a discutir. No podría soportar que volviésemos a discutir. Y sin embargo, tú y yo sabemos que eso es lo que va a ocurrir. Pero antes quiero que sepas que el hecho de que haya aplazado este instante no significa que no te haya echado de menos... —Mi voz se quiebra, y me siento tan conmovida que me veo obligada a carraspear unas cuantas veces antes de continuar—: Por favor, no se te ocurra pensar que no te he echado de menos —acabo, mientras clavo en él una mirada suplicante y llorosa.

Pero en lugar de reconocer que también me ha echado de menos, en lugar de acercarse a consolarme tal como yo esperaba, dice:

—¿Por qué crees que es tan inevitable una discusión?

Sus ojos oscuros se posan sobre mí y se abren de par en par, incrédulos y escandalizados, cuando meto la mano en mi bolso, busco el paquete que me dio Honor y se lo entrego, diciendo:

—Por esto.

Observa el paquetito envuelto con sencillez, lo examina mientras le da vueltas entre las manos.

—Es la hierba —aclaro, mirándole—. Es la hierba rara y difícil de encontrar que

encargaste y que te hace falta para terminar tu antídoto. Ese antídoto que nos permitirá estar juntos de la forma que queremos para poder continuar con nuestras vidas como inmortales.

Cierra los dedos y el papel cruje en señal de protesta. Su mirada me recorre, y al notar su peso lleno los pulmones de aire. Se oye el primer timbre, un sonido que desata una actividad frenética cuando todos nuestros compañeros de clase echan a correr hacia el edificio. Pero Damen y yo nos quedamos donde estamos. Aunque tengo que ir a clase y empezar a recuperar el tiempo perdido durante mi prolongada ausencia, antes tenemos que acabar esta conversación. Tenemos que llegar a

alguna conclusión antes de que pueda ir a ninguna parte ni hacer nada más.

—Pero yo sigo creyendo que esta vida está mal desde el punto de vista cósmico. Y, aunque nos tomemos el antídoto, surgirá algún otro imprevisto que nos mantendrá separados. La única manera auténtica de cumplir nuestro destino, de estar juntos para siempre, es que anulemos nuestra inmortalidad. Comer el fruto —digo, con la vista clavada en nuestros pies, mirando su coche oscuro y brillante, mirando la puerta, que no tardará en cerrarse, oyendo el último timbre justo cuando lo miro a los ojos—. Damen, ahora podemos hacerlo. He encontrado el árbol. Es real.

No reacciona, no se mueve, no se inmuta.

—Viajé hasta allí. Lo vi por mí misma. Escalé su enorme tronco, me balanceé colgada de sus larguísimas ramas... —Hago una pausa para asegurarme de que me presta toda su atención antes de seguir—: Cogí su fruto.

Mi mirada permanece clavada en la de él, pero sigue sin pasar nada. No da indicación alguna de haberme oído.

—Por eso estuve fuera tanto tiempo. Fue un viaje largo, arduo, peligroso, solitario, aterrador y, sin embargo, completamente maravilloso. Pasé por una sucesión precipitada de estaciones para llegar hasta allí, atravesé un invierno tan

brutal que estaba segura de que me quedaría congelada, me cayó tanta lluvia encima que estaba segura de que nunca me secaría, y sin embargo, aunque no siempre estuve convencida de que lo conseguiría, lo conseguí. Logré lo que pretendía. Y ahora estoy aquí para decir que no es un mito como tú crees. De hecho, es aún mejor que el mito. ¿Recuerdas que Loto dijo que el árbol fructificaba siempre? Tenía razón. El árbol fructifica, fructifica y fructifica. No hay verdad alguna en el rumor que afirma que produce un fruto cada mil años. Por lo que he experimentado, no hay escasez de ninguna clase, solo abundancia. El Árbol de la Vida es la abundancia misma. Y traje toda

una bolsa llena de sus frutos para demostrarlo.

—¿La trajiste? —Su rostro adopta una expresión que resulta imposible interpretar—. ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué no te limitaste a entregársela a Loto y dejar que se encargase ella?

—Porque voy a tomar el relevo de Roman —digo, asintiendo con la cabeza en señal de confirmación. Y ahora que lo he dicho, todo un plan empieza a formarse en mi mente.

Sin embargo, Damen se limita a mirarme sin comprender.

—¿Sabes la fiesta que monta cada siglo y medio? —Contengo una sonrisa, pero no puedo contener mi creciente

emoción—. Esta vez voy a organizarla yo. Voy a reunir a la totalidad de los inmortales que ha hecho y a darles a elegir entre la inmortalidad física y la inmortalidad auténtica.

—¿Y si te dicen que no? —pregunta, claramente convencido de que lo harán, ya que él lo ha hecho.

—Pues me dicen que no —contesto, encogiéndome de hombros—. De todos modos, no creo que lo hagan después de que se lo explique y vean los efectos.

Los ojos de Damen se abren de par en par y su rostro empalidece. Tardo un instante en comprender por qué. Ha malinterpretado mis palabras. Ha dado por supuesto que ya lo he probado.

—¿Has...? —empieza, pero me apresuro a descartar la idea con un gesto.

—No —respondo, negando con la cabeza sin dejar de mirarle a los ojos—. Quería esperarte. Quiero que anulemos nuestra inmortalidad juntos. No sé qué haré si te niegas, si escogeré esta vida contigo o una vida mortal yo sola. Sinceramente, no lo sé. Pero confío en que no me obligues a elegir. Confío en que te lo pienses y compartas el fruto conmigo. Es la única manera de que podamos tener el futuro que queremos.

Lo miro con ojos suplicantes. Sin embargo, al encontrar solo tristeza en los suyos, me vuelvo y me dirijo hacia la puerta.

Capítulo treinta y ocho

Me encuentro ante la gran puerta de hierro que Damen ha abierto con la mente. Veo cómo me hace señas para que me reúna con él al otro lado. Y aunque me siento muy tentada a hacerlo, realmente muy tentada, si voy a comenzar a vivir como todo el mundo voy a tener que hacerlo aquí.

Ahora.

Si voy a comenzar a vivir como todo el mundo tendré que dejar de recurrir a la magia para salir de todos mis apuros.

Niego con la cabeza, paso ante su mirada desconcertada y me dirijo hacia la

oficina, donde desato en la secretaria una actividad frenética tan pronto como me aproximo a su mesa y digo:

—Hola, soy Ever Bloom. Estoy en el último curso. Y no solo llego tarde, sino que he faltado los últimos seis meses y me pregunto cómo podría recuperar el tiempo perdido.

Abre los ojos de par en par y me mira de arriba abajo. A continuación señala una silla situada junto a la pared y me dice que me siente y que no me mueva mientras se vuelve, alargando el brazo simultáneamente hacia el ordenador y el teléfono. Se encaja el auricular entre el hombro y la oreja al tiempo que sus dedos aporrean el teclado. Está avisando al

director, al subdirector, a mis profesores y a Sabine, que estaba enterada de mi plan y esperaba esta llamada. El destino de mi diploma se decide apenas sin mi intervención, y cuando se menciona mi anterior expulsión estoy segura de que estoy condenada, pero luego, por fortuna, gracias a las afinadas habilidades de negociación de Sabine, me permiten intentar lo que sin duda todos consideran imposible: si en las dos próximas semanas recupero el tiempo perdido, todos y cada uno de los exámenes y todos y cada uno de los trabajos, dejarán que me gradúe.

Seis meses de trabajo abandonado que hay que terminar en solo catorce días a fin

de llevar el birrete y la toga junto con mis compañeros de clase. De lo contrario, no podré hacerlo hasta el año que viene en la misma época, si es que puedo entonces.

Con mucho hincapié en el «si».

Está claro que si alguna vez ha habido un momento para la magia, la manifestación y los viajes a los Grandes Templos del Conocimiento, es ahora. Aunque me niego a recurrir a mis poderes, eso no me impide recurrir a mis amigos, incluyendo a unas cuantas personas que ni siquiera sabía que fuesen amigos míos.

Así pues, cuando compañeros de clase con los que apenas he hablado siquiera se ofrecen a prestarme sus apuntes, y cuando Stacia y Honor (animadas por Miles) se

ofrecen a ayudarme a ponerme al día en la asignatura de física, estoy tan sorprendida por la oferta que digo que sí. Y, como llevo más de un año evitando toda forma de estudio o deberes, ahora me resulta un poco difícil retomar el hábito.

Por otra parte, en cuanto toco la cubierta de cualquiera de los libros de texto de mi enorme pila, me es imposible no intuir su contenido automáticamente. Puedo controlar mi capacidad de leer la mente: para ello solo tengo que bajar mi escudo psíquico o utilizar mi mando a distancia cuántico. Pero no tengo control alguno sobre la capacidad de introducirme en la conciencia universal que me da intuición. Así que, en lugar de

luchar contra esa capacidad, decido aprovecharla para terminar una cantidad inmensa de tareas de lectura que me sería imposible acabar de otro modo. Además, aún tengo que escribir los trabajos, y aún tengo que resolver todas las ecuaciones y memorizar las fórmulas, así que no hago trampas del todo. Aunque reconozco que, al hacer los exámenes que me he perdido, todas las respuestas correctas aparecen de forma automática. Pero, claro, tampoco puedo hacer nada al respecto.

De todas formas, incluso con la ayuda de mis amigos sumada a mis poderes psíquicos, es mucho para tan poco tiempo. Por eso, mientras estoy ocupada con los deberes, Jude y Ava se ofrecen a cumplir

con su parte leyendo los viejos diarios de Roman en un intento de localizar a todos los inmortales, los huérfanos a los que Damen convirtió y los que Roman consideró lo bastante dignos para transformarlos a lo largo de los años. Mientras tanto, Romy y Rayne aúnan sus talentos de gemelas confeccionando a mano las invitaciones para la fiesta, que envían por correo a todos los rincones del mundo, al tiempo que Sabine se ocupa de solicitar plaza para mí en diversas universidades, aunque es tan tarde que creo que me veré obligada a tomarme un año sabático. Y probablemente sea para bien, pues llevaba tanto tiempo sin pensar siquiera en tener un futuro normal que no

sé por dónde empezar.

Por no mencionar que siempre di por supuesto que, dondequiera que acabase yo, Damen permanecería a mi lado.

Siempre di por supuesto que nos marcharíamos juntos, los dos solos.

Ni una sola vez consideré la posibilidad de acabar yéndome sin él.

Sin embargo, como no lo he visto desde el día en que le dejé de pie junto a la puerta, tengo que reconocer que es una posibilidad real. Evita el instituto. Me evita a mí. Y aunque estoy dispuesta a darle el espacio que cree necesitar, confío en que al final decida unirse a mí.

A pesar de todas las pruebas en contra, confío en que al final tome la

decisión adecuada.

Si no lo hace, no sé qué haré. Y tal vez esa incertidumbre sea uno de los motivos que me han llevado a acoger favorablemente el volumen abrumador de deberes. El exceso de trabajo me ha ayudado a olvidar de forma momentánea el hecho terrible e insoslayable de que, si Damen decide no comer el fruto, tendré que hacer una elección imposible. Elegir entre una vida desafortunada como inmortal, en la que el universo conspirará para mantenernos separados a cada paso, y una vida sin Damen, que resulta demasiado horrible de contemplar.

Así que, en medio de todo el estudio, las lecturas, los exámenes y las

redacciones, casi sin dormir a fin de poder abarcarlo todo, al final me tomo algo de tiempo para visitar Summerland.

En parte porque estoy deseando buscar a Loto para poder decirle cuánto logré, y en parte porque, bueno, también estoy deseando visitarlo mientras aún pueda, mientras sea solo una simple cuestión de visualizar ese velo dorado resplandeciente y atravesarlo hasta el otro lado. Me refiero a que, aunque conozco a muchos mortales que pueden llegar allí, no tengo modo de saber si yo seguiré pudiendo hacerlo una vez que vuelva a convertirme en mortal, así que estoy decidida a disfrutarlo mientras pueda.

Después de pasar unos momentos

maravillosos en los vastos y fragantes campos de Summerland en los que aterrizo; después de una visita a los Grandes Templos del Conocimiento, donde me sitúo ante su fachada cambiante y vuelvo a experimentar la emoción de ser admitida en el interior; después de visitar nuestros lugares favoritos —la réplica de Versalles que una vez manifestó Damen expresamente para mí, el campo de tulipanes que rodea el cenador que creó el día que cumplí diecisiete años—; después de regresar al lugar donde la hierba una vez se volvió fango y donde todos los árboles estaban desnudos —la anterior entrada de Shadowland—; después de encontrar el camino hacia la bonita laguna

en la que continúan floreciendo centenares de preciosas flores de loto; después de todo eso, cuando sigo sin localizar a Loto, decido meter uno de los sobres de las invitaciones a la fiesta, confeccionadas a mano en rosa y negro, debajo de una gran roca contra la cual la vi apoyada una vez, con la esperanza de que lo encuentre.

A continuación regreso al plano terrestre, me enfrasco en mis estudios y espero.

Espero a tener noticias de Loto.

Espero a que empiecen a llegar las respuestas de todos los demás inmortales.

Espero a tener noticias de Misa, Marco y Rafe.

Espero a ver si dejan que me gradúe.

Espero a ver qué dirección podría tomar mi futuro.

Los días pasan y van llegando pequeñas noticias, aunque no la noticia que quiero.

No sé nada de Damen.

Capítulo treinta y nueve

Tal vez me haya dejado llevar por el entusiasmo.

Tal vez me haya hecho demasiadas ilusiones.

Pero, al final, lamento decir que la graduación es... bueno, un poco decepcionante.

No me malinterpretéis: está bien organizada y se desarrolla a la perfección. De hecho, se parece mucho a lo que se ve en el cine y en la televisión, con todos los birretes, togas, discursos, risas, lágrimas, recuerdos y promesas fervientes de mantener el contacto. Pero, a pesar de que

Sabine y Muñoz están sentados entre la multitud y sonríen y saludan cada vez que los miro (e incluso cuando no los miro), a pesar de que Miles, Honor y Stacia (aún me sorprende, aunque empiezo a habituarme) silban, aplauden y me aclaman cuando me toca dirigirme al estrado, no está Haven. No está Damen.

Y esas dos flagrantes ausencias eclipsan todo lo demás.

Por eso, cuando tiro el birrete al aire aprovecho para hacer un poco de magia. Hago que se eleve en el cielo, mucho más alto que el de los demás, y observo cómo traza primero la forma de un tulipán y luego la del símbolo del infinito. Después lo suelto y contemplo cómo desciende en

caída libre hasta el suelo.

Me voy abriendo paso como puedo hacia Sabine y Muñoz cuando Stacia me encuentra entre la multitud, me coloca la mano en el brazo y dice:

—Entonces, ¿nos vemos en la fiesta?

Se pasa los dedos por el largo pelo con mechas y me mira a los ojos. Observo su brillante aura amarilla y me sorprende ver que es sincera.

Antes de que pueda responder, llega Honor y dice:

—Hemos pensado ir un poco antes para ayudarte a organizarlo.

Las miro y me pregunto cuándo voy a acostumbrarme a este nuevo aspecto de ellas. A pesar de los esfuerzos que ambas

han hecho para ayudarme a llegar a este punto, cada gesto amable que hacen sigue suponiendo una gran sorpresa para mí, y sé que eso no es nada justo. Se están afanando tanto por mejorar que lo mínimo que puedo hacer es permitírselo.

Stacia inclina la cabeza esperando mi respuesta mientras Honor juguetea con el anillo de malaquita de Jude, que gira una y otra vez alrededor del dedo.

—Sois muy amables, pero no hace falta que vengáis. —Asiento con la cabeza y espero que no se lo tomen a mal, pero es que no estoy segura de quererlas allí—. En fin, estoy segura de que tenéis cosas mejores que hacer y fiestas mejores a las que asistir, así que...

—¿Mejores que esta fiesta? ¡Lo dudo mucho! —Stacia me lanza una de sus viejas miradas que significan «¿estás loca?», luego recuerda que ya no hace eso y se apresura a cambiar de cara—. Además, ¡ya tenemos nuestros disfraces y todo! —Le echa un vistazo a Honor, que asiente a su lado—. Después de todo lo que hemos hecho para ayudarte a graduarte, ¡ahora no puedes anular la invitación!

Sus palabras me dejan tan aturdida que la miro boquiabierta, ya que no recuerdo haberlas invitado en ningún momento. Pero, claro, no me he encargado de las invitaciones; se han encargado las gemelas. Tampoco sabía que hubiese

disfraces. De hecho, no tengo ni idea de cómo ha ocurrido esto, de cómo se han enterado siquiera, de cómo se ha exagerado tanto. O sea, en principio se suponía que solo sería una pequeña reunión agradable. Solo inmortales. Ignoraba por completo que se hubiese convertido en la madre de todas las fiestas de graduación. El acontecimiento más esperado del año.

—Me he esforzado muchísimo con mi disfraz —dice Stacia con tono acusador—, así que de ningún modo vas a impedir que me lo ponga. ¡La gente va a alucinar cuando lo vea!

—El de Jude es una sorpresa —dice Honor—, aunque dice que no lo será para

ti, puesto que ya lo has visto. —Su mirada me indica que sabe todo lo que hay que saber acerca de Jude y de mí, y que aún no está segura de cómo lo lleva—. Pero yo también tengo una pequeña sorpresa; Romy y Rayne me dieron la idea y me hace muchísima ilusión. Créeme, Ever, esta fiesta va a ser épica. ¡Y estás loca si crees que alguna de nosotras va a perdérsela!

«¿Disfraces?»

«¿Épica?»

«Y yo que creía que solo se trataba de convencer a un puñado de inmortales de que comiesen el fruto.»

—Has visto las invitaciones, ¿no? —pregunta Stacia, recorriéndome con la

mirada.

Niego con la cabeza y comprendo demasiado tarde que no. Lo único que vi fue el sobre de color rosa y negro que dejé junto a la laguna. En ningún momento se me ocurrió echar un vistazo al interior. He estado tan agobiada poniéndome al día para poder graduarme que no se me ha ocurrido hacer preguntas. No me he ofrecido a colaborar en la planificación, ni me ha interesado saber cómo iban las cosas. Todos parecían tan contentos de hacer mi trabajo que se lo dejé de buena gana, creyendo que lo único que debía hacer era presentarme a la hora con los frutos. Sin embargo, al parecer ahora también necesito un disfraz.

—Vale, bueno, para que lo sepas, el tema de la fiesta es «Ven tal como eras». Ya sabes, quién eras en una vida anterior —aclara Stacia—. Y, para que lo sepas, vamos a ir, tanto si te gusta como si no —añade, lanzándome una mirada desafiante que me recuerda los viejos tiempos, cuando llegué aquí y ella fue a por mí de la forma más implacable.

La única diferencia es que, aunque entonces no me lo merecía, esta vez sí me lo merezco. Se ha esforzado mucho por ayudarme a enderezar las cosas, dedicándome generosamente su tiempo. Lo menos que puedo hacer es reconocer sus esfuerzos y lo mucho que ha mejorado.

—¿Sigue siendo en casa de Ava? —

pregunto, sin saber cómo vamos a caber todos en su comfortable casita ahora que la lista de invitados se ha multiplicado.

—No —responde Miles con una sonrisa de oreja a oreja, parándose junto a Honor e interviniendo en la conversación—. Es en tu casa. Y, créeme, Sabine y Muñoz no han escatimado en gastos. Va a superar de lejos la fiesta que montaste en Halloween. —Asiente con la cabeza—. Así que yo de ti me iría a casa y manifestaría un buen disfraz lo antes posible, porque la fiesta empieza a las siete.

Capítulo cuarenta

Por una vez, las palabras de Miles no eran ninguna exageración. La verdad es que Sabine y Muñoz se han esmerado en la decoración de la fachada.

Desde el instante en que aparcamos en el camino de entrada, solo puedo mirar boquiabierta cómo han cogido este falso dúplex estilo Toscana y lo han convertido en una auténtica casita típica de la zona. Estoy asombrada.

—¡Espera a ver cómo ha quedado el interior de la casa! —exclama Sabine, mirándome a los ojos—. Ya sé que querías una pequeña reunión, pero se me

ocurrió que estaría muy bien organizar una fiesta multitudinaria con todos tus amigos. Has trabajado mucho, Ever. ¡Te mereces un poco de diversión y, francamente, Paul y yo también!

Me conduce a la casa con Muñoz pisándonos los talones, y... bueno, digamos sin más que, si el exterior era sorprendente, el interior es asombroso.

—Como verás luego, esto no es más que el principio —me comenta Muñoz con una gran sonrisa—. Cada habitación cuenta con su propio tema.

—¿Cómo habéis...?

Empiezo a preguntar cómo se las han arreglado sin que ni siquiera me diese cuenta, pero entonces lo veo: hay

decoradores, catering, camareros y toda clase de ayudantes vagando por la casa. Esto no es una simple fiesta. Es una enorme juerga de graduación con comilona.

—Hay mucho que celebrar —dice Sabine—, así que decidimos no escatimar en gastos. Considéralo un festejo de bienvenida, un festejo de graduación y una fiesta de compromiso. Ah, y no hemos tenido ocasión de contártelo aún, pero una editorial importante acaba de hacer una oferta para comprar el libro de Paul, ¡así que también celebramos eso! —Lo mira con el rostro iluminado por el orgullo que siente ante su éxito, y yo también me tomo un instante para echarle una rápida

ojeada; al captar su sonrisa y su guiño, sé que recuerda el día en que le predije eso mismo—. Esperamos a mucha gente, confío en que no te importe. Sé que no es para nada lo que habías planeado, pero pensamos que podía ser divertido. El tema se le ocurrió a Miles, y luego lo fuimos desarrollando.

Asiento con la cabeza y trato de corresponder a su sonrisa, pero solo puedo pensar en los frutos, el verdadero motivo que hay detrás de esta reunión, y en que está muy claro que se ha perdido por el camino.

Sin embargo, tan pronto como lo pienso, Sabine me mira y dice:

—No te preocupes, nos hemos

ocupado de todo. He dejado libre la salita que hay junto a tu habitación para que hagas lo que tengas que hacer. Solo espero que también te tomes algo de tiempo para divertirte.

La miro sin saber qué decir. Nunca he esperado nada remotamente parecido y me siento un poco abrumada.

Pero Sabine se limita a colocarme la mano en el hombro y dice:

—Ahora vete. Sube y manifiéstate un disfraz mientras Paul y yo nos ponemos los nuestros. Solo tienes que estar lista a las siete para recibir a todo el mundo.

Hago lo que ella dice. Es más fácil así. Subo las escaleras y me voy directa a mi habitación, donde me dejo caer sobre

la cama, todavía atónita por lo que está pasando. Recuerdo el día que llegué, cuando Sabine me recogió en el aeropuerto y me llevó a mi nuevo hogar, mi nueva vida. Estaba tan perdida en mi dolor que no pude apreciar todas las molestias que se había tomado con la intención de darme una vida cómoda. Solo fui capaz de echarme boca abajo y llorar, al menos hasta que Riley apareció y me aclaró las cosas, hasta que me ayudó a verlas a través de sus ojos.

Riley.

Cierro los ojos e intento ahuyentar el escozor de las lágrimas y el nudo en la garganta que siempre acompaña todos y cada uno de mis pensamientos acerca de

ella. Me sorprende lo fugaz que resulta la angustia esta vez; los síntomas aparecen y desaparecen en cuestión de segundos. Y entiendo que es gracias a los frutos.

Aunque sigo echándola de menos, aunque anhelo volver a verla, ahora, por primera vez en mucho tiempo, sé con certeza que la veré. Y saber eso contribuye a mitigar el dolor de su añoranza, de la añoranza de todos ellos, incluyendo a Buttercup.

Con un solo mordisco de ese fruto mi cuerpo cesará de ser inmortal. Regresará al proceso habitual de envejecer y marchitarse hasta que con el tiempo muera y mi alma regrese a su auténtico estado eterno e infinito y quede libre de cruzar el

puede que lleve al lugar en el que ahora vive mi familia.

Me ocurra lo que me ocurra, mi alma seguirá viviendo, y así mi familia y yo podremos volver a reunirnos.

Solo espero que Damen y yo también nos reunamos.

Solo espero poder encontrar un modo de convencerlo de lo que ambos debemos hacer.

Pero antes tengo que pensar en alguna clase de disfraz para el tema «Ven tal como eras», y para alguien con siete vidas pasadas entre las que escoger cabría pensar que la elección es fácil.

¿Debería ir como Adelina, la vida de la que acabo de enterarme? ¿O como

Evaline, la criada parisina? ¿Como Abigail, la hija de un puritano? ¿Chloe, la chica consentida de la alta sociedad? ¿Fleur, la musa del artista? ¿Emala, la triste y joven esclava?

¿O debería ir como todas ellas?

¿Tendría que hallar un modo de unir la totalidad de las piezas de mis diversas vidas, como si confeccionase una especie de edredón del karma, por decirlo de algún modo?

Reflexiono durante un rato. Me gusta el concepto, pero no tengo ni idea de cómo enfocarlo, y luego, así sin más, sé exactamente lo que voy a hacer.

Echo un vistazo al reloj de mi mesilla y veo que tengo muy poco tiempo para

utilizar mis poderes de manifestación. Así que me levanto de un salto y me pongo manos a la obra, confiando en que salga igual que la imagen que tengo en mente.

Confiando en que su utilidad vaya más allá de la de un simple disfraz. En que me proporcione la prueba que voy a necesitar.

Capítulo cuarenta y uno

Cuando termino, me sitúo delante del espejo y hago inventario. Repaso mi lista mental y me aseguro de que esté todo. Oigo la voz de Damen en mi cabeza, las palabras exactas que empleó cuando me lo explicó, asegurándome que cada pieza, desde mi pelo de un rojo encendido hasta mi elaborado vestido, desde mi mirada coqueta hasta mi fuerza interior y humildad, tiene sus orígenes en el pasado, mientras que mis ojos no han cambiado y se mantienen eternos, sea cual sea la apariencia que mi alma decida encarnar. Y sé que estoy lo más cerca posible de

reproducir el cuadro que pintó (incluyendo algunas referencias nuevas a Emala y Adelina, de las que nada sabía entonces), hasta que recuerdo una última cosa. Una última cosa que no estoy segura de poder llevar a término.

Las alas de gasa.

Tan pronto como las manifiesto sobre mi espalda, me siento tonta.

Tonta, incómoda y, bueno, un poquito abochornada.

De ningún modo puedo enfrentarme a mis invitados así. No lo entenderán. Lo malinterpretarán. Pensarán que me considero tan especial que creo realmente haber descendido de los ángeles a fin de caminar entre ellos. Cuando no hay nada

más lejos de la verdad.

Aprieto los labios, a punto de cerrar los ojos y hacer que las alas desaparezcan, cuando recuerdo que no lo hago por ellos. Lo hago por Damen. Bueno, por Damen y por mí.

La noche que pintó mi retrato en el museo Getty afirmó que estaban allí y que solo él podía verlas. Afirmó que el simple hecho de que yo no las viese no significaba que no fuesen reales. Y aunque estoy segura de que nadie entenderá qué pretendo, lo único que importa es que Damen lo entienda. Que la visión de mi disfraz contribuya a convencerle de lo que debemos hacer.

Solo espero que siga viéndome así.

Solo espero no estar tratando de recuperar algo que ya no existe.

Jugueteo con mi cabello; no estoy acostumbrada a verme pelirroja fuera del cenador, cuando soy Fleur, aunque me gusta el cambio también en esta vida. Luego me paso las manos por el largo vestido de gasa, me miro por última vez y salgo por la puerta antes de perder todo mi aplomo.

Todos los efectos de lo que Sabine, Muñoz y su hábil equipo de decoradores visualizaron se han hecho realidad. Me siento como si entrase en un mundo mágico y místico, como si viajase hacia atrás en el tiempo. Cada habitación es distinta de la siguiente, y sin embargo

todo corresponde al tema, hasta el último detalle.

La cocina es la antigua Grecia, la salita es el Renacimiento italiano, el cuarto de baño se inspira en la Edad Media (¡aunque tanto el lavabo como el retrete funcionan!), el comedor refleja la prehistoria y el salón recuerda la época victoriana, mientras que el jardín trasero es puro años sesenta. Y cuando la casa empieza a llenarse de montones y montones de personas disfrazadas me asombra comprobar que resulta una idea muy divertida.

La fiesta acaba de empezar, y sin embargo todos los personajes favoritos de vidas pasadas están ya presentes.

Cleopatra habla no solo con Marco Antonio, sino también con María Antonieta. También están Juana de Arco, Janis Joplin, Alejandro Magno, Napoleón y Einstein, además de un tipo con túnica, barba y bigote largos que creo que pretende ser Confucio, y alguien con una larga barba gris que no para de gritar profecías y que creo que es Nostradamus. Es curioso que todo el mundo dé siempre por supuesto que fue alguien famoso. Nadie se imagina siendo una camarera o una esclava como yo fui.

Miles es el primero en encontrarme. Va de la mano de Holt, y antes incluso de que pueda preguntárselo se señala a sí mismo y dice:

—Leonardo da Vinci. Guapísimo, superdotado y absolutamente genial. Es lógico, ¿no?

Asiento y observo con los ojos entornados a Holt. Me sorprenden su pelo plateado y su severo cuello alto negro, y digo:

—Vale, eres Andy Warhol o Albert Einstein...

Pero antes de que pueda responder aparece Stacia como Marilyn Monroe (vaya sorpresa), junto a Honor, que va vestida de Pocahontas (cosa que realmente me sorprende).

—¡Vaya, lleváis unos disfraces geniales! —exclamo, asintiendo con la cabeza.

Stacia se pasa las manos por su vestido blanco de tirantes mientras Honor hace oscilar sus largas trenzas negras y dice:

—Vale, no era exactamente Pocahontas, pero vi una vida como india americana.

Entrecierro los ojos, preguntándome si eso significa que ha conseguido llegar a Summerland.

Sin embargo, ella se apresura a aclarar sus palabras diciendo:

—Romy y Rayne me hipnotizaron.

Mis ojos se entornan aún más. No sé de qué está hablando.

—Ya sabes, me sometieron a una regresión hipnótica para que pudiese ver

mis vidas pasadas. Son muy buenas; estamos pensando en ofrecer sus servicios en la tienda, con la ayuda de Ava, por supuesto.

—¡Vaya! —exclamo—. ¡No tenía ni idea! —Y no puedo evitar sentirme un poco desanimada al pensar en todo lo que me he perdido, en la facilidad con la que han seguido adelante sin mí. A continuación sacudo la cabeza para despejar la mente, miro a Miles y le pregunto—: Entonces, ¿a ti también te hipnotizaron? ¿Significa eso que fuiste realmente Leonardo da Vinci?

Sin embargo, justo cuando está a punto de contestar, Jude, que ha venido como el artista también conocido (al menos por mi

parte) como Bastiaan de Kool, se detiene delante de mí. Se toma su tiempo para contemplarme mientras trata de entender mi disfraz; tanto, de hecho, que no puedo evitar sentirme violenta. No puedo evitar sentirme tan nerviosa e incómoda que le echo un rápido vistazo a Honor, a sabiendas de que tanta atención no va a entusiasmarle.

—Ya lo entiendo —dice, con los ojos aún entornados—. Has cogido una pieza de cada una de ellas. —Sacude la cabeza maravillado, y su mirada vuelve a recorrerme de arriba abajo cuando añade —: ¡Es una idea fantástica! ¡Ojalá se me hubiese ocurrido a mí!

—¡Ojalá se me hubiese ocurrido a mí

también! —Echo una ojeada al otro lado de la habitación y saludo a Sabine y Muñoz, vestidos respectivamente de princesa vikinga y William Shakespeare. Vuelvo a mirar a Jude cuando añado—: Fue idea de Damen.

—¿Está aquí? —pregunta Stacia, y sus mejillas se sonrojan cuando se da cuenta de cómo podría tomarme yo su pregunta, de que después de todo lo que hemos pasado yo podría fácilmente malinterpretar su interés—. O sea, no es que me importe. —Hace una pausa al darse cuenta de que eso puede sonar aún peor y se apresura a añadir—: O sea, me importa, pero no como tú... hummm... crees.

Cuando le pongo la mano en el brazo con la intención de tranquilizarla, de asegurarle que no pasa nada, me abruma un estallido de energía tan intenso que me siento como si estuviera atrapada en el ojo de su propio tornado personal. Y, aunque me apresuro a apartarme, no tardo en darme cuenta de que no todo ha sido malo. Si acaso, he podido echar un vistazo desde dentro a lo mucho que ha avanzado y a la sinceridad de sus palabras.

Intento mostrarme más positiva de lo que me siento al decirle:

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea de si vendrá, pero lo espero.

Ava me saluda con la mano desde el

otro lado de la habitación y me hace señas para que me reúna con ella en la salita. Va vestida de John Lennon y se halla junto a Rayne, que lleva el sombrero sin alas, los guantes blancos inmaculados, el traje chaqueta perfecto y el peinado lacado de Jackie Onassis, mientras que Romy va vestida de Jimi Hendrix, con su guitarra eléctrica sujeta al pecho con una correa. Lo cual es lo contrario de lo que yo habría pensado, pero, claro, a pesar de todo el tiempo transcurrido sigo sin saber por dónde agarrarlas.

Me dispongo a agradecerles el trabajo fantástico que han hecho y toda la ayuda que me han proporcionado en el último año, cuando alguien sale sigilosamente de

detrás de mí y dice:

—Así que está hecho.

Me vuelvo, reconociendo al instante la voz.

Parece más vieja. Tan delicada y frágil que su salud me preocupa. El bastón con el que la vi una vez vuelve a estar en sus manos. Aunque no tardo en comprender por qué: es la primera vez que la veo en el plano terrestre. Y, después de pasar tanto tiempo en Summerland, la gravedad de aquí pesa mucho.

—En cuanto he visto cómo resplandecías, lo he sabido.

La miro y me fijo en que es la única que no va disfrazada, y sin embargo, al

verla con su túnica de algodón y sus pantalones a juego, la mayoría de la gente supondría seguramente que sí.

—Pero no resplandezco —digo, y mis ojos siguen estudiándola con detenimiento, dándome cuenta de lo rara y fuera de contexto que resulta ahora que está aquí—. No tengo aura —añado—. Ningún inmortal la tiene.

Pero ella ignora mis palabras.

—Las auras son un reflejo del alma —dice—. Y la tuya es preciosa. Has tomado conciencia de su presencia, la has vislumbrado, ¿no es así?

Me miro las manos y recuerdo cómo las vi resplandecer con un bonito matiz púrpura cuando estaba en Summerland,

cuando aún estaba de viaje. Recuerdo haber sentido que el color surgía de algún lugar muy profundo de mí y que la intensidad de la sensación me indicó la forma exacta de proceder. Luego recuerdo que Drina también lo vio y que lo comentó justo después de que yo liberase su alma de Shadowland. Y ahora Loto también lo ve. Eso me lleva a preguntarme si podría ser real y si seguirá conmigo incluso después de que haya probado el fruto.

Y eso, por supuesto, me hace pensar en Damen y preguntarme si accederá a probar el fruto conmigo.

—Necesita tiempo —dice Loto, sintonizando mis pensamientos—. Al contrario que yo. He esperado demasiado.

Asiento con la cabeza y le ofrezco mi mano mientras la conduzco escaleras arriba, pero ella se limita a negar con la cabeza y recurre a su bastón.

Le daré el fruto a ella primero, se lo serviré en privado antes de reunir a los demás, y me sorprendo cuando sintoniza de nuevo mis pensamientos y dice:

—Los encontrarás ya reunidos. Te están esperando.

Así es. Cuando entramos en la salita que hay junto a mi habitación nos recibe un asombroso grupo que disfruta de juventud eterna y belleza. Juventud eterna y belleza con la mejor colección de disfraces que he visto en mi vida. Algunos de ellos han optado por interpretar el tema

literalmente, vistiéndose como personas reales, mientras que otros han optado por interpretarlo en sentido figurado, disfrazándose de objetos como flores y árboles; hay incluso una estrella fugaz apartada en un rincón. Y me figuro que, si es verdad que todo es energía, si es verdad que todos estamos conectados, no hay nada en absoluto que nos separe de la naturaleza, todos formamos parte del conjunto.

Más de cincuenta personas que Roman a las que consideró dignas se vuelven hacia mí. Son tres personas por cada siglo, un grupo mucho más reducido de lo que yo imaginaba, aunque aun así más numeroso de lo que hubiera deseado.

Y puedo decir sin faltar a la verdad que cuando comienzo en serio a mirarlos a todos, y me refiero a todos y cada uno de ellos, comienzo a sentirme un poco ridícula al pensar en lo que me dispongo a proponerles.

Estas personas han viajado por todas partes con el único propósito de mantener la vida a la que se han acostumbrado. Estas personas están tan adelantadas en todos los aspectos, han viajado tanto, tienen tanta experiencia y son tan mundanas que, bueno, me intimidan en el mejor de los casos. Y no puedo evitar preguntarme por qué van a considerar siquiera la posibilidad de escucharme a mí, una chica de diecisiete años cuyo

mayor logro mundano hasta el momento (al margen de localizar el árbol) es haber acabado el instituto.

¿Por qué deberían considerar siquiera la posibilidad de renunciar a todo lo que han conocido y amado durante tantos años por una idea desconocida y esotérica, que puedo explicar con facilidad pero soy incapaz de demostrar?

Sin embargo, entonces miro a Loto y veo que asiente con la cabeza para infundirme ánimos. Esos viejos ojos legañosos me alientan y me instan a superar mis miedos y a dirigirme a todos ellos diciéndoles:

—Sé que esperáis ver a Roman, pero Roman ya no está aquí, así que me tenéis a

mí. Y aunque estoy segura de que en modo alguno puedo competir con él, ahora que estáis aquí confío en que al menos consideréis la posibilidad de escucharme.

Mis palabras son acogidas con murmullos. Montones y montones de murmullos. Con una buena cantidad de quejas añadidas. El rugido aumenta tanto de volumen que no tengo más remedio que meterme dos dedos en la boca y soltar un largo y fuerte silbido para hacerles callar.

—Cuando he dicho que Roman ya no está con nosotros, lo decía en sentido físico. Su cuerpo ha perecido, aunque su alma sigue viviendo. Y resulta que lo sé porque he visto cómo sucedía y me he comunicado con él. El alma nunca muere.

Él es ahora realmente inmortal.

Hago una pausa, esperando más exabruptos, y me sorprende el silencio que me recibe en cambio.

—Y por eso, aunque sé que esperáis el elixir, voy a ofreceros otra cosa. — Desvió la mirada y mis ojos contemplan las múltiples botellas de zumo rojo que he dejado enfriar en la mininevera. De pronto, cambio de enfoque cuando digo —: No, en realidad voy a daros a elegir. —Miro a Loto a los ojos, temiendo lo que pueda pensar, pero me encuentro con que asiente para alentarme, nada perturbada por mis palabras—. Me parece justo que podáis elegir de verdad. Sin embargo, quiero que reflexionéis muy bien, porque

después de hoy puede que esta posibilidad de elegir no vuelva a presentarse. Así que, en pocas palabras, voy a ofreceros beber del elixir que prolongará vuestra vida tal como la conocéis, conservando vuestra juventud, belleza y vitalidad durante otros ciento cincuenta años, pero deberíais saber que tiene un precio muy alto. Aun así podéis morir. Si alguien encuentra uno de vuestros chakras débiles, vuestro cuerpo se desintegrará y vuestra alma se verá atrapada en Shadowland, un lugar terrible del que debéis manteneros alejados. O bien... —Hago una pausa, consciente de lo importante que es esta próxima parte. Quiero presentarla bien y subrayar toda su

importancia antes de perderles por completo—. O bien podéis probar el fruto que arranqué del Árbol de la Vida, el fruto que ofrece la auténtica inmortalidad, la inmortalidad del alma. Pero, para que lo sepáis, al comerlo anularéis todo lo que sois ahora. Vuestro cuerpo se marchitará y envejecerá, y sí, acabaréis muriendo. Pero vuestro ser, vuestra verdadera esencia, vuestra alma, obtendrá la eternidad como siempre debió ser.

Me muerdo el labio inferior y muevo torpemente las manos a los costados, a sabiendas de que he dicho todo lo que podía decir. Ahora la decisión es de ellos. Y aunque creo que es una decisión obvia, sigue siendo una decisión muy

difícil de tomar.

Hay muchos murmullos, muchas preguntas, muchas sospechas, y como todo el mundo piensa ya que Loto está loca, y como todo el mundo me considera la novia de la única persona que les han enseñado a odiar, está muy claro que mi pequeño discurso no ha sido ni mucho menos tan bien recibido como yo esperaba.

Pero justo cuando estoy segura de que solo les he convencido de aprovechar otros ciento cincuenta años de lo que han llegado a conocer y amar, la flor, la estrella fugaz y el árbol dan un paso al frente, se alejan de la multitud y vienen hacia el lugar en el que me encuentro. Y

parpadeo atónita al darme cuenta de que son Misa, Marco y Rafe.

Resplandecen.

Resplandecen total y absolutamente.

Sus auras aparecen brillantes, radiantes. Relucen de forma inconfundible, como cuando abandonaron el árbol.

Siguen donde yo me he quedado, hablando con entusiasmo. Sus voces se superponen, explicando la milagrosa transformación que experimentaron en cuanto probaron el fruto.

Le cuentan a la multitud lo que yo ya intuía: todos aquellos chillidos y gritos de regocijo que soltaron después de comer el fruto no se debían a que creyesen

asegurada su inmortalidad física, sino a que sentían restablecida la inmortalidad de su alma.

Experimentaban la emoción de asistir a la alineación de su karma con el universo.

Mientras hablan, Loto me mira y se apoya las manos en el pecho en una bendición silenciosa. Se pone a colocar pequeños pedazos de fruto en vasitos de papel, asegurándose de que haya suficiente para todos, antes de arrancar uno para sí misma, mirarme y decir:

—Por favor, ven conmigo.

Vacilo. Quiero presenciar el momento en que todos los inmortales, convencidos por lo que han oído, dan un paso al frente

como si fuesen uno solo y escogen su nuevo camino.

Pero Loto se limita a sacudir la cabeza y dice:

—Has hecho todo lo que podías. Lo demás es cosa suya.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo que la multitud se acerca a Misa, Marco y Rafe. A continuación, sigo a Loto escaleras abajo y a través de la casa, recogiendo por el camino a Ava, las gemelas, Jude, Stacia, Honor, Miles, Holt e incluso Sabine y Muñoz. Quiere hacer este último viaje con quienes la han ayudado a llegar hasta aquí.

Nos conduce al jardín trasero, donde se quita los zapatos a patadas, cierra los

ojos y suspira mientras hunde los dedos de los pies en la hierba. A continuación levanta la cabeza y nos echa un vistazo a cada uno. Sus ojos se clavan en los míos cuando dice:

—Me has liberado. Y aunque mi gratitud no tiene límites, has pagado con creces tu confianza en mí. Lo lamento.

Asiente con la cabeza y se inclina levemente. Espero a que añada algo más, a que me diga que no me preocupe, que todo mejorará a partir de ahora, pero en cambio se lleva el vasito a los labios y traga. Cierra los ojos y sus manos se alzan deprisa. Sus dedos se estiran, sus palmas se alisan. El jardín queda en silencio mientras Loto empieza a resplandecer con

un precioso color dorado que es imposible ignorar.

Su rostro aparece radiante, sonriente; su bastón está casi olvidado, abandonado junto a ella, testigo de algo milagroso, algo que únicamente ella puede presenciar. Y solo puedo mirarla boquiabierta cuando, en lugar de la ceniza que me he acostumbrado a ver, dos flores de loto perfectas florecen en sus palmas.

Se vuelve hacia mí y me coloca una detrás de la oreja y otra en la mano. Cierra suavemente mis dedos en torno a la segunda y dice:

—Esta es para Damen. Ahora debes ir con él.

Asiento con la cabeza, deseosa de

hacer eso mismo, aunque también quiero ver cómo acaba esto.

Me siento dividida entre el deseo de marcharme y de quedarme cuando Jude se inclina hacia mí y dice:

—Está aquí.

Lo miro y mi corazón late a mil por hora, creyendo que se refiere a Damen, aunque no tardo en comprender que hablaba de otra persona.

—Su marido. Ha venido para acompañarla al otro lado —me aclara, indicando con un gesto el espacio que hay junto a Loto, un espacio que a mí me parece vacío.

Contemplo a Loto, que da un paso al frente y otro más, hasta que simplemente

desaparece. Su cuerpo es tan viejo y está tan gastado, su inmortalidad ha sido anulada de forma tan repentina, que no ha podido seguir soportando la gravedad del plano terrestre. Y, sin embargo, ha conseguido justo lo que quería, lo que ha buscado todo este tiempo. Solo deja atrás una brillante pila de polvo de oro.

Todos guardamos silencio, reacios a empañar el momento con palabras.

Todos menos Stacia, que dice:

—Vale... Ahora que esto ha terminado, ¿puede alguien decirme, por favor, dónde encontrar a aquel tío bueno vestido de gladiador?

Miles y Holt sueltan una carcajada y la llevan al interior de la casa mientras

Ava y las gemelas se entretienen con Sabine y Muñoz, repasando los detalles de la boda que se avecina; Romy y Rayne suplican ser damas de honor.

A continuación, Honor nos mira a Jude y a mí y dice:

—Vale, este es el trato: esta Pocahontas vuelve a entrar para que vosotros dos podáis resolver vuestros asuntos pendientes. En serio, tened vuestra conversación, aclaradlo todo, y luego, Jude, cuando estés listo, cuando estés listo para dedicarme toda tu atención a mí y solo a mí, bueno, ya sabes dónde encontrarme.

Empiezo a alargar el brazo hacia ella, empiezo a decir que no tenemos ningún

asunto que resolver, nada que aclarar, que ya hemos hablado de todo, que no hay más que decir. Sin embargo, se vuelve y me lanza una mirada que me indica que va en serio, por lo que dejo que se marche y me centro en Jude.

—Así que Bastiaan de Kool —digo con una sonrisa, confiando en que si le sostengo la mirada el tiempo suficiente empiece a parecerme real. Me pregunto cómo es posible que me sienta tan desolada después de lograr tanto. Pero sé por qué, y pienso ocuparme de ello muy pronto—. De tus muchas vidas pasadas, ¿fue Bastiaan tu favorito? —pregunto, clavando mi mirada en su camisa blanca y sus pantalones manchados de pintura.

Jude se echa a reír, y sus ojos aguamarina se clavan en los míos cuando dice:

—Era él quien se llevaba a todas las chicas. Bueno, a todas menos a una.

Miro hacia la ventana y sorprendo a Honor observándonos. Su rostro revela ansiedad y preocupación ante la posibilidad de perder a Jude. Y aunque no tengo manera de saber si de verdad están hechos para pasar mucho tiempo uno al lado del otro, parecen gustarse mucho, parecen beneficiarse mutuamente, y eso es lo único que importa ahora mismo.

—Dale una oportunidad —digo, volviendo a Jude. Y cuando empieza a interrumpirme, levanto la palma de la

mano y añadido—: La última vez, cuando me preguntaste qué opinaba de ella, no fue casualidad que no te contestara. En aquel momento no estaba segura del todo. Pero ahora lo estoy, y creo que deberías darle una oportunidad real, sincera, verdadera y seria. Ha hecho grandes progresos desde que la conocí, y está loca por ti. —Lo miro a los ojos—. Y, francamente, creo que te mereces que alguien esté loco por ti. Creo que te mereces toda la felicidad que puedas soportar. Además —añado, encogiéndome de hombros—, tú ya no eres Bastiaan, y, pese a mi cabello rojo —digo, señalando mi cabeza—, yo ya no soy Fleur. Ni soy Adelina, ni Evaline, ni Emala, ni Chloe, ni Abigail, ni ninguna de

ellas. Eso solo fueron papeles que interpretamos hasta que llegó el momento de pasar al siguiente. Y aunque siempre llevaremos con nosotros una parte de ellos, aún nos quedan muchos más papeles que interpretar. Cuando lo miras desde una perspectiva global, nuestro tiempo juntos es como una pizca de especias en una gran sopa cósmica, importante para la intensidad del sabor, aunque no sea el ingrediente principal. El pasado ha quedado atrás. No podemos ni debemos recuperarlo. De todos modos, lo único que tenemos siempre es el ahora. — Señalo con un gesto la ventana en la que espera Honor—. ¿No crees que ya es hora de aceptarlo?

Jude se sitúa ante mí, me mira a los ojos durante un buen rato y luego asiente con la cabeza.

—¿Y tú? —pregunta, quedándose ahí incluso después de que yo me vuelva para alejarme—. ¿Es eso lo que piensas hacer?

Le echo un vistazo por encima del hombro y después miro la flor de loto que tengo en la mano, diciendo:

—Sí. Y empiezo ahora mismo.

Capítulo cuarenta y dos

De camino hacia la casa de Damen doy un breve rodeo.

Solo una parada rápida para utilizar mis poderes de manifestación mientras pueda.

Solo un breve desvío que espero tenga como resultado algo que Damen y yo podamos disfrutar juntos.

Si no, solo puedo suponer que otros lo disfrutarán por nosotros.

Pero no puedo permitirme pensar así.

No puedo permitirme ni el más leve atisbo de negatividad.

Estoy segura de que Damen albergará

la suficiente para ambos, así que no necesito aumentarla.

Saludo con el brazo a Sheila, la guardia de la puerta, que para mi sorpresa, teniendo en cuenta el tiempo que me he pasado fuera, me indica alegremente que pase. Luego conduzco colina arriba, salvando la serie de curvas que hay hasta llegar a su calle. Recuerdo la primera vez que vine aquí, cuando no había sido invitada y me vi obligada a entrar por una ventana. Encontré la casa desprovista de todo mobiliario. No solo estaba vacía, sino que lo estaba de un modo sobrecogedor. Bueno, vacía de un modo sobrecogedor salvo la habitación del piso de arriba, en la que guardaba los

recuerdos más preciados de su pasado, una habitación que tardé algún tiempo en aprender a apreciar.

Aparco en el camino de acceso y me dirijo hacia la puerta. Entro sin molestarme en llamar. Atravieso apresuradamente el enorme vestíbulo y me voy hacia las escaleras. Sé dónde encontrarle, sé adónde va cuando se siente preocupado, como ahora.

Está de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, con la mirada fija en algún lugar distante.

—Hubo un tiempo en el que pensabas que esta habitación resultaba espeluznante —me dice—, un tiempo en el que pensabas que yo mismo resultaba

espeluznante.

Me paro junto al viejo canapé de terciopelo sin intentar desmentir sus palabras. Contemplo su colección de tapices tejidos a mano, arañas de cristal, candelabros de oro y obras maestras de marco dorado; un recordatorio de una vida sumamente larga y llena de aventuras. Y soy consciente de que lo que me dispongo a pedirle no es poco.

—Hubo un tiempo en el que sentías un gran resentimiento hacia mí por lo que había hecho contigo, por aquello en lo que te había convertido.

Asiento con la cabeza; de nada sirve negarlo, pues ambos sabemos que es cierto. Y aunque me gustaría que me

mirase, aunque le suplico con la mente que se vuelva para poder verme, permanece donde está, clavado en su sitio.

—Y está claro que sigues aferrándote a ese resentimiento. Por eso nos encontramos aquí. Separados como estamos.

—No estoy resentida contigo — contesto, con la mirada pegada a su espalda—. Sé que todo lo que has hecho, lo has hecho por amor. ¿Cómo podría estar resentida contigo?

Mi voz queda amortiguada por las alfombras antiguas, los pesados cortinajes y las pilas de cojines de seda, pero aun así se las arregla para retumbar y volver

hasta mí, mucho más apagada de lo que esperaba.

—Pero ahora estamos en una encrucijada —replica, asintiendo con la cabeza; sus dedos juegan con algo que sostiene contra el alféizar de la ventana, algo que mantiene fuera de la vista—. Tú quieres borrar lo que he hecho y volver a la antigua forma de ser, mientras que yo quiero quedarme como estoy, aferrarme a la vida que me he acostumbrado a vivir. —Suspira—. Y me temo que, en vista de todo eso, no es posible alcanzar una solución intermedia. Hemos llegado a una coyuntura, un lugar en el que tenemos que encontrar un modo de acordar un destino compartido o marcharnos en direcciones

separadas y vivir vidas separadas.

Permanezco en silencio, quieta. No me gusta nada cómo suenan sus palabras, la opresión que siento en el estómago al oírlas. No obstante, sé que es verdad. Debemos tomar una decisión, y debemos tomarla pronto.

—Tienes que entender, Ever, que aunque tus argumentos son muy poderosos y válidos, aunque mi decisión es incorrecta en muchos aspectos, si no en todos, esto es lo único que he conocido durante los últimos seiscientos años. Esta es la vida a la que me he acostumbrado. Y, por más que deteste reconocerlo, no estoy seguro de estar hecho para ser mortal. Aunque fue fácil renunciar a mis

extravagancias cuando pensé que mi karma era el responsable de nuestros problemas, aunque fue sumamente fácil sustituir mis botas de motorista hechas a mano por unas chancas de goma, lo que me pides ahora... bueno, es algo muy distinto. Ya sé que mis palabras pueden sonar muy hipócritas. Por un lado, afirmo estar muy preocupado por el estado kármico de mi alma y, sin embargo, por otro, me opongo con todas mis fuerzas a la única solución real que se ha presentado para arreglarlo; pero, aun así, es lo que hay. Hablando con franqueza, no estoy dispuesto a renunciar a mi juventud eterna y perfección física a fin de contemplar cómo mi cuerpo envejece, se desintegra y

al final muere. No estoy dispuesto a renunciar a mi acceso a la magia, la manifestación y los viajes fáciles a Summerland. No lo estoy. Tal vez sea más fácil para ti, que solo has sido inmortal durante un año, y no durante seiscientos como yo. Pero, Ever, por favor, trata de entender que mi inmortalidad me ha definido durante tanto tiempo que no estoy seguro de quién seré si escojo una vida sin ella. No estoy seguro de quién seré si dejo de ser el hombre que ves ahora. ¿Seguirás queriéndome? ¿Te gustaré siquiera? No quiero arriesgarme a averiguarlo.

Doy un paso atrás. En serio, doy un paso atrás. Pero no es que importe. No me

ve. Sabía que él tenía miedo, sabía que temía hacer un cambio tan enorme, pero no consideré ni por un momento la posibilidad de que pudiese tener miedo de perderme una vez que desaparezca su inmortalidad física.

Por fin encuentro en mí la voz suficiente para decir:

—¿De verdad crees que dejaré de quererte? ¿Crees que todas las experiencias, dones y creencias que te han ido convirtiendo en la persona increíble que sé que eres desaparecerán de algún modo y te dejarán siendo una cáscara aburrida, vacía y desagradable en cuanto decidas comer el fruto? Damen, en serio, debes saber que no te quiero porque seas

inmortal, te quiero porque eres tú.

Sin embargo, aunque mis palabras apasionadas me salen directamente del corazón, no alcanzan su objetivo.

—No nos engañemos, Ever. Primero te enamoraste de mi yo mágico, el coche exclusivo, los tulipanes, el misterio... Fue más tarde cuando conociste mi verdadero yo. E incluso entonces, ¿cómo separar los dos? Si no recuerdo mal, no estabas demasiado entusiasmada con lo que una vez llamaste mi «período monástico».

No le falta razón, pero me apresuro a refutar sus argumentos:

—Es cierto que me enamoré enseguida de tu yo mágico, misterioso y capaz de manifestar, pero eso fue

encaprichamiento y no amor. Una vez que te conocí, una vez que conocí tu corazón, tu alma y el ser maravilloso que eres, bueno, fue entonces cuando ese encaprichamiento se hizo mucho más profundo y se volvió amor. Y sí, aunque también es cierto que no me sentí precisamente encantada cuando decidiste renunciar a todas esas cosas exclusivas, nunca dejé de quererte. Además, ¿no fuiste tú quien me dijo una vez que todo lo que puede hacerse en Summerland puede hacerse también en el plano terrestre? ¿No afirmaste que podía tardarse un poco más en ver su realización pero que funciona igual?

Avanzo y me paro a pocos centímetros

de él, deseando que se vuelva y me mire, aunque sé que no está preparado.

—Al final —digo con voz suavemente persuasiva—, todo se reduce a lo que ya sabes que es cierto. Sabes cómo funciona el universo. Sabes que todo es energía, que los pensamientos crean la realidad, que podemos efectuar nuestra propia magia aquí mismo, en el plano terrestre, manteniendo unas intenciones positivas y claras. Así que ahora toca llevar a la práctica todo lo que sabemos. Ahora toca confiar en el universo, en mí y en ti mismo lo suficiente para creer. Damen, ¿no quieres tomarte las cosas con más calma? ¿No quieres quedarte en un sitio durante muchos años? ¿No quieres forjarte

amistades duraderas, tal vez, incluso... no sé... tal vez incluso tener una familia algún día? ¡Demonios, Damen! ¿No quieres volver a ver a tu propia familia?

Inspira hondo varias veces y luego se vuelve. Abre unos ojos como platos al verme, al ver cómo voy vestida.

—Eres una aparición —dice, con voz maravillada—. Eres igual que el cuadro. *Fascinación*. ¿No fue así como lo llamamos?

Sin embargo, mientras sus ojos se dedican a recorrerme de arriba abajo, los míos están fijos en lo que sostiene en la mano.

El objeto que ha mantenido oculto cuando estaba de cara al alféizar de la

ventana aparece ahora claramente a la vista.

Su visión me recuerda la última noche de Roman, cuando se sentó ante mí en su cama arrugada, sosteniendo entre el índice y el pulgar un frasquito de cristal lleno de un líquido verde iridiscente.

Damen se le parece mucho en este momento.

Me sorprende mirando y, al agarrar el cristal con más fuerza, hace que el líquido verde salpique los lados y roce el borde.

Y sé que lo único que debemos hacer para estar juntos de la forma que queremos es beberlo.

Lo único que hace falta es un solo sorbito por parte de cada uno de nosotros.

Sin embargo, eso es lo que yo creía antes. Ahora ya sé que no es verdad.

El antídoto puede ser seguro, mientras que la mejor solución, la solución real, no ofrece garantía alguna. Requiere un salto de fe, un salto muy grande, desde luego, pero que estoy dispuesta a dar.

Aunque, por el modo en que Damen levanta el frasquito ante sí, está claro que soy la única que opina de esa forma.

Aun así, al verlo no puedo evitar quedarme paralizada. Paralizada al darme cuenta de que estoy dispuesta a darle la espalda a lo único que he buscado durante todo este tiempo.

Levanto las manos ante mí con la flor de loto entre las palmas mientras digo:

—He visto a Loto, justo antes de que cruzase al otro lado. Ella quería que tuvieras esto —añado, mirándole a los ojos. Me contempla embelesado mientras el antídoto continúa subiendo y bajando por el cristal del frasco.

Aunque no trata de alcanzar la flor, se las arregla para decir:

—Siempre pensé que era un mito. No tenía ni idea de que existiese realmente.

Me acerco más a él y paso junto a una antigua mesa de mármol cubierta de impresionantes primeras ediciones de libros dedicados que fácilmente podrían subastarse por cientos de miles de dólares.

—¡El verdadero Árbol de la Vida! —

exclama, mirándome a mí, mirando la flor de loto y el antídoto que sostiene en la mano; sacude suavemente la cabeza cuando dice—: Me resulta increíble que no solo lo encontrases, sino que trajeses frutos suficientes para todos los inmortales. Aunque no puedo convencerme de la necesidad de probar el fruto, tu hazaña me causa impresión y asombro.

A pesar de la calidez que se desprende de sus ojos, lo único que oigo en mi cabeza es: «No puedo convencerme de la necesidad de probar el fruto».

Sus palabras resonantes me dejan sin aliento y con las rodillas temblorosas.

Nos miramos fijamente. El silencio

flota y se extiende entre nosotros. Si yo pudiera, haría que el momento se prolongase, creciese y persistiese para siempre, pero sé que debe acabar. Todo acaba. Sé también qué hay que decir, así que no veo por qué no decirlo yo:

—Entonces, supongo que eso es todo, ¿no?

Trato de no parecer tan destrozada como me siento, pero no lo consigo ni de lejos. Me mira, y su expresión sustituye a cualquier palabra que pueda decir, así que suelto un largo suspiro, cierro los dedos en torno a la flor de loto y empiezo a salir con gran esfuerzo de esta habitación, de su vida.

Hemos alcanzado la encrucijada.

La coyuntura.

No hay vuelta atrás.

Es aquí donde cada uno de nosotros sigue su camino.

«Casi» siento su mano en mi brazo cuando me atrae hacia sí y dice:

—Sí.

Lo miro sin saber a qué dice «sí».

—¿Recuerdas las preguntas que me has hecho antes, sobre si quería establecerme, fundar una familia y ver a mi familia? Sí. Sí a todo.

Trato de tragar saliva, pero no puedo, trato de hablar pero las palabras no llegan.

Sus manos se deslizan en torno a mí, me aprietan contra su pecho. Suelta el

frasquito y deja que se estrelle contra el suelo. El líquido verde iridiscente se derrama mientras dice:

—Pero sobre todo sí a ti.

Capítulo cuarenta y tres

Aunque ha accedido, sigue vacilando.

Su mano tiembla; su mirada está tan llena de inquietud y preocupación que me impulsa a decir:

—Mírame.

Inspira hondo, pero hace lo que le pido.

—Que esto sea la prueba.

Inclina la cabeza, sin entender del todo mis palabras.

—Que este disfraz sea la prueba de que siempre volveré contigo. Ocurra lo que ocurra, siempre estaremos juntos, siempre hallaremos un modo de

encontrarnos. Tanto si me llamo Adelina como si soy Evaline, Abigail, Chloe, Fleur, Emala, Ever, o incluso otra persona muy distinta. —Sonrío—. Sea cual sea la apariencia que mi alma decida encarnar, siempre regresaré contigo. Como siempre he regresado contigo.

Asiente y me sostiene la mirada, llevándose el vasito a los labios mientras yo hago lo mismo.

Me sorprendo al comprobar que no es en absoluto dulce como yo creía, aunque la sensación de amargor en la lengua es leve, y poco agradable. Me limito a hacer que el fruto baje por mi garganta. Lo animo a fluir por mi organismo como si fuese la más dulce ambrosía que cualquier

Dios pudiese crear, y Damen hace lo mismo.

Y cuando veo cómo destella y resplandece la habitación, cuando veo cómo vibran los muebles y cómo cobran vida todos los cuadros, entiendo exactamente lo que llevó a Misa, Marco y Rafe a soltar chillidos y gritos de regocijo.

Todo está vivo.

Todo estalla de color, bulle de energía y está conectado con nosotros.

Formamos parte el uno del otro, parte de todo lo que nos rodea.

No existen límites de ninguna clase.

El mundo aparece tal como lo vi cuando morí como Adelina. Cuando me

elevé hasta el cielo y contemplé la creación desde allí.

Pero no estoy muerta. De hecho, es justo lo contrario. Nunca me he sentido tan viva.

Miro a Damen a los ojos y me pregunto si cambiará, si cambiaré yo. Pero al margen de que mi cabello regresa del rojo que he manifestado a su tono rubio natural, al margen del aura púrpura que me rodea y del aura azul índigo que le rodea a él, no parece que haya grandes cambios.

Alargo mis brazos hacia él justo cuando él alarga sus brazos hacia mí. Vacilantes, las puntas de nuestros dedos están a punto de tocarse cuando Damen

retrocede, lo cual me lleva a mirarle y decir:

—Aunque no funcione, aunque descubramos que nuestro ADN sigue estando maldito y uno de nosotros muera en el intento, nos encontraremos otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Tal como siempre nos hemos encontrado. Tal como siempre nos encontraremos a partir de ahora. Pase lo que pase, nunca estaremos separados. Ahora somos realmente inmortales. Es como cuando estamos en el cenador, justo cuando nos disponemos a entrar en la escena y siempre me quedo paralizada. ¿Qué es lo que me dices siempre?

Me mira, y su expresión se suaviza cuando dice:

—Cree.

Y eso hacemos.

Damos ese gran salto de fe y creemos.

El silencio se rompe cuando inspiramos de forma simultánea antes de alargar los brazos hacia delante y establecemos contacto.

Las puntas de nuestros dedos se tocan, se encuentran, se aprietan una contra otra. Casi parecen fundirse, hasta que es imposible distinguírnos, determinar dónde acaba él y empiezo yo. Y no puedo evitar maravillarme ante su calidez, ante el tórrido hormigueo que Damen me hace sentir. Y pronto dejamos de conformarnos con eso; anhelando algo mucho más profundo, nos abrazamos.

Le rodeo el cuello con las manos, y él me aprieta la cintura cada vez más. Explora el camino de mi columna antes de introducir los dedos en mi abundante melena y conducirme hacia sí, ladeando mis labios con gesto experto para besarme. La suave firmeza de su boca me recuerda la primera vez que la saboreé, en esta vida y también en todas las demás. El mundo entero se encoge hasta que solo existe este instante.

Un beso perfecto e inmortal.

Unidos en un estrecho abrazo, nos dejamos caer sobre una antigua alfombra por la que han caminado algunas de las figuras más ilustres de la historia. Damen se tiende a mi lado y me abraza. Nos

embarga la emoción de estar juntos. Apenas podemos creer que haya llegado este momento, después de tanto esperar.

La maldición está rota por fin.

El universo ya no actúa en nuestra contra.

Damen se aparta y me mira embelesado mientras sus dedos redescubren el tacto de mi piel. Explora la piel que se extiende entre la sien, la mejilla, los labios y la barbilla; baja por mi cuello y sigue bajando. Mis labios se hinchan esperando sus labios, anticipándome a su sabor, dándole mordisquitos en la mano, los hombros, el pecho y todo lo que está a mi alcance. No me canso de él. No puedo evitar querer

más.

Quererlo todo.

Ahora.

—Ever —susurra, mirándome igual que me miraba Alrik, aunque esta vez es mejor porque sucede en tiempo real.

Levanto mi rostro hacia el suyo, atrapo sus labios y le atraigo de nuevo hacia mí. Un estallido de calor atraviesa mi cuerpo; lo que más deseo es profundizar en esta sensación, descubrir hasta dónde puede llegar.

—Ever. —Su voz suena ronca, quebrada por la emoción; las palabras exigen un gran esfuerzo cuando añade—: Ever, aquí no. Así no.

Parpadeo y aprieto los labios, como si

despertase de un sueño. Caigo en la cuenta de que seguimos en el suelo, cuando hay lugares mucho más cómodos en los que podríamos estar, entre ellos uno que he manifestado justo antes de venir aquí.

Me pongo en pie y lo conduzco escaleras abajo. Subimos a mi coche y recorreremos la sinuosa autovía de la costa. Me detengo ante una preciosa casa de piedra, vieja y erosionada, levantada en lo alto de un acantilado, con grandes ventanales que se asoman a un mar agitado. Una casa que hace una hora no estaba ahí.

—¿Lo has hecho tú? —me pregunta.

Asiento sonriente.

—¿Qué quieres que te diga? Esperaba que llegásemos a un acuerdo. Iba a reservar una habitación en el Montage, pero he pensado que esto era mejor, más privado, más romántico. ¿Te parece bien?

Me agarra de la mano y ambos nos apresuramos hacia la casa. Subimos una larga serie de peldaños sinuosos que no parecen terminar nunca hasta que llegamos arriba, desde luego sin aliento, aunque más por la ilusión que por el esfuerzo de subir.

Abro la puerta y le hago un gesto para que entre. Se echa a reír al pisar el viejo suelo de piedra y ver que, a pesar del tamaño de esta construcción, a pesar de sus grandes dimensiones, solo consiste en

un dormitorio muy grande con una chimenea encendida, una bonita cama de dosel, una preciosa y antigua alfombra trenzada, un cuarto de baño bien acondicionado y nada más.

No puedo evitar ruborizarme. Me apresuro a mascullear que no he tenido mucho tiempo, que siempre podemos añadir algo si decidimos quedarnos un rato.

Pero él se limita a sonreír, y pone fin al torrente de excusas apretando mi boca con un dedo que no tarda en sustituir por sus labios, convirtiendo mi silencio repentino en un beso agradable, largo y profundamente emotivo. Me atrae hacia sí, hacia la cama, y su voz susurra con

suavidad:

—Eres lo único que quiero. Lo único que necesito. No podría pedir nada más.

Me besa suavemente pero con pasión. Se toma su tiempo. Hace un gran esfuerzo para tratarme con dulzura. Por mi parte, aunque sé que el tiempo que pasaremos juntos es infinito, que siempre estaremos unidos, me siento hambrienta de más.

Tiro del dobladillo de su jersey, se lo paso por encima de la cabeza y lo arrojo a un lado. Hago una pausa para explorar el paisaje de su pecho: las sinuosas colinas de sus hombros, el valle ondulado de sus abdominales... antes de que mis dedos bajen aún más, abriendo un botón, una cremallera, una cinturilla elástica. Y

aunque no es la primera vez que le veo desnudo, aun así no puedo reprimir el grito ahogado que escapa de mi garganta. Aun así no puedo evitar quedarme embelesada ante su asombrosa visión.

Él también me quita la ropa. Sus dedos se mueven con destreza, con habilidad, con mucha más práctica que los míos. Y pronto no queda nada entre nosotros, ni físico, ni místico.

Solo estamos él y yo.

Sin barreras de ninguna clase.

Me sujeta con la pierna, me rodea con ella hasta cubrirme con su cuerpo. Un hormigueo cálido estremece mis entrañas, y cierro los ojos para sentir su calor, su contacto. Luego los abro despacio y

encuentro su mirada, que me quema. Cada uno de nosotros se ve atraído, absorbido por el otro, hasta que Damen se mueve levemente y nos une.

Nos une como se unieron Alrik y Adelina.

Nos une como hemos soñado unirnos durante todo este tiempo.

Aunque es mejor que todo lo que ha ocurrido antes.

Porque esto es real.

Esto es como debe ser.

La confirmación definitiva de que Damen y yo estamos hechos el uno para el otro.

De que estamos destinados a estar juntos.

Para siempre jamás.

Nuestros cuerpos se alzan, se levantan, se elevan y siguen subiendo. El momento crece, se dilata, se prolonga tanto como es posible... y de pronto nos hundimos en nuestro mutuo calor, el techo se abre de golpe, y un diluvio de bonitos tulipanes rojos cae sobre nosotros.

Capítulo cuarenta y cuatro

Me pongo de lado, me acerco más a él y dejo que mis dedos sigan el camino que hay de su pecho a su abdomen y bajen aún más. Me asombra su contacto real, su ser cálido y maravilloso, y me pregunto cómo me las he arreglado para vivir tanto tiempo sin él.

—¿En qué piensas? —pregunta, y sus labios mordisquean el lóbulo de mi oreja.

—Oh, ya sabes...

Sonrío con coquetería. Mi dedo meñique vuelve a ascender un poco y

encuentra su ombligo, cuyo perímetro recorre. Él se echa a reír y me atrae hasta su pecho. Me planta un beso en la coronilla y mi mente se llena con una sola palabra: «satisfecha».

Estoy total y absolutamente satisfecha. También estoy feliz, relajada y en paz. Tengo todo lo que siempre quise. Mi vida está completa.

Lo miro. Me gustaría que pudiéramos entretenernos, prolongar esto el máximo de tiempo posible, pero Damen tiene otros planes y afirma que tenemos que ir a un sitio importante.

—Echaré de menos este lugar —me dice.

Se pone en pie y pisa la alfombra de

pétalos de tulipán, que han seguido cayendo hasta cubrir el suelo.

—No te pongas tan dramático. No va a irse a ninguna parte —contesto sonriendo—. Salvo que nos vayamos nosotros. ¿Es así?

Lo miro con atención, esperando que me dé una pista. Pero él adopta su mejor cara de póquer, lo cual significa que no hay manera de saberlo.

Me encojo de hombros y me enfundo el vestido que he tenido la previsión de manifestar antes, ya que no estoy dispuesta a volver a ponerme el traje con alas.

Luego, tan pronto como estamos vestidos, me coge de la mano y me lleva

hasta la ventana. Contemplamos las olas que rompen contra las rocas, muy abajo.

—¿Aún lo ves? —me pregunta, mirándome a los ojos.

Asiento con la cabeza, y a continuación, intentando algo que hasta ahora he estado demasiado nerviosa (y ocupada) para intentar, pienso: «¿Y tú?».

Me mira, sonrío y piensa: «Sí. Y, lo que es mejor, ¡aún podemos oírnos el uno al otro!».

Me apoyo contra él y me pregunto cuánto durará. Sé que los colores vibrantes y el lírico zumbido del universo acabarán desvaneciéndose. Incluso cuando Misa, Marco y Rafe se deshicieron en elogios sobre la

experiencia, lo hicieron hablando en pasado. Pero aun así, aunque todo ello pueda desvanecerse de mi vista, nunca se desvanecerá de mi mente. Ahora que conocemos la verdad, el modo en que funciona el universo, el mundo continuará siendo tan mágico y asombroso como siempre, incluso para unos mortales como nosotros.

—¿Lista? —pregunta sin soltar mi mano; la imagen borrosa de nuestra energía combinada es toda la prueba que necesito de que los dos somos uno, de que todo es uno.

Asiento con la cabeza y camino a su lado mientras nos dirigimos a mi coche. Experimento un momento de pánico

cuando trato de arrancar con la mente, como tengo por costumbre hacer, pero me relajo al instante al recordar que tuve la previsión de llevarme la llave, puesto que, según parece, esa clase de magia mental ya no funciona.

Y cuando Damen intenta manifestar un tulipán para mí, por desgracia no va más allá de la visión que tiene en su mente. Sin embargo, antes de que pueda empezar a sentirse mal, me apresuro a recordarle que, si es cierto lo que dicen del universo, que los pensamientos crean la realidad, ese tulipán acabará apareciendo.

Cuando llegamos a mi casa, subo las escaleras corriendo y voy directamente a mi armario. Me pongo a llenar una bolsa

mientras Damen, detrás, me pregunta:

—¿Qué hago con todo esto?

Cierro la bolsa y me la cuelgo del hombro, contenta al ver que sigo teniendo al menos parte de mi fuerza y aguante de inmortal, ya que la he llenado hasta los topes y aun así puedo llevarla.

Me giro hacia donde está Damen y veo que señala las botellas de elixir que siguen guardadas en la mininevera. Su número ha disminuido mucho desde la última vez que las vi.

Rodeo la encimera y me arrodillo para llevar a cabo un rápido recuento mental. Un recuento que repito una y otra vez, llegando siempre a la misma conclusión sorprendente: no todos los

inmortales escogieron el fruto.

—Estaba pensando que deberíamos destruir los frascos, o al menos guardarlos bajo llave. No me gustaría nada que cayesen en malas manos o en manos desprevenidas, ¿sabes? —Damen se vuelve a mirarme—. ¿Qué pasa? —pregunta, alertado por mi expresión.

—La nevera estaba llena —le respondo—. Cuando abandoné la fiesta estaba llena. Y ahora... —Sacudo la cabeza y me apoyo la mano en el estómago; empiezo a encontrarme mal—. Confiaba de verdad en convencerles a todos. Pero tal vez me marché demasiado pronto. Tal vez debería haberme quedado un poco más.

Me apoyo las manos en las rodillas y me dispongo a levantarme cuando Damen dice:

—¿Cómo puedes estar segura de que ha sido un inmortal?

Lo miro a los ojos. De pronto, la habitación empieza a dar vueltas, y tengo que agarrarme a la encimera para no caer al suelo.

Sin embargo, se me pasa enseguida.

Loto tenía toda la razón: hice cuanto estaba en mi mano; lo demás dependía de ellos.

Existe algo llamado «libre albedrío», y según parece alguien ha decidido ejercer el suyo.

—Tíralo —digo—. Tíralo todo. He

reservado muchos frutos sobrantes para cualquier inmortal que se encuentre atrapado. En cuanto al elixir, no lo necesitamos; es hora de deshacernos de él.

Nos ponemos manos a la obra: yo destapo los frascos y él los vacía por el desagüe. Y cuando hemos acabado se vuelve hacia mí, me coge de las manos y me dice que visualice un velo dorado resplandeciente.

—¿Summerland? —pregunto, enarcando las cejas. No sé por qué he tenido que llenar una bolsa de viaje para ir a Summerland si allí se puede manifestar cuanto se desee, y tampoco sé si aún podremos ir. Sé que me sentiré

desolada si resulta que no.

Pero él se limita a negar con la cabeza y dice:

—Cree.

Y eso hago.

Al cabo de un instante, atravesamos la luz y entramos en ese vasto y fragante campo. Nos sentimos felices, satisfechos y complacidos al saber que sigue estando dentro de nuestras posibilidades.

Damen me mira tan aliviado como yo y dice:

—Y ahora la segunda parte.

Espero conteniendo el aliento, sin tener la menor idea de lo que puede ser.

—¿Recuerdas cuando Miles hablaba de que viajásemos todos por Europa con

una mochila después del instituto?

Asiento, aún más perpleja.

—Pues he pensado que es una idea genial. Y como no llegamos a hacer nuestras vacaciones debido al viaje al árbol y todo eso, y como has conseguido que te admitan en la universidad aunque sea tarde, se me ha ocurrido aceptar su sugerencia.

—Pero Miles no va a viajar a Europa —digo.

Sé con certeza que va camino de una gran prueba en Nueva York y que Holt le acompaña. Y, si no recuerdo mal, le predije que sería el elegido en esa prueba. Se convertirá en una gran estrella de Broadway, y Holt va a permanecer mucho

tiempo a su lado.

—Lo sé, pero se me ha ocurrido que eso no significa que no podamos ir nosotros, ¿verdad? Así pues, si a ti te parece bien, he pensado empezar por Italia. Estoy deseando enseñarte los sitios que solía frecuentar. Florencia es una ciudad preciosa; sé que te encantará. ¡Y la comida! —Me mira sonriendo de oreja a oreja y dice—: Bueno, me han dicho que ha mejorado mucho en los últimos seiscientos años.

—Entonces... ¿vamos a la versión de Italia de Summerland? —digo, tratando de disimular mi decepción.

Pero Damen se echa a reír.

—No. Tenía dos razones para venir

aquí: la primera, ver si podíamos; y la segunda, evitarnos el tráfico. Salimos del aeropuerto de Los Ángeles. Nuestro avión despegó a... —Consulta su reloj y me mira—. Despegó dentro de un cuarto de hora.

—¡Pero tenemos que pasar por seguridad! Y llegar a la puerta de embarque y...

Damen me interrumpe diciendo:

—Silencio... Cierra los ojos e imagina que ya estás en el asiento 3-A, sentada junto a mí...

Capítulo cuarenta y cinco

Caemos sobre nuestros asientos. A pesar de mis miedos, el alboroto que precede al despegue es tan intenso que nadie se da cuenta de que hemos aparecido de golpe. Cuando Damen mete mi bolsa en el compartimiento para equipajes, observo que él no lleva equipaje.

—¿Y tú? —le pregunto mientras ocupa el asiento contiguo—. Ya sé que vas a necesitar un período de adaptación, pero no puedes manifestar cosas nuevas

cada vez que las necesites, ¿sabes? Vas a tener que ir a la tienda y comprarlas. Vas a necesitar dinero, tarjetas de crédito, pasaportes y... ¡Por el amor de Dios, ¿te has acordado de traer dinero, tarjetas de crédito y pasaportes?! ¿Y por qué volamos siquiera? ¿Por qué no hemos aterrizado directamente en Italia?

Damen sonrío y detiene mi torrente de palabras con un beso, disolviendo mi angustia y recordándome lo que de verdad importa.

Se aparta, me acaricia la mejilla, me coloca unos mechones sueltos detrás de la oreja y dice:

—No te preocupes. Lo tengo solucionado. Todo está resuelto. Todo va

bien. Ah, y en cuanto al avión, tú querías ser normal...

—¿Viajar en primera clase es normal?
—le pregunto, tras recorrer con la mirada la cabina espaciosa y bien acondicionada.

—Para mí, sí —contesta entre risas.

Asiento con la cabeza y disfruto de la cálida sensación de su mano en la mía. Miro por la ventanilla mientras el avión se dirige a la pista de despegue. No puedo dejar de maravillarme del camino que hemos recorrido, del camino que aún nos queda por recorrer. Caigo en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no era tan feliz; puede que nunca lo haya sido.

Me dispongo a centrar mi atención en el vídeo de seguridad (ahora que ya no

soy inmortal estoy obligada a preocuparme por cosas mundanas como esa), cuando la veo.

De pie en el ala, saltando arriba y abajo, y saludándome con el brazo.

Riley.

Mi hermanita fantasmal y adorablemente impertinente, y, por lo que veo, Buttercup está junto a ella.

Lanzo un grito ahogado y apoyo la mano en la ventanilla. Me pregunto si la visión es real, si de verdad puedo verla ahora o si no son más que ilusiones. Entonces Buttercup ladra y menea la cola. Riley mira a su alrededor como si esperase ver a alguien, como si la siguieran.

Me vuelvo hacia Damen y tiro de su manga; quiero que vea lo que veo yo. Pero cuando nos volvemos Riley se ha marchado. Y, por más que lo intento, no puedo traerla de vuelta.

Pero la he visto.

Sé a ciencia cierta que era ella.

También sé que volveré a verla. Si no es holgazaneando sobre las alas de un avión, será al otro lado de ese puente.

Solo espero que lo del puente tarde en llegar.

Mientras el avión cabecea en la pista de despegue y va ganando velocidad, me apoyo en el hombro de Damen. En ese momento, un bonito tulipán rojo baja flotando de ninguna parte y aterriza en mi

regazo.

El mismo tulipán que Damen ha tratado de manifestar hace un rato.

Nos miramos con los ojos abiertos de par en par. No hacen falta más pruebas de la realidad.

Todo lo que puede hacerse en Summerland también puede hacerse en el plano terrestre; simplemente se requiere algo más de tiempo, eso es todo.

Coloco mi mano en el tallo y Damen coloca la suya sobre la mía. Nos apoyamos el uno contra el otro. Nos sentimos felices, satisfechos, deseosos de aceptar lo que venga a continuación, sea lo que sea, mientras el avión se eleva en el cielo.

Agradecimientos

Escribir esta saga ha supuesto para mí un viaje increíble, y me siento muy agradecida por haber podido contar con el formidable equipo de sherpas que me ha mostrado el camino. Quiero expresar mi más chispeante, enorme y colorida gratitud a: Matthew Shear, Rose Hilliard, Anne Marie Tallberg, Katy Hershberger, Angela Goddard, Brittney Kleinfelter, Bill Contardi y Marianne Marola. ¡Sois los MEJORES!

También quiero transmitirles mi especial agradecimiento a mis editores extranjeros: ¡gracias por acercar la saga

Eternidad a los lectores de todo el mundo!

Y, por supuesto, a Sandy, siempre.